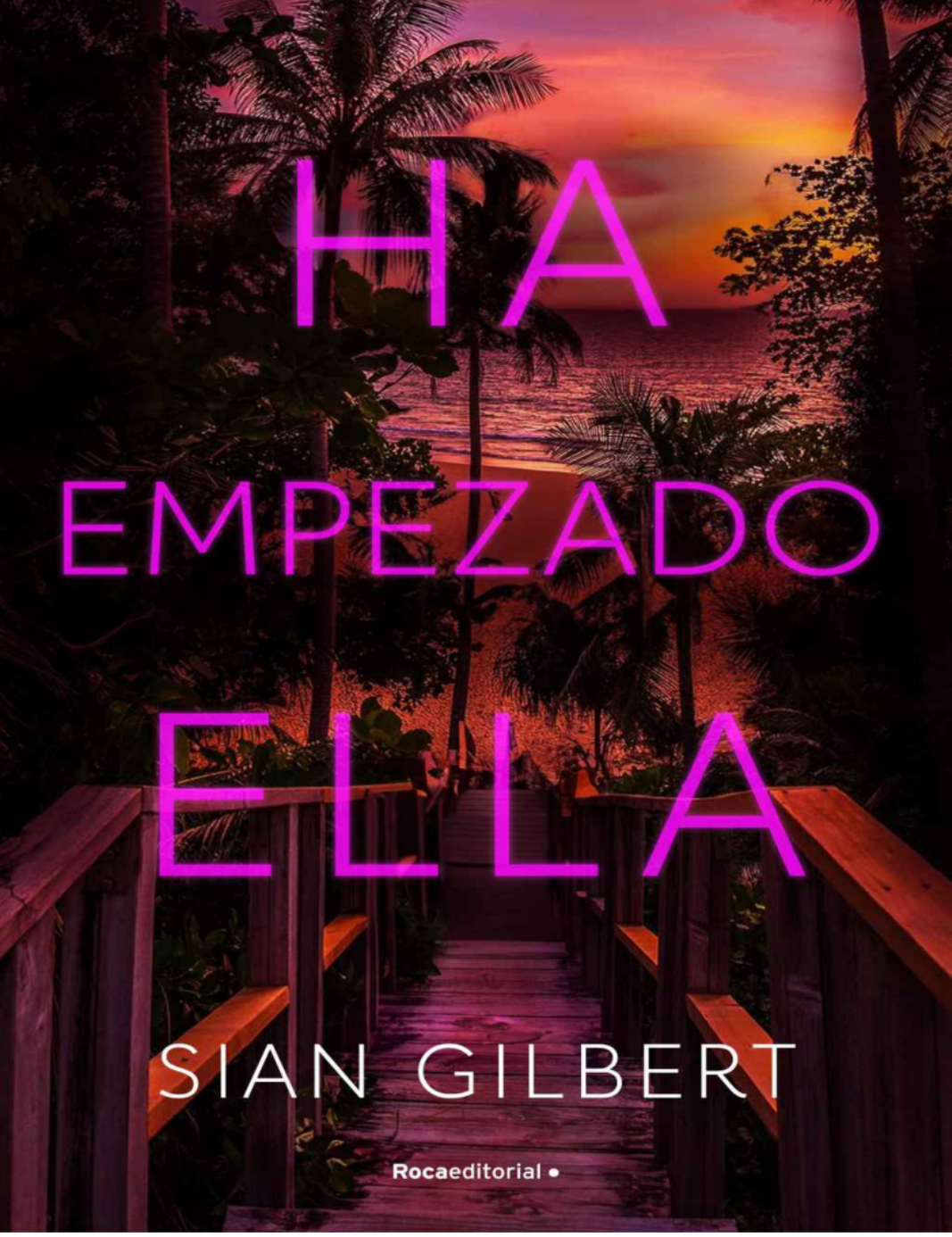
HA
EMPEZADO
ELLA
SIAN GILBERT
Rocaeditorial

SIAN GILBERT

HA EMPEZADO ELLA

Traducción de
José Serra Marín

Rocaeditorial

Para mi abuela, Marie Blackmore.
Tu amor por los libros inspiró el mío

Prólogo

Robin
22 de mayo de 2023

Solo la novia me espera, y está cubierta de sangre.

Normalmente, al final de unas vacaciones en esta isla, todo el grupo ya se encuentra en el muelle preparado con sus maletas, tostados por el sol pero alegres. Mientras me acerco a ellos en el barco, no suelen mirar en mi dirección, sino que echan un último vistazo a la isla: sus playas de arena blanca, sus aguas cristalinas, sus palmeras.

Esta mañana hace un día perfecto para navegar, con el cálido sol a mi espalda y la marea a mi favor.

Pero la novia que me está esperando lo ha cambiado todo.

No me considero una persona que se altere fácilmente. Cuando estás a cargo de una isla privada, debes estar preparada para cualquier eventualidad. Si algo va mal, llego desde tierra firme en la lancha motora en apenas treinta minutos. Los huéspedes disponen de la isla para ellos solos, pero no los dejo tirados a su suerte. Cuentan con un teléfono de emergencia, bengalas y un botiquín de primeros auxilios con todo lo necesario.

Por supuesto, ha habido situaciones críticas antes.

Gente que pensó que podría trepar hasta el borde del acantilado y acabó con una pierna rota. Una mujer que insistió en que su embarazo no supondría ningún inconveniente y se puso de parto la primera noche. Supongo que me imaginaba que ya lo había visto todo.

Pero nunca había visto algo así.

El barco llega al muelle y consigo parar el motor y amarrarlo antes de que la novia se acerque a mí corriendo.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, asombrada por lo fuerte que suena

mi voz—. ¿Está todo bien? ¿Tengo que llamar a una ambulancia?

Ahora que la mujer está más cerca, veo que parece encontrarse en estado de shock. Tiene unos cortes profundos en las manos, pero no creo que eso baste para explicar el desastroso estado de su fino vestido blanco. Toda la parte delantera está cubierta de enormes manchas de sangre, ya bastante oscurecidas. Tiene rasguños en un lado de la cara. Debajo del ojo izquierdo empieza a aparecer un leve moratón.

De forma vacilante, alargo una mano hacia la novia y ella se echa hacia atrás con brusquedad.

—¡Perdona! —Miro alrededor, tratando de encontrar indicios de sus acompañantes.

Todo está muy tranquilo y silencioso. Y pienso en el alegre y ruidoso grupo de mujeres que dejé en la isla hace apenas unos días, dispuestas a celebrar la despedida de soltera de sus vidas. Nada parecía fuera de lo normal.

—¿Dónde están las otras? —pregunto.

La novia por fin me mira, con los ojos muy abiertos y llenos de temor.

—¿Tus damas de honor? —insisto—. ¿Dónde están?

—Todo ha salido mal —responde.

Voy a decir algo, pero la novia no ha acabado de hablar. Parece encogerse sobre sí misma, rodeándose con ambos brazos y envolviéndose en un fuerte abrazo a pesar del calor abrasador.

Las palabras que pronuncia me dejan petrificada.

—Ha empezado ella.

1

Annabel
18 de mayo de 2023

Vuelvo a sacar la invitación. De algún modo, la gruesa tarjeta de color crema con letras grabadas resulta aún más impresionante que el billete de avión en primera clase a las Bahamas. Faltan unos cuantos minutos para que llegue el taxi que me llevará al aeropuerto, así que me siento en el sillón tapizado en terciopelo junto a la ventana y me dispongo a leerla una vez más.

«Querida Annabel —reza el texto—. Espero que esta invitación sea una agradable sorpresa para ti. Voy a casarme el verano del próximo año y me encantaría que fueras una de mis damas de honor. He organizado una despedida de soltera que se celebrará en una isla privada en las Bahamas, y no tendrás que gastar un solo penique. ¡Cuando lleguéis todas podré daros más detalles sobre el enlace! Por favor, escríbeme para confirmarme que aceptas la invitación. Más abajo están las instrucciones pertinentes, y también he incluido los billetes de avión. Con cariño, Poppy Greer».

Poppy Greer…, nada más y nada menos que Poppy Greer. La invitación fue toda una sorpresa, eso por descontado. No la he visto desde hace casi diez años, ni siquiera he hablado con ella. No desde los exámenes finales para acceder a la universidad. Y tampoco es que fuera una de mis personas favoritas. Podría afirmar sin miedo a equivocarme que a ninguna de nosotras cuatro —es decir, Chloe, Tanya, Esther y yo— nos caía muy bien Poppy, y que por eso siempre nos burlábamos de ella. Bromas inofensivas, nada del otro mundo. Pero aun así me sorprende mucho que nos haya invitado, y más aún que nos pida que seamos sus damas de honor.

—No pienso rechazar unos billetes en primera clase y una estancia en una isla privada, y además todo gratis —dijo Chloe cuando descubrimos que todas habíamos recibido la misma invitación—. Sobre todo si vamos las cuatro juntas.

En el sobre, junto con la tarjeta y los billetes, había un folleto. La isla se llama Bahía del Hombre Muerto. La siniestra impresión que me causó el nombre quedó rápidamente olvidada al ver las cristalinas aguas que la rodeaban. Hay un pequeño muelle de madera encalada que se adentra entre las olas, mostrando en la distancia una franja de tierra firme y el cielo azul en lo alto. En el folleto hay un par de fotografías de la isla. En medio de la exuberante y densa vegetación se extiende una zona de césped bien cuidado, salpicada por palmeras altas como farolas, algunas curvadas y otras con el tronco muy derecho, y entre ellas cuelgan varias hamacas. En el centro, rodeado por tumbonas, hay un hoyo para hacer fuego. Al fondo se vislumbra la playa de arena blanca, con más tumbonas para tomar el sol y una glorieta pintada a rayas rojas y blancas. La casita principal está situada frente al mar, por delante de cuatro pequeñas cabañas que se alzan más allá, y está medio oculta entre cuatro grandes palmeras que rivalizan por ocupar el espacio. Se trata del mayor alojamiento de la isla y consiste en un edificio blanco de una sola planta con las ventanas y la puerta principal pintadas de rosa. Junto a ella, casi fuera del encuadre, se ve una zona de terraza con barbacoa.

Resultaba difícil negarse. Ni siquiera he tenido que cambiar mis planes: no tenía ninguno, y además no trabajo. Andrew, mi marido, tampoco ha puesto ningún problema para que me vaya cuatro días fuera.

Las otras tres sí trabajan. Esther Driscoll ejerce como inversora financiera en una prestigiosa firma y tuvo que pedir, prácticamente suplicar, que le dieran unos días libres. Es la más seria de todas nosotras. Incluso cuando no trabaja está constantemente enganchada al teléfono contestando correos. No tiene nada que ver con la chica indómita que era en la época del instituto y la universidad, cuando siempre era la última en marcharse de las fiestas. Pero sé que su madre le consiguió la entrevista para su actual trabajo y que se siente

sometida a una enorme presión intentando estar a la altura, aunque nunca lo admitirá ante nosotras.

Ahora la última en marcharse de las fiestas es Tanya Evesham, pero porque ella es la encargada de montarlas. Es organizadora de eventos, que van desde fiestas de famosos hasta celebraciones de cumpleaños de personajes de la alta sociedad. Cuando estaba empezando solía invitarnos al sarao que estuviera organizando para esa noche, garantizándonos que tendríamos cócteles gratis y que podríamos codearnos con la flor y nata de la élite social. Tanya es una persona con mucho encanto. Consigue atraer la atención de toda la sala y disfruta con ello, dejando siempre a la gente con ganas de más. Sus eventos eran los acontecimientos sociales que todo el mundo debía marcar en su calendario.

Hasta que de pronto, hace unos meses, dejaron de serlo. Tanya paró de invitarnos a sus fiestas y tampoco escuchábamos hablar de ellas, aunque por lo visto ha seguido organizándolas y parece estar más atareada que nunca. El año pasado, ella y Harry —su novio, guardaespaldas profesional de un político— se compraron un apartamento en las afueras de Londres y ha estado muy ocupada redecorándolo, así que la hemos visto muy poco y ni siquiera ha montado una fiesta para inaugurar su casa.

Por lo que respecta a Chloe, este viaje cuenta como trabajo. Es la que más se alegró de todas nosotras. Chloe Devine (de nombre real Chloe Smith, un apellido inequívocamente vulgar con el que nunca habría conseguido triunfar, según nos contó) es una estrella de Instagram: le faltan solo cincuenta mil seguidores para llegar al millón. Tiene firmados numerosos contratos con patrocinadores a los que hace publicidad en sus diferentes posts, y lo que más le gusta en el mundo es alardear de lujo ante sus seguidores. Pero un viaje en primera clase a una isla privada…, eso ya es otro nivel, y se ha comprado siete biquinis distintos para la ocasión. Una simple fotografía de ella tomando café en una cafetería se traduce en cientos de miles de likes.

Si hubiera sabido que para ser rica y famosa solo hacía falta una rinoplastia, me la habría hecho antes que ella. Pero no le tengo celos.

Chloe sigue soltera, a pesar de las numerosas relaciones que ha mantenido. Si es que se las puede llamar relaciones.

Yo estoy felizmente casada. Soy la afortunada.

Como si me hubiera leído la mente, Andrew entra en el salón y me encuentra aposentada en el sillón junto a la ventana, volviendo a meterlo todo cuidadosamente en el sobre y guardándolo en mi bolso de Prada. Chloe no es la única que posee lujosos complementos de marca.

—¿Has visto mis llaves? —pregunta Andrew, mientras levanta los cojines del sofá y los deja caer de nuevo—. Tengo la impresión de que siempre estás cambiándolas de sitio.

Dejo escapar un suspiro. Andrew pierde las llaves cada vez que va a salir de casa y siempre es culpa mía.

—¿Has mirado en el bolsillo de tu abrigo?

—¿En el bolsillo de mi abrigo? —repite como si me hubiera vuelto loca—. ¿Cómo diablos van a estar…? —El resto de su frase desaparece con él al salir del salón, y entonces oigo un tintineo de llaves. Vuelve a entrar con el ceño fruncido—. ¿Las has puesto tú ahí? Juraría que las saqué del bolsillo cuando llegué ayer del trabajo.

—¿Por qué iba a cambiar tus llaves de sitio? —Trato de reír para quitarle hierro al asunto, pero su expresión se ensombrece.

—Siempre estás cambiando mis cosas de sitio.

Está plantado delante de la chimenea, mirándose en el espejo que cuelga encima para ajustarse la corbata.

—¿Tienes algo importante hoy en el trabajo?

Se sobresalta ligeramente al oír mi voz, pero por fin consigue anudársela bien.

—Nada en particular. ¿Por qué lo preguntas?

—Pareces muy preocupado por cómo te queda la corbata. Y te has afeitado.

Al oír mis palabras, suelta un suspiro.

—Francamente, Annabel, ¿no tienes nada mejor que hacer que controlar mi rutina matinal?

—Bueno, hoy me voy de viaje —digo, porque no parece que él vaya a mencionarlo. No esperaba que me llevara al aeropuerto, eso sería

ridículo, pero sí tal vez que nos despertáramos un rato antes, desayunáramos juntos y disfrutáramos de un poco de sexo matutino para despedirnos. En vez de eso, Andrew ha pulsado el botón para retrasar la alarma y yo me he encontrado desayunando sola en la cocina una tostada con aguacate—. Voy a estar cuatro noches fuera.

—Ah, sí, la despedida de soltera —dice—. ¿A qué hora te vas?

—Ahora —contesto echando un vistazo al móvil—. El taxi debe de estar al llegar.

—Parece que ya lo tienes todo listo —comenta, señalando con la cabeza la maleta que está a mi lado. Luego se mira el reloj—. No puedo llegar tarde, cariño.

—No hay problema. —Porque en realidad no lo hay. Él tiene que trabajar, es el que gana el dinero, aunque a veces se pone muy picajoso con el tema y no me deja ir de compras tanto como me gustaría. Pero yo tengo mis recursos. Me levanto y me acerco a él—. Te echaré de menos.

—Te lo vas a pasar en grande —replica apartándose de mi abrazo.

Me apresuro a dibujar una sonrisa en el rostro.

—Te quiero. Eh, dame un beso de despedida.

Se echa a reír.

—Pero si vamos a vernos dentro de unos días.

Me dispongo a plantarle un beso en los labios antes de que siga protestando, cuando de pronto me suena el móvil, poniendo fin a cualquier posibilidad de disfrutar de un momento romántico. Pienso que se trata del taxi y me doy prisa en cogerlo sin mirar quién llama.

—¿Diga? —contesto llevándome el teléfono a la oreja, momento que Andrew aprovecha para darme un apretón en el hombro y salir del salón. La puerta principal se cierra a su espalda antes de que la persona al otro lado de la línea tenga tiempo siquiera de decir nada.

—Annabel, cariño, ¿eres tú? No puedo creerme que hayas respondido a una de mis llamadas. Siempre estás tan ocupada…

Mi madre.

Suelto un gemido por dentro. Quizá aún no sea demasiado tarde, puedo colgar y fingir que ha habido problemas con la señal.

—Mamá —digo al fin, decidiendo quitármela cuanto antes de

encima.

—Bueno, por todos los santos, ¿cómo estás? Llevo meses sin saber nada de ti.

Decir que me he distanciado bastante de mi madre sería una manera de expresarlo con delicadeza. No se produjo ningún enfrentamiento dramático ni hubo ningún inconfesable y oscuro secreto por el que me mudé a la otra punta de Bristol y nunca más volví. Es algo muy natural que, después de la universidad, quisiera reinventarme un poco. Quería convertirme en una persona mejor y no en alguien que se conforma con trabajar en una tienda como mi madre. Ella sigue viviendo en la diminuta casa de dos habitaciones a las afueras de Hartcliffe donde crecí, incluso después de que mi padre se marchara hace tiempo. Cuando conocí a Andrew y me presentó a sus padres —un exparlamentario y una dermatóloga que viven en una mansión georgiana de cinco pisos en el centro de Clifton—, me pareció de lo más normal alejarme de mi madre.

Andrew solo la ha visto una vez, en nuestra boda, a la que no tuve más remedio que invitarla. Me pasé todo el día en un estado de constante pánico por que pudiera soltar algún comentario estúpido o inapropiado. Me dediqué a hablar en todo momento por encima de ella y a echarme a reír inmediatamente cuando trataba de decir algo gracioso, a fin de desviar la atención de su persona. Ella lo intentó, de veras que sí, pero su ceñidísimo vestido de Next y la maceta que nos trajo como regalo de bodas no pudieron competir con la sofisticación de la familia del novio. Sobre todo porque la madre de Andrew se presentó con un vestido de Givenchy con encaje de *chantilly* y nos obsequió no solo con un juego de copas y un decantador ribeteados con diamantes —«Para que tengáis algo que desenvolver»—, sino también con una estancia de siete días en un balneario de cinco estrellas en Islandia. Sus gustos, evidentemente, son mucho más exquisitos. Me sentí muy aliviada cuando mi madre se marchó por fin, y Andrew tampoco me ha pedido volver a verla desde entonces, así que supongo que el sentimiento es mutuo. Está mucho mejor allá en Hartcliffe y nosotros aquí en Clifton, en una mansión georgiana idéntica a la de los padres de Andrew, a solo un par de calles de la

suya.

—De hecho me pillas a punto de irme de vacaciones —le digo, esperando que el taxi aparezca en cualquier momento y me dé una excusa para colgar—. Voy a una despedida de soltera.

—¿Quién se casa? —pregunta mi madre, siempre tan directa.

No tengo ni idea de cuándo fue la última vez que ella se fue de vacaciones. Desde luego no cuando yo era pequeña, porque siempre sentía envidia cuando oía a los demás hablar de sus fantásticos veraneos.

—Eso es lo más curioso. —Por un momento dudo si contárselo, pero ¿qué puede haber de malo?—. Quien se casa es Poppy Greer.

—¿Poppy Greer? —dice mamá muy sorprendida—. ¿La Poppy Greer del instituto?

—Sí, la misma. Es un poco extraño, ¿no te parece? Pero nos ha invitado a ir con ella a una isla privada en las Bahamas. Y eso es algo a lo que no te puedes negar.

Se oye un suspiro al otro extremo de la línea.

—Sí, es algo difícil de rechazar. Entonces ¿la has estado viendo últimamente?

—Eeeh…, no —admito, consciente de que suena bastante raro—. Nos envió los billetes junto con la invitación. Pero nosotras la hemos visto por Instagram, donde ha estado colgando detalles sobre su boda. Y empezó a seguirnos hace unos meses.

—«Nosotras»… ¿quiénes?

—Chloe, Tanya, Esther y yo. —¿Por qué me suena tan extraño ahora que se lo estoy explicando? Mamá siempre ha tenido esa manera de retorcer las cosas para que parezcan peor de lo que son—. Vamos a ser sus damas de honor.

—Pero creía que… —Su voz se va apagando.

—¿Qué?

—Da igual, debo de estar confundida. —Carraspea. Su tono se suaviza—. Bueno, esta puede ser una oportunidad de hacer las paces con Poppy, después de todo lo que pasó. Espero que las cuatro os lo toméis así y no solo como unas vacaciones gratis. Me alegro mucho de que se case.

Ya estamos otra vez. Siempre que tiene ocasión de soltarme una pulla, ahí está ella con el estoque.

—No tenemos que hacer las paces por nada —replico—. Todo aquello ocurrió hace diez años. Y solo fueron tonterías de adolescentes, nada serio. ¡Ahora mismo estoy teniendo más problemas de los que ella tuvo nunca!

—Tu problema, Annabel, es que crees que el pasado no importa porque ya quedó atrás. Y no te das cuenta de que las acciones tienen siempre consecuencias. Estás demasiado centrada en ti misma, y no lo suficiente en los demás.

El mismo mensaje de siempre. Como si no tuviera ya bastante con lo que tengo.

Parece intuir que empiezo a perder interés, porque continúa sin esperar a que responda:

—Te lo digo en serio. Aprovecha la oportunidad para hacer las paces con Poppy por lo que ocurrió en el pasado. Si no lo haces, te arrepentirás. Tal vez sea lo que ella busca con este viaje, aclarar las cosas entre vosotras. —Vuelve a suspirar, una profunda exhalación—. Estoy preocupada por ti, cariño. Pero no porque tengas una agenda social apretadísima o porque Andrew esté muy ocupado con su trabajo. Me preocupo porque no estás sacando partido a todo tu potencial. ¿Qué ha pasado con todos esos títulos tuyos? La primera de la familia en ir a la universidad y nunca los has usado para nada.

Gracias a Dios, el taxi se detiene por fin en nuestro camino de entrada. Veo al chófer bajarse del vehículo y sacar el móvil para llamarme. Le hago una señal desde la ventana y empiezo a recoger mis cosas.

—Tengo que irme, mamá. El taxi ya está aquí.

—Piensa en lo que te he dicho. Te echo de menos. Estaría bien que nos viéramos más a menudo, no solo por Navidad. Tal vez después de tus vacaciones podrías venir a pasar unos días conmigo.

—Tal vez —digo—. Bueno, adiós.

—Adiós, cariño. Te quiero. Que tengas una magnífica despedida de soltera.

Espera a que yo cuelgue. Siempre lo hace. Y no estoy segura de por

qué, porque ella tiene siempre la última palabra. Pero al final corto la llamada y meto el móvil en el bolso, luego echo un último repaso a la casa antes de dirigirme hacia la puerta.

No es algo que no me haya dicho ya antes, esa insistencia suya en que debería hacer algo con mi formación académica. Y tampoco es que yo no lo haya pensado. Escogí Psicología porque en aquella época me apasionaba el poder comprender la mente humana, y todavía me sigue apasionando. Cuando Andrew no está cerca, a menudo entro en su ordenador para consultar diversos estudios de investigación que me resultan interesantes. Es una faceta mía que no le muestro a nadie, no desde que mamá se sentaba a los pies de mi cama y me escuchaba perorar sobre la revisión de mis exámenes finales para entrar en la universidad.

Pero ahora no hay razón alguna para que use mis títulos. Sí, títulos, en plural. También tengo un máster en Psicología; me especialicé en los aspectos más biológicos de la materia. Encuentro fascinante la manera en que algunos trastornos psicológicos pueden observarse mediante escáneres y pruebas, como evidencias físicas del impacto real que pueden tener. No me va para nada la psicología freudiana, todo eso de hablar de sentimientos y relacionarlos con traumas del pasado me parece una absoluta estupidez.

El taxista me ayuda con el equipaje como sé que lo haría tras dedicarle mi sonrisa más deslumbrante, e incluso me abre la puerta del coche. Soy consciente de que solo va detrás de una generosa propina después de haber visto el tamaño de nuestra casa, pero de todos modos me complace comprobar el esfuerzo extra que le dedica.

Mientras el taxi sale por el camino de entrada, echo un último vistazo a nuestra casa. Está a nombre de Andrew y pagada con su dinero, pero aun así la llamo «nuestra». Desde fuera me recuerda a la clínica del dentista de mi infancia, quien reconvirtió una enorme mansión georgiana para adaptarla a sus necesidades. El interior fue vaciado por completo y todas las habitaciones se transformaron en espacios fríos y asépticos, pintados en blanco y con horribles suelos de linóleo.

Echo una ojeada al teléfono. Andrew no me ha enviado ningún

mensaje de despedida a pesar de que nunca se separa del móvil, una presencia constante cerca de su mano derecha, incluso cuando está viendo la televisión o en la ducha.

Para alejar a Andrew de mi mente, vuelvo a abrir el sobre con los billetes y el folleto, y lo hojeo para recrearme una vez más con las fotos de la isla.

No me siento culpable por el pasado. Las palabras de mi madre no han hecho mella en mí. No hay nada por lo que tenga que hacer las paces con Poppy, y esta invitación es prueba de ello. Vamos a pasar unos días estupendos y a olvidarnos del mundo real que dejamos atrás.

Si Poppy siguiera albergando algún resentimiento, no nos habría invitado.

Ahora solo tengo que relajarme.

Van a ser unas vacaciones fantásticas.

2

Chloe
18 de mayo de 2023

Vale, creo que ya he hecho suficientes fotos. Este viaje en avión va a ser una auténtica locura.

No pensaba aceptar hasta que vi que Poppy corría con todos los gastos. ¿Desde cuándo Poppy Greer, nada menos que Poppy Greer, es una zorra tan rica? Mentiría si dijera que no siento ninguna envidia. Si yo tuviera su dinero viajaría en avión al menos dos veces a la semana, disfrutando de todos estos lujos. Pero ¿quién sabe? Si a las empresas con las que colaboro continúa yéndoles tan bien y a la gente le gustan las fotos de mis vacaciones…, ah, ¿qué podría pasar? ¿Que una de las grandes compañías aéreas —no sé, pongamos Emirates— quisiera patrocinar mis viajes en primera clase a cualquier lugar del mundo? Tal vez sea aspirar a demasiado, pero ¿sabéis qué?, voy a conseguirlo.

Ya solo entrar en la sala de espera del aeropuerto fue algo increíble. Disponíamos de una zona reservada para nosotras donde nos sirvieron un desayuno completísimo, con smoothies de fruta fresca y un gran surtido de pastas, yogures, quesos y muesli. Aunque Esther acabó comiéndoselo casi todo, diseñé un espectacular plato con lo que se nos ofrecía, incluyendo un vino excelente acompañado de frutos secos y olivas. Cerca de donde estábamos había algunos hombres de negocios tomándose su sencillo desayuno. No pareció hacerles mucha gracia mi improvisada sesión de fotos, pero lo siento mucho, caballeros, esto también es trabajo.

Estoy ya tan cerca del millón de seguidores…, lo estoy rozando con la punta de los dedos. Mi agente, una mujer delgadísima llamada Carla que seguro que se mantiene gracias a una dieta de palitos de

apio y estrés, me ha dicho que si las cosas siguen así puede que lo consiga el mes que viene. Se puso contentísima cuando le hablé de mi pequeña escapada con Poppy e insistió en que tomara fotos de todos los detalles del viaje. Ojalá hubiera podido traerme mi equipo profesional de iluminación, pero algunos de mis seguidores ya me han dicho que prefieren el look «natural» que he empezado a adoptar.

Al principio, cuando nos vimos en el aeropuerto, la situación fue un tanto incómoda. Llevábamos mucho tiempo sin hacer algo las cuatro juntas. Últimamente he estado procurando evitar a Annabel, por razones obvias. Y en estos momentos tampoco es que me haga mucha gracia verme con Tanya.

No tiene mucho mejor aspecto. Ni siquiera ha hecho el esfuerzo de arreglarse un poco para el vuelo; o sea, por Dios, viajamos en primera clase, al menos intenta aparentar que no estás fuera de lugar. Pero no, se ha puesto unos simples leggings y un jersey extragrande. Creo que trata de ocultar lo mucho que ha adelgazado, aunque eso no se puede disimular en la cara. Tiene el semblante demacrado, con grandes bolsas bajo los ojos. Tal vez debería darle algunos truquitos para intentar taparlas, porque, la verdad, se le da francamente mal esconder que le pasa algo.

Tampoco parece que Annabel o Esther se percaten del lamentable estado que presenta Tanya. Al llegar, Annabel soltó un gran chillido; corrió hacia nosotras, nos besó en las mejillas y nos dijo lo guapas que estábamos. Al menos ella sí se ha preocupado por lucir estupenda, aunque nunca entenderé cómo puede permitirse ese bolso de Prada si no trabaja.

—¿Cuánto hacía que no estábamos las cuatro juntas así? —preguntó Annabel, con esa estúpida voz aterciopelada que pone cuando quiere dárselas de algo.

—Nos vimos para hablar de las invitaciones —señaló Esther con una sonrisa.

Pensándolo bien, ella también va vestida como si intentara ocultar algo. Esther disfruta haciendo ejercicio (en mi opinión, eso es lo que dice la gente que está muy en forma para mostrar su superioridad ante el resto de las mortales que tenemos que sufrir para lucir un buen

culo). Debería llevar algo que le permitiera exhibir sus piernas y brazos tonificados, pero en vez de eso va tapada de arriba abajo con unos pantalones anchos y un jersey de manga larga con cuello cisne. Mientras esperábamos a que llegara Annabel apenas habló conmigo y con Tanya, distraída por los constantes mensajes que su novio le enviaba al móvil. Se mordía tanto el labio que se desgarró la piel, y además tenía los dientes manchados de pintalabios, aunque me lo estaba pasando tan bien preguntándome cuánto tiempo tardaría en darse cuenta que decidí no decirle nada.

Annabel despachó el comentario de Esther agitando la mano.

—Ah, ya sabes a lo que me refiero. No una comida rápida ni nada de eso. Ahora vamos a pasar unos días juntas. ¿No es genial?

—Oh, es fabuloso —dije, aunque no pareció percatarse de que me estaba burlando de ella porque me respondió con una gran sonrisa.

Tras embarcar en el avión nos acompañaron a nuestros asientos, y cuando digo asientos quiero decir suites, porque esto es realmente alucinante. Cada una consta de una zona para sentarse y una cama independiente, todo ello en tonos grises y blancos fríos y neutros. Nos han instalado en cuatro de las seis suites que hay en el avión. De las otras dos, una está vacía y la otra se encuentra en la parte de atrás, ocupada por un hombre trajeado de aspecto muy serio. Su calva reluciente hizo que se me escapara una risita, lo cual provocó que Esther me mirara poniendo los ojos en blanco.

Reconozco que el despegue me puso un poco nerviosa; cuando el avión se inclina ligeramente hacia abajo para volver a nivelarse, siempre me entra el pánico pensando que vamos a caernos. No entiendo a esa gente que disfruta con los despegues; es antinatural que los seres humanos volemos por los cielos, y estoy segura de que en cualquier momento las leyes de la física se encargarán de recordárnoslo y nos harán caer en picado.

El zumo de naranja y una toallita caliente me ayudaron a aplacar mis miedos. Me cubrí la cara con el paño, sabiendo que tenía maquillaje de sobra en la bolsa a mis pies, y cerré los ojos. Cuando el avión por fin se niveló y se apagaron las señales del cinturón de seguridad, solté un suspiro de alivio.

Ahora nos encontramos todas en mi suite. Tengo la impresión de que ninguna de nosotras se cree aún que estemos aquí y que vayamos a reunirnos con Poppy Greer en una isla de las Bahamas. Una parte de mí se había planteado si todo esto no sería una pequeña venganza final por lo ocurrido en el pasado; si, cuando llegáramos al aeropuerto, nuestros billetes no pasarían por el escáner, se nos quedaría cara de tontas y el personal de la aerolínea se reiría de nosotras y nos mandaría de vuelta a casita.

Esther había dicho algo parecido cuando quedamos para comer las cuatro hace unos meses, poco después de recibir las invitaciones. Llevamos nuestras tarjetas, las colocamos sobre la mesa junto a nuestras ensaladas César y comprobamos que Poppy nos había dado la misma información a todas. Solo cambiaban los nombres.

—Creo que no deberíamos ir —dijo Esther, negando con la cabeza ante la perspectiva—. Todo esto me parece un poco sospechoso.

—¿Qué tiene de sospechoso? —pregunté, haciendo girar un trocito de pollo pinchado en el tenedor. A mis seguidores, a mi «familia», como me gusta llamarlos (lo cual resulta fácil cuando tu verdadera familia son un padre en la cárcel y una madre alcohólica), les encanta que lleve una dieta tan saludable (recibí unos cien mil likes por una foto de aquella comida)—. Ella se encarga de pagarlo todo. —Para mí, eso era lo más importante.

Esther no estaba convencida.

—Pero ¿por qué va a pagarlo todo? ¡A nosotras! ¿Y por qué nos ha escogido como sus damas de honor cuando hace tanto tiempo que no nos ve?

—Por lo que pone en esta nota —intervino Annabel frunciendo el ceño—, aún no sabemos nada sobre la boda. Por ejemplo, ¿dónde se celebrará? ¿Y cuándo exactamente? Todo lo que tenemos es esta invitación a la despedida de soltera y la promesa de que nos dará más detalles.

—Pues ya nos enteraremos cuando estemos allí. No hay que darle más vueltas. Está claro que solo quiere saber cómo nos van las cosas. —Me encogí de hombros y usé el móvil para entrar en su Instagram—. Desde que nos sigue les ha estado dando likes a todas nuestras fotos.

Incluso ya lo ha hecho en la que acabo de colgar de esta ensalada.

Todas nos quedamos muy sorprendidas cuando empezó a seguirnos por Instagram hace ya un tiempo. Primero a mí, obviamente, pero pronto encontró las cuentas de las otras tres y les daba likes a todas nuestras fotos y stories en cuanto las subíamos. Incluso a las de Esther, una auténtica negada para las redes, que solo sube una foto cada tres meses y que tiene menos de mil seguidores. Tampoco es que la cuenta de Poppy tenga muchos más, pero al menos ella publica bastantes cosas. Las primeras fotos eran sobre todo de la vida nocturna londinense, imágenes borrosas de cócteles y discotecas, y luego también había algunas de lo que debía de ser su propia obra artística o de gente que admiraba (a Poppy le chiflaba el arte), pero a ninguna se nos escapó aquella foto en la que se apreciaba un anillo de diamantes resplandeciendo en su mano izquierda.

Fue idea de Annabel que la siguiéramos nosotras también, solo para echarnos unas risas. A ver, yo solo sigo a celebridades, pero las otras tres empezaron a hacerlo y así podíamos ver cómo le iba. Y tengo muy claro que no fui la única que se murió de envidia al ver aquel anillo; ¿cómo era posible que Poppy Greer, nada más y nada menos que Poppy Greer, se hubiera agenciado un hombre con tanto dinero?

Después de aquello llegó un aluvión de fotos relacionadas con la boda, desde los vestidos que se estaba probando hasta la búsqueda de posibles lugares para celebrar el enlace. Colgó una selección final de posibles vestidos de novia, y aquello fue de lo más divertido. Una noche nos emborrachamos en mi casa y votamos cuál era el que más nos gustaba. Yo me decanté por un modelito de seda muy ceñido de Versace, pero las demás escogieron opciones más tradicionales. Aquello acabó convirtiéndose en una especie de juego entre nosotras: ¿qué sería lo siguiente que subiría Poppy a Instagram? ¿Y mostraría alguna de esas fotos qué aspecto tenía ahora? Porque en ninguna de aquellas imágenes nupciales se le veía la cara.

Un par de meses antes de recibir las invitaciones, Poppy había subido una story en la que se veían varias tarjetas con un diseño de lo más elegante y se preguntaba a quién debería invitar a su boda.

«Han pasado muchos años desde que no veo a alguna gente —

escribió—. ¿No sería divertido hacer una especie de reunión de antiguas alumnas?».

—Seguro que te llama a ti, Tanya —bromeé en aquella ocasión—. Tú serás su dama de honor.

—Como si fuera a acordarse de nosotras —replicó ella, poniendo los ojos en blanco—. Me asombra incluso que esté pensando en invitar a gente del instituto.

Pues imaginaos cuál no sería nuestra sorpresa cuando llegaron a nuestra puerta las invitaciones a su despedida de soltera. No solo para Tanya, sino para todas nosotras.

Cuando nos reunimos para decidir lo que hacer, me las quedé mirando con una gran sonrisa.

—Hey, si está dispuesta a pagarnos unas vacaciones en las Bahamas, creo que Poppy Greer podrá convertirse por fin en una de las nuestras.

Annabel también sonrió, pero aun así seguía reticente.

—No creo que ninguna de nosotras se mostrara tan generosa en su propia despedida de soltera.

—¡Sobre todo porque a ella nunca la invitaríamos! —solté yo entre risas.

Tanya, que hasta entonces había estado perdida en sus pensamientos, frunció el ceño.

—Tal vez no se trate de eso. Quizá deberíamos plantearnos ir para…, ya sabéis, ver cómo está. Después de todo lo que pasó.

—¿Es que echas de menos a tu vieja amiguita? —la provoqué—. No irás a decirme que te sientes mal por ella.

—Solo digo que… —Tanya apartó su plato a medio comer—. Fuimos muy duras con ella, sobre todo al final. Esta podría ser una oportunidad de hacer borrón y cuenta nueva. De dejar de cargar con todo aquello a nuestra espalda.

—¿Quién está cargando con nada? —saltó Esther—. Porque yo no.

—Deberíamos ir todas —dijo Tanya—. Creo que es importante.

—Y aunque Poppy siga siendo un bicho raro, nosotras estaremos en una isla privada disfrutando de una estancia de lujo durante cuatro días —añadí yo, ignorando el suspiro irritado de Tanya.

Esther cedió al fin, alzando las manos como si fingiera rendirse.

—Vale, vale, yo iré. Iremos todas.

Annabel asintió.

—Bien, de acuerdo. Pero solo pienso ir por las playas de arena blanca y por los cócteles, no para una sesión de terapia sobre el pasado.

—¡Hurra! —Levanté mi copa de vino—. Brindemos por ello.

—Si consigo que me den unos días libres… —murmuró Esther, pero al final sonrió y alzó también la suya—. ¡Por las Bahamas!

—¡Por las Bahamas! —coreamos todas.

En este momento la conversación vuelve a centrarse en Poppy. Yo estoy acomodada en la butaca de mi suite, mientras que Esther y Annabel están sentadas en la cama y Tanya se encuentra de pie junto a la entrada. Acabamos de almorzar y una auxiliar de vuelo viene a ofrecernos café. Todas aceptamos. Cuando se marcha después de habernos servido, podemos hablar con tranquilidad.

—Me pregunto qué aspecto tendrá ahora —digo, acordándome de la Poppy de tiempo atrás—. En su Instagram nunca cuelga fotos de ella.

¿Sabéis que siempre hay alguien en la escuela que no acaba de encajar, aunque a simple vista parece un niño o una niña de lo más normal? No hay nada malo en ellos, no tienen ningún rasgo que provoque burla o risa. Y aun así siempre están al borde del precipicio, nunca consiguen unirse a ningún grupo y tampoco pillan de qué va el chiste, porque lo más probable es que el chiste vaya sobre ellos.

Pues esa era Poppy Greer. Sí, claro, estaba un poco gordita y nosotras no dudábamos en recordárselo (me acuerdo de que hubo una época, cuando teníamos doce o trece años, en que estuvimos llamándola Poppy Glotona durante meses), pero había algo en ella que hacía que nadie quisiera ser su amigo. Tenía una personalidad rara y obsesiva; se colgaba con algunos temas y siempre estaba hablando de ellos, como *La guerra de las galaxias* o incluso algún concurso televisivo de repostería. Pero lo más extraño de todo era lo que pintaba, de lo más siniestro. Le encantaba el arte y siempre exhibían sus cuadros en la escuela. Con dieciséis años todavía llevaba aparato. A los profesores les caía bien y siempre era de las primeras de la clase. Ya sabéis, una de esas.

Nunca imaginé que pudiera triunfar en la vida, porque por mucho que el mundo se empeñe en fingir lo contrario, siempre recompensa a la gente atractiva y segura de sí misma. O sea, fijaos en mí. Yo suspendí la secundaria con tres D de deficiente, pero no importa porque las copas D de mi sujetador me reportan miles de libras todos los meses gracias a mis fotos en biquini. Mirad también a Annabel: guapísima, rubia, con una nariz más perfecta que la mía aunque yo me la haya operado, y además está con un tipo estupendo como Andrew y no necesita ganar su propio dinero. Por su parte, Esther es mucho más normalita, a pesar de vestir muy bien y tener un cuerpo de escándalo, y por eso se dedica a ese aburrido trabajo en inversiones bancarias. Y en cuanto a Tanya…, cuanto menos se diga de ella en estos momentos, mejor, pero tampoco es que sea un adefesio. Es todo por culpa de su trabajo en eventos de alto nivel. Puedes ser el alma y la salsa de la fiesta, y aun así dar la impresión de que te ha atropellado un autobús.

—Era una chica muy inteligente —comenta Esther—. Quizá trabaje también en inversiones bancarias.

—Puede que se haya abierto camino sin necesidad de recurrir a enchufes —señala Annabel con una sonrisa maliciosa.

Esther decide hacer caso omiso de la indirecta y da un sorbo a su café.

—Ni siquiera sé qué fue de ella después de acabar la secundaria. ¿No se mudó con su familia?

—Me parece recordar algo así —digo yo—. ¿No era su hermana pequeña aún más lista que ella? A lo mejor se trasladaron a otra parte del país para que fuera a algún instituto pijo para genios.

—Va a ser muy raro volver a verla —dice Annabel—. No os lo vais a creer, pero mi madre ha intentado decirme que esta sería una buena oportunidad para arreglar las cosas.

—No sabía que todavía te hablaras con tu madre —le dice Tanya, y ella se ruboriza.

—Me ha llamado esta mañana justo cuando estaba esperando el taxi —responde Annabel atropelladamente—. No me di cuenta de que era ella quien llamaba; pensaba que el conductor no encontraba la dirección.

—Normal —concede Esther—, con todas esas mansiones tan impresionantes. ¿Y qué quería decir tu madre con eso de arreglar las cosas? ¿Qué cosas?

Annabel y Esther siempre tienden a fingir que no pasó nada durante nuestra época en el instituto. Yo lo veo de una forma más honesta. O sea, este año vamos a cumplir los veintiocho; si no podemos admitir algo tan obvio como lo que le hicimos a Poppy Greer, es que somos bastante inmaduras.

—Eso es lo que he intentado proponeros durante el almuerzo. Podemos decirle a Poppy que sentimos mucho cómo nos comportamos con ella —sugiere Tanya—. Y que estamos muy emocionadas por ser sus damas de honor.

—¿Quién se disculpa por algo que ocurrió hace diez años? —pregunta Annabel—. No, creo que no debemos mencionar nada. Así será más fácil.

—Estoy de acuerdo —conviene Esther—. No diremos nada de nada. Sobre todo tú, Chloe.

Frunzo el ceño. Se quedaría de piedra si supiera algunas de las cosas que les oculto a todas.

—Aquí el tema es con quién se va a casar Poppy —prosigue Annabel.

—Eso es cierto —digo con una risita—. ¿Quién diablos querría casarse con Poppy Glotona?

Todas nos echamos a reír y el ambiente se relaja un poco.

Poppy se reunirá con nosotras en la isla, así que no estoy segura de si habrá tomado un vuelo distinto y ya lleva unos días allí. Da la impresión de que está añadiendo deliberadamente cierto suspense al momento de encontrarnos con ella, aunque tampoco la culpo por ello. Habría resultado un tanto incómodo compartir un vuelo de nueve horas hasta llegar a nuestro destino.

También pienso, y no por primera vez, que quizá nos ha escogido como sus damas de honor porque no tiene otras amigas. Puede que nosotras seamos las personas más cercanas a ella.

Y eso sí que es triste.

Las otras vuelven a sus suites. Tanya anuncia que va a dormir

durante el resto del viaje y que no la molestemos, mientras que Esther piensa ponerse al día con algunos correos de trabajo y contestar a su novio, Brad, que ya le ha enviado como una docena de mensajes. Solo Annabel y yo disfrutamos de los lujos que ofrece el vuelo; puedo oír vagamente que está viendo una película y que pide más comida, y yo pienso hacer lo mismo en cuanto acabe de subir otra fotografía mía a Instagram.

Estoy tumbada en la cama, sosteniendo el móvil por encima de mi cara y viendo cómo mi melena se extiende sensualmente en torno a mi cabeza como un halo de pelo teñido. «Una manera mucho más agradable de ingresar en el Mile High Club que montárselo en el baño del avión», escribo debajo, sabiendo que tal vez me esté pasando descaradamente de la raya, pero también que estas publicaciones ocasionales me proporcionan muchos más likes. En efecto, ya tengo cientos de respuestas, junto con algunos comentarios desesperados de viejos patéticos diciéndome cómo les gustaría estar conmigo aquí arriba. Seguid soñando…

Después de ver una película y de otra fabulosa comida acompañada de varias copas de vino, la azafata entra para ofrecerme una última bebida y pastel.

—Estamos a punto de llegar —me informa, mientras admiro su moño tan prieto e impecable y lo reluciente que se ve su maquillaje pese a llevar tanto tiempo sin parar de aquí para allá—. Espero que haya disfrutado del vuelo.

—Ha sido mágico —respondo, pero en cuanto se enciende la señal de abrocharse el cinturón de seguridad que anuncia que vamos a aterrizar, vuelvo a sentir los nervios oprimiéndome el estómago.

3

Tanya
18 de mayo de 2023

El folleto que Poppy adjuntó con las invitaciones no consigue captar en su totalidad la belleza de este lugar.

Al llegar al muelle ya se percibe que todo cuanto nos rodea parece más nítido y brillante. A lo lejos veo la isla donde vamos a quedarnos, una pequeña franja oscura sobre la línea del horizonte en medio de todo ese azul. Hemos tardado casi una hora en llegar desde el aeropuerto, las cuatro apretujadas incómodamente en un caluroso taxi, y me he pasado la mayor parte del trayecto con los ojos cerrados intentando evitar la migraña que amenazaba con desencadenarse por culpa de la atmósfera cerrada y asfixiante del interior del vehículo. Por no mencionar lo mal que ya me sentía. Pero ahora que estamos aquí el aire parece mucho más fresco, diametralmente opuesto a los humos y la polución del ambiente de Inglaterra.

Una parte de mí sigue queriendo volver a casa, no tener que enfrentarme a lo inevitable. Sin embargo, hay otra que desea quedarse aquí para siempre, vivir en una isla lejos de todo sin pensar en lo que me espera cuando regrese. Aun así, resulta muy duro. De vez en cuando el corazón empieza a latirme muy deprisa, como si quisiera escapárseme del pecho, y las manos me tiemblan de forma descontrolada. Recordatorios constantes, decididos a quebrar mi voluntad.

Al final del muelle, de pie junto a una pequeña embarcación, hay una mujer de mediana edad que alza la mano a modo de saludo y nos hace gestos para que nos acerquemos. No es lo que me esperaba; me había imaginado a una guapísima rubia de piel bronceada, con largas

piernas y cuerpo atlético, vestida con ropas hippies. En cambio, la mujer que nos espera es bastante normalita, lleva unos leggings con estampado floral y va calzada con unas recias botas. Sonríe ampliamente, dejando entrever algunas arrugas.

—Así que no va a venir a ayudarnos con el equipaje —murmura Annabel, echándose el bolso al hombro—. Qué menos para un servicio de primera clase.

Me dan ganas de decirle que estamos a solo veinte metros y que su maleta tiene ruedas. Pero me muerdo la lengua, que a menudo es lo mejor que se puede hacer con Annabel.

Conforme nos acercamos, me pregunto qué pensará la mujer de nosotras, cuatro jóvenes demasiado arregladas tirando de sus maletas sobre unos tacones altos. Yo soy la que va más sencilla con mi jersey holgado, pero aun así resulta un tanto excesivo, sobre todo con este calor. No ha sido la mejor elección para alguien que intenta desesperadamente no sudar, pero tampoco es que me lo pueda quitar ahora. La mujer va vestida de forma mucho más práctica, y cuando por fin estamos frente a ella me parece atisbar en su rostro una expresión ligeramente divertida.

—Vosotras debéis de ser el grupo de la despedida —nos saluda, y su voz tampoco es la que me esperaba. Al verla más de cerca, con la piel morena curtida por el sol y con el pelo recogido en una coleta baja poco favorecedora, pensé que sonaría más áspera, casi masculina. Pero, una vez más, me sorprende con un suave y sincopado acento de Gales. No me había dado cuenta de que no era nativa—. ¡Bienvenidas! Espero que el viaje hasta aquí haya ido bien.

—Estupendo —responde Esther—. Este lugar es precioso.

—Nunca acabas de acostumbrarte a tanta belleza —dice la mujer, asintiendo con la cabeza y dejándonos otro momento para que contemplemos el paisaje—. Por cierto, me llamo Robin. Me encargaré de llevaros sanas y salvas al lugar donde vais a alojaros. —Levanta una mano y señala hacia la franja oscura sobre el horizonte que había visto antes—. Esa es la isla donde vais a estar. La Bahía del Hombre Muerto.

El nombre sigue provocándome escalofríos. Robin lo nota y me

dirige una pequeña sonrisa.

—No hay de qué preocuparse —me tranquiliza—. El nombre suena más inquietante de lo que es en realidad. Se trata de un enclave histórico, fundado por un marinero que naufragó en estas costas. Se casó con una mujer del continente y construyeron una casa en la isla, aunque ya no queda nada de ella. Y sobre aquel emplazamiento el actual propietario edificó la nueva vivienda, donde vais a alojaros. Así que nada de muertes terroríficas, os lo prometo.

—¿No eres tú la propietaria de la isla? —pregunta Chloe, que finalmente se digna escuchar tras haber sacado una foto del final del muelle.

Robin se echa a reír.

—Ya me gustaría. No soy más que la encargada del servicio de transporte entre tierra firme y la isla. Pero los propietarios viven en Estados Unidos, así que me dedico a supervisar el funcionamiento cotidiano de la isla.

Me parece un trabajo de lo más agradable. Examino a Robin, esa mujer educada y encantadora que sin lugar a dudas es originaria de Gales. ¿Por qué razón se habrá trasladado a un lugar tan remoto como este?

Tal vez debería dejar de imaginarme que todo el mundo está huyendo de algo, aunque tengo la sensación de que yo he estado haciéndolo toda mi vida.

Robin se adelanta para ayudarnos. Va cogiendo nuestras bolsas y maletas por turnos y las sube a bordo. Lo hace con gran pericia; un pie en el muelle y el otro en el barco, con aplomo y sin perder el equilibrio mientras la embarcación se balancea con el suave oleaje. Una vez que el equipaje está cargado, alarga una mano hacia nosotras para ayudarnos a subir.

—Yo me mareo mucho —dice Annabel indecisa, vacilando al borde del muelle—. ¿Cuánto dura la travesía?

—Esta tarde hay buena mar —responde Robin—. No debería llevarnos más de media hora, cuarenta minutos como mucho. Pero si tenemos el viento en contra, podríamos tardar hasta el doble.

—¿Tanto tiempo? —Annabel se gira para mirarnos. Tiene la cara

muy pálida—. ¿Y estaremos allí totalmente solas?

—Disponéis de un teléfono de emergencia conectado por línea fija —afirma Robin—, y si eso falla también hay bengalas que se pueden ver fácilmente desde aquí. Pero nadie ha tenido que usarlas nunca.

Vuelve a tender la mano con brusquedad. Annabel admite su derrota y sube a la embarcación, tambaleándose sobre sus tacones hasta que por fin se sienta en el largo banco situado en la parte posterior. Esther sube a continuación, sin quejarse; toma asiento junto a Annabel e incluso le da un pequeño apretón en la mano para tranquilizarla.

Chloe parece ansiosa por embarcar; ni siquiera necesita ayuda, sube por sí sola y toma asiento junto a las otras dos. Pero justo cuando me dispongo a darle la mano a Robin, Chloe salta de pronto, como si se le acabara de ocurrir:

—¿Y si se desata una tormenta?

—¿Una tormenta? —Robin se detiene con aire pensativo, dejando mi mano suspendida en el aire—. Algunas noches suele haber tormentas con gran aparato eléctrico, pero no es algo de lo que haya que preocuparse.

—Pero, si se desencadena una tormenta de las fuertes, ¿podrías venir a rescatarnos? —insiste Chloe, con un brillo en los ojos que me indica que está intentando asustar a Annabel. Y funciona: esta aprieta con fuerza el muslo de Esther.

Robin alza las manos en señal de rendición.

—Debo admitir que, en ese caso, tendría que recurrir a ayuda del exterior. Solo si la tormenta es realmente fuerte. Pero, repito, eso nunca ha sucedido. Vais a estar muy bien. ¡No lo olvidéis, chicas, esto son unas vacaciones, no un campamento militar!

Miro hacia la isla y me doy cuenta de lo pequeña y lejana que parece. El cielo se halla despejado, sin una sola nube. El viento está en calma.

Aun así… Vuelvo la cabeza hacia tierra firme, hacia la tranquilidad de saber que la ayuda llegaría de inmediato.

—Tú eres Tanya, ¿verdad?

Me sobresalto al oír mi nombre. Robin me está esperando con la

mano tendida.

—Me han dado un pequeño dosier de información con vuestros nombres —dice a modo de explicación—. ¿Lista para embarcar?

Hay algo en todo esto que me causa desazón, pero ahuyento el pensamiento y le tomo la mano.

Una vez instaladas las cuatro, Robin se coloca en la proa. El rugido del motor empieza a despertar de su modorra, haciendo que Annabel e incluso Chloe se sobresalten.

A medida que la embarcación va cobrando velocidad y se adentra en las aguas del océano, el viento, ahora mucho más potente, nos da en la cara y nos empuja hacia atrás. Me alegro de que por fin nos movamos y de poder respirar aire fresco. Noto la cabeza más pesada que las maletas de Chloe, y antes de zarpar me preocupaba ser yo la que fuera a vomitar por la borda.

—Debo advertiros —grita Robin por encima del ruido del motor y de las olas— de que dentro de cinco minutos perderéis la conexión wifi. En la isla hay cobertura, pero no es muy fiable. Me temo que, en cuestión de acceso a internet, la Bahía del Hombre Muerto no ha llegado aún al siglo XXI.

Ahora es Esther quien se muestra horrorizada.

—¿Que no hay wifi? No creo que pueda aguantar durante cuatro días con mis datos móviles.

Chloe también protesta.

—¿Cómo se supone que voy a subir las fotos y los vídeos de mis vacaciones si no hay internet?

—¡Esto es una aventura! —exclama Robin—. Y, además, estáis aquí por la novia.

Chloe ya está subiendo sus últimas imágenes a Instagram, mientras que Esther teclea con ansiedad en su móvil.

Estamos aquí por Poppy. Eso es lo que intenté hacerles entender a las otras, pero resulta extraño que ahora vaya a ocurrir realmente. Después de todos estos años, por fin vamos a volver a encontrarnos cara a cara.

Por mi parte, no puedo quitarme de la cabeza a la chica que dejamos diez años atrás. Se me hace muy raro pensar que ahora es

una persona adulta, al igual que nosotras, y que lleva una vida independiente de nuestra influencia.

¿Nos habrá perdonado? ¿A mí, en especial?

A veces me quedo mirando a las otras y me entran ganas de gritárselo a la cara. ¿Es que no os importa lo que hicimos en el pasado? ¿No seguís pensando en ello de vez en cuando? Porque yo hay días, sobre todo desde que recibí la invitación, en que no puedo pensar en otra cosa.

No se ve a nadie más mientras surcamos las aguas en dirección a la isla, tan solo la inmensa y desierta extensión de océano que nos rodea. Recuerdo mi diminuto apartamento, el moho que se forma en el cuarto de baño porque no tiene ventana y cuenta solo con un pequeño extractor que nunca consigue hacer bien su labor, por mucho que diga el casero.

Empiezo a preguntarme si a Robin no le importaría compartir el trabajo.

—¿Cómo te encuentras, Annabel? —grita Robin, la única de nosotras que parece recordar que suele marearse.

Se la ve un poco pálida, pero por lo demás no muestra signos de estar indispuesta. Levanta débilmente los pulgares.

—Bien. Era peor cuando aún estábamos en el muelle y todo se balanceaba.

—Sabía que no te pasaría nada —dice Robin—. Vas a disfrutar de una magnífica despedida de soltera. ¿Cuándo es la boda?

Sus palabras nos descolocan a todas.

—¿La boda? —pregunta Annabel—. ¿Mi boda?

—Eres la novia, ¿no? —dice Robin sin dejar de mirar al frente. El oscuro contorno de la isla resulta ahora más visible, va creciendo en el horizonte—. Una de tus damas de honor ha venido antes para preparar vuestra llegada.

¿Cómo ha sacado esa conclusión equivocada?

A pesar de lo que les dije a las demás, yo también tuve mis reservas sobre este viaje desde el principio. De hecho, desde que recibí la invitación, tres meses atrás. La primera señal de alarma fue que me llegara por correo normal. Hace mucho tiempo que nadie me envía

cartas o postales. Por eso, cuando vi algo que no era una factura en el suelo delante de mi puerta, se me erizó el vello de la nuca, una sensación primigenia de peligro: aquí hay algo que no va bien.

Y la cosa fue a más cuando descubrí que era una invitación a esta isla en las Bahamas. Para ser la dama de honor de Poppy Greer. En aquel momento no tenía ni idea de que las demás también habían sido invitadas. Pensé que se trataba de algún tipo de broma enfermiza, y a punto estuve de hacer trizas la tarjeta, el folleto y los billetes de avión.

Pero no lo hice. Me senté un rato con los papeles en el regazo y me quedé pensando en esos pasajes en primera clase. En lo que podrían significar. Unas horas más tarde, Annabel nos llamó a todas para preguntarnos si habíamos recibido también la invitación. Así que no era yo sola.

Me sigue resultando penoso pensar en el pasado. Una parte de mí se pregunta si todo lo que me ocurre ahora no será una especie de castigo por lo sucedido entonces. Que el universo me está diciendo que me merezco lo que me pasa. Soy un ser humano horrible. Tal vez, en cierto sentido, sea egoísta por mi parte considerar este viaje como una oportunidad para buscar el perdón.

Las otras están expectantes por saber qué aspecto tendrá ahora Poppy.

A mí me preocupa más descubrir qué pensará de nosotras.

—Creo que no lo has entendido bien —le dice Esther a Robin.

Pero a Annabel parece divertirle mucho la confusión. Echa la cabeza hacia atrás y se ríe con ganas.

—Pues claro. Yo soy la novia. ¿No es así, chicas?

—Claro —responde Chloe sonriendo.

De todos modos, hay algo que sigue sin encajarme. ¿Qué le habrá hecho pensar a Robin que Annabel es la novia?

—Solo vosotras cinco —dice esta, asintiendo con la cabeza—. Una despedida bastante íntima, aunque quizá sea mejor así.

—¿Te sientes mejor ahora, Tanya? —me susurra Chloe, de nuevo con ese brillo malicioso en los ojos—. Poppy no se ha echado una nueva amiguita.

Las tres nunca han dejado que olvide que Poppy y yo habíamos sido

buenas amigas. Supongo que éramos eso que se llama mejores amigas. Fuimos juntas a la escuela primaria, quedábamos todos los días en casa de una o de la otra y nos lo pasábamos en grande charlando e inventando historias imaginarias para matar el tiempo. Pero cuando empezamos a ir a la secundaria y me hice amiga de las otras tres, Poppy y yo nos fuimos distanciando. Fue una de esas cosas que pasan. O, al menos, eso era lo que yo me decía.

De vez en cuando les gusta recordarme que estuve muy cerca de ser como Poppy. Excluida de todo, siempre al margen.

—Cierra el pico, Chloe —le suelto con brusquedad, pero ella me sonríe.

Robin, ajena a nuestra discusión, continúa hablando:

—Llegaremos allí antes de que os deis cuenta.

Permanecemos calladas durante el resto del viaje. Una sensación de apacible tranquilidad se instala en la pequeña embarcación, con las cuatro sentadas en nuestros duros asientos blancos, pero cada una perdida en su propio mundo. Como dijo Annabel en el aeropuerto, llevábamos mucho tiempo sin juntarnos todas para algo así. En los últimos meses ha habido algunas comidas ocasionales, aunque nunca las cuatro juntas, y siempre algo apresurado y sin complicaciones: pedir los platos y las bebidas, ponernos rápidamente al día de nuestras vidas, contarnos por encima lo que hemos estado haciendo, y luego dividir la cuenta y cada una para casa.

De modo que resulta un tanto incómodo, casi violento, estar las cuatro ahora aquí, pasando más tiempo juntas del que hemos pasado en muchos años. Todo era más fácil cuando quedábamos entre nosotras solas, una a una. Sobre todo con Annabel, por muy culpable que me sienta al respecto. Últimamente Esther se ha mostrado un poco reacia a que nos viéramos. Y en cuanto a Chloe, he intentado evitarla todo lo posible para que deje de mirarme con esa expresión horrorizada. Lo ha hecho incluso en el aeropuerto, juzgándome con esos ojos escrutadores que parecen gritarle al mundo entero que me pasa algo malo. Estoy segura de que las tres deben de haber quedado sin mí. A veces me pongo muy irritable, lo sé. Soy consciente de mis defectos. Y también sé que en los últimos tiempos no ha resultado fácil

estar conmigo.

Aunque tampoco soy yo la única culpable de ello.

Nos aproximamos a la isla y, ahora que estamos mucho más cerca, me doy cuenta de lo pequeña que es realmente. Lo comento en voz alta y Robin asiente, al tiempo que apaga el motor y acerca la embarcación al muelle, idéntico al que hemos dejado atrás.

—Unas ocho hectáreas en total —nos informa—. Pero dan mucho de sí.

A diferencia de aquel, este muelle no parte de una playa de arenas blancas, sino que se adentra directamente en la isla a través de un camino de tierra rodeado de árboles y arbustos. Más allá, alzándose al fondo, se ve una pequeña montaña cuya ladera rocosa está surcada por senderos que serpentean hasta la cima.

Robin amarra la embarcación a un poste del muelle y después nos ayuda a bajar. Al verme mirar hacia la montaña, explica:

—Yo la llamo el pico del Hombre Muerto, pero no tiene un nombre oficial. Desde aquí abajo parece más intimidante de lo que es en realidad. Hasta los niños pueden recorrer tranquilamente esos senderos; tan solo hay que tener cuidado de no caerse una vez que estás arriba. —Se permite esbozar una sonrisilla, señalando con la cabeza hacia nuestros zapatos—. Si pensáis subir allí, espero que hayáis traído algo más apropiado que esos tacones.

—Tranquila, yo no pienso moverme de la playa —dice Chloe, aunque parece poco impresionada por el entorno—. Porque habrá una playa, ¿no? ¿O es solo este terreno fangoso?

—No te preocupes, en cuanto hayamos cruzado ese camino podrás verlo por ti misma —la tranquiliza Robin. Va descargando nuestras maletas en el muelle, mientras se asegura de que las agarramos bien —. ¡No querréis que salgan rodando y se caigan al mar! Aunque al menos veríamos dónde caen.

Tiene razón; aquí el agua es incluso más cristalina, y no muy profunda. El fondo arenoso está aproximadamente a un metro.

—¡Oh! —La leve exclamación de Chloe hace que todas nos giremos hacia ella. Está señalando al frente, hacia el camino que conduce a la parte central de la isla—. ¿Esa es Poppy?

Una mujer se acerca caminando hacia nosotras.

—Pues ya estamos todas —dice Robin—. Debe de haber oído el motor. La fiesta nupcial ya está completa.

4

Esther
18 de mayo de 2023

Las otras no han tenido ningún problema. Cuando se planteó la posibilidad de hacer este viaje, no les importó la cuestión de poder tomarse cuatro días libres, tan solo se preocuparon de si tendrían suficientes biquinis para lucir.

En cambio, para mí implicó una larguísima conversación con mi jefe, un hombre que sigue considerando que las mujeres profesionales de mi edad van a ponerse a tener bebés en cualquier momento y que siempre está buscando alguna excusa para deshacerse de nosotras antes de que se confirme el temido embarazo. No le hizo ninguna gracia, pero es amigo de mis padres y no me he tomado un solo día libre en más de un año, así que no hubo mucho que pudiera hacer aparte de expresar su profunda decepción conmigo por habérselo anunciado con tan poca antelación (tres meses) y en un momento tan crítico (¿y cuándo no lo es?).

En mi móvil hay una gran cantidad de correos de trabajo sin leer que tengo pensado revisar durante este viaje. A fin de aliviar el estrés, me paso una mano por mi collar favorito, una cadena de oro con la palabra «Esther» escrita en cursiva, perfilando mi nombre sobre el cuello.

Sigo muy molesta con el comentario que ha hecho Annabel en el avión acerca de los enchufes. Siempre le ha gustado creerse que es mejor que nosotras, más inteligente, más competente…, y tengo que reprimirme con todas mis fuerzas para no decirle lo vacía que se ha vuelto su vida. Yo al menos estoy haciendo algo con la mía.

A su marido, cómo no, le ha parecido estupendo que se pase cuatro

días fuera. En cambio mi pareja, Brad, se lo ha tomado como otra señal de que no estoy suficientemente comprometida con nuestra relación, a pesar de que ya llevamos tres años juntos. La noche anterior me dejó muy claro lo mal que se sentía con todo este asunto. Se lo contaría a las otras, pero están tan absortas en su propio mundo que ni siquiera fingirían escucharme.

A decir verdad, no sé por qué sigo siendo amiga de ellas. ¿No es un poco triste, en realidad, que las cuatro continuemos aferrándonos las unas a las otras desde el instituto? La mayoría de la gente sigue adelante con sus vidas y no se imagina manteniendo una amistad tan estrecha con sus viejos compañeros de clase. Ni siquiera en la época universitaria, cuando me marché a Warwick, conseguí librarme de ellas. Las tres se quedaron por la zona; Annabel fue a la Universidad de Bristol, Tanya a la Universidad del Oeste de Inglaterra y Chloe se dedicó a hacer uno de sus efímeros cursos de formación profesional antes de descubrir Photoshop. Aquella fue mi oportunidad de romper con ellas, pero lo cierto es que hacer amistades en la universidad resultó más difícil de lo que me esperaba. Sí, claro, tuve algunas amigas, pero después de licenciarnos todas se marcharon a Londres para hacer sus vidas, felices en sus burbujas que no me incluían.

Así que acabé volviendo con estas tres, y desde entonces no nos hemos separado. Incluso después de que Tanya se mudara a Londres por su nuevo trabajo, regresaba tan a menudo que era como si siguiera viviendo aquí. A veces me miro en el espejo y, al ver los pequeños surcos que empiezan a salirme en el entrecejo, me pregunto cómo han pasado tan rápido los años.

Estoy tan abstraída en mis pensamientos que hasta que Tanya no me da un codazo no me doy cuenta de que todas tienen la vista clavada al frente. Sigo su mirada, y entonces yo también me quedo alucinada al ver a la mujer que se acerca a nosotras.

—Esa no puede ser Poppy —dice Chloe, totalmente boquiabierta.

—Es Poppy —asegura Robin, ajena a nuestra conmoción y nada extrañada por el hecho de que no estemos seguras de si es o no ella.

Poppy Greer era una chica gordita y desmañada, con aparatos dentales y el pelo castaño claro grasiento. Tenía los hombros un poco

encorvados, seguramente porque siempre caminaba mirando al suelo. Había en ella un aire de desesperación que la seguía a todas partes como un mal olor, y en los días calurosos también podía haber algo de eso.

No puede ser Poppy Greer la que camina hacia nosotras, alta, esbelta y oliendo a canela, una fragancia tan intensa que podemos percibirla aunque se ha detenido a un metro de distancia. Lleva unas sandalias planas con las que aun así nos saca una cabeza a todas, incluso a mí, y un vestido abierto de punto con cuello halter que apenas logra ocultar su cuerpo atlético y bronceado resaltado por un biquini de color naranja vivo. No es solo su apariencia física, por muy distinta que sea a como la recuerdo —está claro que se ha puesto unos labios más carnosos y se ha operado la nariz, y que se ha perfilado las cejas para enmarcar su rostro de facciones angulosas—, sino también su pose y su actitud. Es una persona totalmente nueva. Camina con la espalda erguida y el mentón alzado, y desprende un aire de serenidad, una presencia tranquila pero fuerte, que nos deja muy claro que ya no tiene miedo de estar ante nosotras.

Oh, Dios, ¿tenemos que abrazarla? ¿Cuál es el protocolo en estos casos? Chloe parece estar pensando lo mismo y alza titubeante los brazos al frente, antes de extenderlos hacia los lados al ver que Poppy no se mueve.

En otras circunstancias me habría abalanzado para abrazar a quien fuera que tuviera delante tanto si le gustaba como si no, porque soy de ese tipo de personas. Pero estas no son unas circunstancias normales. Se trata de Poppy Greer. Y no la Poppy Greer que conocíamos, sino una nueva Poppy, atractiva y segura de sí misma, que hace que todo mi cuerpo se tense.

—Hola a todas —saluda. Incluso su voz ha cambiado. Antes siempre temblaba ligeramente, dejando traslucir su nerviosismo. Ahora es una voz grave y controlada—. Me alegro mucho de veros.

Es en sus ojos donde aún se percibe que es la misma Poppy de siempre, en ese azul brillante que representa sin duda su mejor atributo físico. Y ahora que está más cerca puedo ver también ese reguero de pecas que salpican su rostro de una mejilla a la otra,

surcando su nueva nariz. El pelo también es el mismo, aunque en vez de estar humedecido por la grasa ahora lo está por el agua del mar; lleva la melena de color castaño claro peinada hacia atrás y recogida en una coleta que cuelga sobre un hombro.

—No puedo creer que seas tú —dice Chloe, siempre directa al grano —. ¡Estás tan distinta!

Poppy se echa a reír al oírlo, un breve tintineo que me suena a falso.

—Me temo que sí soy yo. ¿Debo tomármelo como un cumplido?

—¡Por supuesto! —Chloe no tiene el menor sentido del tacto—. Tienes que pasarme el nombre de tu entrenador personal.

—En realidad, lo he conseguido todo por mí misma —afirma Poppy.

Justo cuando empiezo a preguntarme si vamos a quedarnos plantadas eternamente en el muelle escuchando los groseros comentarios de Chloe sobre lo mucho que ha mejorado Poppy, Robin toma las riendas de la situación.

—Ya que estoy aquí, voy a haceros un recorrido por la isla. De paso podéis dejar el equipaje en vuestros alojamientos.

Emprende la marcha por el camino de tierra, y las demás la seguimos. De forma no premeditada, más bien natural, el grupo se divide en parejas: Robin y Annabel delante, esta última disfrutando claramente de hacerse pasar por la novia un rato más; Poppy y Chloe en medio, y Tanya y yo cerrando la comitiva. Mientras vamos caminando, Tanya alza las cejas y señala con la cabeza al frente.

—¿Qué opinas de Poppy? —me pregunta en un susurro.

Se frota la nariz con los dedos, en un gesto al parecer inconsciente. Tiene los labios cortados, algo que resulta aún más evidente bajo el resplandeciente sol.

—Tremendo —respondo también en voz baja, tratando de no ensuciarme demasiado los zapatos pero dándome cuenta de que es un esfuerzo inútil—. Parece una persona completamente distinta.

—Casi —dice Tanya—. Todavía puedo reconocerla por debajo de su nueva fachada. ¿De verdad puedes creer que haya cambiado tanto? — Parece fascinada, incapaz de apartar la vista de ella. Hasta creo notar que le tiemblan las manos.

—Aún no lo he decidido —digo. Y Tanya sonríe.

Cuando llegamos al final del camino, este se abre hacia la gran extensión de césped que vimos en el folleto. Un pequeño geco corre a escabullirse entre la hierba y oigo a Chloe soltar un chillido. Conforme nos aproximamos a la casa principal, me fijo en que hay un generador eólico escondido en la parte de atrás, y también en que las tumbonas y los muebles de jardín repartidos aquí y allá no están tan cuidadosamente dispuestos como aparecían en el folleto. Pero la zona de la terraza es muy hermosa, con la luz reflejándose y destellando sobre el suelo de piedra como si fuera un enorme y acogedor solario. En un rincón hay algo grande oculto por una lona; estoy convencida de que es un jacuzzi, y al verlo me entran ganas de meterme en él. Esta parte del recinto es bastante amplia; el suave viento susurra entre las palmeras y observo que Poppy ha estado tomando el sol porque hay algunas toallas extendidas sobre el césped recién cortado, sujetas firmemente en los extremos por jarras de lo que parece ser licor Pimm's.

—Bueno, pues esta es la zona de la terraza, y aquella es la casa principal —dice Robin. Abre la puerta y entramos todas, incluida Poppy, quien seguramente ya habrá hecho el recorrido antes. Accedemos a un comedor mucho más grande de lo que parecía desde fuera, con paredes blancas, suelo de baldosas naranjas y una cocina de aspecto moderno—. Tranquilas, dispone de todos los equipamientos necesarios. Hay un generador eólico y placas solares para garantizar el suministro eléctrico. Y esta mañana he traído toda la comida que Poppy me ha pedido, así que la nevera está bien surtida. Y la despensa también está llena. Sin duda esta va a ser una gran fiesta.

¿Detecto una nota de anhelo en su tono? ¿Se habrá alojado Robin alguna vez en la isla?

—Todos los equipamientos necesarios, excepto wifi —comenta Chloe.

Robin no pierde la sonrisa, pero empieza a parecer algo tensa.

—Lamentablemente, no.

Pasada la zona de estar hay dos cuartos de baño, ambos provistos de duchas totalmente equipadas. Y, por último, al fondo, se encuentra el dormitorio, con las mismas baldosas naranjas que revisten el suelo de

toda la casa, y con cortinas y estampados que parecen más propios de los años setenta. La cama es el elemento principal de la habitación, por lo demás bastante desnuda salvo por algunos muebles auxiliares de aspecto algo vulgar y chillón. Sobre la cama cuelga un gran cuadro, pero antes de que me dé tiempo a echarle un vistazo Poppy empieza a hablar y todas nos giramos hacia ella.

—Yo me quedo con esta habitación —dice—. Espero que no os importe.

—Este es el alojamiento más moderno —añade Robin—. Las demás cabañas también cuentan con su propio baño, aunque podría decirse que son más básicos.

¿Básicos? Chloe y Annabel intercambian miradas horrorizadas, y no puedo evitar que se me escape una sonrisa.

Continuamos el recorrido. Robin nos conduce hasta las cabañas situadas detrás de la casa principal, a las que se llega por un caminito flanqueado por árboles y arbustos. Al abrir la puerta de cada una se entra directamente al dormitorio. Estos están decorados con más gusto, con alfombras color melocotón y ropa de cama azul celeste, y desde ellos se accede a los minúsculos cuartos de baño, que cuentan con plato de ducha, retrete y lavamanos, todo ello en el mismo color de la vegetación circundante. Son básicos, sí, pero al menos disponen de agua corriente y aire acondicionado. Empezaba a preocuparme que fuéramos a acabar pareciendo concursantes de un programa de supervivencia. Cada una elige su cabaña, dejamos nuestras bolsas y maletas sobre la cama, y luego Robin nos lleva hasta la playa.

—¡Oh, Dios mío! —exclama Chloe, corriendo hacia la arena y sacando su móvil—. ¡Que alguien me haga una foto con el mar al fondo! ¡Esto es alucinante!

Lo es. La playa parece salida de una postal o una película, una larga y espectacular franja de arena blanca que corre en paralelo a las aguas increíblemente transparentes, con la marea haciendo que las olas laman con suavidad la orilla. Cerca del camino se alinean varias tumbonas para tomar el sol, y un poco más allá está la glorieta que aparecía en el folleto, a la que se ha añadido una zona de bar que debe de ser nueva, fabulosamente surtida con botellas de alcohol de

todo tipo. La playa parece extenderse hasta donde alcanza la vista, al menos un kilómetro y medio en cada dirección. Bajando a mano derecha hay un camino que parte en dirección a la montaña. Me alegro de haberme traído las zapatillas de correr. Esa será una ruta perfecta para entrenar.

—Hay otra playa más pequeña en la otra cara de la isla, pero cuesta más llegar a ella a través del bosque —explica Robin—. Yo me quedaría en esta. Si camináis un rato, encontraréis algunas piscinas naturales de roca que son fantásticas para pescar.

—No creo que eso nos apetezca mucho —dice Annabel—. Pero esto es realmente increíble.

Incluso Tanya, que desde que llegamos al aeropuerto parece como aquejada por un terrible resfriado, no puede evitar esbozar una gran sonrisa al contemplar el panorama. Se quita los zapatos y planta los pies en la arena, y todas hacemos lo mismo. La tarde comienza a languidecer y aparecen en el cielo los primeros atisbos de tonalidades rosáceas y naranjas. El calor que emana de la arena hace que me inunde una sensación de lo más reconfortante.

—Ya le he enseñado a Poppy dónde está el teléfono de emergencia, pero, para vuestra información, se encuentra al lado del generador eólico —sigue explicando Robin, aunque ahora soy la única que parece estar escuchando—. Las bengalas están guardadas debajo del fregadero de la cocina, y en cada uno de los baños de la casa principal hay un botiquín de primeros auxilios. ¿Tenéis alguna pregunta?

—¿Te apetece quedarte a tomar una copa? —le ofrece Poppy.

—No quiero molestar —contesta Robin negando con la cabeza—. Será mejor que me marche antes de que empiece a oscurecer.

—Vamos a acompañarte para despedirte —dice Poppy—. Gracias por todo.

—No hay de qué. ¿Tenéis ya todo lo que necesitáis?

—Ahora yo sí. —Al decirlo, Poppy asiente en dirección a nosotras, algo que no debería inquietarme, pero lo hace—. Pues venga, vamos —añade, y todas acabamos siguiéndola educadamente, demasiado descolocadas para objetar nada.

Mientras caminamos de vuelta por el sendero, Chloe murmura entre

dientes:

—¿Desde cuándo Poppy Greer nos dice lo que tenemos que hacer?

—Ella es la novia —le recuerda Annabel, y Chloe le responde sacando la lengua—. ¡Aunque parece que nuestra guía no es consciente de ello!

—¿No piensas sacarla de su error? —le pregunto.

—No. —Annabel suelta una risita—. ¿Qué tiene de malo? Está muy bien ser el centro de atención.

—Habrá que preguntarle a Poppy por su prometido —susurra Chloe —. En cuanto se vaya Rachael.

—Robin —la corrijo—. Se llama Robin.

—Da igual —suelta Chloe encogiéndose de hombros.

Como ahora no tiene que ocuparse de nosotras cuatro, para cuando llegamos Robin ya se ha subido a la pequeña embarcación, ha arrancado el motor y empieza a alejarse. Poppy está casi al final del muelle, despidiéndose a gritos. En esos momentos siento que existe una gran distancia entre nosotras, así que me acerco a ella y me uno a su despedida.

Va a ser muy raro estar aquí sin Robin, eso está claro. Sin ella, tendremos que pasar todo nuestro tiempo con Poppy. Y no hay escapatoria posible.

Aunque creo que va a ser una tarea casi tan ardua como tener que pasar tiempo con las otras tres. Hace tanto que no estamos juntas que ya he olvidado sus peculiaridades más irritantes: la actitud insolente de Chloe, los comentarios mordaces de Annabel y el carácter intenso de Tanya.

Robin agita la mano por última vez antes de que el barco empiece a cobrar velocidad. Las cinco nos quedamos contemplando cómo se aleja hasta que no es más que un puntito en la distancia, dirigiéndose de vuelta a una tierra firme que ahora parece muy muy lejana.

—Pues muy bien —dice Poppy. Sostiene una botella de champán en cada mano—. ¿Empezamos con la despedida?

—Ya estamos tardando —responde Chloe.

Mientras tanto, Robin ha desaparecido; cuando me giro para mirar de nuevo hacia el océano, estamos completamente solas.

¿En qué piensas, Poppy?

¿Cómo te sientes siendo la novia en esta despedida? ¿Siendo la que tiene el control de todo?

Tal vez sea liberador. Por fin has obtenido cierto poder.

Nada más llegar a esta isla con las demás, percibo cómo ha cambiado algo en el ambiente, el más sutil de los cambios, y todas somos conscientes de ello. De que por una vez tú eres la que lleva las riendas, no la que se somete. Toda la culpa que he estado sintiendo por lo que ocurrió…, gracias a esto, ahora debería poder seguir adelante.

Hay algo en este lugar. Infinitas posibilidades.

Pero, en el fondo de mi corazón, sé que seguir adelante no es una de ellas.

Estoy aquí por una razón. Y las otras no tienen ni la más remota idea.

Es hora de ajustar cuentas con el pasado de una vez por todas.

Una cosa es segura: no todas saldremos con vida de esta isla.

5

Annabel
18 de mayo de 2023

—Antes que nada —anuncia Poppy—, necesito que me entreguéis vuestros móviles.

Acabamos de sentarnos con nuestras copas de champán en la zona de la terraza con vistas a la playa, y nos lleva un momento asimilar sus palabras antes de que Chloe hable por el resto de nosotras.

—¿Qué quieres decir? ¿Entregarte nuestros móviles?

Poppy sonríe ante su evidente malestar.

—Tampoco es que aquí haya muy buena cobertura, pero la regla número uno de mi despedida de soltera es que no quiero que haya nada de tecnología. Esto es una isla, y quiero que todas vivamos el momento a tope. Sin mensajes, sin llamadas, sin distracciones. Y si queréis tomar fotos, podéis hacerlo con esto. —Para nuestro asombro, saca una pequeña cámara digital, de esas que se vieron por última vez en los noventa.

—Creo que no lo entiendes —protesta Chloe—. Mi móvil es mi trabajo. Necesito tomar fotos de estas vacaciones para subirlas a las redes.

—Puedes hacerlo más tarde —replica ella sin perder la sonrisa. Ya se esperaba esto. Sabía que no íbamos a ceder fácilmente, pero al parecer no le importa.

Echo un vistazo a mi móvil; de todos modos, no hay señal. ¿Pasaría algo si me desprendiera de él?

—Por mí adelante —digo, y le paso mi móvil. Eso parece surtir efecto. Tanya se encoge de hombros y, tras comprobar que está apagado, le entrega también el suyo.

—Los guardaré a buen recaudo en mi habitación —dice Poppy—. Tranquilas, nadie va a fisgar en ellos. Pero esta es mi despedida, yo soy la novia, y creo que me debéis este pequeño favor después de que os haya invitado a todas a estas lujosas vacaciones.

Esther suelta un suspiro.

—Se supone que he venido a pasar unos días de descanso, no a revisar mis correos de trabajo. Así que…, en fin. Toma.

Ya con tres móviles en su poder, Poppy mira a Chloe enarcando una ceja.

—No irás a hacer que me sienta molesta antes de que empiece siquiera la despedida, ¿verdad que no, Chloe?

Esta menea la cabeza.

—Por Dios, está bien, vale. ¡Toma! Siempre puedo alegar que he estado haciendo una cura de desintoxicación de las redes sociales.

—Perfecto. —Poppy saca de debajo de su silla una cajita de madera ornamentada. Una vez abierta, veo que está forrada de terciopelo de un azul intenso. Deposita los teléfonos en su interior y baja la tapa con un pequeño chasquido, llegando al extremo de cerrarla con una diminuta llave. Chloe abre la boca para protestar, pero Esther la agarra del brazo para silenciarla—. Ya no hay vuelta atrás. Voy a guardar esto en mi habitación y regreso enseguida.

—No sé yo… —masculla Chloe mientras vemos alejarse a Poppy con paso decidido, la coleta oscilando adelante y atrás—. ¿Por qué este rechazo a las nuevas tecnologías?

A lo lejos se oye cantar un pájaro, que luego alza el vuelo entre el susurro de los árboles. Mientras el crepúsculo empieza a asentarse sobre el océano a nuestra espalda, se levanta un poco de viento y todas agradecemos que la temperatura sea tan benigna.

—Me parece estupendo no depender del teléfono mientras estemos aquí —comento. Además, estará bien no tener que consultar más el móvil para ver si ha entrado algún mensaje de Andrew, solo para descubrir que no ha llegado ninguno—. ¡Mirad este lugar!

—Annabel tiene razón —interviene Esther—. No es para tanto. Solo serán cuatro días. Y digo esto sabiendo que cuando vuelva tendré al menos doscientos correos esperándome. Resulta bastante liberador.

Esto puede ser algo bueno.

Chloe alza los ojos al cielo.

—Estáis todas locas, pero en fin… No seré yo la que monte ningún drama por esto.

—Vaya, menuda novedad —bromeo, y las otras se ríen al tiempo que la mirada de Chloe se ensombrece.

Aun así, me siento como desnuda sin el móvil. Meto distraídamente la mano en el bolso y rebusco un momento antes de acordarme de que ya no lo tengo, y entonces saco una barra de brillo de labios y me lo aplico para que Chloe no se regodee triunfalmente al percatarse de mi gesto. Poppy vuelve caminando por la terraza, sus tacones repiqueteando sobre la madera, y trae consigo otra botella de champán y algo de vino.

—¿Un poco más de bebida, chicas? —pregunta rellenando nuestras copas—. Brindemos por nuestro reencuentro, ¿vale?

Me pregunto cuánto recordará cada una sobre la última vez que estuvimos las cinco juntas, pero dibujo una sonrisa en mi cara y alzo mi copa.

—¡Por nuestro reencuentro! —exclamo, y las otras se contagian de mi entusiasmo y apuran sus bebidas de un trago. Noto cómo el champán se desliza suavemente por mi garganta, afrutado y chispeante.

—Supongo que tendréis un millón de preguntas —dice Poppy, sirviéndonos sendas copas de vino blanco y llenándolas casi hasta el borde—. Pero antes quiero volver a repetiros lo feliz que me hace que estéis todas aquí.

Directa como siempre, Chloe plantea las preguntas que todas nos hemos estado haciendo desde el principio.

—¿Por qué nos has invitado? ¿Y por qué quieres que seamos tus damas de honor?

—Vosotras cuatro sois muy importantes para mí. —Poppy toma un sorbo de su vino y me parece ver que sus manos tiemblan ligeramente, traicionando su aire sereno y confiado—. Sé que el sentimiento no es mutuo, pero puedo decir con total franqueza que las cuatro habéis marcado la trayectoria de toda mi vida. No estaría donde estoy sin

vosotras.

Se produce un incómodo silencio mientras tratamos de asimilar sus palabras. Durante unos segundos ni siquiera Chloe parece saber qué decir, su semblante surcado por un ceño de desconcierto.

—Pero ¿por qué no has intentado contactar antes con nosotras? —pregunta al fin—. Al principio todas pensábamos que se trataba de una broma, invitarnos a tu despedida de soltera después de diez años sin saber nada de ti.

Poppy se encoge de hombros.

—Nunca encontré el momento adecuado. Invitaros a una comida o algo así para ponernos al día me habría parecido muy poca cosa. Pensé que este era el mejor momento. Un acontecimiento tan importante en mi vida. Quería que todas estuvierais aquí para verlo. Y, gracias a Dios, aceptasteis. Sabía que lo haríais.

—¿Y qué hay de todas aquellas cosas que te hicimos? —pregunta Tanya en voz baja, ganándose las miradas reprobadoras del resto de nosotras. Todavía lleva puesto el enorme jersey con que se presentó esta mañana en el aeropuerto, aunque es evidente que está sudando. ¿Por qué no se lo quita?

Tanya siempre ha exagerado el impacto de nuestras estúpidas bromas de juventud. Y supongo que Poppy también, ya que acaba de mencionar el efecto que todo aquello ha tenido en su vida. Para mí es algo tan trivial… La idea de que alguien siga aferrándose a cosas que ocurrieron en la época del instituto me resulta sencillamente ridícula. Ahora somos adultas, no adolescentes. No importa nada de lo que ocurrió en el pasado.

—¡Tanya! —salta Esther, pero Poppy se echa a reír.

—Esa es la cuestión —dice—. Quiero hacer borrón y cuenta nueva. Dejar atrás el pasado. Lo único que quería en aquella época era ser amiga vuestra. ¿Creéis que eso sería posible ahora?

—¿De verdad piensas eso? —pregunta Tanya en un susurro, pero apenas se la escucha porque Chloe la interrumpe hablando por encima.

—Si sigues pagándonos vacaciones en islas privadas, tal vez —suelta con una amplia sonrisa, dándonos a entender que incluso ella, por

muy materialista que sea, solo podría decir algo así en broma.

—Bueno, ¿y quién es el afortunado novio? —se apresura a preguntar Esther, ansiosa por dejar atrás el tema del pasado—. No sabemos nada de él.

—Ah, sí —dice Poppy—. Mi novio…

Las demás intercambiamos miradas de extrañeza.

—Creo que será mejor que hablemos de eso más tarde —prosigue—. Cuando todas tengamos más alcohol encima.

—Por mí estupendo —dice Chloe, que apura su copa de vino y se sirve otra—. Bueno, ¿y a qué te dedicas, Poppy? He visto que me sigues en redes, así que ya sabrás que tengo bastante éxito en Instagram. Casi un millón de seguidores.

Poppy alza las cejas como si estuviera muy impresionada, aunque intuyo que solo está actuando.

—Sí, ya lo he visto. Debes de pasarte todo el día enganchada a las redes y aun así nunca consigues encontrar tiempo para seguirme. Me alegro por ti, Chloe. Bueno, pues os diré que soy médica en el Great Ormond Street Hospital y que actualmente me estoy especializando en cardiopatía infantil.

Eso deja sin palabras a Chloe.

—Oh, es genial —acierta a murmurar.

Y tanto que lo es. A ver, todas sabíamos que Poppy era inteligente, pero que haya llegado tan alto cuando tiene la misma edad que nosotras resulta increíble. Hasta Tanya y Esther parecen impresionadas; más bien, entre impresionadas y estupefactas. Es como si todas hubiéramos pensado que, pese a ser una cerebrito, a Poppy Greer acabaría yéndole más o menos como al resto de nosotras, si no peor. Tal vez estancada en algún trabajo administrativo sin futuro, pensando en cómo se truncaron sus sueños de llegar a ser alguien.

—Sabía que lo conseguirías —dice Tanya, y Poppy le dirige una mirada divertida.

—¿Sigues dedicándote a tu arte? —le pregunto.

Poppy asiente, aunque no se la ve demasiado contenta al respecto.

—He tenido la suerte de poder exhibir mi obra en galerías de todo el país. Y hay mucha gente a la que parece encantarle. De hecho, estoy

empezando a hacerme un nombre en los círculos artísticos.

—Es asombroso —digo, aunque el estómago se me revuelve al pensar en lo que hicimos tantos años atrás.

Hay algo que no me encaja en toda esa energía que desprende, pero no sé bien lo que es. Tal vez no estoy acostumbrada a la nueva Poppy, aunque tengo la sensación de que se trata de algo más. Ese aire de suficiencia con que nos ha anunciado su profesión… Sabe muy bien que nos ha superado con creces a todas en lo que respecta al trabajo. Y no duda en seguir llevando las riendas de la conversación.

—¿Y a qué os dedicáis vosotras? —pregunta, aunque me mira a mí —. ¿Annabel? ¿Cómo es la vida de casada? Tienes que contármelo.

Frunzo el ceño. ¿Cómo es la vida de casada? No estoy segura. Andrew ni siquiera me hizo una proposición romántica, pasamos por delante de una joyería y yo le señalé las alianzas que me gustaban, y entonces él planteó si «probablemente» no deberíamos casarnos. En aquel entonces ni siquiera me regaló uno de aquellos anillos, sino que se limitó a presentarme un acuerdo prematrimonial para que lo firmara. Pero yo estaba tan enamorada —estoy tan enamorada— que no me importó. Ahora que lo pienso, tal vez debería haber insistido en lo del anillo. Oh, bueno. Más tarde fui y me lo compré yo misma. Andrew me dio su tarjeta y me dijo que me comprara el que más me gustara, así que básicamente es lo mismo. Y tres años después seguimos teniendo un matrimonio estupendo. A diferencia de otras parejas, nunca discutimos. Y siempre estamos saliendo a cenar y a tomar copas con sus colegas del trabajo.

—Está muy bien —contesto al fin, consciente de que todas están esperando mi respuesta—. Te encantará, Poppy. Siempre que escojas al hombre adecuado, como hice yo.

—Desde luego, escogiste a uno de los buenos —comenta Poppy.

—Tú no conoces a Andrew —señala Esther—. ¿Cómo sabes si ha elegido o no a uno de los buenos? —Al ver cómo me cambia la cara, se apresura a añadir—: Pero sí lo has hecho, Annabel. De verdad, créeme. Y Tanya también con Harry.

—Bueno, si el matrimonio ha durado ya tres años, es que Andrew tiene que ser un buen marido, ¿no? —dice Poppy—. ¿No te parece,

Chloe?

Esta parece sobresaltarse. Resulta evidente que no estaba prestando atención; seguramente sigue dándole vueltas al hecho de haberse quedado sin móvil.

—Eh…, sí, claro.

—Me alegra que pienses eso —dice Poppy.

Estoy a punto de preguntarle algo cuando ella se vuelve a adelantar, dirigiéndose esta vez a Esther.

—¿Y tú a qué te dedicas, Esther?

—Trabajo como banquera de inversiones en Goldman Sachs —responde alzando el mentón—. Y me va muy bien, gracias.

—Eso es fantástico. —Poppy se inclina hacia ella—. Tu trabajo debe de ser muy importante para ti.

—Lo es —afirma Esther, y suelta una risita nerviosa—. A decir verdad, lo es todo para mí.

—Te entiendo —dice Poppy, asintiendo con la cabeza—. A mí me pasa lo mismo con el mío. Aférrate bien a ese trabajo y no lo dejes escapar.

Por alguna razón, Esther mira a Tanya y luego baja la vista, como avergonzada. Chloe también parece estar mirando a Tanya. ¿Es que me he perdido algo? ¿Por qué se ha hecho este silencio?

De pronto Poppy se levanta y extiende los brazos por encima de la cabeza, dejando ver su tonificado vientre.

—¿Qué tal si continuamos la fiesta en el jacuzzi? Hay un enchufe cerca para el reproductor de CD. Ya lo sé, muy retro. Chloe, ¿por qué no me ayudas a traer la bebida para que podamos montar el chiringuito?

—Hum…, vale.

Chloe, nada acostumbrada a que le digan lo que debe hacer, se levanta.

Las otras tres no podemos evitar reír al ver cómo alguien mangonea por fin a esa pequeña diva, y además con tal naturalidad.

Todas nos ponemos en pie, pero entonces Poppy comenta algo que hace que nos detengamos en seco.

—¡No le he preguntado a Tanya a qué se dedica! Aunque algo sí que

sé. ¿Quién no ha oído hablar de los fabulosos eventos sociales que organiza Tanya Evesham? Un día de estos tengo que conseguir que me inviten a alguno.

Tanya da la impresión de verse acorralada, con la cara enrojecida.

—No pensaba que hubieras oído hablar de ellos.

—Vaya, ¿y eso por qué? —dice Poppy—. Los londinenses tenemos que hacer piña entre nosotros, ¿no crees? Escapamos del ambiente monótono de Bristol para acceder a cotas más altas. Y tus fiestas solían ser el punto álgido de la temporada social. Aunque, por desgracia, he estado demasiado ocupada con mi trabajo para poder asistir a ninguna.

—Antes íbamos todas —intervengo yo, porque Tanya parece haberse quedado petrificada con la boca abierta—. Las tres, me refiero. Tanya solía invitarnos a Londres y pasábamos allí todo el fin de semana. Aunque hace siglos que no voy a ninguna fiesta. Bueno, creo que hace unos seis meses hubo una, pero yo no pude ir.

—Creo que de esa he oído hablar —prosigue Poppy—. ¿No fue la fiesta de cumpleaños de una rica heredera, Tanya?

—No me acuerdo —responde, aunque estira y encoge los dedos de forma compulsiva—. Organizo tantas…

—Tú estuviste, ¿verdad, Esther? —pregunta Poppy.

Esther parece sorprendida.

—Eh…, sí, creo que sí. Y Chloe también.

—Hace tiempo que no oigo hablar de ningún evento —dice Poppy —. Tendrás que invitarme al próximo.

—Claro —responde Tanya, en un tono que sugiere que eso sería lo último que haría en su vida.

Nos dirigimos hacia la zona de la terraza y empezamos a prepararlo todo para nuestra pequeña fiesta. Poppy nos explica dónde están las cosas, y Esther y yo nos dedicamos a colgar una pancarta entre el techo de la casa principal y una palmera que se alza por encima del jacuzzi. En ella, en grandes letras de color rosa, se puede leer: ¡felicidades a la futura novia! Y luego incluso nos tomamos la molestia de inflar algunos globos y colgarlos alrededor de la terraza. Chloe, la encargada del alcohol, no solo ha traído una gran cubitera con

botellines de sidra y cerveza que ha colocado junto al jacuzzi, sino que también ha improvisado una barra sobre dos tumbonas, en la que se alinean diversos licores, cocteleras y vasos de plástico. Sobre unos taburetes altos hay incluso un par de pizzas que Poppy dice que ha preparado antes y que se pueden comer frías. Ha encendido el reproductor de CD y, aunque la selección musical no es gran cosa, está sonando un recopilatorio de *Now That's What I Call Music* y no hay quien se resista a una buena canción de Britney. El ambiente se ha suavizado. Poppy se desviste hasta quedarse en biquini y se mete en el jacuzzi, que burbujea de forma incitante. ¿Puede ser que me sienta un pelín aliviada al ver que tiene estrías en los muslos, que no es absolutamente perfecta? Puede ser.

—Id a cambiaros —dice—. Os espero aquí.

Aún no he empezado a arreglarme cuando Chloe entra en mi cabaña. Lleva puesto un dos piezas de color naranja vivo y se sienta en la cama mientras se recoge la melena en un complicado moño alto.

—Poppy está muy operada —dice a modo de saludo.

—Mira quién fue a hablar.

No me da vergüenza cambiarme delante de ella, somos amigas desde hace muchos años, así que me deshago de los leggings, el top y el sostén, desesperada por despojarme de ellos después del largo viaje. Lo que más me apetecería sería darme una ducha, quitarme de encima el olor del avión y el taxi y el barco que nos ha traído a la isla, pero soy consciente de que eso haría esperar a las demás, así que me limito a ponerme el biquini amarillo claro que Andrew me dijo una vez que me sentaba muy bien. Mi maleta permanece abierta sobre la cama, esperando a ser vaciada. Poppy no nos ha dejado instalarnos como es debido: ha sido una cosa tras otra, sin apenas tiempo para respirar.

Chloe acaba de sujetarse el recogido con un pasador y se levanta para contemplarse en el espejo de cuerpo entero que está al lado del armario. Arruga la nariz y mueve las cejas arriba y abajo.

—Al menos a mí se me ve natural. Poppy es como yo pero con filtros, y no de los buenos.

—¡Me parece que a alguien le corroe la envidia! —Me agacho para esquivar el cepillo que me lanza y me echo a reír—. Vamos, Chloe,

reconoce que te mueres de ganas de preguntarle quién es su cirujano plástico.

Hace un mohín con la boca, pero no lo niega. Cuando va a recoger el cepillo, se detiene delante de un cuadro que hay en la pared junto a la ventana.

—Eh, mira esto.

Yo estoy contemplándome en el espejo y, al percibir su tono, me giro hacia ella.

—Este cuadro… —Se ríe, pero suena forzado—. Me recuerda a los que pintaba Poppy por aquel entonces, eso es todo. ¿Crees que habrá pedido que cuelguen aquí sus viejas pinturas?

Examino el cuadro. Chloe tiene razón, parece pintado por Poppy. Su obra artística tenía una seña de identidad muy característica: pinceladas de trazo amplio y textura gruesa mezclándose y difuminando los contornos entre las formas, incluso cuando pintaba los temas más convencionales. A menudo utilizaba colores muy fuertes que resaltaban sobre fondos delicados, y este caso no es una excepción. Se trata de una versión de *La última cena*, en la que las figuras de los apóstoles, y en especial la de Jesús, están pintadas con colores tan estridentes que parece que vayan a salirse del tenue y apagado fondo del lienzo.

Parece su estilo. Más evolucionado, quizá. Menos simple que cuando era más joven.

—Tal vez sí le han dejado colgar sus cuadros en todas las habitaciones —digo, acordándome del que había también en su dormitorio—. Es una isla privada. Seguramente te permiten hacer casi todo lo que les pidas.

—Pero es muy extraño, ¿no crees? —dice Chloe—. Teniendo en cuenta lo que ocurrió.

No quiero pensar en lo que insinúan sus palabras. Me encojo de hombros, fingiendo no darle la menor importancia.

—Siempre fue un poco rarita. Nosotras lo sabemos mejor que nadie.

—Sí, en eso tienes razón. —Hace un tremendo esfuerzo para apartar los ojos del cuadro y busca algo que distraiga su atención—. ¿Quieres que te recoja el pelo?

Gratamente sorprendida, asiento con la cabeza.

—Sí, gracias, Chloe.

Me siento en el borde de la cama y ella se acomoda detrás de mí con las piernas cruzadas, casi como cuando nos quedábamos a dormir en casa de las otras. Desprovista de móvil, no me queda más remedio que mirar al cuadro que cuelga frente a mí. El furioso contraste de colores hace que me entren náuseas. Todas las figuras están llorando.

Mientras Chloe me hace un recogido parecido al suyo, noto su aliento al suspirar.

—¿Qué te pasa?

—Ah…, nada.

Pero estoy segura de que está mintiendo.

Espero a que acabe de peinarme y me giro hacia ella; no soporto tener que seguir mirando ese cuadro un segundo más.

—Creo que necesitas algo más de alcohol —le digo.

—¿Sabes? No me parece mala idea.

6

Chloe
18 de mayo de 2023

La nueva nariz de Poppy se ve un poco torcida.

Lo siento, pero es así. Ahora que estamos todas muy juntitas en el jacuzzi, que por cierto es increíble, estoy sentada enfrente de ella y observo que tiene una pequeña protuberancia en el lado izquierdo. Es minúscula pero visible. Qué pena haberse gastado miles de libras en esa chapuza.

Hemos comido pizza fría y nos hemos tomado unos cuatro botellines de sidra cada una, y ahora por fin hemos pasado a los licores que coloqué de forma tan elegante sobre unas tumbonas. Esther se encarga de servirnos a todas vodka con limón y luego volvemos a brindar por la despedida de Poppy y por su futura boda.

¿Sabéis? Al principio no estaba muy entusiasmada con la idea, sobre todo cuando Poppy me pidió que la ayudara a preparar las cosas. A punto estuve de ir a darme una buena ducha en la casa principal y luego acostarme. Pero me alegro de no haberlo hecho, porque estamos empezando a divertirnos. Ahora Poppy es una compañía mucho más entretenida y todas parecemos un poco más relajadas.

—Seguro que a menudo os vais las cuatro juntas a disfrutar de unas vacaciones como estas —comenta Poppy—. Debe de ser muy agradable tener amigas con las que poder hacer cosas así.

Esther y yo nos miramos. ¿Significa eso que Poppy no tiene más amigas? Se produce un momento de lo más incómodo, así que empiezo a parlotear para superar la situación.

—Como estas no, pero hace un par de veranos nos fuimos a Marruecos a un resort de cinco estrellas y fue fabuloso.

—¿Marruecos? —Annabel frunce el ceño y en ese momento sé que la he cagado. Sus cejas casi se entrelazan por el desconcierto—. ¿Quién ha ido a Marruecos?

—Creo que tú tenías algo que hacer con Andrew —respondo de forma atropellada, consciente de que mis mejillas adquieren una tonalidad rosa intenso—. No fue nada del otro mundo.

—¿Os fuisteis las tres sin mí?

Tanya se aclara la garganta.

—Pensamos que no te interesaría.

—¿Y por qué no me iba a interesar?

Dios, parece muy molesta. No…, enfadada incluso.

—Como ha dicho Chloe, tenías algo que hacer —interviene Esther en tono conciliador—. No fue algo deliberado. Lo sentimos mucho. Ya sabes cómo son estas cosas.

Poppy se echa a reír.

—Oh, queridas, no era mi intención crear ningún mal rollo.

Una vena late en la sien de Annabel, que se gira hacia ella.

—¿Y dónde están «tus» amigas?

—¡Ayyy! —dice, aunque no hay la menor tristeza en su tono, y vuelve a soltar unas risitas—. Me habéis pillado. La pobre Poppy Greer… sin amigas y teniendo que recurrir a vosotras cuatro para su despedida de soltera. Apuesto a que eso es lo que estáis pensando.

Bueno. Es ella quien lo ha dicho.

Nos mira a la cara y asiente con la cabeza.

—Celebré una pequeña fiesta con mis amigas del trabajo, pero esta es solo para vosotras cuatro. No quería que nadie de fuera arruinara esta ocasión especial. Y, eh, conmigo estáis tooodas invitadas.

La sonrisa de Annabel se tensa, como si fuera a saltar en cualquier momento. Sabía que deberíamos habérselo contado en su momento, pero Esther insistió en que no lo hiciéramos.

¿Qué se trae Poppy entre manos? Ya sé que siempre ha estado un poco pirada. Antes no le he dicho nada a Annabel, pero lo cierto es que me marché enseguida de mi cabaña porque estaba un pelín asustada y no quería pasar allí más tiempo del necesario. En una pared de mi habitación también había uno de esos espeluznantes

cuadros suyos, una extraña recreación de *El grito*, solo que en este caso se trataba de una mujer, con las lágrimas corriéndole por las mejillas. Algo de lo más deprimente, nada apropiado para exponerlo en unas alegres vacaciones. Salí corriendo para contárselo a alguien, pero, francamente, no me di cuenta de que había entrado en la cabaña de Annabel. Esperaba que fuera la de Tanya, o incluso la de Esther. Cualquiera menos Annabel. Me sigo sintiendo tan violenta con ella, tratando de evitar cualquier mención a lo que he estado haciendo para no delatarme. Pero creo que he hecho un buen trabajo ocultando mis pensamientos.

—¡Vamos a jugar a Yo Nunca! —propone Poppy—. Será una forma sencilla de enterarnos de lo que no sabemos de las demás.

Esther suelta un gemido.

—No he jugado desde la universidad.

Annabel se acaba el resto de su copa y agarra otro botellín.

—¿En serio, Poppy?

—Vamos, será divertido.

—Yo me apunto —digo.

Me encantan este tipo de juegos. Aunque puede que sea un poco raro, como si tratáramos de recuperar nuestra juventud perdida o algo parecido. Estar así, todas juntas, nos hace volver a ser las personas que éramos diez años atrás.

Bueno, espero que no del todo.

Es extraño, pero me satisface ver que Poppy me sonríe, como si fuéramos cómplices de una pequeña conspiración. ¿Os lo podéis creer? Yo alegrándome de obtener la aprobación de Poppy Greer.

—Estupendo. Empiezo yo. —Nos mira una a una, meditando seriamente lo que va a decir—. Yo nunca me he bañado desnuda en el mar.

Blackpool, hará unos cuatro o cinco años. Otra despedida de soltera, con un grupo de amigas de un cursillo que estaba haciendo por aquel entonces. Y todas nos metimos en el agua desnudas, aunque era octubre. Una de las damas de honor acabó pillando un resfriado y a la novia le robaron la pulsera del montón de ropa que habíamos dejado en la arena.

Doy un trago y veo que Tanya y Annabel hacen lo mismo. Esther niega con la cabeza.

—Vale, vale —dice Poppy riendo—. ¡Tal vez esta ha sido demasiado fácil! Yo nunca he tenido un rollo de una noche.

¿De verdad está hablando en serio? Observo su expresión, pero Poppy se limita a sonreír con aire inocente, esperando a ver cuál de nosotras da un trago. A ninguna nos sorprende comprobar que todas lo hacemos. Puede que, después de todo, todavía quede en ella algo de la pánfila Poppy Greer de entonces.

—Eres tan convencional… —comenta Annabel—. Bendita seas, Poppy.

—Te toca, Chloe —dice esta—. Seguiremos por turnos en círculo. No voy a acaparar yo todas las rondas.

—Yo nunca… —Me cuesta pensar en algo que no haya hecho sin que eso me haga parecer una chica facilona. Me gusta pasarlo bien y no voy a pedir disculpas por vivir mi vida a tope. Pero de pronto se me ocurre algo—. Yo nunca me he acostado con una mujer.

No espero que ninguna de ellas beba. Annabel, Tanya y Esther permanecen quietas. Bueno, Annabel levanta a medias su botellín y cuando cae en la cuenta de lo que he dicho vuelve a bajar la mano. Pero todas nos quedamos boquiabiertas al ver a Poppy pegarle un buen trago a su vaso de plástico.

—¿Cuándo? —pregunto. Y luego, sin poder contenerme, añado—: ¿Lo sabe tu novio?

Poppy suelta una risita.

—Espero que sí, porque eso es lo que iba a contaros ahora. Mi novio no es un novio en realidad. Es otra novia. Una mujer.

—¡¿Una mujer?!

Las otras se me quedan mirando, sorprendidas por mi brusquedad. ¿Están de coña? No puedo creerme que yo sea la única a la que eso le molesta.

—¿Todo bien, Chloe? —dice Poppy—. No tendrás un problema con eso, ¿verdad? No pasa nada porque te gusten las dos cosas.

—¡Felicidades! —se apresura a decir Annabel—. Me alegro de que hayas encontrado a alguien.

Pero Poppy la ignora.

—¿Chloe?

Debería saber que no soy de las que se echan atrás. Lo está pidiendo a gritos.

—No acostumbro a relacionarme con gente como tú —le suelto—. Aunque tampoco me sorprende de ti, la verdad.

Tanya menea la cabeza.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta Poppy. Trata de adoptar un tono serio, pero no puede ocultar que está dolida.

—Estás desesperada por conseguir que alguien te ame —digo—. Sigues siendo la Poppy Glotona de siempre.

Algo extraño cruza por el rostro de Poppy.

Las demás también guardan silencio.

¿Es que ninguna va a apoyarme? Todas se quedan mirando sus bebidas mientras intentan con todas sus fuerzas evitar cualquier contacto visual. Qué patéticas.

A ver, puede que haya bebido demasiado, pero a la mierda. Yo también tengo derecho a dar mi opinión.

—¿Qué? —digo—. Por Dios, tranquilas, chicas. Solo estoy de broma, ¿vale?

No estoy de broma, pero en fin. Mientras siga sentada frente a mí y no se me acerque, no voy a dejar que eso me moleste. Apuesto a que siempre le he gustado. No me extrañaría nada.

Durante un momento todas parecen mirarse unas a otras, y luego bajan la vista a sus bebidas. Poppy sigue hirviendo de ira. Al final, Annabel esboza una gran sonrisa y empieza a reírse, y Esther y Tanya se unen a ella.

—No has cambiado nada, Chloe —dice Poppy, aunque ahora también sonríe.

Esther es la siguiente en proponer el reto, pero parece vacilar.

—¡Venga! —la anima Poppy.

—Yo nunca he engañado a mi pareja —dice al fin.

Se produce una pausa mientras todas sopesan hasta qué punto están dispuestas a sincerarse. No puedo evitar lanzar una mirada fugaz a Annabel, desesperada por verla beber, pero permanece quieta. A la

mierda. No pueden preguntarme cuándo ni dónde ni, lo más importante, con quién. Así que decido sacrificarme por el grupo y doy un trago.

Tanya y Poppy también beben. Siento curiosidad por Tanya, pero ella se apresura a plantear la siguiente cuestión para evitar preguntas.

—Yo nunca me he hecho un tatuaje.

Tengo una pequeña mariposa tatuada en el muslo, que me señalo mientras doy otro trago. De hecho, es un tatuaje compartido, aunque no se lo pienso decir a nadie. Mi madre también tiene una mariposa igual. Nos la tatuamos juntas para celebrar su última copa y el principio de su sobriedad. Por desgracia, no duró mucho. Ahora le cuento a la gente que me lo hice después de una noche salvaje durante unas vacaciones en Tailandia; es una historia mucho más excitante. Poppy nos enseña fugazmente la muñeca, donde tiene tatuada una pequeña flor roja con el centro negro: una amapola, como la de su nombre. Luego bebe.

—¿Una amapola? —pregunta Annabel.

—Es un tatuaje de amor a ti misma, ¿no? —le digo.

—Puede ser —responde, pero no explica nada más—. Yo nunca he dado plantón a una cita.

Se hace otro incómodo silencio mientras procesamos el nuevo desafío. Poppy permanece impasible, pero me pregunto qué se oculta detrás de sus ojos, en qué está pensando.

—¿Cuenta también acudir a una cita y, al ver cómo es la persona, largarte? —me apresuro a preguntar—. Porque entonces sí que tengo que beber.

—Yo diría que sí —responde ella—. Si no te presentas por la razón que sea, también cuenta.

Doy un trago, dolorosamente consciente de ser la única que lo hace. En ese momento se produce una pequeña pausa en el juego mientras esperamos a que Annabel plantee el siguiente reto.

—¿No os parece preciosa esta isla? —Poppy hace un gesto a su alrededor.

Todas miramos a través del césped hacia la playa apenas visible al fondo, el suave susurro de las olas lamiendo la orilla, únicamente

audible si prestas suficiente atención. Pero en general solo hay silencio, aparte de la música pop que sale atronando del reproductor, y una creciente oscuridad que nos recuerda lo aisladas que estamos. En lo alto, el cielo no está cubierto de contaminación sino de un tupido manto de estrellas.

Esther echa la cabeza hacia atrás para contemplar la luna, que cuelga en cuarto creciente justo por encima de nosotras.

—Se me hace tan raro estar aquí. Tan lejos de todo lo que conocemos…

—¿Hay muchos bichos en la isla? —pregunto con una mueca.

Este lugar puede ser todo lo bonito que tú quieras, pero si me despierto con una enorme araña encima se convertirá oficialmente en una pesadilla.

Poppy parece divertida.

—¿No te gustan los insectos, Chloe?

—Ni lo más mínimo —digo estremeciéndome.

—No creo que te pase nada. Aunque nunca se sabe en una isla. Está claro que tiene que haber.

Annabel da un prudente sorbo a su bebida.

—No se me ocurre nada más para el juego.

De verdad, es una inútil. Estoy a punto de proponer algo cuando Poppy salta de repente:

—Yo nunca he hecho una donación a beneficencia.

Oh, genial. Ahora se va a poner en plan santurrona. Las cuatro permanecemos muy quietas, sin consumir una sola gota de alcohol.

—Os he mentido —prosigue—. Hago donaciones a tres instituciones benéficas todos los meses, y los domingos trabajo como voluntaria en un refugio para indigentes. Solo sentía curiosidad.

—¡Eh, eso no es justo! —protesto—. No se puede engañar en el juego.

Poppy apura su copa de un trago y luego vuelve a rellenarla.

—Pues ya está. Ya he bebido.

—Bueno, esta ronda no cuenta —interviene Tanya.

—¿De verdad no donáis nada a beneficencia? —insiste Poppy—. Las cuatro ganáis mucho dinero.

Frunzo el ceño. No tengo claro por qué se pone tan moralista.

—Es mi dinero y puedo hacer con él lo que quiera. Y mientras sea joven pienso pasármelo lo mejor que pueda. Ya tendré tiempo en el futuro de ayudar a otros.

—Chloe tiene razón —dice Tanya. Por supuesto, ella me apoya. Es mucho lo que me debe—. Y, de todos modos, hay muchas maneras de ayudar a los demás aparte de donar a beneficencia. Tengo entendido que gran parte de esas donaciones se destinan solo a costes administrativos.

—¿Y qué haces tú para ayudar, Tanya?

—Bueno, eh… Algunos de los eventos que organizo sirven para concienciar sobre ciertos temas —responde secamente.

—¿Annabel? ¿Esther? —insiste Poppy—. Dejando aparte la beneficencia. ¿Hacéis algo para ayudar a los demás?

Annabel evita responder bebiendo de su vodka.

—Nada —reconoce Esther con brusquedad—. Pero algunas tenemos nuestros propios problemas.

El ambiente se ha vuelto de lo más tenso y sombrío. ¿En qué está pensando Poppy? Ve cómo la miro fijamente y, para mi sorpresa, me sostiene la mirada sin pestañear, con tal intensidad que al final soy yo la que tiene que apartar la vista derrotada.

—Tal vez ha sido un error —concede Poppy—. Chloe tiene razón, no ha sido justo. Hay que plantear algo que nunca hayas hecho.

—Bah, no pasa nada. —Esther, siempre conciliadora, trata de calmar los ánimos—. Hagamos otra cosa. O quizá ya sea hora de acostarnos.

De pronto, Annabel suelta:

—Yo nunca he tomado drogas.

Oh, Dios. Siento los ojos de Tanya clavados en mí, pero la ignoro y doy un trago. No me importa. Que me juzguen si quieren.

Incluso Esther, la fanática del fitness, tiene que beber.

—Si cuenta fumar un poco de hierba en el primer año de universidad… —murmura.

Tanya y Poppy permanecen muy quietas.

Yo no digo nada.

—Tanya —dice Poppy—. ¿Tú tampoco has tomado nunca drogas? ¿En serio?

Noto que contengo el aliento, pero Tanya se mantiene firme.

—Nunca —asegura.

Poppy pone cara de estar muy sorprendida.

—Pero tú organizas fiestas en Londres. Seguro que las drogas están a la orden del día. ¿Nunca has probado ni siquiera un poquito de, pongamos, cocaína?

Tanya niega con la cabeza, pero ahora frunce el ceño. El corazón me va a mil.

A través del cielo se oye el fuerte estruendo de un trueno. Al cabo de un minuto retumba otro, aún más amenazador que el anterior. Se acerca una tormenta.

—Creo que es nuestra señal para dar la noche por finalizada —dice Poppy—. Ahora que nos conocemos todas un poco mejor, estoy deseando que empiece mañana la despedida de verdad.

—¿Cuál es el plan? —pregunta Esther.

—Siempre que no estemos demasiado resacosas, estoy pensando en tomar un buen desayuno y luego subir al pico del Hombre Muerto. En cuanto al resto del día, ya lo iréis viendo.

Giro automáticamente la cabeza para mirar hacia la escarpada ladera que se cierne por detrás de la casa principal. Se me antoja aún más alta de lo que parecía por la tarde. El destello de un relámpago ilumina la escena. Un pájaro sale volando a lo lejos, asustado por el súbito resplandor.

—Yo me salgo del agua —dice Tanya, y todas nos apresuramos a seguirla fuera del jacuzzi y a envolvernos en unas toallas.

Poppy se queda mirando fijamente el cielo.

—Robin dijo que por las noches suelen desatarse tormentas. No sabemos cómo estará la cosa por el día.

—Bah, solo algunas tumbonas volcadas y botellas rodando por el suelo —comenta Annabel—. Estoy deseando salir de excursión mañana.

¿En serio? A la Annabel que yo conozco nunca la verás haciendo actividades al aire libre. Eso le va más a Esther. Puede que solo esté

intentando hacerle de nuevo la pelota, desplegar ese encanto que utiliza con los desconocidos que se muestran agradables con ella. Pero Poppy no es ninguna desconocida, por mucho que ahora lo parezca.

—Nos vemos por la mañana, chicas —dice Poppy—. ¿A alguna de vosotras le importaría volver a tapar el jacuzzi con la lona? Ah, y gracias por participar en el juego. Ha sido muy interesante.

Se marcha, cruzando la terraza en dirección a la casa principal.

—Creo que esta Poppy no me cae muy bien —dice Tanya, y por una vez estoy totalmente de acuerdo con ella.

—Bueno, eso no es ninguna novedad —señala Annabel con una sonrisilla.

—Oh, vamos, no está tan mal. —Esther coge el borde de la lona y la coloca en su sitio, luego apaga el reproductor de música—. Tan solo tiene cierto complejo de superioridad, eso es todo. Como si vosotras tres fuerais siempre unas santitas.

—Nosotras no somos así —salto yo.

—Lo que tú digas. —Esther bosteza, tapándose la boca con una mano—. En fin, estoy destrozada. ¿Vamos tirando?

—Dentro de un momento —dice Tanya—. Primero quiero hablar de una cosa con Chloe.

Las otras dos parecen desconcertadas, pero no dicen nada y enfilan el camino hacia las cabañas.

—Nos vemos por la mañana —se despide Esther, y estoy segura de que más tarde me preguntará qué me ha dicho Tanya.

Me da igual. No pienso contárselo.

Ahora que nos hemos quedado solas, la sensación de estar aisladas en esta isla parece aún mayor. Los rayos y los truenos continúan avanzando hacia nosotras y empiezan a caer las primeras gotas. Los nervios se me agarran al estómago. No sé qué es lo que me va a decir.

Pero Tanya me sorprende.

—Gracias —murmura, casi sin poder mirarme a los ojos.

¿En serio es ahora el momento de sacar el tema?

—Vale —respondo.

—Ver de nuevo a Poppy… —dice—. Es un poco extraño, ¿no?

—Ya.

—Has sido una buena amiga para mí, Chloe, eso no voy a olvidarlo. Y espero haberlo sido yo también para ti. ¿Lo he sido?

Empieza a arrastrar las palabras y tiene una expresión vidriosa en los ojos. Está borracha.

—Ve a acostarte ya, Tan. Necesitas dormir.

Alarga una mano y me agarra del brazo con una fuerza que me sorprende.

—Lo digo de corazón. Gracias.

—No tengo ni idea de qué me hablas —digo, marcando bien las palabras—. Pero vale.

Me suelta y echa a caminar muy despacio hacia su cabaña. La observo alejarse, controlando que no tropiece y se caiga.

Necesito tenerla de mi lado, pero está empezando a causar más problemas que otra cosa.

7

Tanya
19 de mayo de 2023

Durante un momento, no recuerdo dónde estoy.

La tenue luz de la mañana se cuela en la habitación. Debí de abrir la ventana y las cortinas antes de acostarme, porque una fresca brisa me acaricia la cara. Parece aún muy temprano, así que me tomo mi tiempo antes de prepararme para empezar el día. Me siento en la cama y estiro los brazos, disfrutando de cómo me crujen suavemente los hombros. Desde aquí veo el sendero que lleva a través del bosque a la cabaña de Esther, una estampa hecha de verdes y marrones.

Esta habitación, esta isla…, están a un mundo de distancia de todo lo que conozco.

Me viene a la mente la cara de desconcierto que puso Chloe la noche anterior. Su incomodidad mientras trataba de evitar la conversación, que no habláramos del tema. Puede que sea lo mejor, fingir que no sabe nada. Tal vez sea así como ha decidido afrontar la situación. Y yo también debería hacerlo.

Quizá Poppy esté siendo sincera sobre lo de dejar atrás el pasado. Ayer parecía muy contenta, aparte de su decepción por el hecho de que no donáramos nada a beneficencia. Puede que todos estos años me haya estado preocupando sin necesidad.

Estoy a punto de levantarme de la cama cuando veo a Annabel saliendo hecha una furia de la cabaña de Esther. Esta aparece detrás al momento, vestida con su ropa de correr, y trata de calmarla. Soy consciente de que si a alguna de las dos le diera por mirar en mi dirección me vería sentada en la cama observándolas, así que me tumbo de nuevo e intento escuchar lo que dicen.

—¡Y anoche va y lo suelta como si nada! Ah, todas nos fuimos a Marruecos. Esa Chloe… A veces se comporta como una arpía arrogante. —La voz de Annabel suena como un chirrido. Esther intenta acallarla.

¿De verdad están discutiendo por eso? ¿Por el maldito Marruecos? De aquello hace ya dos años. Y además fue a Chloe a quien se le escapó. ¿Por qué irle ahora con eso a Esther?

—Annabel, tienes que calmarte. No podía decirles que no, ¿o sí podía? Y tampoco quería que te vieras en la obligación de ir.

—Seguro que fue por eso. Lo hiciste porque tienes un gran corazón.

—¿Acaso no te he demostrado estos dos últimos años que todo lo hago de corazón?

Frunzo el ceño. ¿De qué están hablando?

—No puedes seguir tirándomelo a la cara. Lo estoy intentando, de veras que…

—Tienes que dejarlo ya, Annabel. Yo no puedo seguir así. De modo que piénsate muy bien lo que debes hacer, porque a partir de ahora estás sola en esto.

—¡Esther!

Me atrevo a lanzar una mirada furtiva y veo que esta vez es Esther la que se aleja hecha una furia; seguramente se disponía a salir a correr. Annabel se queda plantada junto a la cabaña, e incluso desde esta distancia puedo distinguir que tiene todos los músculos tensos y que su rostro está dominado por la ira. En algún lugar cercano —probablemente en la cabaña de Chloe— algo cae al suelo con gran estrépito, y entonces es como si hubieran encendido un interruptor: los rasgos de Annabel se suavizan en el acto. La ira desaparece y es reemplazada por una expresión de serena tranquilidad, como si no hubiera pasado nada.

¿De qué diablos ha ido todo eso? Annabel se aleja a toda prisa, seguramente preocupada por saber qué ha sido ese ruido y porque no quiere que la pillen cerca de la cabaña de Esther. Vuelvo a incorporarme en la cama. Mi cabeza no para de dar vueltas. Está claro que esas dos ocultan algo. Es imposible que Annabel esté tan enfadada solo porque nos fuimos a Marruecos sin ella.

Me levanto y me dirijo al diminuto cuarto de baño, y agradezco que el agua de la ducha tarde solo unos minutos en salir caliente.

Ya envuelta en una esponjosa toalla de color melocotón, me dispongo a deshacer la maleta. Me tomo mi tiempo. Saco cuidadosamente las prendas dobladas y las guardo en la cómoda de roble que está debajo de la ventana, dejando sobre la cama la ropa que me voy a poner hoy. Oh, Dios, ahora me acuerdo: esa maldita caminata por la montaña. Saco también las Dr. Martens.

Me aplico rápidamente un poco de maquillaje y ya estoy lista. Me quedo mirándome al espejo durante más rato del necesario, observando las arrugas de mi frente, la palidez de mi rostro, las profundas ojeras. ¿De verdad mi aspecto es tan malo o es solo que estoy demasiado obsesionada con ello? Tengo la nariz siempre congestionada, no importa cuántas veces aspire con fuerza, y si me estoy mucho rato quieta las manos empiezan a temblarme. Aunque creo que las otras no se han dado cuenta.

—Toc, toc. —Esther asoma la cabeza por la puerta—. ¿Puedo pasar?

—Claro.

Se sienta en la cama. El pelo engominado hacia atrás le cuelga por los hombros y tiene la cara enrojecida.

—¿Has salido a correr? —le pregunto, como si no lo supiera.

—Sí. Solo he corrido por la playa. Pero, oye, es muy agradable despertarse y no tener que ponerse a revisar correos de trabajo.

—¿Llevas mucho levantada?

—Horas. Siempre he sido muy madrugadora. —Estira las piernas y se inclina hacia delante para agarrarse los pies con las manos—. Pero es un lugar fantástico para correr. —Vuelve a incorporarse—. ¿Te acuerdas de que Robin dijo que había unas piscinas rocosas al final de la playa? Pues las he encontrado.

—No sé de dónde sacas tanta energía.

—Me encanta esto —comenta—. Siempre que tenga oportunidad, pienso salir a correr todas las mañanas. Es mi único respiro después de tanto correo. Y de los mensajes de Brad.

—¿No vas a echar de menos poder responderle? —Brad le había enviado tantos mensajes antes de que entregáramos nuestros teléfonos

que, siempre que teníamos cobertura, el móvil de Esther no paraba de sonar constantemente—. Es un hombre tan cariñoso.

Esther pone una cara rara.

—Podría decirse así. Pero no, creo que me sentará bien descansar un tiempo de tanta tecnología. Hoy vamos a subir a esa montaña, ¿no?

—Eso es lo que dijo Poppy anoche. —Me echo protección solar en los brazos y los hombros—. Es una actividad un poco rara para una despedida de soltera. Pensaba que nos pasaríamos el día en la playa poniéndonos morenas.

—Lo mejor que podemos hacer es disfrutarlo. —Esther se encoge de hombros—. Acuérdate de que fuiste tú quien nos convenció de venir.

Noto una punzada de culpabilidad en el estómago, y entonces decido sacar el tema que más me perturbó la noche anterior.

—¿No crees que se puso un poco santurrona con todo ese asunto de la beneficencia?

—Pues sí. Pero no voy a dejar que eso me preocupe. —Se encamina hacia la puerta y, de pronto, se gira hacia mí—. Por cierto, cuando venía hacia aquí me he encontrado a Poppy ya levantada, preparando el desayuno para todas. Me ha dicho que os avisara.

—¿Para eso has venido a verme? —le pregunto, antes de que tenga tiempo de marcharse.

—¿Qué quieres decir?

—¿Para decirme que Poppy está preparando el desayuno? —Consciente de que mi comentario suena bastante extraño, intento sonreír con aire despreocupado—. ¿O querías preguntarme algo?

—Bueno… ¿Cuánto rato llevas levantada?

¿Me ha visto por la ventana cuando discutía con Annabel?

Me encojo de hombros.

—No mucho, como una hora o así.

—Vale.

¿Es alivio lo que veo en ella? No sabría decirlo. Y entonces me doy cuenta de algo.

—Oye, ¿y tu collar?

—¿Qué? —Se toca el cuello y corre a mirarse al espejo. El collar no está—. Debe de habérseme caído mientras corría. Iré a buscarlo más

tarde.

—Siempre llevas puesta esa cosa —le digo.

—Esa cosa vale miles de libras —responde con brusquedad—. Oh, Dios, quizá se me ha soltado mientras dormía. A veces pasa. Buscaré también en mi habitación. —Y sin más, sale por la puerta.

El olor del desayuno me alcanza antes de llegar. Poppy está en la barbacoa, asando beicon y salchichas. Ha colocado la mesa en una zona sombreada del césped y ha dispuesto cubiertos y vasos de zumo de naranja para todas. En el centro hay un gran bol lleno de cruasanes, y al lado una bandeja en la que se amontona una gran cantidad de tostadas.

—No sabía que iba a venir un ejército —digo, esforzándome por empezar el día de forma positiva con Poppy. Todavía me resulta extraño estar aquí con ella. Todo lo ocurrido en el pasado sigue flotando tácitamente en el ambiente.

Para mi alivio, Poppy sonríe con mi pequeña broma y agita la espátula para que me acerque.

—Buenos días, Tanya —saluda—. Por lo visto, Esther y tú habéis ganado a las otras en cuanto a madrugar se refiere.

—Tú nos has ganado a todas.

—Ah, bueno, eso no cuenta. Apenas puedo dormir, ¿sabes? Insomnio.

—Ya. Bueno, gracias por este gran despliegue. —Hago un gesto abarcando la mesa—. ¿Quieres que te ayude?

Cuando acabamos de prepararlo todo, las demás aparecen como por arte de magia. Poppy se sienta a la cabecera de la mesa y les comenta a todas lo bien que ha dormido, contradiciendo directamente lo que acaba de decirme. Pero, pese a haberme asegurado que sufre insomnio, se la ve muy descansada, y también más joven. Aunque no lleva maquillaje, su cara presenta un aspecto lozano, una frescura que la mía perdió hace años, y eso que tenemos la misma edad.

—¿Alguien ha visto mi collar? —pregunta Esther en cuanto estamos todas sentadas—. Creo que lo he perdido cuando he salido a correr. No lo encuentro en mi habitación por ninguna parte.

—¿Ese de oro tan bonito con la forma de tu nombre? —pregunta

Poppy—. Pues no lo he visto.

—Yo tampoco —dice Chloe, negando con la cabeza.

—Maldita sea —masculla Esther entre dientes—. ¿Annabel? ¿Tú lo has visto?

Esta parece sorprendida, y luego también niega con la cabeza.

—No. Lo siento.

Sigue resultándome muy extraño. Especialmente, después de todo lo que Poppy y yo vivimos juntas. Verla ahora ahí, con ese aspecto tan radiante y natural, me recuerda a cuando éramos pequeñas y hacíamos pastelitos de barro en el patio trasero de sus padres. Nos decíamos que éramos brujas pero de las buenas, y nos escondíamos del mundo para asegurarnos de que las criaturas más diminutas, como las ranas y los caracoles, tenían también sus espíritus protectores.

El recuerdo hace que una sonrisa asome a mis labios. Poppy me mira a los ojos y me devuelve la sonrisa, como si me hubiera leído la mente.

—¿Puedo tomar un poco más de zumo? —pregunta Esther, señalando con la cabeza hacia nuestro lado de la mesa.

—Claro.

Poppy se levanta sosteniendo la jarra, hace ademán de pasármela y, en ese momento, es como si supiera lo que va a pasar antes de que ocurra.

—¡Mierda! ¡Tanya, lo siento!

A Poppy se le ha resbalado la jarra y ha derramado todo su contenido sobre mi regazo. El recipiente cae al suelo con un ruido sordo, pero no se rompe. Chloe y Annabel están sentadas a mi lado y dan un respingo, sobresaltadas, mientras yo echo la silla hacia atrás.

—Oh, Dios… ¿Estás bien? —Poppy me coge del brazo y tira de mí para levantarme, pero el zumo hace que se le escurra la mano y, cuando ya me estoy poniendo en pie, vuelvo a caer sobre la silla—. ¡Ups! ¡Perdón!

Chloe se apresura a ayudarme. Tengo el top hecho un desastre, con enormes manchas de color naranja por toda la parte de delante, y noto las piernas y los brazos pegajosos. Las demás han salido indemnes, aunque Annabel no hace más que mirarse por si le ha caído alguna

gota.

—Pero qué torpe soy —dice Poppy—. Te compraré un top nuevo, te lo prometo. Lo siento mucho.

—Olvídalo —respondo con sequedad.

Puede que sea por la rabia que hierve en mi interior, pero sus palabras me suenan falsas. ¿Desde cuándo es tan torpe esta mujer que hasta ahora se las ha arreglado para hacerlo todo a la perfección? ¿A la que hace apenas media hora he visto lanzar una loncha de beicon al aire y cazarla al vuelo con la espátula? No hay ni el menor asomo de vergüenza en su expresión. Parece más bien un desafío. Su mirada dice: «Haz algo, si te atreves».

Los buenos sentimientos de hace un momento, la certeza de que todo había cambiado, se desvanecen en el acto.

—Tu desayuno se va a enfriar. —Chloe mira alrededor con gesto impotente—. ¿Lo guardamos en la nevera para que puedas calentarlo más tarde?

—Me lo comeré ahora. No pasa nada.

—¿Sabes? —dice Poppy con una sonrisa maliciosa—. Parece que te hayas meado encima.

Chloe ahoga una exclamación, luego se hace un profundo silencio.

No puede haber dicho eso.

Después de todas sus palabras conciliadoras, su actitud positiva, el deseo de dejar atrás el pasado y de que volviéramos a ser amigas, ¿y va y suelta eso?

Las demás me miran con el rostro desencajado. Tengo la sensación de que el zumo impregna todo mi ser, como si estuviera empapada de pies a cabeza.

No puedo soportarlo ni un momento más. Me quito el top, agradecida por llevar el biquini debajo, y aparto la silla y cojo otra. Mientras lo hago, todas continúan mirándome en silencio.

Finalmente, Poppy rompe el hielo.

—Eh, chicas, que solo estaba de broma.

—Quizá no deberíamos mencionar nada de aquello —murmura Esther con la cara sonrojada.

—Ya veo que no os gusta sacar a la luz el pasado —dice Poppy.

Volvemos a sentarnos todas. Las otras me van lanzando miradas furtivas cuando creen que no las veo. No sé qué decir ni qué pensar. ¿Derramó el zumo a propósito para dejar clara su intención? ¿O fue realmente un accidente y luego aprovechó la situación? No estoy segura de nada, y por las expresiones que veo alrededor de la mesa, ellas tampoco.

—Bueno —exclama Poppy soltando una risita—. Iba a decir que estaba siendo una mañana de lo más agradable, pero ahora ya no lo tengo tan claro. ¡Venga, arriba esos ánimos! ¡Tenemos una despedida que celebrar!

Las otras se ríen con ella y yo soy consciente de estar aguándoles la fiesta, sentada ahí en medio como si fuera el Grinch. Pero me da igual. Decidida a ignorar el hecho de que mis muslos se adhieren a la silla por culpa del pegajoso zumo, me voy echando comida a la boca sin saborearla apenas. Esther va a la cocina a buscar otra jarra de zumo. Voy ya por el segundo cruasán cuando noto un pie dándome un golpecito bajo la mesa, y al levantar la vista veo que Annabel me sonríe para intentar animarme.

—Venga, habladme de vosotras —dice Poppy—. Quiero saberlo todo sobre lo que habéis estado haciendo estos últimos diez años. Ha pasado tanto tiempo…

—La verdad es que no hay mucho que contar —contesta Annabel—. Ya te lo hemos explicado todo acerca de nuestros trabajos. Bueno, ellas lo han hecho. Yo solo soy un ama de casa.

—Con lo lista que has sido siempre. —Poppy se inclina hacia delante, con un trozo de comida pinchado en el tenedor—. ¿Por qué tomaste esa decisión? Espero que no fuera solo para hacer feliz a tu maridito.

Annabel se ruboriza. Ese fue precisamente el motivo.

—Oh, no lo sé. No conseguía aclararme sobre lo que quería hacer.

—Pues es una verdadera lástima. —Poppy se lleva el tenedor a la boca y mastica con aire pensativo antes de tragar—. Siempre fuiste mi mayor rival en lo que respecta a inteligencia.

Qué comentario tan encantador. Esther parece igual de molesta que yo.

—Nunca se sabe, quizá vuelva a ponerme a trabajar —añade Annabel, aunque nunca nos ha mencionado nada al respecto.

—¿Y a qué te dedicarías? —pregunta Poppy.

—Algo relacionado con la psicología. Así podría utilizar mis títulos.

¿De verdad lo haría? A juzgar por su expresión da la impresión de estar hablando en serio, pero me extraña que no nos haya dicho nada. Miro a las otras dos, que parecen tan sorprendidas como yo.

—¿Y cuáles son tus aficiones? —insiste Poppy.

Por alguna razón esa pregunta incomoda a Annabel, que baja la cabeza para evitar la mirada de las demás.

—No tengo muchas.

—A mí me encanta correr —se apresura a intervenir Esther, acudiendo en su rescate—. Salgo a correr todos los días.

—Sí, ya te he visto esta mañana. —Poppy se acaba su vaso de zumo, lanzándome un guiño que hace que me den ganas de darle un puñetazo—. Me parece algo admirable. Yo soy más de yoga y pilates.

—Yo también —salta Chloe.

Apenas ha tocado su desayuno; se ha comido un par de lonchas de beicon y una tostada, y ha esparcido todo lo demás por el plato como si fuera una niña de cinco años.

—¿Y no tienes pareja, Chloe? —le pregunta—. Eso me sorprende. Siempre eras la que tenía más novios en el instituto.

¿Eso ha sido una pulla? A juzgar por la perplejidad de su semblante, Chloe tampoco parece tenerlo muy claro, pero se lo toma bien.

—En estos momentos no. No tengo mucho tiempo para hombres.

—No puedo creerme que eso sea verdad. —Poppy se inclina hacia ella y le da unos golpecitos en la rodilla—. Seguro que encontrarás al hombre apropiado si buscas donde debes hacerlo.

—A Chloe no se le da muy bien eso. —Las palabras escapan de mi boca antes de que pueda evitarlo.

Ella me mira con expresión furiosa y soy consciente de que me he pasado.

—¿Qué has querido decir? —pregunta Annabel, frunciendo el ceño.

—No empecemos… —dice Esther en tono cauteloso.

Poppy parece intrigada.

—Bah, no es nada —digo para su gran decepción—. Solo ha sido un comentario malicioso.

—Pues yo que tú iría con más cuidado —me suelta Chloe—. Hoy ya te has puesto bastante en ridículo.

—¡Dejadlo ya! —insiste Esther, mientras Chloe y yo seguimos fulminándonos con la mirada.

—¿Y tú qué, Poppy? —se apresura a decir Annabel para cambiar de tema—. ¿Qué has estado haciendo durante estos diez años? ¿Cómo está tu familia?

Resulta extraño; es una pregunta típica y natural que hacerle a alguien a quien no se ha visto después de mucho tiempo, pero Poppy parece quedarse petrificada.

—Todos bien —contesta al fin con una despreocupación forzada—. Yo he estado muy ocupada. Como podéis imaginar, mi profesión conlleva mucho esfuerzo y sacrificio. Y en cuanto salí de la universidad me dediqué por completo al trabajo. Así que no tengo mucho que contar. Me interesa más lo que habéis hecho vosotras.

—Ah, bien.

Annabel no sabe cómo continuar la conversación, de modo que acabamos comiéndonos el resto del desayuno en lo que espero que sea un silencio agradable, pero que en realidad es más incómodo que otra cosa. En el ambiente siguen flotando todas las preguntas sin responder del pasado.

—Bueno, creo que vamos a tener que quemar toda esta comida —dice Poppy una vez que hemos acabado de desayunar, ignorando cómo Chloe sigue aún picoteando de su cruasán—. Le daremos diez minutos a Tanya para que se cambie y luego subiremos a la montaña para contemplar esas vistas de las que nos habló Robin. ¿Estáis todas de acuerdo?

—Tú eres la novia y tú decides —contesta Esther—. Y como te has encargado de preparar el desayuno, nosotras nos ocuparemos de recogerlo todo y fregar los platos.

Poppy sonríe.

—Iré a relajarme un rato en una tumbona y cuando estéis listas me avisáis.

Chloe abre la boca para protestar, pero Esther la mira negando con la cabeza. Al menos me llevo esa pequeña alegría. Chloe permanece impasible mientras Esther y Annabel se ponen a retirar los platos, hasta que al final coge desganadamente el bol de los cruasanes con ambas manos.

—No te olvides de cambiarte, Tanya —me dice Poppy—. No veas cómo apestas.

Lo dice en tono alegre y despreocupado, pero suena como una pulla maliciosa. Y de pronto vuelvo a ser consciente del agrio olor cítrico que emana de mi cuerpo, de lo pegajosa que tengo la piel.

Nadie más escucha su comentario. Poppy se aleja caminando hacia las tumbonas y se recuesta en una, levantando una mano para protegerse la cara del fuerte sol.

—Ya sé que es la novia, pero también podría ayudar un poquito —masculla Chloe cuando pasa por mi lado.

—Es su fin de semana. —Esther, siempre conciliadora, se encoge de hombros—. Ella es la jefa.

Es una interesante dinámica de poder. Y una muy inusual. Después de que las demás lo hayan recogido todo para llevarlo a la cocina, me quedo observando a Poppy un rato más. Veo que se incorpora en la tumbona y mira hacia la terraza para ver si las chicas han hecho lo que habían prometido. Vuelve a cruzar su mirada con la mía y no es como aquella que me dirigió al principio del desayuno, cuando tuve la sensación de que estábamos rememorando los mismos recuerdos inocentes de nuestra infancia. No, me está mirando con la misma expresión desafiante de después, y entonces agita una mano en el aire con gesto despectivo, como si el hedor que desprendo aún le llegara.

8

Esther
19 de mayo de 2023

Aquí arriba en la cima se respira una sorprendente sensación de libertad, que ayuda a calmar mi irritación tras haber perdido el collar. No he podido encontrarlo en la playa ni tampoco en mi habitación. Sé que acabará apareciendo en algún lugar, seguro, pero me siento desnuda sin él y de vez en cuando me llevo la mano al cuello con la esperanza de que se materialice como por arte de magia.

Tal como dijo Robin, la caminata no ha sido demasiado fatigosa, sobre todo para mí, aunque Annabel y Tanya se han tenido que sentar en unas rocas para intentar recuperar el aliento. Tomamos un sendero que partía desde detrás de las cabañas y que serpenteaba entre los árboles hasta llegar a la suave ladera al pie de la montaña. Luego el camino se fue volviendo cada vez más y más empinado, lo cual dificultó bastante el ascenso. Hacia el final se fue estrechando, obligándonos a caminar en fila india, hasta que por fin la cima, una pequeña explanada de unos cuantos metros de amplitud, se abrió ante nosotras. Por lo visto alguien había cruzado entre las abruptas rocas que sobresalen en medio de ella y —mucho tiempo atrás, a juzgar por su aspecto herrumbroso— había clavado una cruz en el borde más alejado. La hierba crece alta y libre a nuestros pies, con pequeñas matas brotando por doquier. El terreno no es llano como el del césped junto a la casa principal, sino muy irregular, por lo que debo ir con mucho cuidado para ver dónde piso. En el centro se alza un árbol solitario, con algunos dientes de león creciendo a su sombra. La cima en sí no es bonita; es más bien un espacio pequeño y descuidado, con rocas que afloran por todas partes y que las otras agradecen utilizar

como asientos mientras yo me acerco al borde.

Aunque yo no la llamaría propiamente una montaña, mirar hacia abajo no es apto para cardiacos. Debe de haber una caída de al menos veinte metros, directamente sobre el océano que se extiende debajo. Aquí la marea es más fuerte y las olas golpean con furia contra la pared rocosa del acantilado. Las aguas se ven también más oscuras, menos cristalinas, probablemente porque las corrientes arrastran la arena del fondo, lo cual añade más misterio a lo que esconden debajo.

Pero me estoy centrando solo en lo malo. La cima, la caída por el borde del acantilado, el océano allá abajo…, esos no son los verdaderos atractivos de este lugar. Robin tenía razón. La vista es espectacular.

Desde donde estoy puedo ver toda la isla. La playa principal se extiende, blanca y resplandeciente, a lo largo de uno de los lados, y al otro hay otra más pequeña, una franja de arena más reducida que recorre la otra cara de la isla. Junto a esta playita hay una cabaña, esta pintada en verde, que se confunde con la vegetación circundante.

—¿Para qué es esa cabaña? —pregunto señalándola. Ahora las demás están junto a mí, entornando los ojos en la dirección que apunta mi dedo.

—Yo no veo nada —dice Annabel—. ¿Qué estamos mirando exactamente? ¿Qué cabaña?

—La verde. —Vuelvo a señalarla—. Cerca de la playa pequeña, justo por encima.

—¡La veo! —exclama Chloe con aire triunfal. Luego frunce el ceño —. Qué raro, Robin no nos mencionó nada de que hubiera otra cabaña. ¿Sabes para qué puede ser, Poppy?

Ella también frunce el ceño mientras la examina.

—Tal vez ya estuviera ahí cuando levantaron las nuevas construcciones. Pero dudo que ahora sea habitable.

—Iré a investigar cuando salga a correr —propongo—. Puede que esté llena de objetos antiguos.

—¡Ah, ahora me acuerdo! —Poppy se da una palmada en la frente —. Robin me contó para lo que era. Ahí es donde se encuentra el generador. Me dijo que mejor que no nos acercáramos porque está

llena de máquinas y aparatos eléctricos. Por eso es tan difícil acceder a ella.

—Oh, qué lástima.

—Aun así, menudas vistas… —comenta Annabel casi sin aliento.

No es nada propio de ella disfrutar de estar al aire libre. Ella es una mujer de interior de pies a cabeza. Se siente infinitamente más a gusto saliendo de compras y tomando el té que yendo de excursión y enfrentándose a los elementos. Después de nuestra discusión de esta mañana ha estado ignorándome todo el tiempo, e incluso ahora prefiere admirar el paisaje y hacer como si yo no existiera. Y Tanya, a la que normalmente se le da mejor fingir que se lo está pasando bien, lleva toda la mañana de un humor de perros después del estropicio con el zumo de naranja. Ahora luce un nuevo conjunto de top y shorts vaqueros, complementado con una expresión enfurruñada.

Por su parte, Chloe, quien pensaba que se quejaría aún más que Annabel y que se pasaría todo el camino lamentándose de que los zapatos le hacían daño, está de mucho mejor humor del que ha mostrado desde que llegamos. Se ha traído la cámara digital de Poppy y ha sacado algunas fotografías espectaculares de la isla desde todas las perspectivas, así como de la caminata hasta la cima, y ahora está pidiendo a gritos que alguien haga una foto del paisaje con ella en el centro de la imagen.

—¡Por favor, Tanya! —suplica, obligándola a que coja la cámara—. Solo un par de fotos y luego me dejas que compruebe la iluminación.

—¡Por Dios, vale! —Solo ella podría hacer que Tanya se convierta en fotógrafa. No puedo evitar reírme al verla darle al botón mientras Chloe va poniendo posturitas.

—Estás muy en forma, ¿eh?

La voz de Poppy a mi lado hace que me sobresalte. No la he oído acercarse.

—Oh, bueno, supongo que sí —respondo—. Hago una maratón todos los años. Pero no tengo mucha fuerza física.

—Impresionante. Aunque deberías tener más cuidado cuando salgas a correr.

—¿A qué te refieres?

Señala mi muñeca, los moratones ahora visibles, tres nítidas marcas.

—¿Te has golpeado en la muñeca mientras corrías esta mañana?

Me encojo de hombros.

—Puede ser. No estoy segura. Me salen morados enseguida.

Eso, al menos, es verdad. El más pequeño golpe me deja marcas durante días. Me rodeo la muñeca con la otra mano. No me había dado cuenta de que se me habían subido las mangas, dejando mis brazos al descubierto ante el mundo. Por mucho calor que haga, me siento mejor bien tapadita.

—Admiro mucho tu dedicación.

—¿De veras? —El comentario burdo e insensible que Chloe le hizo a Poppy la noche anterior sigue resonando en mis oídos. No debería haberme reído, tendría que haber hecho algo al respecto; eso fue una muestra de debilidad por mi parte—. Oye, siento mucho lo que te dijo Chloe anoche —le digo ahora en voz baja.

Poppy me mira sorprendida, levantando las cejas.

—He oído cosas peores. Y, de todas formas, tú no lo dijiste.

—Ya, pero yo no contaría con que Chloe vaya a disculparse contigo.

Eso parece divertirla.

—Créeme, yo tampoco.

—A veces puede ser un poco bruta —digo, tratando de mostrarme conciliadora.

—Espero que encuentres pronto el collar —me responde, como si hubiéramos estado hablando de eso todo el tiempo.

—¡Hagámonos una foto de grupo!

El chillido entusiasmado de Chloe hace que nos giremos hacia ella, al tiempo que pide que nos juntemos para hacernos una selfi. Al principio Poppy se mantiene al margen, sin tener muy claro si la petición también la incluye a ella, pero entonces la agarro del brazo y la coloco entre Tanya y yo. Chloe sostiene la cámara en alto para encuadrar al grupo y todas esbozamos una gran sonrisa. Entonces exclama con un gritito:

—Decid «¡Despedida!».

—¡Despedida! —coreamos todas, experimentando la sensación de estar verdaderamente unidas. Nos sonreímos unas a otras, e incluso

Tanya parece haber dejado atrás su mal humor.

—Ha sido una gran idea subir aquí —dice Chloe mientras nos separamos.

—Déjame ver cómo ha quedado la foto.

Le quito la cámara y examino la imagen de las cinco. Todas lucimos una gran sonrisa, la de Chloe más amplia que las demás, pero hay algo que parece no estar bien. Su mano agarra a Tanya por el hombro como si esta fuera a caerse de un momento a otro. Annabel está algo apartada en un extremo del grupo y ni siquiera mira directamente a la cámara. Y ver a Poppy entre Tanya y yo se me hace extraño, como si siempre hubiera debido estar ahí pero aun así su presencia siguiera desentonando, totalmente fuera de lugar. Gracias a Dios, mis moratones están ocultos tras la espalda de Tanya.

—Ha quedado preciosa —digo cuando me doy cuenta de que las otras esperan mi veredicto. Le devuelvo la cámara a Chloe—. Es estupendo tener una foto de todas juntas.

—Y sin necesidad de móviles —añade Poppy con aire triunfal.

Tanya va a sentarse en una roca mientras las demás seguimos contemplando el paisaje. Incluso Annabel se aventura a acercarse un poco más al borde.

—¿No echas de menos tu móvil? —le pregunto a Chloe.

—No pasa nada —me responde, dejando la cámara a un lado para disfrutar mejor de las vistas.

Poppy se acerca a Annabel.

—¿Te acuerdas de la última vez que estuvimos las cinco juntas así?

—¿En el instituto? —responde ella, frunciendo el ceño.

—De forma más concreta —dice Poppy.

Me cuesta un momento darme cuenta de adónde quiere llegar.

—En el examen de arte —digo.

Poppy asiente.

—Eso es. ¿Y alguien recuerda la fecha exacta de aquello?

—El veintidós de mayo —contesta Tanya, sorprendiéndome.

—Han pasado exactamente casi diez años —sigue diciendo Poppy —. Toda una década entre aquel momento y ahora. ¿Creíais que diez años después de aquello volveríamos a estar todas juntas?

¿Por qué está sacando a relucir eso ahora? Todas intercambiamos miradas nerviosas, conscientes de lo que ocurrió aquel día.

De repente, Poppy se adelanta y coloca una mano sobre la espalda de Annabel. Es tan rápida que a ninguna nos da tiempo a reaccionar. Annabel gira la cabeza hacia ella con expresión horrorizada, la boca muy abierta, alzando las manos a la defensiva.

Poppy la empuja.

Annabel trastabilla hacia delante, pero está demasiado lejos del borde como para que pueda caer por el precipicio. Consigue afianzarse sobre los pies y recuperar el equilibrio.

Ha sido un empujón suave. En plan de broma, no para causar daño.

Nos quedamos mirando a Poppy con la boca abierta, sin poder reaccionar, y ella se echa a reír.

—¿Qué coño ha sido eso? —grita Annabel, apartándose del risco y colocándose detrás de mí.

Tanya se levanta y Chloe también se acerca a nosotras, de modo que ahora las cuatro formamos una hilera frente a Poppy, que sigue riéndose y enjugándose una lágrima con el dedo.

—No ha tenido ninguna gracia —digo—. Annabel podría haber muerto.

—Oh, venga ya, Esther —replica Poppy, sonriéndonos como si estuviéramos manteniendo una conversación normal—. Estaba como a un metro del borde. Un empujoncito de nada no iba a matarla.

—¿Estás bien? —le pregunta Chloe a Annabel cuando esta empieza a llorar—. Tranquila, ni siquiera te has acercado al borde, créeme.

—¿Cómo has podido hacer eso? —dice Tanya.

Poppy levanta las manos.

—Solo ha sido una broma. ¿No os acordáis de eso vosotras cuatro? Creo recordar que os gustaban mucho las bromas.

Así que no lo ha olvidado. Lo sabía.

—Sé que solo estabas bromeando, pero no vuelvas a hacer algo así. —Hago un gesto enérgico con la cabeza, pero Poppy parece atravesarme con la mirada.

—Si alguien aquí debería tener miedo soy yo —dice—. Al fin y al cabo, sé muy bien de lo que sois capaces.

9

Poppy

4 de septiembre de 2006

Querido diario:

Ay, Dios. ¡Mi primer día de instituto! Me está resultando tan impresionante y tan aterrador como dice todo el mundo. Acabo de cumplir once años y ya soy prácticamente adulta, pero da igual lo mucho que papá y mamá trataran de convencerme de que todo iba a ir bien. Ya me he comportado como una auténtica idiota.

Perdón, se supone que no es así como deben empezar los diarios, ¿no? ¡Bah, no importa! Es mi diario y puedo hacer lo que quiera. Pero quizá debería presentarme antes, porque mamá siempre me dice que es de buena educación hacerlo cuando conoces a alguien. Claro que tú no eres una persona, pero ya me entiendes. Si alguien en el futuro, pongamos dentro de cien años, descubriera este diario oculto en algún lugar, podría pensar: «Guau, si supiera quién lo escribió podría hacerla famosa y que su nombre pasara a la historia». ¡Así que no pienso correr riesgos! Aunque, de todas formas, voy a ser famosa igualmente. Voy a convertirme en una célebre artista, tú espera y verás. Y entonces este diario será aún más impresionante porque lo escribió alguien famoso. Imagínate si encontraran el diario de Picasso, o de Van Gogh, o de Leonardo da Vinci. Pues es más o menos lo mismo.

Pero me estoy adelantando otra vez, ¿no? Me llamo Poppy Greer, tengo once años y vivo en Bristol. Y hoy ha sido mi primer día de instituto y ha sido un DESASTRE TOTAL.

Estoy hablando de un nivel de humillación absolutamente mortal, terrorífico y bochornoso. Y por mucho que quiera hacerme la valiente y tratar de superarlo, ¿qué más da eso ahora? Siempre seré la perdedora que hizo el mayor de los ridículos en su primer día de clase.

Menos mal que tengo a Tanya. Es mi mejor amiga y siempre lo ha sido desde que éramos muy pequeñas, desde el primer día de primaria. Yo me encontraba leyendo un libro en un rincón y ella se acercó y me preguntó de qué iba, y desde entonces hemos estado juntas.

Ahora estamos las dos en primero de secundaria, y es de locos pensar en lo mayores que somos ya. Me van a encantar todas las asignaturas nuevas que se ofrecen distintas a las de primaria (¡aunque la de arte seguirá siendo mi favorita, por supuesto!). En la asamblea de bienvenida, donde estábamos unos doscientos alumnos de primero, el profesor nos ha explicado el plan de estudios y qué tipo de cosas íbamos a hacer. Todo me parecía alucinante, y mientras escuchábamos estaba sentada al lado de Tanya porque, menos mal, está en mi mismo grupo de tutoría. Le apreté la mano cuando empezaron a hablar del departamento de artes escénicas. A Tanya le encanta actuar y dice que cuando sea mayor quiere ser una actriz famosa, y aunque sé que mucha gente nunca llega a cumplir sus sueños estoy segura de que ella lo conseguirá.

Tanya actuará en películas de Hollywood y yo expondré en galerías de arte de todo el mundo. Mi maestra de primaria decía que yo era la mejor alumna de dibujo que había tenido nunca, y eso que podía ser bastante dura cuando quería. Nunca regalaba elogios porque sí, así que sé que decía la verdad y que tengo talento.

En fin. Déjame que pase a lo del HORRIBLE INCIDENTE, porque eso es lo que quería contarte.

Nuestro tutor nos estaba haciendo un recorrido por la escuela. (¡Ay, Dios, nuestro tutor! Esto no tiene nada que ver con lo que te quiero contar, pero creo que es el hombre más guapo que he visto en mi vida. ¡Y está claro que no soy la única que lo piensa!). La mayoría de las chicas del grupo de tutoría iban delante, siguiéndolo fascinadas, mientras que los chicos deambulaban más o menos por el medio. Tanya y yo nos quedamos en la parte de atrás, alucinando con las instalaciones de la escuela y asegurándonos de que recordábamos dónde estaba todo para no perdernos.

Y por detrás de nosotras, al final del todo, había otro grupito de tres chicas comportándose como si no les importara nada. Y aunque el señor Edwards nos había dicho que teníamos que guardar silencio, ellas no paraban de cuchichear todo el rato.

Una de ellas soltó una gran carcajada. Miré al señor Edwards, preocupada por que pensara que habíamos sido Tanya o yo, pero ni siquiera se había enterado. Continuó con el recorrido, describiendo ahora el departamento de historia mientras entrábamos en un pasillo lleno de carteles sobre las guerras mundiales y las sufragistas.

No debería haberlas mirado. ¡Lo sé, lo sé! Pero ellas me vieron mirarlas y se acercaron a nosotras.

—Me llamo Annabel —dijo la de en medio—. Y estas son Chloe y Esther.

Chloe era la que había soltado la risotada y aún seguía riéndose por lo bajo. Cuando lo pienso ahora, era evidente que llevaba algo escondido a la espalda, pero qué quieres que te diga, en ese momento solo estaba prestando atención a Annabel, ¿vale?

—¿Cómo os llamáis? —nos preguntó Esther, y, sí, ella también llevaba algo escondido detrás.

Les dije mi nombre, pero estaba realmente nerviosa, y cuando Tanya les dijo el suyo no pude evitar pensar que tiene mucha más seguridad y confianza que yo.

—No me había dado cuenta de que os diera tanto miedo la historia —dijo Annabel. Señaló uno de los carteles colgados en el pasillo—. Ya sé que son bastante gráficos, pero es importante que aprendáis también esas cosas. No deberíais tener miedo.

—No tenemos miedo —respondí. En ese momento estaba muy confusa. Me encanta la historia, no me asustaba un estúpido cartel. En el colegio conseguí el primer premio por mi trabajo sobre las mujeres en la época romana.

Tanya lo vio antes que yo y consiguió saltar hacia atrás. Yo estaba demasiado ocupada mirando intrigada los carteles, tratando de averiguar de qué debería tener miedo, cuando Chloe y Esther se sacaron de detrás de la espalda dos envases de zumo Capri-Sun, apuntaron a nuestra entrepierna y apretaron. Yo quedé totalmente empapada, pero, lo que es

peor, parecía que me había meado encima. Esther y Chloe tiraron los Capri-Sun en una papelera cercana y empezaron a reírse a carcajadas.

Pues sí, parecía justamente eso: que me había meado encima en mitad del pasillo.

Pero espera, que la cosa se pone aún peor.

—¡Ay, Dios! ¡Profesor! —gritó Annabel—. ¡Esta chica se acaba de mear encima! ¡Poppy se ha meado encima! —Y luego se echó a reír también.

Horrorizada, vi cómo toda la clase se paraba en seco y se giraba para mirarme. El señor Edwards corrió hasta el frente del grupo y observó la escena. Yo, con los pantalones mojados y la cara ardiendo de vergüenza. El charco de líquido en el suelo entre mis pies. Las tres chicas señalándome, haciendo que los demás se unieran a ellas y estallaran en grandes carcajadas, y yo ahí, convertida en el hazmerreír de todos. Ni siquiera podía mirarlos a la cara.

—¿Estás bien, Poppy? —me preguntó el señor Edwards. Luego se volvió hacia los demás y, alzando la voz, gritó—: ¡Basta ya! No pienso consentir que os riais de ella. Id a esperarme al final del pasillo. ¡Y si alguno se porta mal, seréis todos castigados aunque sea el primer día de clase! ¿Entendido?

Lo recuerdo palabra por palabra, porque lo único que podía pensar era: «Ay, Dios, el señor Edwards cree que me he meado encima. Está intentando protegerme y eso lo empeora aún más».

—No me he meado encima —dije en voz muy baja, aunque demasiado tarde—. Han sido Chloe y Esther…, ellas…

En ese momento Annabel pasaba por mi lado y me miró diciendo que no con la cabeza.

—¿Chloe y Esther? —preguntó el señor Edwards—. ¿Qué han hecho?

No podía convertirme en una chivata el primer día. Es que no podía.

—Nada —respondí.

El señor Edwards me miró frunciendo el ceño, pero decidió dejarlo estar.

—Bueno, tendrás que limpiarte eso. Seguro que habrá algunos pantalones de sobra de la clase de educación física. Pediré a alguien que te acompañe a recepción y allí se ocuparán de ti, ¿de acuerdo? Y si necesitas una nota médica del doctor sobre lo de tu vejiga…

—Señor Edwards, no —dije en un susurro, consciente de lo dolida y humillada que debía parecer—. No me he meado encima. Se lo juro. Por

favor, no se lo cuente a nadie.

—Bueno, vale. —Entonces pasó por allí otra estudiante y él la llamó—. ¿Podrías acompañar a mi alumna de primero a recepción?

—Sí, señor —respondió la chica, mirándome de arriba abajo con curiosidad.

El señor Edwards me sonrió.

—Te veo luego. Y no te preocupes, me aseguraré de que nadie vuelva a mencionar nada de esto.

Mientras él regresaba con el resto de la clase, me quedé pensando en cómo conseguiría el profesor que nadie hablara de aquello. Incluso yo habría comentado con Tanya lo de la chica que se meó encima el primer día de clase, y pensé que yo tampoco me creería a la pobre por mucho que insistiera en que no lo había hecho.

Aquello iba a convertirse en una historia que me acompañaría por siempre. Yo iba a ser esa chica.

Y para más humillación, cuando la otra estudiante y yo nos marchábamos, apareció un limpiador del centro con un cubo y una fregona. Para entonces el pasillo ya estaba vacío, pero aun así fue algo espantoso, y me aterraba que en cualquier momento apareciera otro grupo de primero haciendo su recorrido por la escuela.

La otra chica resultó ser una alumna de cuarto que tuvo la delicadeza de no preguntarme por qué estaba allí plantada con los pantalones empapados, y se limitó a guiarme hasta donde me tenía que llevar. El personal de recepción me dio unos pantalones que tenían por allí y que no eran muy distintos a los míos, y también una bolsa de plástico para que pudiera llevarme los mojados a casa. Cuando llegué a la sala de tutoría las clases ya habían empezado y el señor Edwards tuvo que acompañarme al aula de matemáticas. Al entrar no hice caso de los murmullos y las miraditas que me lanzaban, y procuré esconder la bolsa con los pantalones mojados detrás de mis piernas.

Por suerte, Tanya me había guardado un sitio. Cuando me senté, se inclinó hacia mí y me apretó la mano.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó en un susurro.

—Me han dado otros pantalones. Eso es todo.

—¿No le has dicho al señor Edwards que fueron Chloe y Esther?

Al oír sus nombres, miré alrededor de la clase tratando de encontrarlas. Chloe, Esther y Annabel estaban sentadas a una mesa de cuatro; el otro asiento estaba ocupado por un chico que ya tenía la cabeza apoyada sobre el tablero. Me pillaron mirándolas y me sonrieron, haciendo como si se apretaran la nariz con los dedos.

—No —le respondí a Tanya—. No quería convertirme en una chivata. Aunque debería haberlo hecho. ¿Y tú por qué no me has defendido?

—Lo siento. —Volvió a apretarme la mano—. De verdad que lo siento, Poppy. No volverá a ocurrir. A partir de ahora estaremos siempre juntas.

No es exactamente lo que habría deseado para mi primer día de clase. Tanya cumplió su palabra e ignoró a las tres chicas cuando intentaron hablarle, e incluso le dijo a Esther que se callara cuando trató de sacar el tema de lo que había ocurrido antes. Pero cuando llegué a casa, con aquella estúpida bolsa de plástico en la mano, me sentía agotada.

Habría querido subir directamente a mi cuarto y ponerme a escribir esto, pero sabía que no sería fácil pasar por delante de papá y mamá sin que me pararan.

Argh, los padres… Ya sé que lo hacen con buena intención y todo eso, pero a veces tú solo quieres ir a tu rollo y que no te molesten. Que no te hagan quedarte abajo para pasar tiempo con ellos. Tener que hacer todas las comidas juntos, ¡y más vale que te acabes todo lo que hay en el plato! Aunque estés disgustada. Pero ni se te ocurra decírselo, porque entonces te tendrán hablando de eso toda la noche.

A ver, quiero a mis padres, de verdad que sí. Pero es que a veces me sacan de quicio.

Cuando entré en la cocina estaban preparando la cena; dejé la mochila y la bolsa en el suelo, al lado de la isla central, y me senté en un taburete. Sabía que no tenía sentido subir directamente a mi cuarto porque uno de ellos iría detrás de mí para preguntarme qué me pasaba, por qué no había entrado a saludar, sobre todo siendo mi primer día de clase. Mamá estaba pelando patatas y papá removía algo en una olla, pero cuando me vieron dejaron lo que estaban haciendo y corrieron a abrazarme. Hasta mi hermana pequeña, Wendy, que normalmente siempre está perdida en su mundo imaginario, se levantó del sofá del rincón y se sumó al abrazo. Al verla con su uniforme, con los colores de mi escuela primaria, me puse un

poco sentimental y nostálgica.

Ojalá pudiera volver atrás.

¡No, no es eso! Y no voy a tacharlo porque la página quedaría hecha un desastre, pero no quería decir eso. Ni siquiera sé por qué lo he escrito. Sinceramente, me estoy poniendo en ridículo por un momento de tontería.

—¿Qué tal el primer día de clase, cariño? —me preguntó mi madre, volviendo a sus patatas—. Para celebrarlo estamos preparando tu plato favorito: patatas fritas y los macarrones con queso de papá.

—Estupendo —dije de forma mecánica—. Gracias a los dos.

Pero a mis padres no se les escapa nada.

Papá agitó la cuchara de madera en mi dirección.

—No has contestado a la pregunta. ¿Cómo ha ido la escuela? ¿Te han gustado los profesores? ¿Has hecho nuevos amigos? ¿Has visto ya el departamento de arte?

Entonces se produjo el momento embarazoso número dos.

—¿Qué es esto? —Wendy cogió la bolsa de plástico y miró en su interior —. ¿Por qué tienes unos pantalones apestosos aquí?

—¿Qué? —Mamá se acercó a mirar y yo quise que se me tragara el taburete—. Poppy, ¿qué es esto? —Entonces me examinó de arriba abajo y cayó en la cuenta—. Llevas unos pantalones distintos. ¿Qué ha pasado?

—Nada, que a alguien se le derramó un Capri-Sun encima de mí —dije —. Y en el instituto me dieron unos pantalones de la clase de educación física.

—¡Todavía huele! —Mamá sacó los pantalones de golpe, dejando que la bolsa cayera al suelo, y aspiró con fuerza—. Y aún están un poco mojados. Pero ¿cuánto zumo te ha caído? ¡Parece que fuera el envase entero!

Wendy levantó una ceja. Cada vez se le da mejor. Le gusta hacer las cosas que sabe que yo no puedo hacer.

—¿Y cómo se puede derramar un Capri-Sun?

—Eso mismo estaba pensando yo. —Mamá metió los pantalones en la lavadora y luego se apoyó en la isla de la cocina para mirarme fijamente —. Alguien te lo tiró encima a propósito, ¿verdad?

—¡No, mamá! —grité, y odié ver cómo sus ojos se abrían con expresión dolida—. Te he dicho que ha sido un accidente. Nada más. Y el día me ha ido bien, ¿vale? Me ha ido bien y ya está.

—Poppy… —Mamá se inclinó para cogerme las manos pero yo me levanté, apartando bruscamente el taburete.

—¡Déjame en paz! —Y salí a toda prisa de la cocina, subí corriendo las escaleras y me encerré en la seguridad de mi cuarto.

Así que ahora estoy aquí, diario, escribiendo en tus páginas. Sé que no tardarán en venir. Sé que me consolarán, que me harán reír, sentirme un poco mejor. Pero quería tener estos pocos minutos para mí sola.

No ha sido más que una tontería. Todo irá bien.

Oh, vaya, ya están llamando a la puerta. Ya está aquí la patrulla del consuelo al rescate.

27 de junio de 2007

Querido diario:

Lo primero de todo, sé que te tengo abandonado desde hace prácticamente un año. Lo siento, ¿vale? Pero es que las cosas han sido… difíciles.

Y cuando las cosas me van mal, ¿qué es lo que hago? Pues pinto. No soy mucho de escribir. Se suponía que aquí iba a anotar todas las cosas buenas que me ocurrieran durante la secundaria. Todas las fiestas a las que me invitarían. Todos los amigos que haría.

Pues bien, nada de eso ha ocurrido.

Así que he estado pintando un montón. Y, oye, al menos en eso me ha ido muy bien. Soy sin duda la mejor en arte de todo mi curso y, para ser sincera, probablemente de toda la escuela. Y no estoy fanfarroneando; eso es lo que me han dicho mis profesores de arte, y he visto un cuadro mío expuesto junto a los de alumnos de cursos superiores y, lo siento, pero el mío es mejor.

¿Esto me hace parecer una arrogante total? No es mi intención. Te prometo que solo es en esto. El arte es lo único que me hace feliz ahora mismo, así que, por favor, déjame que alardee solo un poco. De lo contrario, creo que me volvería completamente loca. ¿O quizá ya lo estoy? Hasta ahora, esta entrada de diario parece cosa de locos.

El departamento de arte está como escondido al fondo de la primera planta de la escuela, así que no lo encontrarás a menos que vayas para alguna clase. Pero cuando empiezas a recorrer el pasillo para ir allí, ves todas esas pinturas y esculturas increíbles que otros alumnos han hecho a lo largo de los años. Ahora uno de mis cuadros también está colgado allí, junto con las obras de algunos estudiantes de los últimos cursos, lo cual me hace sentir muy especial. Es sin duda una de mis obras menos arriesgadas, solo un campo bonito con unas niñas jugando. Los profesores ya me han dicho que algunas de mis pinturas son tal vez demasiado experimentales, pero no puedo evitar dar rienda a mi estilo de expresión artística, o al menos eso es lo que les digo, lo cual me hace parecer muy adulta e importante, como si fuera una artista de verdad.

Hay tres profesores de arte, pero mi preferida es la señorita Wersham, porque es joven y guapa y porque siempre se queda muy impresionada con todo lo que hago, aunque también me dice a veces que no sea tan intensa. Me ha enseñado a utilizar un lápiz normal para sombrear las formas y darles un aspecto muy realista, y he estado practicando mucho. La semana pasada hice un dibujo de un pajarillo que se había caído del nido y de su madre buscándolo. La profesora me dijo que, aunque ya empezaba a dominar la técnica, el cuadro era demasiado triste para colgarlo. ¡A ver si nos aclaramos! ¿No se supone que el arte tiene que ir sobre emociones?

En vez del mío colgó el de Ollie, un estúpido dibujito de un cohete saliendo disparado hacia el espacio. Él estaba allí cuando la profesora me enseñaba la técnica del sombreado con el lápiz y, por supuesto, también tuvo que probarlo. Ollie Turner es un chico de mi clase de arte. Es un chaval majo, y también es bastante bueno en arte, pero no tanto como yo. Yo soy la mejor. Él tiene que conformarse con ser el segundo y creo que eso le molesta mucho, porque se puso muy chulito cuando la señorita Wersham colgó su dibujo y no el mío. No pude contenerme y le dije que eso era porque, aunque el mío era «brillante» (¡que es lo que dijo la señorita Wersham, lo juro!), resultaba demasiado emotivo y triste para exhibirlo. Podría afectar a la gente.

Me gusta mucho esa idea, la de que mi talento pueda provocar emociones en los demás. ¿No es eso lo que hacen los grandes artistas? ¿Poner triste a la gente?

Y, además, ¡yo estoy triste! ¡Estoy reproduciendo mi verdad en el arte! Que es la auténtica razón por la que estoy volviendo a escribir aquí otra vez.

Así que… ahí va. La gran noticia. La horrible noticia. La razón por la que no he escrito porque esperaba que ella cambiara y volviera conmigo, porque está claro que siete años de amistad significan más que unas estúpidas chicas que me echaron por encima un Capri-Sun el primer día de clase.

Pero ahora ya lo tengo muy claro. Y no tengo por qué ocultarlo más.

Tanya y yo ya no somos mejores amigas. Ella va ahora con Annabel, Chloe y Esther. Y yo no tengo a nadie.

Ocurrió de forma tan gradual que al principio no me di cuenta. En muchas asignaturas Tanya tuvo que cambiarse de sitio y sentarse con Annabel, porque las iniciales de sus apellidos quedan muy cerca alfabéticamente. Y, claro, hablaban entre ellas porque tenían que hacer los mismos trabajos.

Pero, conforme pasaban las semanas, Tanya empezó a estar muy ocupada después de clases, cuando antes siempre quedábamos todos los días. Empezamos a vernos solo un día a la semana, luego una vez cada dos semanas, y al final ninguna, porque según ella su madre le decía que ahora que estaba en secundaria tenía que tomárselo más en serio y no tenía tiempo para salir.

A ver, no soy tonta. Sospechaba que eso no era verdad. Pensé que quizá quedaba con algunos chicos de la escuela que la invitaban a salir por ahí, y que se sentía tan mal por ello que no me lo contaba. Seguíamos viéndonos durante los descansos entre clases y a la hora del almuerzo, pero después de Navidades pillé un tremendo resfriado y falté a clase durante tres días. Cuando volví esperaba que Tanya se hubiera aburrido mortalmente sin mí, pero en cambio la encontré divirtiéndose y cuchicheando con Annabel, Chloe y Esther. Volvió a sentarse conmigo, pero se notaba que no tenía ningunas ganas.

Aquello duró un par de semanas, hasta que al final dejó de juntarse del todo conmigo. Y lo que es peor, fue cuando empezó a unirse a ellas en sus bromas.

Pues sí. Porque eso no ha parado. No fue solo aquella broma del primer

día. Todos los días se han estado burlando de mí. A veces fingía que estaba enferma para no ir a la escuela y evitarlas, pero mamá ya ha empezado a sospechar.

A la hora del almuerzo, a menudo trataba de quedarme en el despacho de la señorita Wersham. Al principio le pareció bien, pero cuando empezó a convertirse en una costumbre hasta ella se cansó de mí. Y tampoco ayudó que Ollie y otros chavales de la clase pensaran que estaba recibiendo ayuda extra de la profesora y que aquello era una especie de extraescolar solo para mí, así que la señorita Wersham tuvo que pedirme que no volviera más.

En fin. Vamos al motivo por el que estoy escribiendo ahora: el desastre de mi fiesta de cumpleaños.

Para cuando se acercaba mi cumpleaños, a finales de junio, Tanya y yo ya no nos hablábamos. El problema era que mis padres no lo sabían. ¿Cómo les cuentas a tus padres que de pronto te has convertido en una perdedora total? Era mejor para ellos que no lo supieran. Pero, por más que les rogué que no lo hicieran, mis padres insistieron en que invitara a Tanya a mi fiesta.

—Tienes que invitarla, es tu mejor amiga —dijo mamá, cogiendo el teléfono para llamar a la madre de Tanya.

—Por favor —le supliqué—. Quiero que seamos solo la familia. Wendy, papá, tú y yo. Estará muy bien.

—Tonterías —replicó, y no hubo más que hablar.

Así que el estar ahí sentados a la mesa de la cocina, con todo preparado para mi fiesta esperando a que llegase Tanya, fue para mí algo insoportable. El tiempo iba pasando, y antes de darnos cuenta ya llegaba diez minutos tarde, luego media hora.

Me da hasta vergüenza escribir esto, pero una parte de mí esperaba que al final apareciera. Era mi cumpleaños. No tendría que contárselo a nadie. Yo no lo haría. Sería como en los viejos tiempos.

El año pasado fuimos juntas a un parque acuático. Luego ella se quedó a dormir en mi casa y comimos pizza para llevar, una auténtica pasada. Hicimos pulseras de la amistad y prometimos que seríamos las mejores amigas de por vida.

No quiero hacer spoiler, pero no se presentó.

—Esto no es propio de Tanya —dijo mamá extrañada, mirándose el reloj por tercera vez—. A ver si le ha pasado algo.

—Tanya lleva siglos sin venir por aquí —murmuró Wendy.

No le he contado nada a Wendy de lo que está pasando, pero ella es muy intuitiva. Sé que papá y mamá piensan que es una especie de niña prodigio y siempre se preocupan por no estar haciendo lo suficiente por ella, cuando en realidad ya le están pagando clases particulares de violín, mandarín y matemáticas avanzadas. Se pilló un sándwich cuando mamá no prestaba atención y se lo metió entero en la boca, mirándome y encogiéndose de hombros.

Pero Wendy tenía razón. La última vez que Tanya se había quedado a dormir en casa fue en las vacaciones de Pascua, y solo porque su madre tuvo que irse a Manchester por trabajo. La situación fue de lo más incómoda, y lo fue más aún cuando a la semana siguiente Annabel, Esther y Chloe se burlaron de mi casa, diciendo cosas que les había contado Tanya.

—Empecemos a comer —dije—. No quiero que se estropee nada de esto.

Mis padres habían hecho un gran esfuerzo para celebrar mi doce cumpleaños por todo lo alto y habían preparado comida para un regimiento.

Como si la situación no fuera ya mala de por sí, mamá decidió que empeorara.

—Bueno, espera, voy a llamar a Jane.

La madre de Tanya.

Le rogué y le supliqué que no lo hiciera.

—¡No, mamá, no lo hagas! De verdad que no pasa nada.

No me hizo caso, cogió el teléfono y marcó el número de la casa de Tanya. Como habíamos estado tan unidas, se lo sabía de memoria. Siempre tenía que llamar allí para preguntarme si volvería a casa para la hora de la merienda.

—Hola, ¿Jane? Soy Sue, la madre de Poppy. —Cuando le hice señas para que colgara, mamá me dio la espalda—. Estamos aquí en la fiesta de cumpleaños de Poppy y quería saber si Tanya había salido ya de casa. Llevamos esperándola un rato y… ¿cómo?

Cerré los ojos.

—¿Y cuándo dices que iba a hacerlo? Aquí no ha llamado nadie esta mañana. —Mamá se giró para mirarme—. Ya. Entiendo. No, gracias, Jane. No, gracias, yo se lo digo. Un abrazo. —Colgó el auricular y soltó un suspiro.

—¿Y bien? —preguntó papá—. ¿Va a venir Tanya?

—No. —Mamá dejó el teléfono en su sitio y se sentó—. Por lo visto ha habido algún tipo de malentendido. Resulta que hoy le era totalmente imposible venir. Pero Jane me ha dicho que Tanya te desea un feliz cumpleaños y que te ha enviado una tarjeta por correo. Bueno, ¿qué os parece si empezamos?

No sé lo que le diría Jane a mi madre, pero más tarde, cuando eché un vistazo a Facebook, descubrí la verdad por mí misma.

¡Pasándomelo hoy en grande con mis mejores amigas!

Tanya había colgado una foto en la que aparecían etiquetadas Annabel, Chloe y Esther, y en la que salían las cuatro juntas en el parque tomando helados. Todas sonreían radiantes a la cámara, con los brazos rodeando los hombros de las otras y con el sol brillando a su espalda.

Era una simple quedada entre amigas. Nada especial. Para tomar unos helados en el parque. Y, después de todo lo que habíamos pasado juntas, Tanya ni siquiera había podido renunciar a eso para venir a mi cumpleaños.

Me metí bajo las sábanas y me eché a llorar. Ya había dejado de pensar que las cosas acabarían arreglándose. Me quedé ahí llorando a mares, y deseé no tener que volver a enfrentarme al mundo nunca más.

Perdón por los manchurrones. No quería llorar mientras escribía esto. ¿No decían que escribir para sacar lo que tienes dentro hacía que te sintieras mejor? Pues es mentira.

Y aun así… Al menos puedo fingir que tú eres mi amigo, diario. Me recuerdas al de Ana Frank, aquellos escritos suyos tan esmerados y sofisticados que dirigía a «Kitty». Pero no creo que yo te vaya a poner nombre.

Eso solo haría que me sintiera aún más sola.

10

Annabel
19 de mayo de 2023

No puedo creerme que Poppy me haya empujado así, estando tan cerca del borde del acantilado.

Mientras bajamos de la montaña se respira un ambiente de lo más tenso e incómodo, pero Poppy parece decidida a fingir que no ha pasado nada. Me da igual que fuera imposible que pudiera caerme, ha tentado a la suerte, ha querido asustarme. Durante todo el descenso no ha parado de parlotear en voz alta con ese tono tan desagradable, como si no supiera que seguía enfadada con ella. Y ahora que hemos llegado por fin a la playa, es como si todo lo ocurrido durante la mañana hubiera quedado olvidado.

—Es el momento ideal para tomar el sol, ¿no os parece? —propone Poppy mientras nos reunimos alrededor de las tumbonas—. Prepararé unos margaritas y podremos relajarnos durante una hora o así antes de comer.

Dibujo una sonrisa en mi cara, consciente de que debe de verse de lo más forzada.

—Me parece estupendo. —No seré yo la que arruine la despedida. Le seguiré el rollo y me adaptaré a su retorcido sentido del humor—. Pero antes voy a darme una ducha. Estoy muy sudada por la caminata.

—Te acompaño —dice Poppy—. De todos modos tengo que ir a preparar las bebidas.

Genial. Dejamos a las otras mientras se echan en las tumbonas (Chloe mueve la suya desde la zona en sombra bajo las palmeras para colocarla al sol sobre la arena) y nos encaminamos hacia la casa principal. Hace mucho más calor que esta mañana. Agradeceré una

buena ducha. Me noto la cara pegajosa y el pelo se me empieza a pegar en las sienes.

Al principio pienso que vamos a caminar en silencio, lo cual sería preferible, pero Poppy alarga una mano y me coge del brazo, dándole un pequeño apretón.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Bien. Como he dicho, solo me noto un poco sudada. —Intento sacudirme su mano de encima, pero me agarra con firmeza.

—Todavía estás enfadada por el empujón, ¿verdad? —Se pasa la mano libre por el pelo, luego me suelta—. Solo estaba haciendo el tonto. Lo siento.

Como vamos caminando una al lado de la otra no puedo verle los ojos para comprobar si está siendo sincera. Pero por su voz lo parece, así que cedo un poco.

—No, perdóname tú. He reaccionado como una idiota. Tú no podías saber que me iba a afectar tanto.

—Debería habérmelo imaginado. No podemos seguir gastando bromas como antes. Después de todo, ya han pasado diez años.

Noto que se me altera la respiración. No es la primera vez que saca a la luz el tema del pasado, aunque por otra parte no para de insistir en que quiere dejarlo todo atrás.

—Tienes razón —digo—. Ha pasado mucho tiempo. Y ahora nos estamos conociendo mejor unas a otras.

Cuando llegamos a la zona de la terraza ella se detiene, dispuesta a entrar en la casa principal para preparar los cócteles. A nadie parece extrañarle el hecho de que apenas sea mediodía, pero se supone que estamos de despedida de soltera.

—No tardes mucho, Annabel —me dice mientras se aleja—. No quiero que te pierdas nada de lo que va a pasar.

En respuesta, me despido agitando una mano. Agradezco la sombra que me proporciona la casa mientras la rodeo para dirigirme a mi cabaña. Una parte de mí quiere dar media vuelta y pedirle que me deje el móvil para echarle un vistazo, solo para comprobar si Andrew me ha enviado algún mensaje, pero algo me dice que Poppy no se mostraría muy receptiva a mi petición.

Al llegar al pequeño porche de la cabaña, me doy cuenta de que la puerta está abierta. De forma casi imperceptible, una ligerísima rendija, pero abierta al fin y al cabo.

Estoy segura de que la cerré cuando salí esta mañana.

¿O no?

Pruebo a abrirla del todo y luego volver a cerrarla, solo para asegurarme de que encaja bien. Pero la puerta se cierra con un nítido chasquido, un ruido que estoy convencida de haber oído al salir por la mañana. Cuando entro en la habitación no detecto nada fuera de lo normal, nadie parece haber estado ahí. Está tal como la dejé, con los productos para el pelo y el maquillaje esparcidos sobre la cómoda, y con la ropa apilada dentro de la maleta abierta encima de la cama, esperando a ser debidamente vaciada. El cuadro sigue cerniéndose de forma inquietante sobre la habitación, lo cual me recuerda que tengo que preguntarle a Poppy si lo pintó realmente ella.

La ducha borbotea al encenderla. El agua no sale para nada con la presión de esta mañana. Apenas mana un débil hilillo y de vez en cuando escupe un chorro algo más fuerte. Y tampoco sale caliente, como mucho tibia.

—Por Dios… —mascullo.

Sé que estamos en una isla en medio del Caribe, pero había imaginado que un resort de cinco estrellas contaría con unos equipamientos básicos. Puede que el suministro funcione según un plan horario y haya más agua a primera hora de la mañana. ¿Cómo iba a saberlo? El caso es que tengo que apañármelas como puedo; dejo que el agua se deslice a duras penas por mi cuerpo y acabo sintiendo frío en medio de este clima tropical.

Tardo tanto en ducharme que me sorprende que Poppy no haya venido a buscarme. Pero necesitaba desesperadamente estar un rato a mi aire. Acostumbrada a pasar tanto tiempo sola en casa, ahora se me hace extraño estar rodeada por cuatro mujeres todo el santo día. Y también echo de menos a Andrew, aunque él casi nunca está en casa.

Me he traído un horroroso top azul marino con lentejuelas que Andrew me regaló la Navidad anterior. No sé por qué lo he hecho. Me lo puse una sola vez, esa misma noche para salir a tomar unas copas,

pero no es para nada mi estilo. Supongo que me lo he traído porque me recuerda a él. Creo que me lo pondré para sentirme un poco más como en casa.

Me pongo los mismos shorts blancos que llevaba antes y me cambio las botas por unas sandalias a juego, luego busco el top en la maleta. Sé que debe de estar ahí en alguna parte. Voy sacando todas las prendas y las guardo en los cajones, esperando que aparezca en cualquier momento. Pero cuando llego al fondo de la maleta, solo quedan unas medias y un viejo camisón.

El top no está.

Vuelvo a comprobarlo. Repaso toda la ropa que ya he guardado, e incluso busco por la habitación y miro debajo de la cama por si de algún modo ha acabado ahí. Pero no hay nada, ni siquiera un calcetín olvidado de un huésped anterior. La estancia está impoluta y mi maleta vacía.

Vuelvo a pensar en la puerta que encontré abierta al llegar. ¿Habrá entrado alguien? Pero ¿por qué ese alguien —y por fuerza tendría que ser una de las otras cuatro— iba a llevarse solo ese top brillante de color azul que, francamente, es horrible? Debería haber rebuscado entre toda mi ropa para encontrarlo. No tiene ningún sentido.

Está claro que Esther no haría algo tan ridículo como eso, por mucho que hayamos discutido antes. No es propio de ella actuar de manera tan infantil. Cuando está molesta por algo, es mucho más directa. Por eso es por lo que tuvimos la discusión.

No, seguramente no metí el top en la maleta. Aunque me acuerdo de que en casa lo saqué y lo puse sobre la cama para llevármelo. Tal vez se cayó sin que me diera cuenta antes de cerrar la cremallera de la maleta. Es muy probable que esté tirado en el suelo del dormitorio, y que Andrew pase cada mañana y cada noche por su lado sin caer en la cuenta de que es perfectamente capaz de agacharse y recogerlo.

Pero aun así… Frunzo el ceño y cojo otro top.

Estoy pasando de nuevo junto a la casa principal cuando de pronto veo a Chloe y a Tanya en el césped, de pie y con las toallas en la mano.

¿No estaban tomando el sol? Tienen las cabezas muy juntas y una

expresión seria en la cara.

Están tan distraídas que consigo escuchar el final de su conversación. Me quedo de piedra cuando oigo mi nombre.

—Annabel todavía no lo sabe —está diciendo Chloe—, así que deja de dar tantas pistas…

—Tienes que contárselo.

—¿Y por qué no piensas en lo que podría contarle sobre ti?

—¡Eso no es justo! —En ese momento Tanya se gira y, al verme, se le enciende la cara—. ¡Annabel!

Chloe suelta una risita estridente, pero no engaña a nadie. Su mandíbula se contrae con un tic nervioso y ni siquiera puede mirarme a la cara.

—¿Qué haces ahí como acechando?

Parecen muy preocupadas. No saben qué es lo que he escuchado. No saben cuánto tiempo llevo ahí.

—¿De qué estabais hablando? —pregunto haciéndome la tonta—. Ni siquiera me habéis oído acercarme.

—De nada —dice Chloe, pero responde demasiado deprisa, demasiado cautelosa.

—La verdad es que estábamos hablando de Poppy —dice Tanya, y Chloe se apresura a asentir—. No tenemos nada claro sobre ella.

Están mintiendo, pero finjo picar el anzuelo. En este momento no voy a conseguir una respuesta de ellas.

—¿Qué quieres decir con que no tenéis nada claro sobre ella?

—Todo este viaje. —Tanya se encoge de hombros—. No sé. La manera en que se ha comportado antes en el acantilado dándote ese empujón. Y el incidente con el zumo de naranja esta mañana. ¿Estamos seguras de que no está haciendo esas cosas a propósito?

—Tenemos que permanecer unidas —dice Chloe—. Las cuatro juntas contra una sola. Aunque trate de jodernos, no puede hacernos nada demasiado malo.

Me pregunto si Poppy habrá robado el top de mi maleta. Pero ¿por qué? ¿Qué sentido tendría?

—Las cuatro juntas contra una sola —repite Tanya, como si formáramos parte de una especie de secta.

—No lo sé —digo—. Me ha pedido perdón cuando veníamos hacia aquí. Creo que no sabe muy bien cómo comportarse con amigas.

—¿Es que acaso es nuestra amiga? —Chloe sonríe con malicia—. ¿Alguna de nosotras habría aceptado la invitación si se hubiera tratado de un fin de semana en Brighton?

—Venga, vamos. —Me irritan estas dos y no soporto pasar un momento más con ellas—. Poppy se estará preguntando dónde me he metido.

—Yo iré enseguida —dice Chloe.

Cuando Tanya y yo llegamos a la playa, Esther y Poppy —por lo visto nada preocupada por mi paradero— están tumbadas tomando el sol. Junto a ellas, a la sombra, hay dos jarras de margarita y un par de bandejas con fruta. Al vernos, se incorporan y se sientan en las tumbonas. Noto el sol golpeándome con fuerza en la nuca y desearía haberme puesto más protección solar.

—¿Te sientes mejor? —me pregunta Esther, y yo asiento con la cabeza.

Se está de maravilla aquí tumbada al sol sin hacer nada. Pero no consigo librarme de esa desagradable sensación en el estómago, y ni siquiera sé por qué. ¿Por el extraño comportamiento de Poppy al empujarme en la cima de la montaña? ¿Por el top desaparecido? ¿Porque Tanya y Chloe estuvieran hablando a escondidas sobre mí? Me paso una mano por el vientre para tratar de calmar mi inquietud, pero no sirve de nada.

Y entonces las cuatro oímos gritar a Chloe.

11

Chloe
19 de mayo de 2023

Todo mi maquillaje se ha echado a perder. Totalmente destruido. Los frascos de base están hechos añicos en el suelo y su contenido desparramado. Hasta los perfiladores de cejas se han roto. Mi carísima paleta de sombras de ojos ha caído boca abajo y todos los compartimentos de colores han quedado inservibles. Por detrás de la mesita auxiliar, la ventana está abierta de par en par y las cortinas se agitan al viento.

No me lo puedo creer. En toda mi vida he cometido una estupidez tan grande. Cientos de libras en maquillaje malgastados porque he colocado los productos sobre una mesita cerca de la ventana y una ráfaga de viento debe de haberlos volcado.

—¿Chloe? —Esther entra corriendo.

Aunque sé lo que ha ocurrido, no puedo evitar gritarle:

—¿Has hecho tú esto? ¿Quién de vosotras lo ha hecho? ¡Se ha echado todo a perder!

—¿De qué estás hablando? —Mira detrás de mí y ve el desastre en el suelo—. Oh, Dios santo…

—¿Qué diablos se supone que voy a hacer ahora? Esto es todo lo que había traído. Solo me queda un poco de rímel y de polvos. ¡Y con eso no puedo hacer nada!

—Puedes usar nuestro maquillaje —dice Esther, agachándose y empezando a recoger el destrozo—. O también podemos salvar algo de esto.

—¡No te molestes! —le suelto bruscamente, sabiendo que no ha sido culpa suya pero sin importarme—. No serviría de nada. Ya puesta,

podría ponerme también a quemar algo de dinero.

—Pero ¿cómo puede haber pasado?

—¡O alguna de vosotras ha decidido arruinarme la vida, o habrá sido esa estúpida ventana! —La señalo y luego me dejo caer sobre la cama con las lágrimas corriéndome por las mejillas—. El viento debe de haberlo tirado todo. Soy tan idiota…

—¿El viento? —Esther vuelve a colocar los pedazos rotos sobre la mesita y a continuación examina la ventana con el ceño fruncido—. Hoy no ha hecho tanto viento, ¿no?

Ahora que lo dice, tiene razón. El maquillaje estaba bien colocado sobre la mesita esta mañana, me jugaría lo que fuera. Y durante todo el día ha hecho buen tiempo.

—Tal vez el viento se arremoline en algún lugar por aquí —murmura Esther, más para ella que para mí—. Y al coger más fuerza lo ha volcado todo.

—Puede ser. —Pero ahora empiezo a dudar. ¿Alguna de las otras habrá destruido mi maquillaje?

Al instante pienso en Poppy. Sé que no le gustó nada mi comentario de anoche sobre su sexualidad. Es demasiado susceptible, como casi todo el mundo hoy en día. Pero yo no tengo la culpa de que ella sea lo que es.

Esther sale de la cabaña y vuelve al cabo de unos minutos con una esponja húmeda y papel de cocina.

—Vamos allá —dice, y se pone a limpiar el suelo—. No es que vaya a servir ya de mucho, pero yo que tú cerraría esa ventana.

—Tienes razón, gracias. —Me aseguro de cerrarla bien y vuelvo a sentarme en la cama mientras Esther sigue frotando—. No tienes por qué hacerlo.

—De todos modos quería hablar contigo —dice, lo cual hace que me ponga aún más nerviosa. Cuando termina de limpiar el suelo, se sienta junto a mí en el filo de la cama con expresión solemne.

—¿Qué ocurre?

—Si estuviera pasando algo, tú me lo contarías, ¿verdad?

¿Qué es lo que sabe? Intento que mi rostro permanezca impasible, pero sé que soy una pésima actriz. El corazón empieza a latirme con

fuerza.

—¿De qué estás hablando? —pregunto, e incluso yo puedo percibir la falsa ligereza en mi tono.

—De Tanya. Creo que le pasa algo.

De Tanya. Está hablando de Tanya. Tengo que contenerme para no soltar un suspiro de alivio. Gracias a Dios.

—Yo no he notado nada —le miento a la cara.

—Vosotras dos habéis estado hablando mucho últimamente. —Se gira para mirarme. También ella parece muy nerviosa. ¿Sabe algo sobre Tanya y se está preguntando si yo también lo sé? ¿Estamos pensando en la misma cosa?—. ¿Te ha contado algo?

—De un tiempo a esta parte la he notado un poco descentrada, aunque no sé yo si soy la más indicada para hablar de eso.

—Ha estado pasando por mucho. Y ahora parece como si estuviera enferma, como si luchara contra algo. —Esther menea la cabeza—. Bueno, da igual.

Maldita sea.

—Creo que tú sabes algo —me arriesgo a decir—. Y puede que yo también lo sepa. Relacionado con el estado en que se encuentra Tanya.

Esther frunce el ceño.

—¿Te refieres a lo que pasó hace seis meses?

¿Seis meses? ¿Está hablando de la fiesta?

—Bah, déjalo —dice con un suspiro. ¿Me lo parece a mí o realmente percibo alivio en su voz?

—Podemos hablar de ello si quieres —digo esperanzada.

Pero ella se muestra firme.

—No. Mejor no decir nada.

Su vaguedad resulta frustrante, pero sé que no voy a sacarle nada más.

—Tú también pareces algo estresada.

Esther levanta la vista sobresaltada.

—Estoy bien.

Ha sido un comentario como de pasada, pero cuanto más pienso en ello, más cuenta me doy de que es verdad. Ha estado muy rara y

distante, para nada se ha mostrado como la Esther de siempre. No es que de entrada sea una persona de lo más amigable, pero por lo general es el miembro del grupo que más se preocupa por que las demás estemos bien. La guardiana de nuestros secretos. Y debe sacarla totalmente de quicio que yo sepa algo sobre Tanya que ella desconoce.

Pero no pienso irme de la lengua. Tanya también sabe secretos míos y no puedo ir revelando los suyos a modo de venganza.

—Si estuviera pasando algo malo, tú me lo contarías, ¿verdad? —Y adopto una expresión que confío en que parezca empática.

—Claro. —Se encoge de hombros y luego parece decidida a cambiar de tema—. ¿Les vas a contar a las otras lo de tu maquillaje?

—No tendría sentido. —Ellas no han tenido nada que ver con lo sucedido. Y si fuera así, tampoco iban a confesarlo sin más.

—Podría haberlo hecho Poppy —susurra Esther, mirando por encima del hombro hacia la puerta abierta para asegurarse de que no hay nadie escuchando—. Podría haber entrado y tirarlo todo. Se ha pasado un buen rato preparando los margaritas.

—No digas tonterías —replico, aunque yo también he pensado lo mismo. Me inclino hacia ella y añado también en un susurro—: Es muy rara, ¿no crees?

—Ha estado hablando de lo que ha planeado para esta tarde. Parecía muy entusiasmada, pero no ha dado ningún detalle.

—¿Sabes? Creo que disfruta haciéndonos sentir incómodas.

—Yo también lo creo. Venga, vámonos. Si nos quedamos aquí más rato, empezarán a venir todas. Les he dicho que iba a ver por qué estabas gritando, y a estas alturas probablemente se estén preguntando si nos habrán asesinado a las dos.

—No hay nadie más en la isla —señalo—. Tendría que haberlo hecho una de ellas.

—Cierto. —Esther se ríe—. Y no me sorprendería de ninguna. Venga, vamos.

Cuando salimos de la cabaña, todavía riendo, nos encontramos de cara con Poppy, que está justo delante de la puerta. Resulta evidente que ha estado escuchando a escondidas, pero no parece nada preocupada por que la hayamos pillado. Al contrario, está allí

plantada con todo el descaro, con los brazos cruzados y una gran sonrisa en la cara.

—Dios —exclamo—, me has dado un susto de mil demonios. ¿Has estado escuchando nuestra conversación?

—Solo he venido a ver si estabais bien —dice—. ¿Qué han sido esos gritos?

—Me he encontrado todo mi maquillaje tirado por el suelo —contesto, y observo atentamente su reacción.

Levanta las cejas, pero su expresión de sorpresa no resulta muy creíble.

—Oh, vaya, ¿y cómo ha ocurrido?

—Debe de haber sido el viento —digo—. Nadie haría algo así a propósito.

—Claro, el viento.

—Bueno, ¿comemos? —dice Esther.

Se lleva una mano a la nuca para masajeársela y entonces me fijo en que tiene unos moratones horribles surcándole la muñeca, como si alguien la hubiera agarrado con demasiada fuerza. Al darse cuenta de que la estoy mirando, se apresura a bajar la mano.

Poppy sigue allí plantada tan campante. No puedo creerme que se muestre tan segura y confiada. La hemos pillado espiándonos, pero no parece en absoluto avergonzada. Al contrario, nos está desafiando, pidiéndonos que nos enfrentemos a ella, aunque por alguna razón estamos demasiado asustadas para hacerlo. Algo que resulta de lo más raro. Es Poppy Greer. Enfrentarnos a ella era nuestro pasatiempo favorito en la época del instituto. Es extraño cómo cambian las cosas.

Ahora nos mira con una gran sonrisa.

—Estoy deseando contaros lo que tengo planeado para esta tarde. Va a ser un día que nunca olvidaréis.

12

Tanya
19 de mayo de 2023

La comida se me está haciendo eterna. Las cinco estamos sentadas a la misma mesa en la que hemos desayunado, y yo me he colocado lo más lejos posible de Poppy para evitar que se repita el incidente del zumo de naranja. Annabel ha estado muy ausente desde que bajamos de la montaña, e incluso Chloe parece estar de mal humor. Poppy sigue fingiendo que todas lo pasamos en grande y no para de contar anécdotas divertidas de su trabajo, a las que intentamos responder con el debido entusiasmo.

Por fin, Poppy se levanta y entra en la casa. Cuando vuelve, trae una gran botella de ginebra de aspecto lujosísimo y un par de sobres. Los ojos le brillan por la emoción. Debe de tratarse del divertido plan para esta tarde al que ha estado refiriéndose.

—¿Vamos a beber chupitos hasta caer desmayadas? —bromea Chloe —. Porque a ese juego yo me apunto.

Poppy se echa a reír.

—No, no es eso. Aunque esta ginebra es increíble. Solo la he probado antes una vez porque es carísima, pero creedme, chicas, merece la pena.

—¿Qué vamos a hacer entonces? —Annabel se inclina para echar un vistazo a los sobres. Uno es de color melocotón y el otro azul celeste, pero no hay nada escrito en ellos.

Poppy junta las manos para dar una gran palmada.

—Como parte de mi día especial, vais a participar en una búsqueda del tesoro.

—¿Una búsqueda del tesoro? —Esther no parece muy impresionada

—. ¿Cómo si fuéramos niñas exploradoras o algo así?

Yo también tengo mis reservas. De todas las cosas que esperaba que Poppy dijera, esa no era una de ellas. ¿Nosotras dando vueltas por toda la isla buscando cosas?

—No creo que tenga que explicaros las reglas —prosigue Poppy con una sonrisa rutilante, decidiendo hacer caso omiso de nuestra falta de entusiasmo—. Pero sí os diré que quien encuentre el mayor número de objetos será la ganadora de esta fabulosa botella de ginebra, y también podrá escoger la actividad con la que nos divertiremos esta noche.

—¿El premio podría ser que nos devuelvas los móviles? —pregunta Chloe.

—¡Oh, no seas tonta! —Poppy vuelve a reírse, una carcajada seca que deja a Chloe sin posibilidad de réplica—. Muy bien, en total hay cinco objetos escondidos, así que he pensado que os dividáis en dos equipos rivales. ¿No os parece divertido?

—¿Tú no vienes con nosotras? —pregunto.

—Pues claro que no. Yo sé dónde están escondidas las cosas.

Evidentemente. Miro a las otras tres. Lo más lógico sería que yo formara pareja con Chloe, por muy irritante que me resulte. No quiero que pase demasiado tiempo a solas con ninguna de las otras, teniendo en cuenta todo lo que sabe.

—Creo que Chloe y yo iremos…

—Ah, los equipos ya están hechos. —Poppy me entrega el sobre color melocotón y le da el azul celeste a Esther—. Esther y Chloe, vosotras dos vais juntas. Y en el otro equipo, Annabel y Tanya.

Oh, Dios…

Chloe logra disimular a tiempo su expresión de horror cuando Esther se gira hacia ella y se encoge de hombros. Por su parte, Annabel me mira levantando una ceja. Sé que he estado muy rara con ella últimamente, pero no puedo evitarlo. En serio, habría preferido a cualquiera de las otras dos, sabiendo todo lo que sé y no le he contado. Pero consigo fijar una sonrisa en el rostro, como si me alegrara.

—Dentro de cada sobre hay una pista que os conducirá a vuestro primer objeto —explica Poppy—. Os he dado pistas diferentes para

que no acabéis pisándoos el terreno. Cuando localicéis el primer objeto, encontraréis al lado otra pista que os llevará hasta el segundo. Aseguraos de buscar bien por todas partes y, lo más importante, ¡disfrutad mucho!

Al ver nuestra expresión reticente y desganada, sacude la cabeza con aire divertido.

—De verdad, miraos las cuatro. Estáis en una isla privada, hace un día precioso y os estoy dando la oportunidad de salir a explorar el lugar. ¿Qué más podríais pedir?

—Unas horitas más tumbadas al sol —masculla Chloe. Trata de captar mi mirada, pero la ignoro y en su lugar me pongo a abrir el sobre con Annabel.

La pista está escrita con la misma caligrafía, pulcra y nítida, de la invitación.

Estoy cerca de la cabeza de un muerto,
bajo un arbusto acurrucado,
encuéntrame y te llevaré al huerto,
una delicia para mi enamorado.

—Bonita rima —digo.

Suena más sarcástico de lo que pretendía, y entonces una expresión extraña se refleja un momento en el rostro de Poppy. ¿Irritación? ¿Ira?

—Yo voy a prepararlo todo aquí para que se vea increíble esta noche —dice al fin—, así que más vale que os pongáis ya en marcha. ¡Y no compartáis las pistas!

—Vale, vale.

Decimos adiós con la mano a Chloe y Esther, que se encaminan en la dirección opuesta, hacia la playa. Annabel y yo nos dirigimos hacia el camino que conduce a la montaña. No nos giramos para mirar, pero estoy segura de que Poppy nos observa mientras nos alejamos.

—La cabeza de un muerto —digo después de que hayamos rodeado la casa principal y ya no pueda vernos—. Bueno, es una pista bastante fácil. Robin dijo que llamaba a esta montaña el pico del Hombre Muerto. Así que tiene que estar por ahí arriba en alguna parte,

escondido en un arbusto.

—Bien. Lo que sea. Vamos para allá.

Annabel se muestra mucho menos entusiasta que esta mañana. Mientras caminamos juntas, me doy cuenta del poco tiempo que hemos pasado las dos solas. Chloe ha venido a muchos de mis eventos para potenciar su carrera en Instagram (aunque no sé si eso es bueno o malo, teniendo en cuenta lo que sabemos la una de la otra), e incluso con Esther me resulta fácil hablar, siempre ansiosa por hacer que te sientas a gusto. Annabel y yo somos las que estamos más distanciadas de las cuatro, y el habernos puesto juntas parece hacer más patente aún lo poco que tenemos que hablar entre nosotras. En el instituto yo le tenía miedo. Desprendía una energía como de abeja reina, tan segura, tan estilosa, tan inteligente, y con un bonito envoltorio físico que no tenía el menor reparo en lucir. Y todo lo que hacía el grupo, nuestros pequeños planes y maquinaciones, salían siempre de la cabeza de Annabel, para asegurarse de que todo se hacía como ella quería.

Y cuando no era así, ya se encargaba de hacérnoslo saber. Cuesta olvidar aquello. De algún modo, estar en esta isla con Poppy me ha traído recuerdos del pasado en los que no quiero pensar, pero ahora vuelven a inundar mi mente. No quiero ni imaginarme la reacción de Annabel si descubre lo que le he estado ocultando. Lo que ha hecho Chloe.

Aunque puede que Chloe y yo no seamos las únicas que tengan que enfrentar su ira. Todavía no sé por qué discutían Annabel y Esther esta mañana. Eso sí que ha sido extraño. Esther es una persona tan sensata y tranquila. ¿Qué habrá hecho Annabel para conseguir sacar de sus casillas a alguien como ella? Y luego también han hablado sobre algo que Esther ha estado haciendo durante los últimos dos años. ¿De qué diablos va todo esto?

Está oscuro mientras subimos bajo la sombra de los árboles hacia la cima de la montaña. Aunque hay un sendero —o bien creado ex profeso, o bien abierto por numerosas pisadas a lo largo del tiempo—, el terreno sigue siendo muy irregular, y en cierto momento Annabel se tropieza y tiene que apoyarse en una palmera para recuperar el

equilibrio.

—Esta maldita isla… —masculla entre dientes—. Esto no es lo que tenía en mente.

Entiendo a lo que se refiere. La playa de arenas blancas, las aguas cristalinas…, todo eso es realmente impresionante. Pero no esperábamos tener que patearnos el resto de la isla embarcadas en una misión absurda.

—También podríamos intentar disfrutarlo —sugiero.

Annabel frunce el ceño.

—Claro, tú siempre has sido la mayor fan de Poppy.

—Hace mucho que no estamos nosotras dos juntas —digo, tratando de congraciarme un poco con ella—. Deberíamos quedar más a menudo las dos solas.

—Últimamente has estado algo distante.

¡Porque no soporto que no sepas la verdad!

—Ya, he estado un poco perdida.

Esto, al menos, también es verdad. Si Annabel supiera lo que he pasado durante los últimos seis meses, ahora estaríamos teniendo una conversación totalmente distinta.

—¿Cómo está Harry? ¿Y qué tal por Londres?

Las preguntas que tanto temo.

—Ah, ya sabes, todo bien. ¿Y qué tal por casa?

—Bien.

Ambas mentimos. Nuestras respuestas son mecánicas, triviales, disponibles en todo momento para salir de nuestras bocas sin pensar. Si había creído que esta pequeña escapada serviría para unirnos más a las cuatro, estaba totalmente equivocada.

La cuesta comienza a ser cada vez más empinada conforme nos acercamos a la cima, pero entonces veo un gran arbusto a la derecha del camino que hace que me detenga en seco.

—Tiene que ser este.

Empiezo a sentirme extrañamente interesada en esta búsqueda del tesoro, y noto que el corazón me late con fuerza cuando meto una mano entre las ramas, sin hacer caso de las espinas que me rasguñan el brazo.

—¿Hay algo?

—¡Sí! Una caja. Mira.

Es bastante grande, del tamaño de una caja de zapatos, y está envuelta con un lazo a modo de regalo. En la parte de delante hay una tarjetita que pone «¡Ábreme!», y, al lado, un beso estampado. Nos sentamos en una roca cercana, deshacemos el lazo y levantamos la tapa.

Casi la dejo caer.

Dentro, entre papel de seda rosa y junto a otro sobre, este marrón dorado, hay un pintalabios. De una marca muy cara.

No tenemos que mirarlo por debajo ni abrirlo para saber de qué color será, pero de todos modos lo hacemos.

Rojo intenso.

—¿A qué demonios está jugando Poppy? —exclama Annabel, poniéndose en pie y pasándose la mano por el pelo como hace siempre que está muy nerviosa—. ¿Por qué diablos habrá escondido nada menos que un pintalabios rojo como parte del juego? Sabe muy bien lo que pensaríamos en cuanto lo viéramos.

Las imágenes acuden a mi mente como si todo hubiera ocurrido ayer. El pintalabios. Nuestras risas. Las burlas que siguieron. La humillación de Poppy.

—Está enferma. —La voz de Annabel suena cargada de tensión—. Está provocándonos para que respondamos. Pues bien, no le va a funcionar.

—Tienes razón. —Y, con dedos temblorosos, me pongo a abrir el sobre que contiene la siguiente pista.

—¿Qué haces?

Levanto la vista para mirar a Annabel a la cara, que está blanca por la ira.

—¿A qué te refieres?

—No pensarás en serio seguir con este estúpido juego.

—¿Y qué otra opción tenemos? —Saco la nueva pista—. Tenemos que pasar otros tres días en esta isla tanto si nos gusta como si no. Así que ¿por qué no seguirle el rollo?

—Si va a empezar a desenterrar cosas del pasado cuando asegura

que ya lo ha superado… —Annabel deja escapar un suspiro, pero ya no tiene más ganas de guerra—. Muy bien. ¿Qué pone? Y vuelve a cerrar la caja. No soporto seguir viendo ese estúpido pintalabios un segundo más.

Yo tampoco. Tapo de nuevo la caja, dando gracias por perderlo de vista. Cuando leo la siguiente pista, tengo un mal presentimiento.

Entre los árboles seguid caminando
hasta a la playa secreta llegar.
Una hermosa escena acabaréis contemplando,
pero no os asustéis si me oís gritar.

—Más le vale seguir dedicándose a su arte y a su medicina —comenta Annabel sarcástica, y no puedo evitar sonreír al notar que el ambiente entre nosotras se relaja un poco—. Vale. Tiene que referirse a esa segunda playa que vimos esta mañana desde la cima. Para llegar allí tendremos que abandonar el camino que sube a la montaña y seguir por este otro. Vamos, y coge la caja con el pintalabios.

La caminata a través del bosque no nos lleva mucho tiempo. Robin no bromeaba cuando decía que la isla es minúscula. Pero este sendero ha sido menos transitado y tenemos que abrirnos paso entre la vegetación que crece en medio y ahuyentar a los insectos que son más abundantes en esta zona boscosa. Al cabo de un rato empieza a ensancharse de nuevo y ya no tenemos que caminar en fila india apretujándonos entre los árboles, sino que podemos hacerlo juntas como un equipo. Entonces avistamos la playa. No tiene para nada el tamaño de la primera en la que hemos estado tomando el sol. Se puede ver el final a ambos lados, unos cien metros como mucho. Y allí, medio enterrada en la arena, hay otra caja.

Annabel la coge, pero duda en abrirla.

Ambas sabemos que el pintalabios no ha sido más que el principio.

—¿Qué crees que habrán encontrado las otras dos? —le digo, consciente de que esa pregunta rondará también por su cabeza.

—No irá a utilizar lo del examen de arte, ¿no?

Noto que me falta el aliento. Cuando Poppy sacó el tema esta

mañana en la montaña, creí que me iba a desmayar. Ha vuelto a plantar el recuerdo en nuestra mente, y esta búsqueda del tesoro es como un triste tributo a todo lo que condujo a aquel momento.

—Muy bien —digo—, tal vez quiere que le pidamos perdón. Quizá nos ha hecho venir aquí para eso.

—Pero ella dijo…

—Ya sé lo que dijo. Pero luego va y nos deja ese pintalabios rojo dentro de una caja. Si eso no es una indirecta, no sé qué es.

—¿Y si quiere algo de nosotras? ¿Como dinero o algo así? —Ahora Annabel parece aterrada.

Niego con la cabeza.

—Es médica, y más rica que nosotras.

—Porque yo no podría. —Se muerde el labio—. Me refiero a que Andrew es quien controla las finanzas. Yo no tengo dinero propio.

—Annabel, esto no va de dinero. —¿Por qué le preocupa tanto ese tema? La idea parece haberle venido así sin más—. Tú abre la caja. Poppy solo intenta dejarnos clara su intención. Volveremos, nos disculparemos con ella y ya está.

Annabel asiente.

—Perdona. Estoy un poco descentrada. El empujón de esta mañana, cuando ya estaba tan enfadada por…

Espero, pero Annabel no acaba la frase.

—¿Por tu discusión con Esther? —digo al fin.

Parpadea sorprendida. Luego su mirada se endurece.

—¿Te lo ha contado ella?

—Os vi desde mi cabaña —confieso algo avergonzada—. Estabais, eh…, gritando mucho.

Sus dedos juguetean nerviosamente mientras desanudan el lazo de la caja.

—¿Qué oíste?

Me gustaría hacerle creer que escuché más, pero no puedo marcarme un farol sobre algo que no tengo ni idea de lo que es. En vez de eso, me encojo de hombros y voy a lo seguro.

—No mucho. Tú estabas enfadada por lo de Marruecos. Y Esther mencionó algo de que te ha estado ayudando los últimos dos años.

Se me queda mirando un buen rato, con la preocupación grabada en el rostro.

—Es verdad, estaba enfadada por eso. Llevo años diciéndole a Esther que quiero ir a Marruecos. Y me molestó mucho que decidierais ir sin mí.

Está mintiendo. Su voz suena muy aguda, como intentando aparentar serenidad cuando en realidad está aterrada por dentro. No se me da bien leer a la gente, pero Annabel es un libro abierto. No para de apretar los labios para tener algo que hacer, al tiempo que mira fijamente la caja que tiene entre las manos.

—Aunque parecía que había algo más —me arriesgo a decir—. ¿Por qué Esther también estaba enfadada contigo?

—Déjalo, Tanya.

El sol cae con una fuerza implacable haciéndonos sudar. Necesitamos ponernos a la sombra. Al fin, cedo.

—Vale, olvida lo que he dicho. Abre la caja.

¿Qué podrá ser? Observo a Annabel mientras tira el lazo al suelo y levanta la tapa. Por un momento, lo único que puedo ver es su reacción. Una expresión de total desconcierto.

—Está jugando con nosotras —dice, y arroja también la caja a la arena.

El objeto sale de su interior con un leve traqueteo. Junto a él, un sobre verde espera a ser leído.

Annabel tiene razón. Poppy está jugando con nuestras mentes.

Porque ese objeto va dirigido solo a mí. Lo sé. No ha olvidado lo que le hice cuando cumplió doce años, pasando totalmente de ella y saliendo por ahí con las otras.

—Un sombrerito de fiesta, como los de los cumpleaños infantiles —dice Annabel—. ¿Qué es lo que pretende Poppy?

Eso mismo empiezo a preguntarme yo.

Nos ha hecho venir aquí a todas por una razón. No vamos simplemente a disfrutar de unas vacaciones y luego irnos a casa. Y creo que, en el fondo, todas lo sabíamos.

La cuestión es: ¿hasta dónde está dispuesta a llegar?

13

Esther
19 de mayo de 2023

Una búsqueda del tesoro. Como si volviéramos a ser niñas.

Al final de la playa, más allá de las piscinas naturales de roca, avistamos la abertura de una gran cueva en la pared del acantilado. Nos cuesta un poco llegar hasta allí —saltando sobre rocas cubiertas de líquenes y algas marinas, y hay un momento en que Chloe parece a punto de resbalar y caer al agua—, pero al final conseguimos alcanzar de nuevo la arena. La gruta no es muy profunda y solo los rincones más alejados están a oscuras, pero sin nuestros móviles no tenemos manera de iluminarlos. A pesar de habernos adentrado solo unos metros y de que aún podemos ver la salida a nuestra espalda, experimento cierta sensación de claustrofobia. Me he quitado los zapatos para evitar que se mojen, y me alegro de haberlo hecho porque aquí dentro la arena está muy húmeda y pegajosa. Una clara señal de que por la noche la cueva se inunda con la marea.

No tenemos que buscar mucho. A pocos metros de la entrada hay una roca lo bastante alta para permanecer seca, y encima de ella está nuestro segundo objeto de la búsqueda. Es otra caja envuelta con un lazo de regalo, una visión desconcertante en medio del agreste entorno natural de la cueva.

Hay una acústica extraña aquí dentro. Cada paso que damos —sobre todo los de Chloe, que aún lleva puestas las botas— resuena con el eco, como si alguien nos estuviera siguiendo. También hace frío, y en algunos puntos gotea una especie de agüilla desde lo alto. La cueva parece hallarse a un mundo de distancia del cálido paraíso del resto de la isla, y aunque agradezco estar a resguardo del sol durante un rato,

cuanto más tiempo llevamos aquí dentro, más me preocupa que la marea avance sigilosamente a nuestra espalda y nos impida salir.

De todos modos, antes de entrar ya estábamos bastante agobiadas por una profunda sensación de malestar. El primer objeto, escondido bajo las tumbonas de la playa, era un envase vacío de Capri-Sun. Cualquier otra persona enfrascada en la búsqueda habría pensado que se trataba simplemente de basura, no parte del juego.

Pero nosotras sabíamos muy bien lo que era.

—¿Qué crees que habrá aquí dentro, un pintalabios rojo? —pregunta Chloe. Pero no pierde el tiempo, abre la caja sin ningún miramiento y la arroja a la arena, sin parecer preocuparle que la marea acabe arrastrándola hasta el océano.

Consciente de ello, la recojo para llevárnosla de vuelta con nosotras. Chloe sostiene el objeto ante ella con expresión confusa.

—No tengo ni idea de lo que puede significar esto. ¿Y tú?

El eco de la cueva me devuelve las dos últimas palabras: «¿Y tú? ¿Y tú?».

Se trata de un espejo de mano, pero la parte del cristal está destrozada y solo quedan algunas esquirlas. Parece caro. Tiene diamantes incrustados en el mango y el resto está hecho de madera noble pintada en blanco.

—Quizá se esté refiriendo a cuando…

—Eso es una tontería —me ataja Chloe. Me entrega el espejo y vuelvo a guardarlo en la caja—. Si lo que quiere es jugar a este jueguecito, creo que deberíamos devolvérsela.

—¿Devolvérsela?

—Volver allí y fingir que nos ha encantado. Que no tenemos ni idea de qué pretende decirnos con esta mierda.

—No lo sé. —Estoy muy indecisa. ¿No sería más sencillo pedirle perdón y ya está, aunque sigamos pensando que todo aquello solo fue un poco de diversión que acabó llegando demasiado lejos?

Ponemos rumbo al destino de nuestro último objeto, que al parecer se encuentra en la casa principal, donde también está Poppy. Mientras regresamos, pasando de nuevo por encima de las rocas, siento la fuerza implacable del sol clavándoseme en los ojos. Resulta asombroso

el enorme contraste con el ambiente húmedo y oscuro del interior de la cueva.

—Lo de enviarnos a la bahía del Hombre Muerto ya era un poco indicativo, ¿no? —dice Chloe mientras caminamos de vuelta por la playa—. ¿Crees que ha sido algo deliberado?

—Lo tiene difícil para convertirnos en «hombres muertos».

—Tranquila, Esther —responde Chloe riendo—. Vamos a disfrutar de esto como lo que es: un juego. Y si Poppy quiere jugar sucio, le demostraremos que se ha metido con las mujeres equivocadas.

Vuelvo a pensar en Poppy. Ha cambiado mucho. Ahora es una persona fuerte y segura de sí misma, palabras que nunca habría empleado para describirla en el pasado. Después de todo lo que le hicimos pasar, creo que no nos hemos parado a pensar en la valentía que ha demostrado al reencontrarse con nosotras, totalmente sola, en este lugar aislado. Pues claro que ha estado un poco rara; ¿cómo no iba a estarlo?

—Estoy cansada de jueguecitos —digo, y por una vez estoy siendo sincera.

Chloe percibe la seriedad de mi tono y levanta una ceja.

—A ver, ¿a ti qué es lo que te pasa? Antes no has querido contármelo.

No soy tan buena actriz como pensaba. Al menos, no tan buena como Tanya.

—No me pasa nada, de verdad.

—Pues estás mintiendo —responde Chloe con su franqueza habitual —. Has estado comportándote de forma muy rara desde que llegamos aquí. No, desde mucho antes. Ya casi no hablas con nosotras, y no digas que es por culpa del trabajo porque te las has arreglado muy bien sin tu móvil estos dos días.

Noto que me cuesta respirar.

—No es nada.

Chloe se planta delante de mí y me obliga a detenerme. Por primera vez desde que llegamos, veo preocupación en su cara.

—Sabes que puedes hablar conmigo. No se lo diré a las otras.

Estoy a punto de contárselo. La idea de poder sacarlo todo afuera

me resulta liberadora. Pero entonces lo veo, ese brillo de excitación en sus ojos, la posibilidad de enterarse de algo que las demás desconocen.

Para ella no es más que un cotilleo, simple y llanamente.

Vuelvo a cerrarme en banda.

—Déjalo ya, Chloe. Tenemos que regresar para encontrar el último objeto.

Después de haber estado en la cueva, el contraste de temperatura empieza a pasar factura. Por mucho que me pase la lengua, el sudor se me sigue acumulando sobre el labio superior. Cuando cruzamos a toda prisa la zona de césped no vemos a Poppy por ninguna parte, pero ya ha decorado el lugar para la noche. Ha colgado más pancartas, hay globos por todas partes y la mesa ya está dispuesta con bebidas y canapés. En el centro, en un lugar de honor, se encuentra la botella de ginebra, el gran premio de la búsqueda del tesoro. El reproductor de música está encendido y algunas canciones de los noventa añaden cierto confort hogareño a la isla.

La puerta de la casa principal está entreabierta, lo que nos hace pensar que hemos sido derrotadas. Pero cuando entramos el objeto final sigue aún sobre la mesa de la cocina, intacto.

Es enorme. Tan grande, de hecho, que el estómago me da un vuelco y el corazón se me sube a la garganta.

—Dios, parece… —Chloe no puede acabar la frase.

—Acabemos con esto de una vez.

La voz de Tanya nos sobresalta. Ella y Annabel entran en la casa y cierran la puerta a su espalda. Ahora las cuatro estamos en la cocina. Me fijo en que la puerta del dormitorio de Poppy está cerrada y me pregunto si no estará dentro, escuchando.

—Poppy está por la zona del acantilado —dice Annabel, como si me hubiera leído la mente—. Nos hemos cruzado con ella cuando volvíamos.

—¿Qué está haciendo allí? —pregunta Chloe frunciendo el ceño.

—¿Importa eso? Mira lo que tenemos aquí. —Tanya se cruza de brazos—. ¿Qué habéis encontrado en vuestra pequeña búsqueda del tesoro? Nosotras, un gorrito de cumpleaños y un pintalabios rojo.

Mierda. Así que también estaba el pintalabios. Chloe me mira

abriendo mucho los ojos.

—Un envase de Capri-Sun y un espejo de mano roto.

Annabel suelta un suspiro.

—Lo sabía. Todo esto tiene que ver con lo que le hicimos.

Todas nos quedamos mirando la caja que tenemos delante.

—O sea que esto tiene que ser…, en fin. —Empiezo a deshacer el lazo, consciente de que me tiemblan las manos—. Creo que todas sabemos lo que es.

Tanya deja escapar un gemido.

—Por Dios, acaba ya.

Cuando abro la caja, se confirman nuestros temores.

Es un lienzo. Hay algo pintado en él, pero cuesta ver qué es exactamente. Parece que seamos nosotras cuatro; por lo menos, hay cuatro figuras con un pelo similar al nuestro.

Pero el cuadro está destrozado. Han tirado pintura negra por encima y la tela se halla toda agujereada.

Creo que voy a vomitar.

—Desenterrar el pasado me parece tan innecesario. —Annabel agita una mano con gesto despectivo—. Se cree muy lista, pero en realidad es patética.

Parece decirlo totalmente convencida, aunque hay un ligero temblor en su voz que delata su nerviosismo. Vuelvo a tapar el lienzo y nos quedamos las cuatro ahí plantadas con aire incómodo, sin saber bien qué hacer a continuación.

—Supongo que ahora tenemos que ir a buscarla —digo.

Chloe se encoge de hombros.

—También podemos mandar todo esto a la mierda e irnos a la playa. Agarrar algo de alcohol y comida por el camino y montarnos nuestra fiesta las cuatro.

—Eso resultaría un tanto violento. —Tanya se frota repetidamente la nuca, una respuesta inconsciente al estrés—. Quizá deberíamos hablar con ella. Está claro que eso es lo que quiere.

—Lo que quiere es jodernos —suelta Chloe—. Así no es como empiezas una conversación. Así es como empiezas una guerra.

Típico de Chloe, dispuesta en todo momento a apretar el botón rojo.

Siempre ha sido la más temeraria de las cuatro, nunca se para a pensar antes de hacer las cosas. En la escuela era la que hacía las cosas más impulsivas contra Poppy: ponerle la zancadilla en el pasillo, ofrecerse a los profesores para repartir los trabajos y luego asegurarse de que el de Poppy se caía, se arrugaba o se perdía. No tiene el cerebro, ni la actitud, para actuar de forma contenida o planificada. Incluso de adulta sigue tomando decisiones estúpidas.

Sin embargo, la reacción de las otras dos me sorprende. Tanya esboza una sonrisilla maliciosa, como si estuviera de acuerdo con ella, e incluso Annabel parece animarse un poco. Yo soy la única que ve esto como lo que probablemente es: una rebelión, aunque tampoco algo demasiado dramático. Es como si saboreáramos un regusto de lo que solíamos hacerle antes a Poppy, un recordatorio de nuestros actos.

—Vamos a tranquilizarnos un poco —digo—. Al fin y al cabo, no es más que un juego.

—¿Cómo es eso que dicen? —replica Annabel—. Si juegas a juegos estúpidos, solo ganarás premios estúpidos.

—Sea como sea, tenemos que permanecer unidas —afirma Chloe—. Somos cuatro contra una. Como ha sido siempre.

—Eso es verdad —asiente Annabel—. Somos un equipo.

¿Lo somos? Incluso ahora, estando aquí las cuatro juntas, yo no me atrevería a afirmar que estemos tan unidas. Annabel oculta secretos a Chloe y Tanya. Tanya se los oculta a Annabel y Chloe. Y yo a todas ellas. Y no me extrañaría nada que hubiera más secretos de los que ni siquiera tengo la menor idea. Nos llenamos la boca diciendo que somos las mejores amigas, pero ya no estoy tan segura de que eso sea cierto. Si es que alguna vez lo ha sido.

En realidad, solo seguimos juntas porque nadie más podría comprender lo que hicimos en el pasado. Y el problema es que estamos tan convencidas de que no hubo nada malo en todo aquello que incluso hemos aceptado una invitación de la misma mujer a quien se lo hicimos.

—¿Esther? —me presiona Chloe—. Estás con nosotras, ¿verdad?

—Pues claro —digo.

Puede que no sea una buena actriz, pero se me da muy bien mentir.

No confiaría en esas mujeres para nada, como tampoco confío en que ellas me apoyen si las cosas se ponen feas.

—¡Oh, magnífico!

La cálida voz de Poppy nos hace dar un respingo. Está plantada en el umbral; ninguna de nosotras la ha oído llegar.

—Habéis encontrado todos los objetos —dice dando una palmada—. No creo que haya que discutir sobre qué equipo ha llegado primero, ¿no? Para mí sois todas ganadoras.

—Poppy… —digo—. Sabes muy bien lo que significan esos objetos. ¿A qué estás jugando?

Ella sonríe impertérrita.

—Muy pronto tendréis vuestra explicación. Y ahora vamos, es hora de empezar la fiesta. ¡Vamos a arreglarnos todas para estar estupendas!

—Pero ese cuadro…

—Ya he dicho que vais a tener que esperar. —Poppy levanta una mano para hacerme callar—. Al fin y al cabo, han pasado diez años. Podéis esperar un poco más.

Annabel se muerde el labio.

—Entonces ¿todo esto tiene algún significado?

—Obviamente. —Poppy la mira como si fuera tonta—. De lo contrario, no me habría molestado en esforzarme tanto.

—¿Y por qué no nos lo cuentas ahora? —dice Chloe—. Todo esto empieza a resultar un poco violento. Creía que estábamos aquí para pasarlo bien.

Su actitud bravucona de hace un momento se ha esfumado. No sé qué es, pero Poppy parece ejercer un efecto extraño sobre nosotras. Es como si, pese a todo, nos sintiéramos sobrecogidas en su presencia. Como si no pudiéramos creernos que esté ahí delante, diciéndonos lo que tenemos que hacer, y por esa misma razón obedeciéramos sus órdenes.

—¡Y lo estamos pasando bien! Por eso quiero que esta noche nos peguemos una fiesta por todo lo alto. Vamos a celebrar mi despedida de soltera como la ocasión lo merece. Tenemos alcohol de todas las variedades imaginables. Por no hablar de la comida.

—Si somos todas ganadoras, ¿quién decide lo que haremos esta noche? —pregunta Tanya.

—Creo que ya lo he decidido yo por todas. Y como soy la novia, no podéis decirme que no.

—Eso ya nos ha quedado claro —murmura Chloe.

Poppy asiente.

—Sí, veo que ya lo habéis entendido. Y ya iba siendo hora. Ahora vamos, quiero que todas luzcáis estupendas para esta noche. Id a poneros vuestros mejores modelitos.

Por un momento, estoy tentada de decirle que no. Mandarlo todo a paseo, ir a acostarme y negarme a participar. Pero hay un brillo en sus ojos que no me gusta nada.

Han pasado diez años desde la última vez que vimos a Poppy Greer. Y en ese tiempo no sabemos en qué clase de persona se ha convertido.

Las otras también lo perciben, cómo han cambiado las tornas después de los acontecimientos del día.

Estamos a merced de lo que sea que se le antoje a esta novia.

Y seguramente nos lo merecemos.

14

Poppy

20 de febrero de 2010

Querido diario:

¡¡¡JULIAN DAVIS ME HA PEDIDO SALIR!!!

No, en serio. Lo ha hecho, de verdad. ¡Me ha pedido una cita!

¡Tengo una cita!

Sé lo que estás pensando. ¿Yo, teniendo una cita? ¿Poppy Greer, la mayor perdedora de todo cuarto curso? ¿La pringada patética y sin amigos que a la hora del almuerzo y durante los descansos se pasea por los pasillos de la escuela fingiendo que tiene que ir a alguna parte en vez de quedarse quieta en algún lugar donde puedan encontrarla esas cuatro?

Pues bien, es verdad. No es ninguna broma.

Siempre he querido tener novio. Me parece tan injusto ver a todas las demás con sus parejitas, con pinta de ser tan felices. El otro día iba caminando para casa y un chico mayor tropezó conmigo sin querer, y era tan alto, con ese pelo rubio ondulado y esos ojos azul intenso, y por un momento nos quedamos mirando y estuve convencida de que en secreto yo le gustaba. Pero entonces siguió andando y no se volvió a mirar atrás, aunque yo me paré al final de la calle para darle la oportunidad de que se diera media vuelta y viniera a hablar conmigo.

Esas cuatro tienen todas novio. Sí, incluso Tanya. Bueno, ¿por qué no iban a tenerlo? Son muy guapas. Annabel lleva la melena rubia recogida en esas complicadas trenzas sujetas con pasadores brillantes que llaman tanto la atención, y también se pone esas faldas tan cortas que dejan ver

sus piernas bronceadas. Todos los chicos se vuelven a mirarla cuando va caminando por los pasillos de la escuela. Y luego está Chloe, tan vivaracha y alegre, y tan descarada; no sé cómo se las arregla para ir por ahí con la blusa tan desabrochada, dejando entrever esos sujetadores rosas y negros que se pone. También lleva un montón de maquillaje, aunque no está permitido; cuando los profesores le dicen algo ella insiste alegremente en que es todo natural, y cuando se dan la vuelta se le cambia la cara y pone los ojos en blanco. ¡Solo este año ha tenido ya tres novios! Todas las semanas se oye alguna historia de que se lo ha montado con tal o cual chico, y yo siento tanta envidia que me entran ganas de gritar.

Todas son tan guapas y delgadas. Van siempre muy bien peinadas y el pelo nunca se les ve grasiento, y además saben relacionarse con los chicos. En cambio, yo no sé cómo comportarme y siempre quedo como una tonta.

Tanya pasa por mi lado como si yo no existiera, a menos que vaya con las otras tres para burlarse de mí. También lleva unas faldas muy cortas que apenas le tapan el trasero, y ha empezado a ir a clases de baile, así que ahora luce unas piernas esbeltas y tonificadas, cuando antes teníamos prácticamente la misma talla.

Estoy muy gorda. Una vez intenté acortarme la falda, pero eso solo sirvió para dejar aún más al descubierto mis piernas rechonchas. Y cuando las otras cuatro me vieron se rieron tan fuerte que tuve que anudarme el suéter a la cintura para que todos los demás dejaran de mirarme. Y ya te digo yo que no me miraban por lo que a mí me hubiera gustado.

El único chico que me habla es Ollie, de la clase de arte, y solo cuando necesita que lo ayude. Ahora que los dos estamos estudiando para obtener el Certificado General de Educación Secundaria en la especialidad de arte, se muestra mucho más abierto que antes a escuchar mis ideas porque sabe que saco muy buenas notas. Pero él no está «interesado» en mí, no de esa manera. Creo que Ollie preferiría antes la muerte a que la gente pensara algo así de nosotros. Creo que la mayoría de los chicos lo preferirían.

Pensaba que nunca tendría novio. ¡Pero estaba equivocada! Muy equivocada.

¡No veo el momento de que llegue el lunes para restregárselo a toda la escuela en la cara! No van a dar crédito cuando nos vean llegar a Julian y a mí de la mano después de la maravillosa cita de esta noche. Oh, vaya,

ahora que lo pienso, ¿y si le sudan las manos? ¿O si me sudan a mí? Todo el mundo nos estará mirando y está claro que me pondré colorada como un tomate. Pero seguramente ya nos habremos cogido antes de las manos. Quizá esta misma noche.

¿Y si NOS BESAMOS?

No estoy segura de si sabré hacerlo. Sí, claro, lo he visto en películas, pero siempre me ha parecido un poco asqueroso, todo muy húmedo y como si te costara respirar, y también he leído en revistas cómo se supone que hay que hacerlo. Pero nunca lo he hecho. Y apuesto a que Julian lo ha hecho docenas de veces. Cientos. Miles.

Nos sentamos juntos en matemáticas. ¡Bendito sea, señor Holmes! Nos puso juntos porque éramos los primeros de la clase y nos dijo que debíamos ayudarnos para sacar las mejores notas posibles y estar mejor preparados para obtener el certificado el año que viene. Y creía que era solo yo la que disfrutaba de nuestras charlas en clase, pensando que él me vería como lo hacen los demás, como un bicho raro, gorda y desmañada.

Me he esforzado mucho por mejorar mi aspecto. ¡Nada de faldas cortas! Esa no soy yo. Pero me he comprado unos zapatos nuevos con tacón de los que las otras cuatro aún no se han burlado, y aunque me han dicho que mi nuevo corte de pelo me hace parecer una Barbie desgreñada, a mí me gusta mucho cómo me queda. Me lo he aclarado un poco y el corte escalonado enmarca muy bien mi cara, ocultando mis mofletes redondeados y la doble papada. También llevo unas gafas nuevas, negras y más grandes que las rojas de antes; esas tenían una montura rectangular que hacía que mi cara pareciera más ancha. Y he empezado a maquillarme un poco, aunque creo que aún no he encontrado el color de base adecuado porque Chloe no hace más que decirme que parezco un Oompa-Loompa de la fábrica de chocolate.

Esther y Annabel también están en la misma clase de matemáticas, y Esther se sienta incluso en la misma mesa que Julian y yo. Desde que rompió con su novio Aaron hace un mes, resulta más que evidente que está intentando ligarse a Julian. Se ríe de todos sus chistes con esa estúpida risita suya tan estridente, hasta cuando no pretende ser gracioso, y como se sienta enfrente de él hace eso de inclinarse hacia delante sobre los codos, apretándose las tetas muy juntas para que él le mire el escote. A mí me

daba vergüenza ajena, pero estaba convencida de que a él le gustaba porque siempre que Esther lo hacía dejaba lo que estuviera haciendo para mirar.

Una vez le dijo a Esther que cerrara el pico cuando ella me llamó sabelotodo. Se mostró muy tajante, y me pareció que estaba decepcionado con ella.

A pesar de todo, Julian siempre ha sido muy agradable conmigo. No es como los otros chicos, que me ignoran y nunca me invitan a las fiestas. Todos los lunes al llegar a la escuela oía hablar a los demás de lo bien que se lo habían pasado el fin de semana, bebiendo y haciendo trastadas, y yo me moría de envidia. Y siempre pensaba: ¿cuándo me tocará a mí? Yo también quiero divertirme.

Pues bien. ¡Por fin ha llegado mi hora!

¡Julian me ha enviado un mensaje! El señor Holmes nos aconsejó que intercambiáramos los números de teléfono con algún compañero para tener a alguien con quien poder repasar las lecciones. Y después de que se alejara de nuestra mesa para ayudar a otro alumno, me quedé de piedra cuando Julian me pidió el mío.

—¿De verdad quieres mi número? —pregunté estupefacta.

—Claro —respondió tan tranquilo y despreocupado, como si fuera algo de lo más normal. Al sonreír se le forman unos preciosos hoyuelos en las mejillas, y cuando en ese momento me sonrió creí que me iba a desmayar como una heroína de Jane Austen—. Tú me das mil vueltas en álgebra. También me irá muy bien tu ayuda.

Esther se quedó boquiabierta; su cara era todo un poema. Está claro que Julian le gusta mucho. ¡Como a todas las demás, incluida yo! ¿Quién podría resistirse a esos ojos verdes?

Me sentí tan bien aceptando su petición delante de ella.

—Eso sería maravilloso. Quiero decir… vale.

Y le recité el número dos veces para asegurarme de que lo anotaba bien.

—Ahora déjame grabar mi número en tu agenda —dijo alargando una mano.

Durante un momento sus dedos rozaron los míos y… ¡oh, Dios!, mientras te lo cuento creo que el corazón se me va a salir del cuerpo.

—¡Eh…, no! —dije. Seguro que debí de gritar, porque estaba muy

nerviosa—. Ya lo meto yo en el móvil. Tú solo dímelo como he hecho yo.

No podía dejar que viera que en mi lista de contactos solo hay un total de cinco nombres: mamá, papá, Wendy, mi abuela y Tanya. Y este último solo lo tengo porque me lo envió por accidente al informar a todos los contactos de su agenda que tenía un móvil nuevo. Sería demasiado humillante que alguien se enterara. Ni siquiera los compañeros de mi clase de arte me han pedido el número, aunque sé que salen todos juntos por ahí los fines de semana.

Julian levantó las cejas (¿te he contado que tiene una pequeña cicatriz en medio del arco de la ceja derecha?, le queda tan mona), pero al final se encogió de hombros y asintió.

—Claro, sin problema.

Y ahora tengo seis contactos, y uno de ellos es el chico más guapo de toda la escuela.

Así que cuando ayer me entró un mensaje y apareció el nombre de «Julian» en la pantalla, el corazón empezó a latirme con fuerza, y luego se me puso a mil al leer lo que ponía. Aquí te lo dejo por escrito porque todavía no puedo creérmelo:

Hola, Poppy. El otro día estabas preciosa en clase de mates. No puedo dejar de pensar en ti. ¿Quieres ser mi cita de San Valentín? Nos vemos mañana en el parque Greville Smith, en la cúpula, a las seis.

¡Preciosa! ¡Julian Davis piensa que soy preciosa! Y mira cómo lo ha escrito. ¡Como si fuera una carta de amor! Es alucinante.

¡Y quiere que quedemos en la cúpula!

La cúpula forma parte de la zona de juegos infantiles, pero se encuentra un poco apartada al fondo del parque. Por las noches suelen ir los adolescentes que buscan un lugar tranquilo para enrollarse, porque ofrece mucha intimidad. Una vez dentro, el techo se eleva en la parte central y puedes ponerte de pie sin problemas, y está decorada con pequeñas baldosas azules y blancas que me recuerdan a las de las piscinas.

Yo ya he estado una vez allí, de día, cuando los niños juegan en el

parque, porque quería ver cómo era aquello. Cuando estuve dentro, toda sola, no me pareció un lugar demasiado especial, sobre todo porque había una botella de vodka vacía tirada por allí. Pero la recogí y la eché a una papelera, y al hacerlo me gané la mirada reprobadora de una mujer que pasaba con un cochecito de bebé porque se pensó que había estado bebiendo allí dentro.

¡Si ella supiera…! Pero por un momento estuvo bien que alguien creyera que yo podía ser de esa clase de chicas. Alguien que tenía amigos y que hacía cosas atrevidas.

Sabía que por mucho que me esforzara no podría hacerme la interesante, así que le respondí casi de inmediato diciéndole que me encantaría quedar con él. ¡Pero el caso es que Julian me contestó también al momento! ¡Mira!

Pues tenemos una cita. Nos vemos mañana.
Y no vuelvas a mandarme mensajes.
Me gusta mantener cierto aire de suspense
en nuestra relación.

¿«Una cita»? ¿«Nuestra relación»? Como te puedes imaginar, me puse colorada. Me costó horrores no escribirle de nuevo para preguntarle si eso significaba que éramos novios. ¡Tranquilo, diario, incluso ahora sé que eso es una completa locura! Primero tenemos que ver si nos gustamos de verdad.

Ay, ojalá yo le guste. Porque él me gusta mucho.

Esa noche, durante la cena, se lo conté a mamá, papá y Wendy.

—¿Una cita? —gritó papá, poniendo la típica voz enfurecida de padre autoritario y controlador, pero después sonrió. ¡Se cree tan gracioso…!—. ¡Mi hija tiene su primera cita! Aunque no sé si me hace mucha gracia la idea de vosotros dos juntos por ahí en un parque. ¿No podría llevarte al cine o algo así?

—Ahí es solo donde hemos quedado —dije, aunque no tenía nada claro que fuera a ser así. Pero ¿qué más daba?—. Seguro que después vamos a otro sitio.

—Ten cuidado —dijo mamá, aunque podía notar que en el fondo estaba

muy contenta—. Quiero que vuelvas antes de las nueve, que solo tienes catorce años.

—¿A las nueve? Eso es muy pronto.

—Pues a las diez. Pero ni un minuto más.

—Bueno, ¿y cómo es ese tal Julian? —preguntó papá—. ¿Vas a tener la misma suerte que tu madre cuando me conoció?

—Papá… —protesté—. Es un chico estupendo. De verdad.

Wendy se inclinó hacia delante y añadió:

—Además es muy listo, papá. Es de los primeros en todas las asignaturas. Y también es muy deportista; es el capitán del equipo de fútbol y también está en el de baloncesto. Parece muy majo.

—Eso está muy bien —dijo mamá—. Está claro que nuestra Poppy vale por diez como él, pero me alegro de que vaya a salir con un chico tan encantador.

—Aunque también es muy popular entre las chicas —comentó Wendy frunciendo el ceño, y entonces supe lo que estaba pensando. Y como no tiene pelos en la lengua, tuvo que soltarlo—: ¿Por qué te ha pedido salir a ti, Poppy? Tú no eres precisamente…

—¿Qué? —atajé desafiante.

—Wendy… —dijo papá, con un tono de advertencia en su voz.

—Iba a decir popular —contestó con un mohín—. Es solo que me parece un poco raro, nada más.

—Bueno, él no juzga a los demás por lo populares que son —repliqué—. Quizá tú deberías aprender a hacer lo mismo.

—No discutamos en la mesa —intervino mamá, siempre conciliadora—. De postre tenemos crujiente de manzana.

—Voy a buscarlo —se ofreció papá, empezando a recoger los platos—. Esta noche seré vuestro camarero, chicas.

Wendy y yo nos fulminamos con la mirada desde ambos lados de la mesa. Créeme, no es fácil tener una hermana como Wendy. Solo tiene doce años, pero ya es mejor que yo en casi todo. De aspecto físico, somos totalmente distintas. Yo tengo el pelo castaño claro, ella lo tiene oscuro. Yo tengo muchas pecas, ella muy pocas. Y eso incluye también la altura. Yo he heredado las piernas cortas de mamá mientras que Wendy es alta y esbelta como papá y, lo peor de todo, está delgada a pesar de comer lo

mismo que yo. Puedo perdonar el hecho de que sea más guapa, con esa dentadura blanca y perfecta mientras que yo tengo que llevar aparatos, pero no soporto que sea más lista. Tiene montones de amigas, y siempre están en su cuarto cantando con el karaoke a pleno pulmón y pasándolo en grande.

Así que puede que Wendy esté un poco celosa porque por fin la he ganado en algo. Y además con el mejor chico posible. Ese chico se ha interesado por mí y me ha pedido salir. Y a ella todavía no se lo ha pedido nadie, a pesar de su bonita melena oscura y de ser tan popular.

Pero después de cenar, se me acercó.

—Estarás bien, ¿verdad? —me dijo—. No harás ninguna estupidez, ¿no?

—Sé cuidar de mí misma. —Suspiré, decidida a ignorarla, pero entonces me agarró del brazo y me obligó a mirarla.

—Lo digo en serio. No irás a hacer nada solo porque él quiera que lo hagas, ¿verdad?

—¿Quién es aquí la hermana mayor? —dije riendo—. Estoy acostumbrada a ser el blanco de las burlas, así que si intenta algo lo reconoceré al momento.

Aun así, Wendy no se quedó tranquila. Ella sabe muy bien lo que pasa; después de todo, vamos a la misma escuela. Y también es consciente de que les oculto la verdad a papá y mamá. Ellos saben que no tengo amigos, claro, ya llevo así varios años. Pero lo que no saben es hasta qué punto me acosan, que es un milagro el día que no me acuesto llorando hasta quedarme dormida. Wendy ve el ostracismo, las risas, las burlas. Pero, como si tuviéramos un acuerdo tácito, ella tampoco se lo cuenta a nuestros padres.

Por mucha envidia que le tenga, sigue siendo mi hermana pequeña y la quiero con locura.

Pero, en fin, ahora debo darme prisa. ¡Tengo que prepararme para mi maravillosa cita! Después te cuento cómo ha ido.

Más tarde

Querido diario:

Me gustaría tachar todo lo que he escrito antes.

No, me gustaría hacerlo trizas y tirar los pedacitos a la papelera.

Soy tan tonta.

Pues claro que nadie va a quererme nunca. Pues claro que nunca tendré novio. ¿Quién iba a querer estar con alguien tan fea y tan patética?

Me odio a mí misma. Y las odio a ellas.

LAS ODIO. Desearía que estuvieran muertas.

Al final, acabé llegando al parque demasiado pronto. Cómo iba a ser si no, siendo alguien tan penosa y desesperada. No iba a hacerme la interesante llegando tarde, ¿no? Según mi móvil eran las seis menos cuarto, así que aflojé el paso mientras me acercaba a la cúpula. No se veía a nadie por allí, pero puede que él ya estuviera dentro. Agaché la cabeza y entré.

Allí había una cajita que tenía una nota encima. Estaba envuelta con un lazo de seda roja y no había nada que indicara lo que podría haber dentro, pero en la nota ponía mi nombre.

Y, con una pulcra caligrafía que no reconocí, decía: «Poppy, ponte esto para estar aún más guapa esta noche. ¡Voy a llevarte a un bonito restaurante con mis ahorros! Besos, Julian».

¡Besos! ¡Julian me enviaba besos! Casi no podía respirar cuando deshice el lazo y levanté la tapa de la caja, pensando que debía de tratarse de un collar o una pulsera. ¡Y me había llamado guapa, así que estaba dispuesta a ponerme lo que fuera!

Oh, Dios… Tengo que dejar de llorar para poder escribir esto. Por lo menos apretar el boli con furia sobre la página me hace sentir un poco mejor, porque puedo imaginarme que ellas son el papel.

No era ninguna joya. Era un pintalabios.

Uno de los de verdad, de esos que venden en las tiendas para que se pinten las mujeres hechas y derechas, y que Chloe también se pone de tapadillo en la escuela, aunque solo brillo natural y rosas pálidos.

Cuando destapé el capuchón vi que era de un rojo intenso y ardiente. Denso y mate. Casi del color de un chile, o de los autobuses de dos pisos de Londres.

Debería haberlo sabido entonces. Yo no soy de esa clase de chicas.

Nunca me había puesto pintalabios antes, y mucho menos uno de un rojo tan vivo, como el que llevan las actrices de cine. O esas modelos tan sexis. Y está claro que yo no soy precisamente una modelo.

Pero Julian me había dicho que se me vería muy guapa. Allí cerca hay unos lavabos públicos, y pensé que podría mirarme en algún espejo para pintarme. Frunciría los labios como hacen en las películas, lanzaría unos besos al aire, y de repente me transformaría: de colegiala rarita a supermodelo.

Después de volver a tapar la caja, la cogí y me guardé la nota en el bolsillo de los tejanos. Al salir de la cúpula eché otro vistazo alrededor para ver si Julian había llegado, pero solo había unas chicas allá a lo lejos sentadas en un banco, a las que apenas pude distinguir. Me dirigí a toda prisa hacia los lavabos, guiñando los ojos por el súbito resplandor de la luz en el sombrío entorno del parque.

Los lavabos no suelen ser lugares muy agradables, sobre todo si son públicos, pero dejé la caja sobre el lavamanos, saqué el pintalabios y me lo acerqué a la cara. No estaba muy segura de cómo había que ponérselo, pero no podía ser más difícil que dibujar o pintar, y a mí eso se me daba muy bien. Aplicaría la presión justa o, mejor aún, apretaría más fuerte para asegurarme de que no se me borraba, y entonces me vería fabulosa.

Pues sí. Por si nadie te lo había dicho, el maquillaje y la pintura no tienen nada que ver.

La barra se deslizó suavemente, mucho más de lo que había esperado. Y, de repente, toda mi boca estaba pintada de un rojo intenso. Y no solo los labios; a pesar de haber mantenido el pulso firme, la pintura se había corrido sobre el labio superior, que ahora se veía mucho más grande que el inferior. Intenté corregirlo poniéndome un poco más por la parte de abajo, pero eso solo consiguió que pareciera que me había inyectado bótox. Cuando fruncí los labios hacia delante, como si estuviera dando un beso, vi que la parte central seguía irremediablemente rosa, así que me puse un poco más.

Entonces sonreí, imaginando que tendría una bonita sonrisa tipo Hollywood, pero lo único que vi fue unos manchurrones de carmín en los dos dientes de delante.

¿Tenía el aspecto de una chica mayor y sofisticada, o solo parecía una

niña de cinco años que había estado trasteando con el maquillaje de su madre?

Y de pronto destelló un flash.

—¡Di «Patata»!

Annabel, Esther, Chloe y Tanya estaban en la puerta. Annabel sostenía su móvil en alto y el flash volvió a dispararse. Me estaban haciendo fotos.

—¡Parad! —grité.

Para entonces ya habían entrado en el lavabo, riendo a grandes carcajadas, y me rodearon.

—¡Santo Dios! —dijo Chloe, prácticamente doblada por la mitad de la risa que le daba verme así—. ¿Así es como crees que se pone el pintalabios? Sabíamos que eras una inútil, pero esto ya es otro nivel. ¡Y pensar que solo queríamos sacarte unas fotos divertidas haciendo posturitas ante el espejo! Esto no tiene precio.

—¿Cómo sabíais que estaba aquí? ¿Qué estáis haciendo? —les pregunté.

Traté de quitarme el carmín pasándome el dorso de la mano por los labios. Y, claro, un poco se quitó, manchándome la mano como si me la hubiera pintado yo misma, pero cuando me miré en el espejo la mayor parte de la pintura seguía allí, solo que ahora se había corrido también por el mentón y la mejilla.

Annabel me sacó más fotos.

—¡Pareces una completa pirada!

—¡Por favor, para!

—¿De verdad habías creído que Julian querría salir con alguien como tú? —dijo Esther.

Es horrible recordarlo. Escribirlo. Pero tengo que hacerlo. Necesito sacarlo de dentro antes de que me consuma.

—Los viernes Julian juega a fútbol después de clase y tiene que dejar el móvil en los vestuarios —explicó Tanya. Todavía ahora, después de todos los años que han pasado, me resulta espantoso ver lo mucho que disfruta atormentándome, tanto como las otras tres. ¿De verdad no puede echar la vista atrás a cuando éramos amigas y sentirse mal por lo que me está haciendo? ¿O es que simplemente se alegra de que se metan conmigo y no con ella?—. Nos colamos allí y te enviamos el mensaje desde su móvil. Se le ocurrió a Esther. Y fue realmente divertido.

—Pues claro que no está interesado en ti, idiota —dijo Esther con una sonrisa perversa.

—¡Oh, Dios, tienes una pinta tan ridícula! —exclamó Annabel, sacándome otra foto—. ¡Ahora pareces salida de una película de terror!

Por mucho que me frotara, no podía quitarme el pintalabios. Incluso abrí los grifos y empecé a restregarme la cara con agua, pero eso no hizo más que empeorarlo. Se me formó un gran círculo de color rojo alrededor de la boca, que me chorreaba por la barbilla.

No pude soportarlo más. Las empujé para abrirme paso, tratando de ignorar sus risas y sus burlas, y no paré de correr hasta llegar a casa, incapaz de esconder las lágrimas. Al entrar, cerré la puerta principal de un portazo.

Al oírlo, papá y mamá salieron del salón con expresión preocupada.

—¿Poppy? ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—¡Dejadme en paz! —chillé.

Entonces vieron el pintalabios. ¿Cómo no iban a verlo? Era algo tan evidente, tan espantoso.

—¿Qué te ha pasado en la cara? ¿Es que alguien te ha hecho daño? —Papá estaba como histérico y me agarró por los hombros para poder verme mejor—. ¿Te ha pegado ese chico?

Me quedé muy desconcertada, y entonces caí en la cuenta. Al intentar quitarme el pintalabios, me había hecho tal desastre en la cara que parecía que tenía una herida, una gran mancha de sangre alrededor de la boca.

Aunque dolía tanto como si me hubieran agredido físicamente.

—¡Es pintalabios! —grité—. ¡Él no me ha pegado! ¡Ni siquiera se ha presentado! ¡Ni siquiera sabía nada de la cita!

—Oh, Poppy… —Entonces papá me abrazó, pero yo me solté y salí corriendo escaleras arriba.

—¡Dejadme en paz! —volví a gritar, y me encerré en mi cuarto dando otro portazo.

—¡Por favor, abre! —Al momento, toda la familia estaba delante de la puerta.

—Poppy —dijo papá—. Ven con nosotros abajo y veamos una película todos juntos comiendo palomitas. No tienes por qué hablar de ello si no quieres.

—Lo siento mucho —dijo Wendy—. Cuando lo pille en la escuela lo voy a matar, ya lo verás.

—Por favor, dejadme tranquila —les pedí—. Solo quiero estar un rato a solas.

Después de insistir y suplicar un poco más, al final se marcharon y yo me quedé llorando con la cara hundida en la almohada. Pero cuando al cabo de un rato levanté la cabeza, descubrí que estaba toda manchada de rojo. Nunca iba a poder librarme de aquello.

—¡Joder! —grité. Yo nunca digo tacos. Incluso me siento rara ahora al escribir la palabra, como si pudiera meterme en líos por expresar mis pensamientos más íntimos. Pero en ese momento fue lo único que se me ocurrió decir.

El pintalabios seguía en mi bolsillo, y entonces lo saqué y lo arrojé con fuerza, viendo cómo el capuchón salía volando y rodaba hasta debajo de mi escritorio. Lo que antes se veía tan caro y bonito, algo que podría convertirme en alguien que no era, ahora solo parecía una cosa barata y vulgar. Recogí del suelo lo que quedaba del pintalabios y lo apreté con fuerza contra la mesa, observando cómo la barra se deshacía y sus restos se esparcían sobre la madera. Otra mancha. Otra marca que permanecería ahí por siempre para recordarme lo que había pasado.

—Poppy… —Era Wendy llamando a la puerta.

—¿Qué parte de «Dejadme en paz» no has entendido? —le grité.

—Lo siento, pero tienes que ver esto.

Cuando abrí, Wendy estaba allí con expresión grave, sosteniendo el portátil contra su pecho.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Estás, eeeh…, en Facebook.

Lo sabía. Cuando tomaron esas fotos, tenía claro que harían algo con ellas. No sabía exactamente el qué, ni lo rápido que actuarían. Pero debería haber comprendido que no iban a dejarme tener siquiera un momento de paz.

Wendy entró en el cuarto, se sentó en la cama y me hizo señas para que tomara asiento a su lado. La vi mirar con gesto angustiado la mesa y la almohada manchadas de carmín, pero no hizo ningún comentario. Cuando me senté, me pasó el portátil.

Facebook estaba abierto. No por mi página sino por la de Wendy, pero incluso en la suya yo era la atracción principal, el primer post que salía. Un álbum de fotos mías en aquellos lavabos mirándome al espejo, luego tratando desesperadamente de quitarme el pintalabios, después girándome hacia ellas.

En las fotografías salgo llorando, pero lo peor de todo es el pintalabios. Se ve aún más horrible que en la realidad. Todavía ahora puedo ver cada una de esas imágenes, como si mi cerebro hubiera decidido hacerme un pase de diapositivas para mi disfrute personal.

En uno de los pies de foto se leía: «El nuevo proyecto artístico de Poppy Greer». Eso fue lo que más me dolió.

Era una payasa. El pintalabios me manchaba toda la cara, incluso los dientes.

—No estás tan mal —dijo Wendy. Qué mentirosa.

Apenas la escuché mientras iba bajando por la pantalla para leer todos los comentarios:

¿Creéis que habrá oído hablar alguna vez de la palabra «maquillaje»?

¡LOL! ¡Evidentemente no! Nunca lleva, y por eso va siempre tan fea en la escuela.

¡De todos modos el maquillaje no iba a arreglarle esa cara!

¿Qué diablos se cree que está haciendo? Sabía que era patética, pero esto ya roza lo trágico.

Me da pena, no tiene amigos y tiene que inventarse un novio para San Valentín.

Menuda pringada.

¡OMG! ¡Es una auténtica payasa! ¡Esto es tan divertido!

Este debería ser sin duda su proyecto de arte. No soporto cómo alardea de su obra. Tampoco es tan buena. Bruja engreída…

Recordadme que mañana le enseñe cómo hay que ponerse el pintalabios.

En plan, ¡eh, en los dientes no!

¡Se cree que hay que comérselo!

¡Es que esa se lo come todo, JA, JA!

Entonces saltó otro post. Una actualización de situación sentimental.

Julian Davis ha empezado una relación sentimental con Esther Driscoll.

Pues claro. ¿Cómo iba a estar interesado en mí, cuando podía tenerla a ella?

Wendy me quitó el portátil y bajó la tapa.

—No lo mires más.

—¿Cómo voy a poder ir el lunes a la escuela? —susurré con las lágrimas cayéndome de nuevo por las mejillas.

—Podrás ir e irás —dijo Wendy—. No permitas que se salgan con la suya. Tú eres la mejor persona que conozco.

La mejor persona que conoce, tan tonta como para creerse que Julian le pediría salir.

Cuando Wendy se marchó, volví a mirarme en el espejo una última vez. Mi cara seguía estando hecha un desastre. En mi mesita de noche tengo toallitas húmedas, y necesité tres para quitarme finalmente los restos de carmín rojo, dejándome la cara sonrosada y dolorida. Mientras las toallitas caían en la papelera, no podía evitar pensar en lo repugnantes que se veían. Un amasijo asqueroso.

Sin pensar siquiera, le di un puñetazo al espejo. No soy muy fuerte, así que me sorprendió ver cómo se resquebrajaba y un fragmento de cristal, manchado con la sangre de mis nudillos, caía sobre la moqueta. Lo cogí y me quedé mirándolo un buen rato, antes de pasarme su afilado borde por el brazo.

Sentí un dolor agudo que me hizo soltar un gemido ahogado, pero duró solo un momento, y luego vi cómo brotaba un furioso hilillo de sangre que recordaba exactamente al pintalabios que había emborronado mi boca. Noté la piel caliente e irritada, y las lágrimas volvieron a caer, pero me sentí extrañamente excitada. Por el dolor.

Con dedos temblorosos, volví a hacerme otro corte, esta vez más pequeño, junto al anterior. Experimenté de nuevo la misma sensación intensa, notando cómo el corazón se me subía a la garganta.

Y entonces paré. Guardé el trozo de espejo en la mesita, envuelto en un pañuelo de papel. Me chupé el brazo hasta que dejó de salir sangre, y en ese momento, al ver las dos virulentas marcas rojas que quedaron sobre mi piel, me entró el pánico.

¿Qué había hecho? Y aun así, me sentía mejor. Horrorizada, pero mejor.

Más tarde, cuando mamá vino a darme las buenas noches, trayéndome una taza de chocolate caliente con nata y nubecitas, le dije que lo sentía mucho. Que de la rabia había destrozado el espejo. Me había puesto un pijama de manga larga para evitar que me interrogara sobre las marcas del brazo.

—No pasa nada, estabas muy enfadada —me tranquilizó ella—. Mañana quitaremos ese espejo de ahí. No te acerques mucho, por si hay trocitos de cristal en el suelo.

No le dije que me había quedado con uno y que lo había guardado en mi mesita, por si decidía que quería volver a sentir aquello.

Las odio. Se merecen morir. Si mañana las atropellara un autobús, el mundo sería un lugar mejor.

Quizá, después de todo, sí que debería ponerte un nombre, diario. Porque tú eres el único amigo que voy a tener nunca. No tiene sentido tratar de pensar que pueda ser de otra manera.

Siempre voy a estar sola.

15

Annabel
19 de mayo de 2023

Chloe entra en mi habitación cuando estoy acabando de arreglarme para la fiesta. Las dos estamos que nos salimos con nuestros modelitos y maquillajes. Yo llevo un escueto vestido muy ceñido y mis zapatos favoritos de tacón con la punta abierta, y ella un mono corto de color morado a juego con un chaleco negro. Las dos nos hemos puesto pestañas postizas y sombra de ojos muy marcada, y cuando nos miramos al espejo tenemos la sensación de volver a tener dieciocho años.

—¡Pintura de guerra! —dice Chloe, y al oírlo sonrío—. Poppy se está metiendo con las zorras equivocadas. Aunque haya tenido que pedirle prestado el maquillaje a Esther para ponerme guapa.

—De eso no cabe la menor duda. —Me doy los últimos retoques en el pelo y me lo recojo hacia atrás en una coleta alta. Sin embargo, me sorprende que Chloe no me haya pedido a mí el maquillaje. Últimamente ha estado muy distante conmigo. Por el espejo veo que me está mirando de una forma rara, mordiéndose el labio. Estira y encoge las manos; es evidente que quiere decir algo—. ¿Qué ocurre?

—Solo estaba pensando —dice—. Me parece muy extraño que Poppy sea ahora una doctora respetada. Nunca lo habría dicho de ella diez años atrás.

—Sí, es extraño —digo, recordando a la Poppy que conocimos.

—Me pregunto qué pensará ella de nosotras —añade Chloe—. Seguro que cree que no hemos cambiado nada.

—Espero que sí lo hayamos hecho. En aquella época, para ella no éramos precisamente las mejores personas. Y está más que dispuesta a

recordárnoslo. Pero ahora hemos cambiado a mejor.

—Le fastidia que ninguna nos hayamos molestado en averiguar qué fue de ella después de mudarse.

A ninguna se nos ocurrió preguntarnos nunca qué pasó con Poppy después de acabar la secundaria. Terminamos los exámenes, lo celebramos, y eso fue todo. Pero es algo muy normal desentenderse por completo de la gente de tu clase después de acabar el instituto. Tampoco sé nada de la vida de los demás.

—Puede que, después de todo, sea bueno habernos vuelto a ver —comento, recordando las palabras de mi madre.

Chloe parece perdida en sus pensamientos.

—¿Chloe?

—Perdona. —Sacude la cabeza. Todo su semblante refleja preocupación—. Verás, Annabel, hay algo que necesito contarte.

Hay en su tono cierto aire de gravedad, algo impropio de ella.

—¿De qué se trata? —pregunto.

Se frota la frente con la mano hasta alisarse las arrugas del ceño.

—No sé por dónde empezar.

En ese momento llaman a la puerta y Esther asoma la cabeza. Lleva en la mano dos bandas de color rosa chillón con las palabras «Dama de honor» en letras rojas.

—¡Para vosotras, cortesía de nuestra futura novia! Estáis fabulosas.

—¡Tú también! —Chloe coge las bandas y se coloca la suya. El momento ha pasado. Parece agradecida por la interrupción y deseosa de pasar página cuanto antes—. ¡Venga, Annabel!

Acepto la otra banda y me la pongo, al tiempo que examino el modelito de Esther. También se ha arreglado especialmente para la ocasión, con un mono rosa palo sobre el que contrasta el rosa intenso de la cinta, y unas sandalias blancas. Se ha recogido el pelo en un elegante moño, con unos mechones que caen enmarcando su rostro anguloso. Está guapísima y lo sabe, y arruga las cejas al oír el cumplido de Chloe.

La seguimos afuera y vamos hacia la playa, donde Tanya y Poppy ya nos esperan. Las tres no podemos evitar reírnos al ver el atuendo de Poppy. Va vestida totalmente de novia, con un vaporoso vestido

blanco y la melena castaña derramándose en una cascada ondulada que le llega hasta la cintura. Lleva prendido un velo que le cae por la espalda, y para completar el look se ha puesto unos guantes blancos hasta los codos.

La sensación de incomodidad que nos ha acompañado a lo largo del día parece desvanecerse en cierto modo cuando todas nos tomamos de golpe un chupito de tequila y, acto seguido, chupamos una rodaja de lima. Luego Esther nos sirve unos vodkas con cola y nos sentamos en círculo, sintiendo vibrar entre nosotras una energía cargada de excitación.

—El Yo Nunca de anoche fue solo el principio —anuncia Poppy, alzando muy alto su copa.

—¡Ay, Dios! —suelta Esther con un gemido.

—Brindemos y olvidemos todo lo ocurrido durante el día.

Las cuatro intercambiamos unas miradas llenas de indecisión.

—En serio, chicas —prosigue Poppy—. Solo quería asustaros un poco. Y creo que lo he conseguido. Pero aún nos queda mucha despedida que celebrar y disfrutar, y pienso pasarme la mayor parte de ese tiempo borracha o en la playa. Por no hablar de los fabulosos detalles acerca de mi boda que voy a revelaros mañana por la mañana. ¿Quién está conmigo?

Parece bastante sincera en sus palabras, así que, tras encogernos de hombros, cedemos y alzamos nuestras copas.

—¡Por una gran noche y una fantástica despedida de soltera!

—¡Por una gran noche y una fantástica despedida de soltera! —repetimos a coro.

Poppy palmotea entusiasmada.

—Y ahora vamos a empezar por todo lo alto. ¡Esta noche jugaremos a Verdad o Acción!

Vuelvo a coger mi copa y doy un largo trago, sintiendo cómo la ansiedad oprime de nuevo mi estómago. Otro jueguecito…

—Lo sé, lo sé. Para que el juego quede bien repartido, haremos girar una botella para ver a quién le toca —dice Poppy. Agarra un botellín de sidra y resulta impresionante ver cómo lo vacía de un solo trago, sin pararse a tomar aire hasta que la última gota de líquido ha

descendido por su garganta. Se inclina hacia el centro del círculo y comprueba que la botella gira bien sobre la manta extendida en la irregular superficie arenosa—. Perfecto. ¿Estamos todas listas?

—Todo lo listas que se puede estar —murmura Tanya entre dientes.

Poppy ignora su comentario y hace girar la botella. Le da demasiado fuerte y tenemos que esperar casi veinte segundos hasta que deja de dar vueltas. Va girando cada vez más y más despacio, hasta que finalmente se detiene apuntando a Esther.

Me inunda una sensación de alivio y dejo escapar el aliento contenido.

—Elijo acción —declara Esther. Es algo que nos sorprende, ella siempre tan sensata. El ambiente de la velada debe de haber surtido su efecto. O el alcohol.

—De vosotras cuatro, eres la única que nunca se ha bañado desnuda en el mar. —Poppy tiene un brillo en los ojos que revela lo que está pensando antes incluso de decirlo—. Te reto a que te desnudes y te metas en el agua durante diez segundos.

—Maldita sea. —Esther sacude la cabeza—. Debería haber elegido verdad.

—Demasiado tarde —replica Poppy alegremente, y el resto de nosotras empezamos a jalearla para que se quite la ropa.

—Me meteré vestida —propone—. Eso será casi peor. Tendré que ir toda la noche con la ropa empapada.

—No, no. —La sonrisa de Chloe es como la del gato de Cheshire—. Eso no vale. ¡Venga, todo fuera!

Se desviste hasta quedar completamente desnuda, e incluso nos regala una posturita sexy, poniéndose una mano detrás de la cabeza y llevándose la otra a la cintura. Me fijo en que tiene una marca en el vientre. Una especie de moratón. Me pilla mirándola y se la tapa con una mano.

—Me resbalé en la ducha la otra noche —explica—. El día antes de venir. Soy una patosa.

Esther no me da tiempo a cuestionarme nada. La oímos chillar cuando entra corriendo en el agua.

—¡Joder! ¡Qué fría está! ¡Y eso que estamos en una isla tropical!

—¡Cuando llevas un rato se pone más calentita! —le grita Chloe, y luego nos sonríe—. O al menos supongo que será así.

Esther regresa y se envuelve en una toalla que encuentra por ahí, y luego se deja caer sobre su cojín, todavía desnuda.

—Por Dios… —Le castañetean los dientes—. Ahora me toca a mí.

Hace girar con pericia la botella, que da varias vueltas antes de detenerse apuntando directamente a Tanya.

—¿Qué escoges, Tanya? —le pregunta Chloe.

—Verdad —responde ella.

Esther vuelve a vestirse y se escurre el pelo ahora suelto que chorrea agua de mar.

—Hummm…, no se me ocurre qué preguntar.

Poppy carraspea.

—Yo tengo una.

—Adelante —concede Esther.

—¿Por qué habéis roto Harry y tú?

Se produce un silencio lleno de estupor. Tanya ahoga una exclamación al oír la pregunta. El resto nos quedamos muy confusas. Tanya no ha roto con Harry. Se compraron el piso de Londres hace solo un año. El mes pasado o así nos estuvo hablando de su nueva cocina. Llevan juntos una eternidad.

—Creo que te equivocas —dice Esther—. Tanya y Harry no han roto.

Chloe mira a Tanya y luego a Poppy.

—¿Y cómo es que conoces a Harry?

—Rompimos por culpa del trabajo. —Tanya apura su copa y se sirve otra—. Ya está. ¿Contenta?

—¿Qué? —Ahora no puedo evitar implicarme—. ¿Por qué no nos lo has contado? ¿Cuándo ha ocurrido?

—Hace meses. —Tanya da otro trago—. Déjalo estar, Annabel.

—¿Hace meses? —repito—. Pero ¿cómo? No lo entiendo.

—No quería contároslo. Eso es todo.

Se inclina y hace girar la botella, que se descontrola, se desvía hacia la izquierda y golpea en la rodilla de Chloe.

Se produce otro silencio. Chloe parece recuperar el ánimo y pone en

pie la botella con una risita.

—Supongo que esto significa que es mi turno. Escojo verdad.

En vez de preguntar, Tanya se dedica a vaciar su copa y a servirse una tercera.

Antes de que las demás podamos decir nada, Poppy se nos adelanta.

—¿Cuál es tu peor miedo?

Es una pregunta extraña.

—¿Sabes? —responde Chloe—, iba a decir volar en avión, porque es algo que odio. Pero la verdad es que cuando más asustada he estado fue el verano pasado. Me entraron a robar en el piso. Cuando me levanté, mi portátil había desaparecido. La policía concluyó que debía de haber sido obra de algún fan lunático, así que tuve que cambiar las cerraduras y todo eso porque no había indicios de que hubieran forzado la entrada. Y durante semanas no pude dormir.

Me acuerdo de lo mal que lo pasó. Se quedó en nuestra casa porque estaba convencida de que un acosador iba a ir a por ella para matarla. En un principio acordamos que sería solo una noche, pero al final se quedó mucho más tiempo. Incluso a Andrew le pareció bien. Me dijo que Chloe había pasado por una experiencia muy traumática y que debíamos mostrarnos más empáticos con ella.

—Es porque alguien estuviera en la casa mientras yo dormía profundamente —prosigue—. Podrían haberme hecho cualquier cosa.

Poppy levanta las cejas.

—No es agradable que alguien se aproveche de ti cuando eres más vulnerable.

Chloe no sabe cómo responder a eso.

—¡En fin! —Hace girar la botella, que acaba señalando a Poppy.

—Acción —dice ella.

Chloe apura su bebida y agarra el vodka para volver a llenarse la copa.

—Ya lo tengo. Te reto a que te afeites las cejas.

Esther casi se ahoga con el trago que está dando.

—¡No puedes obligarla a hacer eso! Eso ya es pasarse.

—A Chloe siempre le ha gustado pasarse de la raya. —Poppy se levanta y se sacude la arena de las piernas—. Pero aun así voy a

hacerlo.

—¿En serio va a hacerlo? —pregunto mientras Poppy se aleja con paso decidido.

—Es un farol —dice Esther—. Chloe, eso ha sido muy fuerte incluso viniendo de ti.

—Es lo que se merece por enviarnos a esa estúpida búsqueda del tesoro —replica ella—. Es el juego, así que tiene que hacerlo.

Poppy vuelve con una cuchilla y, para nuestro asombro, se afeita un trocito de ceja. Una línea blanca divide la parte superior del arco ciliar, y luego repite la operación en la otra.

—Ya está. —Tira la cuchilla a la arena y se gira hacia nosotras—. No habéis dicho cuánto tenía que afeitarme. Pero me las he afeitado.

Hay algo nuevo en su expresión. Se la ve más salvaje, más peligrosa. Le sienta bien.

Chloe frunce el ceño; no se esperaba que Poppy le ganara la partida, ni tampoco que el resultado final le quedara tan bien. Pero no puede quejarse ni objetar nada. Poppy ha superado el desafío.

Empiezo a sentirme bastante achispada. Las demás también se están emborrachando. Tanya tiene los ojos vidriosos y Chloe se está sirviendo otra copa. Incluso Esther está bebiendo más de la cuenta y se ríe tontamente con las gracias de nuestra anfitriona. Solo Poppy parece conservar un mínimo de sobriedad.

Esta vuelve a hacer girar la botella, pero ahora con muy poca fuerza. Apenas da media vuelta y acaba señalando de nuevo a Esther, que suelta un gemido al ver que le toca por segunda vez.

—Ahora me pido verdad —dice—. ¡Si todavía estoy un poco mojada!

—¿Es cierto que conseguiste el trabajo porque tu madre conoce a tu jefe? —pregunta Poppy.

Esther parece dolida, ese es sin duda el tema que más le afecta. Yo debería saberlo bien; me gusta hacerle bromas sobre ello aunque sé que le molesta mucho. ¿Por qué me gusta tanto hurgar en las inseguridades de los demás? Soy consciente de hacerlo; casi diría que esa es la razón por la que lo hago. Encuentro cierto placer en ver cómo al otro se le desencaja la cara sabiendo que soy yo quien lo ha

causado, que estoy en una posición de fuerza.

Eso era lo que me impulsaba a meterme tanto con Poppy en el instituto.

—Mi madre me consiguió la entrevista —responde Esther con sequedad—. Pero tuve que prepararme a conciencia. Debí demostrar que estaba a la altura del puesto. Y lo estoy. Soy muy buena en lo que hago, eso nadie me lo puede negar. Ahora mismo debería estar contestando un millón de correos, pero no puedo porque estoy incomunicada en esta isla y tú tienes esa estúpida regla acerca de los móviles, ¡así que no te atrevas a hablarme de que no me merezco mi trabajo!

—Yo no he dicho eso —señala Poppy—. Has sido tú.

—Tal vez deberíamos dejar el tema —interviene Chloe con voz nerviosa.

—Joder, Esther, pues es verdad y lo sabes. —Tanya levanta la vista de su vaso y la mira con rabia—. Piensa en los miles de solicitudes que ni siquiera leyeron. Tú te saltaste toda esa parte. ¿Acaso te crees mejor que todo el mundo?

Ay, Dios…

Tanya no es buena bebedora. Se pone rápidamente en plan borde, se centra en un objetivo y ataca, aun cuando se supone que estamos todas en el mismo bando. ¿Cuántas copas se ha tomado ya? Le tiemblan las manos cuando agarra otra botella y vierte el líquido en su vaso, y casi no acierta a llevárselo a la boca.

—Ah, claro, porque la gente con la que tú trabajas es mucho mejor, ¿no? —le lanza Esther—. ¿Cuánto costaría contratarte para que vuelvas a organizar otro evento?

—Esa es la cuestión. Yo sé de lo que estoy hablando.

—¿Y qué pasó con Harry? —pregunta Esther—. ¿Es que te engañó? ¿Por eso no dijiste nada? Es algo que nunca me habría esperado de Harry, pero ¿qué otra razón podría haber para que no nos contaras nada?

—Esther… —Le pongo una mano en el hombro. La cara de Tanya hierve de furia—. No sigas por ahí.

—¿Por qué no? ¡Ha empezado ella! Y encima tiene la desfachatez de

hablarme a mí sobre ser competente en el trabajo.

—¡Aquí nadie ha empezado nada! —grita de pronto Chloe—. ¡Es solo un estúpido juego! ¡Dejadlo ya!

Su estallido nos silencia a todas. Esther y Tanya ni siquiera pueden mirarse a la cara, mientras Chloe las observa a ambas meneando la cabeza. Poppy contempla la escena con avidez. Tiene los ojos muy abiertos y apenas puede disimular cuánto está disfrutando.

—¡Me toca! —salto a la desesperada, cogiendo la botella y apuntándola hacia mí—. Preguntadme algo. Elijo verdad.

Esther inspira profundamente y cierra los ojos. Cuando los abre, su postura se relaja y puedo percibir que ha optado por dejarlo estar. Gracias a Dios. Tanya parece aún enfadada, pero ha vuelto a refugiarse en su bebida y acuna el vaso con ambas manos.

Poppy aprovecha que Esther está distraída para formular otra de sus preguntas.

—¿Cuándo piensas tener hijos?

Otra vez esa pregunta no. ¿Por qué una mujer que se acerca a la treintena no puede estar más de cinco segundos sin que alguien le plantee la temida cuestión?

—No estoy segura de querer tenerlos.

Poppy suelta una exclamación de sorpresa y todas nos giramos hacia ella.

—Perdón. Creía que eras…, no sé, el ama de casa perfecta.

—No estoy segura de serlo —digo.

—Pero quieres a Andrew —dice Poppy—. ¿Verdad?

—Verdad. —De eso, al menos, estoy segura.

Me inclino hacia delante y hago girar la botella.

Acaba señalando a Chloe.

—Acción —dice ella, y luego sonríe—. Pero no voy a dejar que te vengues de mí pidiéndome que me afeite la cabeza. ¡No se pueden repetir desafíos!

—Te reto a que te bebas el resto del vodka.

En la botella queda todavía para al menos cuatro copas. Es una idea demencial.

—No puede hacer eso —interviene Esther—. Tú eres médica, Poppy.

Deberías saberlo.

Poppy alza las manos en señal de rendición.

—Muy bien. Pues la mitad del vodka. ¿Os parece un trato justo?

—Yo no hago tratos —replica Chloe—. Y tú te callas, Esther, siempre haciéndote la santurrona. —Agarra la botella y se la bebe a grandes tragos, su cara retorciéndose en una mueca de desagrado. Parte del líquido se derrama de la boca y le cae por la barbilla, pero al final lo consigue: se termina todo el vodka. Cuando va a dejar la botella sobre la mesa se le resbala de la mano y cae sobre la arena; por suerte, no se rompe—. Dios… —dice arrastrando la voz, el efecto es instantáneo—. ¡Ya está! —exclama.

—Creo que va siendo hora de que las demás bebamos un poco más. —Poppy nos echa vino en los vasos a las otras tres y ella se sirve algo de sidra—. ¡Venga!

Cada vez cuesta un poco más. Me veo agarrándome la muñeca con la otra mano para poder llevarme el vaso a la boca.

¿Me tiembla la mano? Todo empieza a volverse borroso.

—Perdóname por lo que he dicho sobre Harry —suelta de pronto Esther—. Ha sido muy desconsiderado por mi parte. ¿Todo bien entre nosotras?

Tanya suspira.

—No, perdóname tú por lo que he dicho de tu trabajo.

Chloe escoge ese momento para meterse en medio de ambas y echarles un brazo por los hombros.

—¿Volvemos a ser amigas? ¡Hurra!

—Que te den, Chloe —dice Esther, pero está sonriendo.

—Es difícil ocultarles secretos a las demás, ¿verdad? —comenta Poppy.

—Nosotras no tenemos secretos —replica Chloe.

—Bueno, tú y yo sabemos que eso no es verdad.

—¡Hey! —Chloe se levanta como puede y apunta con un dedo—. No lo dirás solo por mí, ¿no? ¿Qué hay de Tanya? Ella…

—¡Chloe! —salta Tanya.

Poppy asiente.

—No, no. Tienes razón, no eres solo tú. Sois todas.

—¿Todas?

Es lo último que recuerdo haber dicho. El resto de la noche transcurre como en una nebulosa; tengo vagas imágenes de todas nosotras levantándonos y de que en un momento dado nos ponemos a bailar y a cantar a pleno pulmón mientras seguimos bebiendo sin parar y de vez en cuando picoteamos algo de comida. Eso parece prolongarse durante horas, y por primera vez las cinco nos sentimos totalmente unidas, disfrutando de la fiesta y charlando, aunque no me acuerdo de las conversaciones.

En cierto momento también hubo una discusión. Recuerdo oír voces furiosas gritando. ¿Era Tanya? Tanya se enfadó con alguien, creo. ¿Con Poppy?

No recuerdo cuándo me acosté, pero está claro que lo hice porque en plena noche me despierto en la cama al oír un fuerte estruendo, seguido por unos ruidos sordos. Tengo la cabeza como un bombo y noto la boca seca.

—¿Hola? —balbuceo, pero cuando me doy la vuelta para mirar no hay nadie, solo la habitación vacía y silenciosa. El simple esfuerzo de girarme en la cama es suficiente para hacerme gemir. El cuarto empieza a dar vueltas.

Escucho con atención, pero el ruido ha cesado.

Se habrá caído algo, eso es todo. Me estoy debatiendo entre si ir o no a investigar cuando vuelvo a caer rendida en un sueño pesado y profundo.

16

Chloe
20 de mayo de 2023

Me despierto empapada en un charco de sudor. Por encima de mí, el aire acondicionado ha dejado de funcionar y una lucecita naranja parpadea obstinadamente.

—Oh, Dios… —Cuando alargo la mano hacia la mesita, me acuerdo de que no tengo el móvil. Por la ventana el cielo se ve de un azul intenso, señal de que me he quedado dormida hasta tarde.

No importa. Me tomo mi tiempo para ducharme y para lavarme el pelo en condiciones, y pego un chillido cuando al coger la toalla del estante veo una araña en la pared.

—¡Puta isla! —Sacudo la toalla una y otra vez antes de secarme con cautela, comprobando cada cinco segundos que la araña no ha saltado. Ahora oigo a las otras, charlando y comiendo, así que dejo que el pelo se me seque solo y me pongo un vestido playero y unas sandalias.

Están en la terraza desayunando. Alguien se ha tomado la molestia de preparar todo un festín: cruasanes, tostadas y comida caliente para las que tengan estómagos más fuertes; y yogur, fruta y muesli para las que, como yo, no puedan digerir algo tan sustancioso después de una juerga como la de anoche. Esther es la que parece más fresca y dispuesta para el día, mientras que Tanya tiene un aspecto ausente y cansado. Annabel no se ve por ninguna parte. Poppy está sentada a la cabecera de la mesa, con unas gafas de sol que hacen difícil saber si se ha recuperado de la noche anterior, aunque tal vez llevarlas puestas resulte indicativo. También va demasiado arreglada para la ocasión, con una blusa con brillo de manga larga que parece más adecuada

para salir por la noche que para la mañana de después.

Poppy me saluda con la cabeza cuando me siento a la mesa.

—Buenos días, Chloe.

—¿Qué hora es? —pregunto, mientras me sirvo un poco de yogur.

—Tarde. —Poppy me sirve zumo sin que se produzca el menor incidente, aunque me sorprendo conteniendo el aliento hasta que acaba de hacerlo—. Son casi las once. Estaba a punto de ir a despertarte.

—Lo siento. —Doy un sorbo al zumo—. ¿Lleváis levantadas mucho rato?

Esther no puede desaprovechar la oportunidad de alardear de lo madrugadora que es, siempre tan activa y en forma.

—Yo llevo en pie desde las siete, lo cual ya es tarde para mí. He salido a correr y luego me he dado un chapuzón para refrescarme. Una forma agradable de empezar el día. Muy tranquila, disfrutando de un tiempo para mí sola.

Tanya pone los ojos en blanco, pero Esther me está mirando y no puede verlo. Tengo que reprimir una sonrisa, aunque al fijarme en el aspecto que presenta Tanya no puedo evitar ponerme seria otra vez. Se la ve incluso peor que ayer, pálida y sudorosa, como si fuera ella la que ha estado corriendo. Y no para de sorber por la nariz, un acto reflejo del que no parece ser consciente.

—¡Perdón por llegar tarde!

Annabel se acerca con paso ligero por la terraza, sus chanclas repiqueteando sobre la madera. Lleva un vaporoso vestido veraniego con un estampado floral fabuloso. Un vestido que sé muy bien que cuesta casi dos mil libras, porque yo lo lucí en una campaña de publicidad hace unos meses.

¿Cómo diablos puede permitírselo? El dinero que le da Andrew apenas le llega para la comida, no digamos ya para comprarse ropa de lujo.

Resulta de lo más desconcertante. Quizá haya algo más sobre Annabel de lo que se ve a simple vista. Quizá una parte de su antigua personalidad siga escondida en alguna parte y no sea solo una aburrida ama de casa.

Estoy a punto de preguntarle cuando ella vuelve a hablar.

—Menuda noche, ¿eh, chicas? Me acuerdo de que estuvimos bailando canciones de Britney.

—Es que no hay quien se resista a Britney —comenta Esther riendo —. Esta noche habrá que tomárselo con más calma.

—Aún tenéis que tomaros esa magnífica botella de ginebra —dice Poppy—. No creáis que me he olvidado.

—Oh, Dios —gime Annabel—. No creo que pueda aguantar otra noche así. Ya no tenemos dieciocho años.

Es un comentario inocente, pero al oírlo se me revuelve el estómago. No, ya no tenemos dieciocho años, pero Poppy está ahí sentada a la mesa con nosotras y no quiero ni acordarme de lo que hicimos cuando teníamos esa edad.

—¿Y cuál es el plan para hoy, Poppy? —me apresuro a preguntar, ansiosa por cambiar de tema.

Se baja las gafas de sol.

—Ya lo veréis. Primero, disfrutad del desayuno.

Nos pasamos la siguiente hora o así charlando. Aunque me levanté bastante hecha polvo, empiezo a animarme e incluso me como un cruasán. Se respira un ambiente mucho más relajado después de toda la tensión del día anterior. Puede que al final consigamos divertirnos y disfrutar de la despedida de soltera.

Mientras estoy distraída pensando en mis cosas, casi no presto atención cuando Poppy se levanta y dice que vuelve enseguida, y tampoco me cuestiono nada cuando regresa trayendo a la mesa la caja de madera con nuestros móviles.

—Oh, genial —exclamo—. Tengo que ponerme al día de todo. Y también quiero sacar un montón de fotos. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Bueno, tendré que ver cuántos correos podré descargarme sin la wifi —comenta Esther. Luego se muerde el labio—. Y contestarle a Brad.

Poppy niega con la cabeza.

—No, no he sacado vuestros móviles para eso.

—Entonces ¿para qué? ¿Ha ocurrido algo?

—Ha llegado el momento de que por fin descubráis la verdad —anuncia Poppy—. Después de pasar un par de días con vosotras, he comprobado que seguís siendo las mismas de siempre.

Una inquietante sensación empieza a erizarme el vello de la nuca.

—¿Qué quieres decir?

—Pensé que debía daros una oportunidad. —Poppy saca la llave y abre la caja—. Pero no habéis cambiado nada. Seguís siendo las mismas personas mezquinas, egoístas y materialistas que habéis sido siempre.

Tanya deja escapar un suspiro.

—Lo sabía. Sabía que era una trampa.

Annabel parece desconcertada.

—Pero esto es una despedida de soltera. ¿Qué esperabas que hiciéramos?

—Si pensabas eso de nosotras, ¿por qué te has molestado en invitarnos? —le pregunto—. ¿Por qué hacer todo este montaje, unas vacaciones de lujo y nada menos que en una isla privada, solo para comprobar que seguimos siendo las mismas de siempre? ¿Qué sentido tiene?

—Ahí has dado en el clavo, Chloe. —Poppy me sonríe mientras se quita las gafas de sol. Hay una expresión salvaje en sus ojos, algo que hasta ahora ha sabido ocultar muy bien—. Mis cuatro queridísimas amigas, las mujeres que me han convertido en lo que soy. ¿Por qué invitaros a esta isla privada cuando habría bastado con llevaros un fin de semana a algún bonito lugar de Inglaterra?

—No tenemos por qué seguir escuchando esto —dice Tanya.

—El problema es que sí vais a hacerlo, porque no tenéis ningún sitio al que ir —replica Poppy—. Y voy a asegurarme de que me escucháis muy bien, para que sepáis por qué os he traído aquí.

—¡Por Dios! —exclamo estampando un pie en el suelo—. Esto no puede ser por algo que ocurrió hace nada menos que diez años, ¿verdad? No puedes seguir guardando resentimiento por todo aquello. La patética búsqueda del tesoro ya ha sido algo bastante penoso. Pero ahora has caído aún más bajo, trasteando con nuestros móviles. ¿No se suponía que estas eran unas vacaciones libres de tecnología? De

verdad, estás loca.

El semblante de Poppy se ensombrece y por un momento pienso que va a abalanzarse sobre mí. La agresividad le crispa el rostro, pero un segundo después sus facciones vuelven a relajarse.

—Annabel —dice, optando por ignorarme—, ¿te acuerdas de cuando me dijiste que acabaría triste y sola?

—No escuches esa mierda —interviene Tanya.

—Eso debió de ser cuando éramos unas crías —contesta Annabel. Cruza los brazos sobre el pecho, impertérrita—. Típico de ti, acordarse de algo así.

—¡Unas crías! —Poppy se echa a reír—. Técnicamente, tú tenías dieciocho años y yo diecisiete. Solo una de las dos era una cría, diría yo. Me dijiste que acabaría triste y sola, y que cuando muriera nadie lloraría mi pérdida en el funeral salvo mi madre, mi padre y… —Se le quiebra la voz, traicionando sus auténticos sentimientos, y tiene que aclararse la garganta—. Y mi hermana. Me dijiste que nadie me querría nunca. Seguro que te acuerdas de aquello. Hasta Chloe lo ha dicho durante estas vacaciones, que estoy tan desesperada por conseguir que alguien me ame que me iría con cualquiera.

Quiero que me trague la tierra. Solo era una broma. Bueno, más o menos.

Annabel está mirando al suelo, con las mejillas encendidas, pero Poppy continúa:

—Así que me dije: ¿cómo podría vengarme de Annabel Hannigan? Aunque, claro, tú ya no eres Annabel Hannigan. Ahora eres Annabel Dixon. Y ahí fue cuando se me ocurrió la idea. Tu marido es un hombre muy guapo, ¿verdad?

Annabel levanta la cabeza de golpe sobresaltada. Incluso Tanya ha perdido su ceño sombrío y se ha quedado estupefacta.

Poppy no irá a decir lo que yo pienso, ¿no?

Se nota que está disfrutando mucho. Apaga y enciende el móvil de Annabel, y el fondo de pantalla, una foto de ella y Andrew el día de su boda, añade aún más tormento a la situación.

—Fue tan fácil. Todos los días después del trabajo va a tomarse unas copas al mismo bar. ¿Sabías que sale a las cinco y no a las siete?

—¿Estás insinuando algo o simplemente desvariando? —pregunta Annabel.

—Tranquila, a eso voy —dice Poppy—. Seré franca contigo, Annabel, pensaba acostarme con tu marido. O, al menos, hacerte creer que lo había hecho. Subírmelo a la habitación que había reservado en el hotel que hay encima del bar, sacar una foto de los dos juntos y enviártela. Pero cuando llegué allí, ya estaba con otra. Todas las noches que lo intenté, me lo encontré ya con otra mujer.

Para mi sorpresa, Annabel no se derrumba al oír aquello. Permanece impasible, con los ojos clavados en Poppy, como si le estuviera hablando del tiempo.

Quiero decirle a Poppy que se equivoca, pero no puedo. Como tampoco puedo decirle a Annabel que una vez Andrew se me insinuó, en una de las fiestas de Tanya, un año después de que se casaran. Yo salía del servicio de señoras de una discoteca que lleva ya mucho tiempo cerrada tras una redada antidrogas, y él estaba apoyado en la pared, esperándome, y al pasar por su lado me agarró de la mano y me atrajo hacia él. Aún me acuerdo de su aliento cálido y húmedo en mi cuello, de cómo insistió para que fuéramos a algún lugar tranquilo, diciéndome que sabía que yo también lo quería.

Poppy me mira, y en ese momento pienso que todo ha llegado a su fin. Me dedica una leve sonrisa, pero entonces vuelve a mirar a Annabel y suelto un suspiro de alivio.

—¿Qué es lo que pretendes? —dice Annabel.

Poppy parece sorprendida.

—¿A qué te refieres?

Tanya no sabe qué hacer, está muy nerviosa y angustiada. Intenta captar mi mirada, pero yo hago todo lo posible por ignorarla.

—¿Eso es todo lo que tienes? —replica Annabel—. ¿Alguna prueba de que Andrew me ha estado engañando?

—Entonces ¿ya lo sabías? —interviene Esther—. Annabel…, ¿por eso has estado…?

—Cállate, Esther —le dice ella.

¿De qué va todo esto?

Annabel se gira de nuevo hacia Poppy y sonríe con gesto arrogante.

—Me temo que el tiro te ha salido por la culata. Ya sabía lo de Andrew. Solo son cosas de hombres. Pero ¿te crees que me importa? Él es muy rico. Fue mi billete para escapar de mi deprimente vida. Y al final del día, siempre vuelve a casa conmigo. Fue conmigo con quien se casó.

Es imposible que Annabel lo sepa todo. Estoy tan nerviosa que siento que el corazón se me va a salir por la boca. Pero me contengo. Y tampoco puedo evitar admirarla. En el fondo sigue siendo la Annabel Hannigan de siempre, la abeja reina del instituto que no deja que nadie la joda.

Poppy parece vacilar mientras la observa atentamente. El móvil de Annabel sigue en su mano, y estoy segura de que en él debe haber algo terrible.

—Puede que tú lo supieras —dice al fin—. Pero ¿y los demás? ¿Cómo te sentirías si todo el mundo conociera los sórdidos secretitos de Andrew?

De pronto, con un rápido movimiento, le lanza el teléfono a Annabel sin que a esta le dé apenas tiempo a reaccionar.

—Por suerte, todas contáis con buenos planes de datos móviles en vuestros teléfonos, así que el no disponer de wifi no ha supuesto un gran problema —explica Poppy—. Evidentemente la señal aquí no es muy buena y he tenido que pasarme mucho tiempo cargándolo todo, pero al final lo he conseguido. Es una pena que para ello haya tenido que consumir todos vuestros datos. Pero he sacado capturas de pantalla de todo, así que no os preocupéis, podréis echarle un vistazo.

—¿Qué has hecho? —pregunta Annabel abriendo su móvil.

—He estado mirando tus cuentas de Instagram, Twitter y Facebook —contesta Poppy—. Tienes a muchos familiares en Facebook, ¿verdad? La clase de gente que no te gustaría que descubriera tus trapos sucios. O los de Andrew.

Al ver la pantalla, Annabel no puede evitar soltar una risa.

—Dios santo, estás loca.

—¿Qué ha hecho? —Esther le quita el teléfono, y entonces ahoga una exclamación y se tapa la boca con una mano. El tono de su voz se convierte en puro veneno al decirle a Poppy—: Eres una auténtica

psicópata.

Presa del pánico, Tanya se abalanza apresuradamente a mirar y, en medio de la conmoción, puedo acercarme lo bastante para atisbar por encima de su hombro y ver por mí misma lo que ha hecho Poppy.

Es la página del perfil de Annabel. Hay un álbum de fotos nuevo titulado: «Mi querido esposo».

Oh, Dios.

Lo peor es el texto que lo acompaña: «Andrew y yo llevamos casados tres maravillosos años. Y he tenido la fortuna de descubrir que durante todo este tiempo me ha compartido con al menos otras cincuenta mujeres. Disfrutad de un pequeño pase de fotos de mi querido maridito».

El álbum me pone enferma. ¿Cómo ha podido conseguir Poppy todas esas fotografías? Fotos de Andrew en bares, posando la mano sobre los muslos de distintas mujeres y sonriendo seductoramente. Con la cara enterrada en sus cuellos. Besándolas en vestíbulos de hotel. Haciéndolas subir a las habitaciones, con la mano plantada en sus traseros. Examino atentamente las imágenes, sintiendo cómo el pánico me oprime la garganta, pero en cada una de ellas aparece una desconocida distinta, una rubia o una morena sonriente de cuerpo voluptuoso.

—¿Y qué? —dice Annabel—. ¿Tomaste tú todas estas fotos? ¿Te das cuenta de que lo único que has conseguido con esto es convertirme a mí en la víctima inocente? Aquí Andrew es el malo, no yo.

Sigue pasando fotos; las imágenes parecen no acabarse nunca. Finalmente, Poppy sonríe.

—Espérate a terminar de verlas todas —dice—, entonces se te bajarán esos humos.

Oh, mierda. ¿Por qué me está mirando?

Annabel sigue pasando fotos con gesto confiado hasta que, de pronto, arroja el móvil contra el suelo totalmente conmocionada. El aparato se estrella con estrépito y la pantalla se resquebraja por la mitad.

—¿Annabel? —Esther se agacha para recogerlo y entonces también retrocede espantada al ver lo que aparece en la imagen.

—¡Zorra! —De repente, Annabel se abalanza hacia mí y me estampa un bofetón en la cara—. ¡Debería haberme dado cuenta! ¡Pues claro que lo has hecho!

Me tambaleo hacia atrás mientras siento un agudo escozor en la mejilla y me llevo la mano a la cara.

—¡Annabel, no! —Esther y Tanya se apresuran a apartarla de mí.

—¡Annabel! —Tanya se planta delante de ella cuando intenta atacarme de nuevo. Ya no queda nadie en la mesa del desayuno; todas nos hemos levantado y ahora estamos repartidas entre la terraza y el césped.

—Tan guerrera como siempre, Annabel —dice Poppy con aire divertido.

—¡Te has acostado con él! ¡Te has acostado con Andrew! —grita Annabel.

Esther me obliga a coger el teléfono para que vea lo que ya han visto todas. Mierda. Es aún peor que las otras fotos. Andrew y yo en restaurantes. En bares. En hoteles. Y luego, por último, besándonos en la puerta de su casa, sus manos acariciándome el pelo y mis brazos rodeándole la cintura.

Oh, Dios.

—Chloe se ha estado tirando a tu marido —le dice Poppy—. ¿Te acuerdas de cuando entraron a robar en su casa y se estuvo quedando un tiempo en la tuya? Ella misma lo ha contado en este viaje. Pues desde entonces se ha estado acostando con Andrew.

—¿Cómo te has enterado? —pregunto en un susurro. ¿Es que nos ha estado espiando? ¿De qué otro modo podría haberlo descubierto?

—Ah, ¿o sea que es eso lo que te preocupa? —vocifera Annabel—. ¿No el hecho de haber estado tirándote a mi marido cuando se supone que somos amigas?

Todas me miran con expresión horrorizada.

—Me equivoqué —intento explicarme—. No era mi intención que pasara. Una noche estábamos solos en la casa, y entonces… nosotros…

—¡Cielo santo! —Annabel menea la cabeza—. ¿En mi propia casa? ¿Cuando fui tan buena contigo como para dejar que te quedaras? ¿Te metiste en la cama con mi marido?

Esther abre mucho los ojos.

—Oh, Chloe, dime que no lo hiciste.

Annabel no para de caminar furiosamente de un lado para otro y tengo la impresión de que en cualquier momento va a lanzarse de nuevo sobre mí.

—¿Cuántas veces?

Oh, vaya…, ¿cientos? Andrew es fantástico en la cama.

—No lo sé —digo en cambio.

—¡Joder! —La cara de Annabel se retuerce en una expresión dolorida y por un momento me asalta una punzada de arrepentimiento.

—Lo siento mucho. De verdad que lo siento.

No es culpa mía si él no paraba de enviarme mensajes, de llamarme, de decirme que no podía soportar estar una semana sin tenerme entre sus brazos. ¿Cómo iba a resistirme?

—Y aun así continuaste haciéndolo, ¿verdad? —replica Annabel—. ¿Cuándo fue la última vez?

No vale la pena mentirle. Seguramente se enterará por Andrew.

—Antes de venir aquí. El fin de semana pasado.

—¡Oh, Dios! Hace menos de eso que de la última vez que estuvo conmigo. —Annabel echa la cabeza hacia atrás y se ríe—. Es que no me lo puedo creer…

—Voy a ponerle fin. Le pondré fin cuando volvamos.

¿Lo haré? No lo sé, pero supongo que es lo que debe decirse en este momento.

—Bah, no te molestes. Siempre has sido una zorra egoísta, pero es que, de verdad, no se puede caer más bajo —masculla despectivamente por encima del hombro—. No podías dejarme a alguien para mí sola, ¿no? Eres tan patética… Siempre reclamando toda la atención. No pudiste soportar que yo me lo llevara. Que alguien pudiera encontrarme más atractiva que a ti.

Ya estamos otra vez.

—Eso no es cierto.

—Apuesto a que te ha impactado mucho más que a mí descubrir que se acuesta con otro montón de mujeres. Apuesto a que te creías

que eras la única. Que eras especial.

Bueno. La verdad es que no lo sabía. Pero no voy a darle el gusto de decírselo.

Sin embargo, debe de notárseme algo en la cara, porque ella sonríe con aire triunfal.

—Ya me lo suponía —prosigue Annabel—. ¿Debería sentirme mejor por eso? ¿Por el hecho de que seas aún más ingenua y tonta que yo en lo que respecta a Andrew? Porque, francamente, no hace que me sienta mejor. Tú eres mi amiga, Chloe. O al menos pensaba que lo eras. ¿Y así es como me tratas?

—¡Ah, claro, porque tú nos has tratado siempre tan bien a todas! —le suelto. Ya va siendo hora de que alguien se lo diga—. Porque si por algo te caracterizas es por ser muy atenta y bondadosa con todo el mundo, ¿no?

—No vayas por ahí, estúpida y patética…

—Esto ya ha ido demasiado lejos —nos interrumpe Esther, plantándose entre ambas y extendiendo las manos con las palmas abiertas—. Ya arreglaremos todo esto cuando volvamos a casa. Dejadlo ya. Y tú —dice mirando muy seria a Poppy—, devuélvenos nuestros teléfonos para que podamos llamar a Robin y salir cagando leches de aquí.

—Eso, dame mi móvil —digo.

Poppy vuelve a abrir la caja y saca otro teléfono.

El mío. Lo reconozco por la carcasa blanca con las pegatinas de mi identificador de Instagram en el dorso. Voy a cogerlo, pero aparta la mano.

—Me sorprende que el resto no hayáis deducido aún lo que resulta tan obvio —dice.

—¿A qué te refieres? —pregunta Tanya.

—Si le he hecho esto a Annabel, ¿qué no os habré hecho a las demás? —Agita mi móvil en el aire y me sonríe—. Chloe, como tú ya has adquirido un papel bastante protagonista, podríamos continuar contigo. Tú eres la siguiente.

17

Tanya
20 de mayo de 2023

En favor de Chloe, debo decir que se lo toma con bastante calma. No se vuelve loca y ataca a Poppy, que es lo que yo me estoy planteando hacer. Si no tuviera la sensación de que me duele hasta el último hueso de mi cuerpo, yo misma le arrancaría la caja de las manos. El dolor de cabeza es aún más intenso, un martilleo incesante que no ha parado desde que llegamos aquí. Annabel sigue furiosa, llena de rabia no solo contra Chloe, sino también contra Poppy, sin duda por haberla herido en su orgullo. Esther y yo intercambiamos miradas nerviosas, tratando de decidir qué hacer a continuación.

Tal vez nos merecemos esto. Este castigo que Poppy nos está sirviendo en bandeja de plata, sea cual sea el que reserva para cada una de nosotras. Es lo que nos hemos buscado.

—¿No crees que ya te has pasado bastante con Annabel? —dice Chloe—. No tienes por qué herir a nadie más.

—¡Creo que eres tú la que se ha pasado de la raya! —salta Annabel —. ¡Adelante, Poppy! Jódele la vida también a ella.

Poppy sonríe.

—Si solo le hiciera daño a Annabel no parecería justo para las demás, ¿no? Me centraría en una sola persona, y eso sería bastante perverso, ¿no os parece?

—Aún no nos has dicho por qué estás haciendo esto. —Esther me mira buscando respaldo, y yo asiento, pero no digo nada—. Deberías contárnoslo. Tal vez así podríamos arreglarlo. ¿No es para eso para lo que nos has traído aquí? ¿Por qué molestarse en montar todo este drama si en el fondo no te importaba lo que pensábamos?

—Vosotras cuatro convertisteis mi vida en un infierno —dice Poppy—. Y lo peor de todo es que a ninguna os importa lo más mínimo. Ninguna se ha preocupado por saber lo que me pasó después de acabar el instituto.

—¡Lo sentimos mucho! —se disculpa Chloe—. Ya está, ya lo he dicho. Siento mucho cómo te traté, Poppy. Y las demás también, ¿verdad?

—Yo no lo siento —dice Annabel, sin ceder ni un ápice—. Una cosa es cometer estupideces cuando eres una adolescente, y otra muy distinta es destrozar la vida de alguien cuando ya eres adulta. ¡Nada de lo que hicimos entonces fue algo tan terrible como esto!

—¡Annabel! —le advierte Chloe—. Ya has hablado bastante.

—Yo diría que eres tú quien ha abierto la boca más de la cuenta —susurra ella entre dientes.

—Creo que esto te gustará mucho, Annabel —dice Poppy. Toca algo en el móvil de Chloe y luego lo sostiene en alto para que todas lo veamos.

—Yo no tengo novio ni marido, así que no hay nada con lo que puedas hacerme daño —dice Chloe—. Y tampoco entiendo cómo has podido entrar en mi móvil.

—Sé muy bien lo que puede hacerte daño —dice Poppy—. Por ejemplo, me alegra mucho poder mostrarle a tu familia de seguidores, como tú los llamas, cómo eres realmente.

El rostro de Chloe palidece y toda su confianza se esfuma de golpe.

—¿De qué estás hablando?

Poppy sube el volumen del teléfono y todas podemos oírlo.

—Esta es tu story en Instagram ahora mismo —explica Poppy—. Supuse que debería guardar este vídeo en tu móvil para que pudieras verlo cuando quisieras.

Es de nuestra primera noche en la isla. En la pantalla se nos ve a las cuatro en el jacuzzi; la cámara nos enfoca a todas menos a Poppy.

«Yo nunca… —La cara de Chloe aparece claramente iluminada por la luz del tejado de la casa principal. No cabe la menor duda de que es ella—. Yo nunca me he acostado con una mujer».

La cámara no lo muestra, pero se oye beber a alguien.

—¿Qué diablos…? —exclama Chloe—. ¿Cómo es que hay una grabación de esto? Ninguna de nosotras tiene móvil.

—Eso no es cierto —dice Poppy—. Yo tengo el mío. Solo me aseguré de que vosotras no tuvierais los vuestros. Y lo coloqué en un sitio privilegiado para captar las mejores vistas. De ambas noches.

Chloe se queda totalmente boquiabierta.

Yo estoy igual de horrorizada. ¿Qué más nos ha ocultado?

El vídeo continúa, ajeno a nuestra conmoción.

«¿Cuándo? —se oye preguntar a Chloe—. ¿Lo sabe tu novio?».

Poppy ríe fuera de encuadre.

«Espero que sí, porque eso es lo que iba a contaros ahora. Mi novio no es un novio en realidad. Es otra novia. Una mujer».

Me recorre un escalofrío cuando la cámara muestra la cara asqueada de Chloe.

«¡¿Una mujer?!». Y entonces se echa a reír, esa desagradable risa nerviosa que le sale cuando parece comprender que no debería sentirse tan molesta por algo, pero no puede evitarlo.

«¿Todo bien, Chloe? —dice Poppy—. No tendrás un problema con eso, ¿verdad? No pasa nada porque te gusten las dos cosas».

El rostro de Chloe se ensombrece aún más, como si no pudiera soportar respirar el mismo aire que Poppy.

«¡Felicidades! —dice Annabel, en un intento de quitarle hierro al asunto—. Me alegro de que hayas encontrado a alguien».

«¿Chloe?».

Y entonces llega lo peor. Chloe también lo sabe, porque todo su cuerpo se tensa, sus manos se cierran en un puño, y sin duda está rezando para que el vídeo se corte antes de seguir adelante.

«No acostumbro a relacionarme con gente como tú —suelta Chloe —. Aunque tampoco me sorprende de ti, la verdad».

Tanya menea la cabeza.

«¿Qué quieres decir con eso?», pregunta Poppy.

«Estás desesperada por conseguir que alguien te ame —dice Chloe —. Sigues siendo la Poppy Glotona de siempre».

La imagen final es la de ella riéndose de su propio chiste, su cara iluminada con jocosa arrogancia. La story de Instagram llega a su fin.

—Ay, querida Chloe —dice Poppy—. No creo que a tus seguidores les guste ver cómo eres en realidad. En el último par de días ya has bajado a seiscientos mil.

—¿Qué co…? Yo no… —Apenas puede hablar. Está muy pálida y hasta tiene pequeñas gotas de sudor en las sienes—. Esto es mi trabajo, Poppy. Oh, Dios mío…

—En todos los comentarios que aparecen bajo tus últimas fotos te llaman homófoba y piden a la gente que deje de seguirte —continúa ella como si Chloe no hubiera dicho nada—. Tu agente te ha llamado un montón de veces y ha dejado varios mensajes furiosos. Por lo visto PrettyLittleThing ya no te quiere en su campaña. Y tus otros patrocinadores también se están retirando.

Chloe va a desmayarse. Se tambalea en el sitio y Esther tiene que cogerla, agarrándola por debajo de los brazos para que no se caiga. Annabel rompe a reír a carcajadas.

Poppy le tiende el móvil.

—Tú fuiste quien dijo esas cosas, no yo. Yo solo he hecho que todo el mundo sepa quién eres.

Contemplo estupefacta cómo Chloe acepta el teléfono sin rechistar. Trata de llamar a su agente, en vano, y teclea con desesperación varios mensajes que con toda seguridad no llegarán a su destino. Las lágrimas brotan por fin, unos grandes lagrimones que le corren por las mejillas y le enrojecen la cara.

—Me has arruinado la vida —masculla entre dientes—. Estoy acabada. Todo por una estúpida broma.

—Esto no es ninguna broma —le dice Poppy.

—Esto no está pasando de verdad, ¿no? —Chloe se ha llevado una mano a la boca que ahoga sus palabras—. Estoy soñando. Mañana me despertaré y estaré en casa.

Poppy alarga una mano y le da un pellizco, no muy suave, que le hace pegar un grito.

—¡Qué coño…!

—Esto no es ningún sueño, y está lejos de haber terminado. —Saca otro teléfono de la caja.

Estoy segura de que yo seré la siguiente. Al fin y al cabo, fuimos

amigas durante años. Si aún guarda tanto resentimiento contra nosotras, yo seré sin duda a la que más odia. Me pregunto si ella sabe lo que ha hecho conmigo este sentimiento de culpabilidad que me consume. Incluso ahora estoy desesperada por tomar aunque sea un trago para aliviar este terrible dolor.

Pero no, es el móvil de Esther el que saca, y entonces sé que va a dejarme para el final. El plato fuerte.

¿Podré soportar estar aquí esperando a que Poppy me diga lo que ha hecho contra mí?

Un hormigueo nervioso me recorre los brazos y las piernas, poniéndome la piel de gallina a pesar del asfixiante calor, y el suelo de la terraza empieza a arder bajo mis pies.

Chloe sigue absorta en su móvil, tratando de ponerse en contacto con su agente.

Esther es diferente de esas dos; es más como yo, capaz de mostrarse más racional y sopesar la situación. Está mirando a Poppy con expresión ceñuda, sin responder a su provocación, pero entonces veo que una vena late en su cuello y sé que también está aterrada.

—¿Qué es lo peor que me has hecho nunca? —le pregunta Poppy.

—¿Te refieres a lo del examen? —responde ella—. No pretendíamos que la cosa acabara así.

Poppy alza una mano para detenerla.

—No, no te estoy preguntando en plural. Tú, en singular. Esther, ¿qué es lo peor que tú me has hecho nunca?

Arruga aún más el ceño.

—No te entiendo.

Pero yo sí. Sé a dónde quiere llegar Poppy, y el brillo en sus ojos al mirarme y asentir con la cabeza confirma mis sospechas.

—Esther —digo en voz baja—, está hablando de Julian Davis.

—¿Julian Davis? —repite ella abriendo mucho los ojos—. Pero no fui solo yo. Fuimos las cuatro.

—Fue idea tuya —replica Poppy—. Era tu novio.

Esther se ríe con nerviosismo.

—Pero no puedes… A ver, no puedes haber hecho eso. —El pánico empieza a apoderarse de ella cuando comienza a comprender, como

yo, lo que puede que haya hecho Poppy—. Oh, mierda. El reto de anoche. Poppy, ¿no habrás…?

—La verdad, pensé que era una idea brillante.

Esther le arrebata el teléfono de la mano, aunque percibo que Poppy no opone la menor resistencia.

Demasiado tarde, caigo en la cuenta de que es porque todo aquello con lo que nos ha amenazado ya está hecho. Ya nada puede detenerla. Esos posts, esas stories, llevan en la red por lo menos un día entero, y mientras nosotras estábamos aquí en la isla totalmente ajenas, todo el mundo en Inglaterra lo ha estado viendo en tiempo real.

Esther suelta un jadeo ahogado.

—Serás zorra —sisea entre dientes.

Parece transformarse por completo; su cara se contrae por la furia, yergue los hombros y aprieta los puños con fuerza. Entonces arroja el móvil contra el suelo sin que parezca importarle que la pantalla se resquebraje.

Poppy permanece muy tranquila, con una sonrisilla confiada en el rostro, como desafiando a Esther a que se le acerque si se atreve.

Me agacho para recoger el móvil. Está abierto por una captura de pantalla de un correo de trabajo, un mensaje de su jefe en el que la informa de que está despedida por conducta inapropiada y acoso sexual. Voy deslizando las imágenes y encuentro más correos de colegas; algunos se muestran muy desconcertados por lo que les ha enviado, otros responden enfurecidos, varios la ignoran por completo, otros le dicen que la han denunciado a Recursos Humanos. Montones y montones de e-mails en los que aparece Esther posando totalmente en cueros, corriendo para meterse en el mar, caminando de vuelta por la orilla toda empapada, con el agua chorreándole por el pecho desnudo. Y cada correo va acompañado de un mensaje personalizado lleno de proposiciones lascivas. Incluso hay uno dirigido a un presidente ejecutivo de la compañía.

Esto es sin duda lo peor que ha hecho Poppy. Chloe puede perder a sus seguidores de Instagram, Annabel puede perder a su marido, pero en esto hay sin duda una crueldad muy calculada. El miedo que ya sentía va creciendo hasta alcanzar un nuevo nivel y empieza a

atenazarme la angustia.

No puedo dejar que Poppy revele lo que sea que me ha hecho a mí.

Pero antes de darme tiempo a reaccionar, Esther le propina un bofetón tan fuerte que estoy convencida de que se habrá oído desde la cima del Hombre Muerto.

—¡Estás muerta! —le chilla—. ¿Me has oído, zorra? ¡Voy a matarte! Voy a llamar a la policía y te denunciaré, perderás tu preciado trabajo como doctora y acabarás sin nada.

—¡Esther! —Chloe la agarra por el brazo—. ¡No le des esa satisfacción!

Yo no me muevo del sitio. Resulta sorprendente. Chloe, por lo general tan impulsiva, calmando a Esther, la juiciosa y mesurada. Hay facetas de ellas que solo ahora estoy descubriendo; puede que las situaciones límite hagan aflorar su verdadera personalidad.

—¿Cómo has podido? —grita Esther—. ¿Cómo has podido hacer algo así?

—Sois todas una panda de hipócritas —dice Poppy, aunque la voz le tiembla ligeramente. Ha retrocedido un poco, con la mano apoyada en la mejilla, pero a través de los dedos percibo la rojez en su piel. Esther es fuerte. Eso debe de haber dolido. ¿Son lágrimas lo que veo en sus ojos?—. Sabéis muy bien por qué lo he hecho. Pensad en todo lo que me hicisteis. Piensa en lo que me hiciste tú, Esther.

—Eres una psicópata —replica ella—. Ya he tenido suficiente de esto.

—¿Por qué no reflexionas sobre lo que hiciste? —le insiste Poppy—. Que yo recuerde, no te enfadabas tanto cuando a mí me pasaba algo.

—Esta zorra va a pagar por lo que ha hecho —murmura Esther—. Esto no va a quedar así, en cuanto llegue a tierra firme voy a contactar con un abogado. Debe haber una manera de demostrar que yo no tengo nada que ver con esto, que ha sido Poppy quien lo ha hecho, y entonces tendrán que devolverme el trabajo. No pueden despedirme por algo así.

Gira sobre sus talones y se aleja en dirección a la casa principal.

—No huyas, Esther —le grita Poppy con un tono burlón que resulta enfermizo—. Esta isla es muy pequeña, no hay muchos sitios adonde

ir.

—Vete a la mierda —le suelta ella por encima del hombro, y sigue caminando con paso resuelto. Uno de los globos de la noche anterior continúa pegado en el suelo y al pasar lo revienta de un pisotón. En ese momento caigo en la cuenta de a dónde se dirige: el teléfono de emergencia. Voy rápidamente tras ella y, cuando por fin va a echar mano al aparato, veo que retrocede con expresión horrorizada.

—¿Esther?

El teléfono está dentro de una especie de caja metálica a la vieja usanza. Sigo su mirada espantada para ver lo que hay dentro, y entonces me llevo una mano a la boca.

El cable está cortado.

Debe de llevar así horas, puede que días. El auricular en sí ha desaparecido. Alguien se ha ocupado de machacar todos los botones, arrancando algunos de ellos para asegurarse.

Ahora no hay manera de llamar a tierra firme.

—¡Mierda! —Estoy furiosa, la rabia me hierve por dentro y enciende toda mi piel. Vuelvo corriendo con las otras—. ¿Por qué has destrozado el teléfono de emergencia? —le grito a Poppy. Estoy tan enfadada que me dan ganas de abofetearla también. Pero el cuerpo me sigue traicionando; el sudor me brota de las axilas y las náuseas me revuelven el estómago. Así que tengo que recurrir a las palabras—. ¿Y si se produce una verdadera situación de emergencia en la isla? ¿Y si alguna de nosotras sufre un ataque al corazón o algo así? ¿O se cae por el acantilado? Esto es de locos. ¿Te das cuenta de que aún faltan dos días para que vuelva Robin?

Esther está igual de furiosa.

—Zorra estúpida… ¡Mira lo que has hecho!

Poppy se encoge de hombros.

—¿He sido yo? No me acuerdo.

—¿Es que no te importa si alguna de nosotras resulta herida? —le pregunto—. Porque podrías ser perfectamente tú.

—Me gusta cómo suena eso —dice Esther.

Chloe y Annabel también se unen a nosotras; con ojos refulgentes de ira, todas nos volvemos hacia Poppy mientras una nueva idea va

cobrando forma en nuestras mentes.

—Mucho cuidado con lo que dices, Tanya —replica ella—. Cualquiera podría pensar que me estás amenazando. Y no tienes por qué ponerte así. Si se produce alguna situación de emergencia real, todavía están las bengalas. Así que cálmate.

—¡Pero no podemos usarlas para llamar a Robin! —le suelto—. Lo sabes muy bien. Eso solo serviría para alertar a los guardacostas. Nos has dejado totalmente incomunicadas.

—¡Y nos has puesto a todas en peligro! —grita Chloe—. Mi medio de subsistencia está en la cuerda floja por tu culpa. Mi vida entera.

—Eso te lo has buscado tú sola con tus comentarios homófobos —dice Poppy—. No he sido yo. Mi plan original consistía solo en filtrar algunas fotos de desnudos, como hice con Esther.

—¡Quiero irme de aquí! —exclama Annabel—. Quiero marcharme de esta estúpida isla y volver a casa para intentar arreglar el desastre en que has convertido mi vida, porque te juro que no vas a salirte con la tuya. Te aseguro que vas a pagar por esto.

—¿Y qué hay de Tanya? —pregunta Chloe de pronto, y todas nos quedamos en silencio.

Me entran ganas de estrangularla.

—Olvidaos de mí. No quiero escucharlo.

Annabel parece perpleja.

—Pero seguramente querrás saber lo que te ha hecho. Podría haberte arruinado el trabajo.

—Déjalo, Annabel —le digo con sequedad.

—No, tiene razón —señala Poppy—. Aún no he hablado de ti, Tanya. —Agita mi móvil en el aire con gesto burlón—. El último.

—No lo hagas —le advierto en voz muy baja, consciente de lo amenazante que se ha vuelto mi tono.

Poppy permanece impasible. Me lanza el móvil y, en cuanto lo tengo en mis manos, empieza a hablar.

—Tanya ya ha perdido su trabajo.

—¿Qué? —exclama Annabel estupefacta.

—Ya me has oído —prosigue Poppy—. Tanya perdió su trabajo hace meses. ¿Es que ninguna de vosotras se ha molestado en darse cuenta

de que desde hace medio año no ha organizado un solo evento? Bueno, supongo que al igual que no os enterasteis de que Harry la abandonó más o menos por esa época.

Abro la boca para intentar rebatírselo, pero no puedo. Poppy tiene razón. Hace meses que no trabajo. He tratado de hacer creer a las otras que en este tiempo he estado organizando fiestas privadas, nada de grandes eventos públicos a los que pueda accederse con invitación.

Todas se me quedan mirando, anonadadas, y soy consciente de estar como paralizada. Los nudillos se me ponen blancos de lo fuerte que aprieto los puños.

—Pero… ¿por qué? —pregunta Annabel—. ¿Cómo puedes haber perdido el trabajo? No lo entiendo. ¿Por eso te dejó Harry?

—Cuesta mucho decidir cómo vengarte de alguien cuya vida ya está destrozada. —Poppy está disfrutando de lo lindo. Me dan ganas de borrarle esa sonrisita soberbia de la cara—. Pero entonces descubrí cómo perdiste el trabajo. Y debo admitir que me sorprendió.

Esther ahoga una exclamación. No tengo fuerzas para levantar la mirada del suelo.

—La cagué —confieso al fin—. En el cumpleaños de una rica heredera hace seis meses. Debí darme cuenta cuando lo mencionaste el otro día. Toda la fiesta acabó siendo un completo desastre.

Aquel fue un gran evento, en un fabuloso yate por el Támesis para celebrar el decimosexto cumpleaños de la hija de un multimillonario ruso. Ella también era bastante famosilla. Todo debería haber estado planificado hasta el más mínimo detalle, pero yo no estaba muy centrada. Tenía mis propios problemas. Un amigo de la chica consiguió colar droga en el barco porque yo no había contratado suficiente seguridad, y la joven cumpleañera acabó en el hospital para que le practicaran un lavado de estómago.

—¿Y por qué fue un desastre, Tanya? ¿Cómo una pobre jovencita de dieciséis años pudo acabar en el hospital durante tres días seguidos mientras tú tenías que hacer frente a la furia de sus padres? —Poppy sigue presionando, disfrutando cada vez más de la situación—. Bueno, las drogas son algo terrible, ¿no?

—Dios santo, Tanya —exclama Annabel—. ¿Sufrió una sobredosis?

¿Cómo pudo ocurrir algo así?

—Yo no estaba centrada. Aquello nunca debería haber pasado.

—Ay, Tanya sabe mucho de drogas —prosigue Poppy—. No me habría extrañado nada si se las hubiera suministrado ella misma. Pero, por suerte, ahí mostraste algo de sensatez.

—¿Qué? —Annabel se queda pasmada.

Chloe se muerde el labio tan fuerte que empieza a sangrarle. Sabe lo que se avecina.

Yo solo puedo prepararme para el impacto.

Poppy continúa:

—¿No sabíais que Tanya es adicta a la cocaína desde hace dos años? Porque ahora todo el mundo ya lo sabe. Me he encargado de actualizar todos sus perfiles en las redes añadiendo su propia confesión.

Oh, Dios… Ahora todo el mundo lo sabe.

De pronto los dolores y los temblores, la congestión permanente, el malestar y las náuseas, todo parece intensificarse hasta alcanzar su nivel máximo. Miro a Poppy y la veo como si estuviera bajo el agua. Todo a mi alrededor se difumina en una enfermiza nebulosa de figuras y colores borrosos. Me he esforzado tanto por ocultarlo. Sé que he estado malhumorada y distante. Sé que mi aspecto es lamentable. Pero mientras nadie me preguntara o me dijera nada, todo estaba bien. Podía sobrellevarlo. Ahora me siento como si hubiera un letrero de neón señalándome: adicta, adicta, adicta.

La única persona que lo sabía —aparte de Harry, que rompió conmigo por esa razón— era Chloe, que me pilló esnifando en esa misma fiesta.

Ella me encubrió. Y yo la encubrí a ella.

Ese fue nuestro acuerdo.

—Londres es un terreno abonado para ese tipo de cosas. —Poppy suspira, como si fuera algo que la afectara realmente—. Os sorprendería saber la cantidad de críos que vienen al hospital por problemas de drogas. Hay un mundo terrible ahí fuera. Pero Tanya ha sabido mantenerlo muy en secreto.

—Esa no fue la razón de que me despidieran —digo, volviendo a

recuperar mi voz—. No tuvo nada que ver con eso. Me despidieron por incompetente. Ellos no sabían que yo también… tomaba drogas. Nadie conocía esa parte de mí.

—Ay, Tanya. —Poppy me mira meneando la cabeza—. Pensaba que eras más lista. Tú eres una trabajadora independiente. ¿Por qué crees que nadie te ha contratado desde entonces? ¿Un evento sale mal y eso es todo, ya estás acabada? No es muy probable…

Empieza a asaltarme la duda.

—Pero ellos no lo sabían. No sabían que la razón de que las cosas fueran mal era que yo estaba colocada.

—Alguien se encargó de que se enteraran. Alguien que quería proteger a esos clientes que eran amigos suyos.

—¡No! —Me giro hacia Chloe enfurecida—. ¿Tú se lo contaste?

Ella me mira con la boca abierta, como un cervatillo iluminado por los faros de un coche.

—¡No, Tanya! ¡Yo no lo hice!

—¡Después de todo lo que he hecho por ti!

—¡Te juro que yo no fui!

—Fui yo.

Se hace un silencio sepulcral. Todas nos giramos hacia Esther, que está roja como la grana y empieza a balbucear.

—Tienes que entenderlo —dice—. Mucha gente de esa fiesta eran clientes míos, y fui yo quien te contrató para el evento. Fue algo muy embarazoso. Querían una razón de más peso que la de que eras simplemente incompetente, así que les conté la verdad. Traté de vendérselo como una historia lacrimógena, que estabas luchando contra tu adicción. Pero el tiro me salió por la culata.

—Oh, fue genial —dice Poppy—. Ni siquiera tuve que contárselo yo. Vaya con Esther, la que va siempre de chica buena.

La cabeza me da vueltas.

—Pero ¿tú cómo lo supiste?

—Porque también estaba en la fiesta —contesta en voz baja—. Y lo vi todo.

—Oh, Dios mío. —No me lo puedo creer—. Después de tanto tiempo, ¿y no me dijiste nada? ¿Y encima haces que me despidan y te

aseguras de que no vuelvan a contratarme más? ¿Cómo pudiste?

—Por favor… —Alarga una mano hacia mí, pero yo retrocedo asqueada.

—No te atrevas a tocarme.

—Bueno, pues ya sabéis todas por qué os he hecho venir aquí —dice Poppy—. Quería comprobar si habíais cambiado y ahora erais mejores personas, o si continuabais siendo las mismas chicas superficiales y egoístas que me destrozaron la vida y nunca se preocuparon de saber qué fue de mí después de acabar el instituto. ¿Y qué me encuentro? Pues más de lo mismo. Si no peor. Tenía que castigaros. Os lo merecéis por lo que me hicisteis.

Chloe levanta el brazo y sostiene su móvil en alto.

—En cuanto consiga cobertura, llamaremos a esa Robin o como se llame y saldremos cagando leches de esta isla. Y tú te arrepentirás de habernos hecho esto.

—Yo que tú me daría prisa en encontrar señal —dice Poppy—. Porque a vuestros móviles no les queda mucha batería, y tiré todos los cargadores al mar.

Esa es la gota que colma el vaso. Totalmente encolerizada, me abalanzo hacia ella y estampo mis dos manos con fuerza contra su pecho. Ella se tambalea hacia atrás, pero consigue mantener el equilibrio. Cuando voy a atacarla de nuevo, Esther me retiene.

—No, Tanya —me dice. Y luego, por lo bajo, añade—: Aún no.

—¡Suéltame! —le grito—. Tú ya has hecho bastante. Eres casi peor que ella.

Poppy sonríe, y no sé cómo logro contenerme para no lanzarme otra vez contra ella.

—No sé qué te hace tanta gracia —le suelto—. Ya se te borrará esa sonrisa cuando haya acabado contigo.

Ella finge una mueca aterrada, llevándose una mano a la boca.

—Uy, estoy temblando de miedo.

Las cuatro cerramos filas contra Poppy, plantadas codo con codo frente a ella. Pero ya no nos sentimos tan fuertes, destrozadas por tantas revelaciones. Ella parece percibirlo también, porque cruza los brazos y adopta una actitud relajada.

—Voy a dar un paseo —anuncia—. Necesitáis reflexionar un poco acerca de por qué os merecéis todo esto. Porque aún hay más. Ya hablaremos más tarde.

—¿Que aún hay más? —digo—. ¿Quién te has creído que eres?

A Chloe le tiemblan las manos.

—¿No has hecho ya bastante?

Annabel se muerde el labio. Esther menea la cabeza.

—¡Poppy! —le grito—. ¡Cuéntanoslo ahora!

Pero ella no me hace el menor caso, da media vuelta y empieza a alejarse.

Esther frunce el ceño.

—¿Qué coño vamos a hacer ahora?

La odio. Pero aún odio más a Poppy. Me giro hacia Annabel y Chloe, que se dan la espalda ignorándose por completo.

Poppy desaparece de la vista.

—Está intentando crear mal rollo entre nosotras —digo—. Quiere que nos peleemos. Quiere dividirnos.

Chloe asiente.

—¿Vamos a por ella? ¿Qué ha querido decir con lo de que ya hablaremos más tarde?

—No. —Esther sigue totalmente conmocionada por lo ocurrido—. No tengo ni idea de lo que ha querido decir. Pero no podemos pensar en eso ahora. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

—¿Alguna de vosotras tiene señal para llamar a Robin? —pregunto.

Todas niegan con la cabeza.

—Bueno, seguiremos probando. Pronto saldremos de aquí. —Pero solo me queda un diez por ciento de batería, y no las tengo todas conmigo.

—Yo voy a beberme esta puta ginebra —salta Annabel de pronto, cogiendo la botella de la mesa y abriéndola—. ¿Quién se apunta? Vamos a bebernos nuestro premio de la búsqueda del tesoro.

—Yo me apunto —digo.

—¿Vais a poneros a beber en un momento como este? —pregunta Esther—. ¿Después de todo lo que acaba de pasar?

—¿Y qué mejor momento que este? —replica Annabel—. Ya nos

han destrozado la vida. Yo digo que bebamos.

Se echa un trago doble en un vaso y me pasa la botella. Yo les sirvo otro a las demás, incluida Esther, y nos lo tomamos de golpe, necesitadas de alcohol para embotar nuestros sentimientos por todo lo ocurrido. La ginebra es sorprendentemente amarga y cuesta tragarla, pero por eso mismo estoy decidida a beber más.

—Esto sabe asqueroso —dice Annabel—. Vaya premio de mierda.

—Que le jodan —dice Chloe—. Vamos a destrozar este lugar.

—Primero vamos a ponernos hasta el culo —digo yo.

Toda mi rabia está centrada en Poppy Greer. Y por el momento, todas parecen pensar como yo.

—Esa tía está muerta —dice Annabel—. Voy a matarla.

—No si la mato yo antes. —Chloe levanta su copa—. ¡Por que enviemos a esa puta al infierno!

Todas brindamos con expresión solemne. Capto mi reflejo en el cristal del vaso y veo lo pálida que estoy, blanca por la ira.

—¿Qué vamos a hacer? —plantea Esther—. ¿No deberíamos hablar sobre lo que ha pasado?

—Creo que tú ya has hablado bastante —replico.

—Lo siento. No pensaba que fueran a meterte en ninguna lista negra.

—¿Todas lo sabíais? —pregunta Annabel—. ¿Todas sabíais que Tanya era adicta a la cocaína y no me lo dijisteis? ¿Como lo de Marruecos?

—Yo no tenía ni idea de que Esther lo sabía. Se lo ha tenido muy calladito. —Hay una botella de tónica en la mesa, la abro y me la echo en la ginebra—. Pero eso no se puede comparar con unas puñeteras vacaciones en Marruecos, Annabel.

—No. —Al menos tiene la decencia de mostrarse algo avergonzada —. Lo sé. Lo que no sé es por qué no has intentado buscar ayuda.

Tal vez porque sentía que no me lo merecía. En cambio, digo:

—Creí que podría manejarlo bien.

—Mi carrera está acabada —dice Chloe—. Todo por una broma estúpida.

—La mía también —añade Esther con un suspiro.

—Te lo has buscado tú solita, Chloe —le responde Annabel—. Tú has tenido la culpa. Ya ves. Tus actos han tenido consecuencias.

—Annabel… —dice Esther en tono de advertencia—. Déjalo ya. Ahora mismo tenemos problemas más importantes. Tenemos que decidir qué hacemos con Poppy.

—¿De verdad fuimos tan malas? —pregunta Chloe—. En el instituto, quiero decir. Con Poppy. ¿Nos merecemos todo esto?

Esther responde al instante:

—No. Solo éramos unas crías. Puede que a veces nos pasáramos un poco, pero no es nada comparable a lo que Poppy nos ha hecho ahora.

—Lo que acaba de hacernos es imperdonable —conviene Chloe, ignorando la mirada furibunda de Annabel.

El alcohol empieza a mitigar algunos de los síntomas de mi mono.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer respecto a Poppy?

—Ella es la que debería estar asustada —murmura Esther.

Todas nos miramos. ¿Nos atreveremos?

—Está totalmente sola en esta isla con nosotras cuatro —dice Chloe —. Creo que no se ha pensado muy bien eso.

—Tendrá que andarse con cuidado —añade Annabel.

—¿Lo haríamos? —pregunto en un susurro—. ¿A alguien le importaría si Poppy… no saliera nunca de esta isla?

Nos quedamos en silencio, luego bebemos un poco más. Seguimos estando todas muy nerviosas, pero el pensamiento ha prendido en nuestras mentes, esa gloriosa idea: venganza. Al fin y al cabo, no es la primera vez que las cuatro nos aliamos contra ella. Es como volver a calzarse unos cómodos zapatos viejos, o como regresar a casa después de haber estado mucho tiempo fuera; sería como si nunca nos hubiéramos marchado.

Mientras seguimos bebiendo, perdidas en nuestros pensamientos durante el resto del día y hasta bien entrada la noche, nuestros móviles se quedan sin batería.

El de Esther es el último en apagarse. Una última pantalla negra que acaba de desquiciarnos por completo y nos lleva a hundirnos en el sopor de la borrachera.

Ahora estamos totalmente incomunicadas en esta isla, aunque tal

vez eso sea algo bueno.

Porque esa puta va a pagar por lo que ha hecho.

Lo que no tengo claro es cuál de nosotras será la primera en ir a por ella.

18

Esther
21 de mayo de 2023

Cuando me incorporo en la cama, la resaca me impacta con fuerza. Suelto un gemido y vuelvo a cerrar los ojos. Noto un martilleo incesante golpeando contra mi cráneo. ¿De verdad bebimos tanto? Me sujeto la cabeza entre las manos, pero ni siquiera eso me alivia. Tengo la visión borrosa y debo enfocar varias veces la mirada hasta poder ver con claridad.

Tal vez esté sufriendo ahora las secuelas de todo lo ocurrido ayer. Una parte de mí desea que solo se tratara de una espantosa pesadilla, pero la sequedad de la boca y mis riñones doloridos me recuerdan muy bien que no lo fue. He perdido mi empleo. Todo el mundo en mi trabajo me ha visto desnuda.

Por un momento pienso que voy a vomitar aquí mismo en la cama, y tengo que inclinarme sobre el borde e inspirar profundamente varias veces. No hay manera de saber lo que estará ocurriendo en Inglaterra. Es muy probable que en la oficina ya hayan metido todas mis cosas en cajas de cartón y las hayan guardado en algún lúgubre trastero a la espera de ser recogidas. Oh, no, tendré que ir yo misma a buscarlas. Pasar por delante de todos mis antiguos colegas mientras me miran con expresión horrorizada. De hecho, ¿me dejarán entrar siquiera en la oficina? No sé lo que será peor: si tener que enfrentarme en persona a todo el mundo o sufrir la humillación de esperar en el vestíbulo a que alguien me traiga mis cosas.

Pues no pienso dejar que eso ocurra. Debe haber un modo de demostrar que fue Poppy quien envió las fotos. No podrán deshacerse de mí tan fácilmente.

Me pregunto si mis padres se habrán enterado ya. Sobre todo mi madre, que fue quien me consiguió la entrevista de trabajo. Oh, Dios…

En la habitación hace un calor asfixiante y opresivo. Necesito salir de aquí cuanto antes.

Cuando aparto las sábanas, ahogo una exclamación.

Tengo el vientre rojo. Al principio pienso si estaré herida, pero entonces veo que no es más que pintalabios. Sobre mi estómago hay escrita una palabra. No, un insulto: PUTA. ¿Cuándo demonios ha ocurrido? ¿Habrá sido Tanya? ¿O Poppy?

Me devano los sesos tratando de recuperar los sucesos de la noche anterior, pero mi memoria está en blanco. Tan solo consigo recordar los hechos y revelaciones más importantes. Por un instante pienso en si se me habrán pegado las sábanas, lo cual sería toda una novedad, pero justo en ese momento la primera luz del sol empieza a filtrarse por la ventana y comprendo que está amaneciendo.

Mis manos salen disparadas hacia el móvil, que ahora descansa sobre la mesita. La pantalla negra me recuerda que no tiene batería; las grietas en el cristal me recuerdan cómo se han resquebrajado nuestras vidas. Todos esos correos vuelven de nuevo a inundar mi mente y, aunque sé que no servirá de nada, pongo el móvil boca abajo para no tener que enfrentarme a su pantalla.

Está todo muy silencioso. A pesar de lo mal que me encuentro, me resulta inconcebible no salir a correr. Para mí es como respirar, algo tan natural como la cafeína para esa gente que la necesita desesperadamente para empezar a funcionar por la mañana. Cuando me pongo en pie, el mundo parece oscilar por un momento sobre su eje. Pienso que me voy a caer y tengo que agarrarme al poste de la cama. Por suerte no tarda en estabilizarse, y entonces avanzo con movimientos lentos. El pintalabios está tirado en el suelo, sin el capuchón. Lo meto en el fondo de un cajón, deseando con todas mis fuerzas no volver a verlo más. Mientras me froto para quitarme esa horrible pintura y me pongo la ropa de deporte, ni siquiera oigo el mar. Debe de estar todo muy tranquilo ahí fuera.

Un simple vistazo al espejo me revela todo lo que necesito saber

sobre la noche anterior. Tengo unas ojeras muy oscuras bajo los ojos inyectados en sangre, los labios resecos y agrietados, e incluso mirarme demasiado rato me produce dolor de cabeza. Me recojo el pelo en un moño desmadejado y, cuando salgo, la luz del sol me hace proferir un gemido.

Lo primero de todo: agua. Al pasar junto a las otras cabañas, veo que todas las luces están apagadas. Creo que incluso puedo oír roncar a Annabel. La puerta de Tanya está entreabierta, y me siento tentada de acercarme a cerrarla, pero no quiero asustarla. Fuera de la cabaña de Chloe, debajo de una de sus botas, está el envase vacío de Capri-Sun. ¿Por qué tiene ella también uno de los objetos de la búsqueda del tesoro?

Cuando doblo la esquina de la casa principal, veo un charco de vómito en la terraza. Genial. Anoche no llovió, de modo que ahí sigue, y la peste no ha hecho más que empeorar con el calor. Me paso la lengua por toda la boca, consciente de que podría ser yo la culpable, pero estoy limpia. Si es que el mal aliento matinal y olvidar cepillarme los dientes anoche puede considerarse estar limpia. Pero al menos no fui yo la que vomitó.

Cuando abro la puerta, noto algo húmedo en la mano.

—Qué asco —digo pensando que es vómito. Voy corriendo al fregadero y me lavo la mano bajo el grifo.

Es entonces, al ver el agua que se escurre por el desagüe, cuando me doy cuenta de que lo que he tocado es algo rojo.

¿Sangre?

Retiro la mano rápidamente, pero los restos de lo que fuera han desaparecido. Cuando me acerco de nuevo a la puerta, veo que apenas quedan unas levísimas manchas. Oscuras. Como los rastros de unos dedos al agarrar el marco.

Me inclino para olisquear, pero el aire fresco del exterior me impide percibir el olor con claridad.

¿Es que alguna de nosotras sangró por la nariz o algo así?

El agua del grifo me sabe a gloria, y relleno una y otra vez uno de los vasos que encuentro en el armario. Siento que me arde la garganta y que me siguen temblando las manos. Está claro que ya no somos

unas jovencitas. No podemos empalmar dos noches de juerga seguidas.

La puerta se abre y Chloe entra agarrándose la cabeza con las manos. Tiene aún peor aspecto que yo.

—¿Cuándo demonios nos acostamos anoche? —pregunta, mientras se llena un vaso de agua y le da un buen trago—. Me siento como si me fuera a morir. No, como si estuviera muerta.

—No tengo ni idea. Cuando te has despertado, ¿has notado algo extraño?

—No. ¿A qué te refieres? —Se sienta a la mesa de la cocina y yo hago lo mismo. Hablamos en voz baja, conscientes de que Poppy está en la habitación de al lado—. ¿Cómo te encuentras?

—Fatal —respondo. Omito el hecho de que cuando me he despertado tenía la palabra PUTA garabateada con pintalabios rojo en el vientre—. Me siento como si me hubiera atropellado un camión cargado de bombos y platillos. Te has levantado muy pronto.

—No podía dormir. Aún no puedo creerme lo que ocurrió ayer.

—Deberíamos haberlo visto venir.

No paro de darle vueltas a ese pensamiento. Sabíamos que la situación se estaba poniendo muy rara, que las tornas estaban empezando a cambiar cuando hicimos esa búsqueda del tesoro. Y aun así continuamos adelante. ¿Por qué? ¿Porque queríamos demostrarnos que no éramos tan malas? ¿Porque nuestros egos eran demasiado grandes para admitir que Poppy pudiera seguir guardándonos rencor?

Qué estúpidas hemos sido.

Chloe señala con la cabeza hacia la puerta del dormitorio.

—¿Está levantada?

—No la he oído.

—Tal vez deberíamos despertarla arrojándole nuestros vasos de agua a la cara.

Eso consigue hacerme sonreír por fin.

—No me tientes…

Chloe sostiene su vaso frente a ella, sopesando la idea.

—Lo digo en serio.

Cuando se inclina hacia delante, la luz le ilumina la cara y veo que

tiene unos rasguños en el cuello.

—¿De qué es eso?

—¿El qué?

—Esas marcas en tu cuello. ¿Es que alguien te ha arañado?

Chloe parece muy desconcertada.

—¿Arañado? —Se lleva una mano al cuello y se palpa las marcas, y entonces comprende de lo que le hablo—. Qué raro. No tengo ni idea de cómo me lo habré hecho. Quizá me arañé con los arbustos durante esa puñetera búsqueda del tesoro.

—¿Planeando un golpe de Estado? —Annabel entra por la puerta, seguida de cerca por Tanya.

Al ver a esta última contengo el aliento, pero por el momento parece contentarse con ignorar mi existencia y pasa junto a mí para servirse un café.

—Tanya… —digo, pero ella finge no oírme.

Las cuatro nos sentamos alrededor de la mesa, pero no resulta fácil mantener una conversación normal. Sobre todo, después de lo que sabemos ahora las unas de las otras. El marido de Annabel la engaña no solo con un montón de desconocidas, sino también con Chloe. Tanya tiene un problema de adicción a las drogas. Chloe y yo hemos perdido el trabajo. Todo eso flota en el ambiente, pero no hablamos de ello. Al menos, ya no como grupo. Y estoy convencida de que debe de haber aún más cosas que Poppy no ha descubierto, algo que en cierto modo me alivia.

—¿Alguna más se siente como si la hubiera arrollado un camión? —pregunta Annabel frotándose la frente con los dedos—. Nunca me había sentido tan mal después de una borrachera.

Chloe asiente.

—A mí me pasa igual. Por mucha agua que beba, no sirve de nada.

—No te he preguntado a ti —replica Annabel.

Tanya no dice nada, pero a juzgar por sus ojos cerrados y su expresión dolorida estoy segura de que se siente igual.

Necesito hacer las paces con ella como sea, pero ahora no es el momento. Lo mismo les sucede a Annabel y Chloe. Si vamos a estar unidas en esto, debemos volver a llevarnos bien. Ahora mismo somos

como un grupo de minas a punto de estallar a la más mínima. Picoteamos con desgana unas tostadas, sin dejar de mirar hacia la puerta cerrada del dormitorio de Poppy.

Cuando ya ha pasado una media hora, Chloe se levanta impaciente.

—Tenemos que entrar. No puede esconderse en su habitación todo el día. Debe afrontar las consecuencias.

—Chloe tiene razón —la secunda Tanya—. Es una cobarde.

Nos acercamos a la puerta, pero entonces dudamos.

—¿Y si simplemente está dormida? —pregunta Annabel—. No me apetece pasar un segundo más en su compañía.

—Poppy es la que va a tener que lanzar esas bengalas para que podamos volver a casa —dice Tanya—. Yo no voy a meterme en problemas por eso. Ella tendrá que asumir la culpa. Después de todo, fue quien cortó la línea telefónica.

Hay algo siniestro en esa puerta cerrada y en el silencio que entraña. ¿Por qué no ha salido Poppy al oír nuestras voces? Los días anteriores se ha levantado más o menos a la misma hora que yo, algo que me dejaba de lo más sorprendida. Cuando yo salía de mi cabaña ella ya estaba allí, o bien en la terraza o en la playa, viendo cómo me alejaba corriendo.

—¿Qué es eso? —dice de pronto Annabel. Está mirando al suelo.

Todas bajamos la vista y al principio no estoy segura de a qué se refiere. Pero entonces lo veo, las marcas de color herrumbroso que asoman por debajo de la puerta. Y que alguien parece haber restregado apresuradamente.

—¿Eso es…? —No puedo acabar la frase.

—Dios… —Tanya retrocede—. Es sangre, ¿no?

Annabel se agacha y pasa un dedo por encima.

—Alguien ha tratado de limpiarlo. Solo ha quedado la mancha.

—Entonces ¿es antigua? —pregunta Chloe. Pasea nerviosamente la mirada por la estancia para ver si hay algún sitio más que esté contaminado—. ¿No de estos días?

Annabel se levanta y se sacude el polvo de los tejanos.

—¿Es que tengo pinta de analista forense? No lo sé. Aunque no recuerdo haberla visto antes.

—Había sangre en la puerta principal —digo.

—¿Qué? —Las otras me miran atónitas.

—Pensé que alguna de vosotras había sangrado por la nariz o algo así y que había pasado los dedos por el marco. —Me acerco a la puerta para enseñarles donde la encontré; la mancha sigue ahí, aunque es difícil de advertir—. Como si alguien tuviera la mano manchada de sangre y hubiera tocado el marco sin querer.

Todas se miran las manos, pero están limpias.

—¿Alguien se acuerda bien de lo que pasó anoche? —les pregunto.

Se quedan pensando un rato, luego niegan con la cabeza.

—De modo que pudo pasar cualquier cosa —concluyo.

—Entonces… ¿la sangre? —Annabel se dirige de nuevo hacia el dormitorio, hacia esa sospechosa mancha que asoma por debajo de la puerta y que puede extenderse hasta Dios sabe dónde—. ¿Qué ha causado esta sangre?

—Puede que Poppy esté muerta —dice Chloe, y todas nos echamos a reír.

—Eso sería como hacer realidad nuestros sueños, ¿no? —añade Tanya.

Pero entonces volvemos a mirar la mancha.

—¿Por qué no sale Poppy? —pregunta Chloe llena de inquietud.

Tanya parece sentir lo mismo, porque una expresión aterrorizada cruza fugazmente por su rostro.

—Tenemos que entrar.

Asiento con la cabeza, y al momento estamos todas frente al dormitorio y llamamos varias veces a la puerta.

—¡Poppy! —grita Annabel—. ¡Poppy! ¿Estás ahí? ¡Vamos a entrar!

Sin esperar respuesta, Annabel empuja la puerta, que se abre violentamente hasta golpear contra la pared de la derecha.

La luz está apagada, pero no importa. Los rayos del sol entran por las ventanas situadas a ambos lados, inundando la habitación con su resplandor. Y entonces lo vemos todo con espantosa claridad.

Poppy ha dormido en su cama, las sábanas están revueltas. La colcha ha sido apartada hacia atrás y cuelga a medias sobre el suelo. Un vaso de leche que debió de llevarse antes de acostarse está hecho

añicos sobre las baldosas, el líquido blanco se mezcla con el charco de sangre. Las sábanas están ensangrentadas. Manchas brutales y furiosas que se esparcen también por la colcha y el suelo, y que incluso salpican horriblemente la pared de detrás. Los cajones están abiertos y gran parte de su contenido desparramado, como si alguien hubiera estado buscando algo.

La cama se encuentra vacía. Poppy no está.

En la pared de detrás cuelga también un cuadro horripilante. Me resulta familiar, como una recreación de algo que he visto antes, aunque no consigo recordar dónde. Una mujer aparece de pie, medio desnuda, con un paisaje desolado y yermo a su espalda. El cielo está oscuro. Ella lleva una falda blanca y vaporosa, pero la parte de arriba está medio expuesta, tan solo unas finas tiras de tela blanca le rodean la cintura y los hombros, casi como una camisa de fuerza. En el centro, el torso está abierto y se ve un corazón roto. La mujer tiene el cuerpo lleno de cicatrices, en las muñecas, en los brazos, incluso en el vientre. Las lágrimas le corren por las mejillas.

Es un autorretrato. Los ojos de Poppy nos miran angustiados desde el lienzo, pero también hay cierta actitud desafiante en su pose, como diciendo «Esta es quien soy, lo tomas o lo dejas». Y aunque en el cuadro está herida, no hay sangre. No como la que salpica la pared de debajo.

Un inquietante rastro de sangre se extiende hasta donde estamos nosotras. Un difuso reguero de manchas ya resecas. Como de un cuerpo al arrastrarse.

—¿Qué ha…? —Annabel se tambalea y se lleva las dos manos a la boca—. Creo que voy a vomitar.

Tanya da un paso adelante, pero la retengo. Se gira hacia mí con expresión torva.

—¿Qué coño haces?

—No podemos tocar nada —le digo—. Esto es… una escena del crimen.

—¿Una escena del crimen? —repite Tanya—. Esto debe de ser alguna especie de broma.

Las ventanas están cerradas y el hedor es espantoso. Un olor

nauseabundo penetra a través de mis fosas nasales y en cuanto me llega al cerebro no hay manera de escapar a la evidencia. Esto es real.

—¿Dónde está Poppy? —susurra Chloe.

Alguien tiene que tomar las riendas de la situación. Annabel sigue muy pálida, Chloe está como paralizada y Tanya parece más que nada perpleja.

Respiro hondo.

—Tenemos que encontrarla. Buscar por toda la isla. Por si está herida en alguna parte.

Chloe asiente enérgicamente.

—Sí, tiene que estar en alguna parte. Esta isla es muy pequeña. No puede haberse esfumado sin más.

—A menos que alguien la haya arrojado al mar —dice Tanya.

—¡Por Dios, Tanya! —le suelto con brusquedad—. Eso no nos ayuda. ¿Cómo se te ocurre decir algo tan horrible?

—Podría hacerse fácilmente —dice Annabel con el rostro desencajado—. La corriente la arrastraría mar adentro.

—En esta isla solo estamos nosotras —replico—. Así que es imposible que eso haya pasado. ¿Lo entendéis?

El silencio de sus respuestas no resulta muy tranquilizador.

—Vamos a ir a buscarla. —Mi voz suena mucho más segura y confiada de lo que me siento en realidad. Tengo la sensación de que voy a desmayarme en cualquier momento, y un terrible dolor de cabeza empieza a abrirse paso hasta mi frente—. Annabel, tú encárgate de las cabañas. Chloe, tú busca por los alrededores, la zona de césped, los árboles y demás. Tanya, tú registra por la montaña y el acantilado. Y yo rastrearé la playa. No puede haber… —Tengo que hacer un esfuerzo para acabar la frase—. A juzgar por lo que vemos aquí no puede haber ido muy lejos, pero de todos modos tenemos que comprobarlo.

En cuanto salimos de la casa, tomamos direcciones distintas. Agradezco separarme de ellas un rato y dejar que el aliento salga de mi pecho en los jadeos entrecortados que tan desesperadamente necesito. Me encamino hacia la playa con paso decidido, rezando con todas mis fuerzas para no toparme con nada demasiado siniestro.

Aunque la playa se extiende a lo largo de un kilómetro y medio, cuando llego no atisbo a lo lejos ninguna forma reconocible, ningún indicio de que Poppy esté tomando el sol o haya salido a dar un paseo, cualquier cosa que sirva para mitigar nuestra preocupación. Tampoco es que me lo esperase. Si acaso, me alivia ver que su cuerpo no ha sido arrastrado hasta la orilla, que la marea no se ha rebelado contra quienquiera que haya agredido a Poppy.

Tranquilízate, Esther.

Pero el pulso continúa latiéndome acelerado mientras avanzo por la arena, sin dejar de mirar tanto hacia el mar como hacia las pequeñas hondonadas que conducen a los árboles y la maleza del lado opuesto.

Para cuando llego a las piscinas rocosas, estoy convencida de que no voy a encontrar nada aquí. Me da por alzar la vista y en ese momento diviso a Tanya en lo alto del acantilado. No mira hacia mí. Tiene la cara enterrada en las manos.

¿Está llorando? ¿Habrá encontrado algo?

Pero no. Se enjuga los ojos y da media vuelta para bajar. Tampoco debe de haber nada allí arriba.

Cuando regreso y estoy llegando de nuevo al punto de partida, lo veo.

Zarandeado suavemente por la marea, enganchado en una roca que sobresale del fondo arenoso a escasos metros de la orilla.

El top que Poppy llevaba ayer. Las lentejuelas que destellaban durante el desayuno ahora refulgen intensamente al sol, centelleando aún más que el océano. Me descalzo y me adentro en el agua para cogerlo.

El cuello está cubierto de sangre.

—¡Oh, Dios! —exclamo en voz alta.

Por un momento estoy tentada de volver a arrojarlo al mar. ¿De qué serviría que las otras lo vieran?

Demasiado tarde.

—¡Es el top de Poppy! —chilla Annabel—. ¡Y está lleno de sangre!

Chloe y Tanya no andan muy lejos y se acercan corriendo al oír los gritos. Se quedan petrificadas cuando ven lo que sostengo en la mano.

—¿Habéis encontrado algo? —les pregunto—. ¿Algún rastro de

Poppy?

Por sus semblantes ya conozco la respuesta, pero no puedo evitar una punzada de decepción al verlas negar con la cabeza.

—¿Dónde lo has encontrado? —pregunta Chloe.

—Estaba enganchado en esa roca —contesto señalándola—. Ha sido cuestión de suerte que se quedara prendido ahí. De lo contrario se habría…

—Entonces ¿Poppy estaba dentro del agua? —dice Tanya.

—¿Y cómo se le soltó el top? —pregunta Annabel con expresión horrorizada.

Examino la prenda y observo que está rasgada en un costado.

—Aquí hay un desgarrón. Quizá de cuando se enganchó en la roca. No sé.

—O puede que alguien se lo quitara antes —susurra Tanya.

—Está muerta —dice Annabel—. Está muerta, ¿verdad? Toda esa sangre… Es imposible que haya sobrevivido.

—Tenemos que llamar a la policía —digo.

—¿Cómo? —pregunta Tanya—. ¿Es que no te acuerdas de que Poppy cortó la línea? Nuestros móviles no tienen batería, y además tampoco hay cobertura.

—¿De verdad queremos avisar a alguien? —Chloe se pasa los dedos por el pelo—. Por lo que sabemos, todo esto podría ser solo una broma, ¿no?

—Todas queríamos verla muerta —dice Annabel.

—¡Por Dios, Annabel! —replico—. Solo hablábamos en sentido figurado.

—¿De verdad? —Se pone a caminar alrededor de nosotras con paso nervioso—. No lo sé. Estábamos todas muy furiosas. Y borrachas. Yo no me acuerdo de lo que pasó anoche.

—Esto es una locura —dice Tanya—. No puedes estar pensando en serio que alguna de nosotras…

—Tiene que ser otro de sus juegos enfermizos —digo—. Está jugando con nosotras. Está intentando volvernos locas.

Chloe asiente.

—Poppy dijo que tenía aún algo más reservado para nosotras. ¿Y si

se refería a esto?

Annabel sigue con la mirada clavada en la prenda ensangrentada.

—Pero, si se trata solo de un juego, ¿cómo se explica toda esta sangre en el top? ¿Y el hecho de que estuviera en el agua?

Consciente de que aún lo sostengo en las manos, intento arrugarlo en una bola para que no se vea la sangre.

—No lo sé. Quizá se cortó.

—¿Que se cortó? —Tanya se frota las sienes con los dedos—. Imposible. Lo que había en ese dormitorio era un auténtico baño de sangre. No puedes cortarte de esa manera sin desangrarte hasta morir. ¡Y hemos rastreado toda la isla! Poppy no podría haber ido muy lejos con todas esas heridas.

—Entonces… ¿estás diciendo que la sangre es de otra persona? —pregunta Chloe casi esperanzada.

—Estamos todas aquí. Y ninguna de nosotras está herida. ¿Cómo va a ser de otra persona? No hay nadie más en la isla.

—¿Estamos seguras de eso? —susurra Annabel.

La mera idea nos aterra. Nos miramos unas a otras con las caras muy pálidas.

—Eso es imposible —asegura Tanya con firmeza—. El muelle queda muy cerca de las cabañas. Si se hubiera acercado algún barco, habríamos escuchado el ruido del motor. ¡Si hasta podemos oír el mar desde nuestras habitaciones!

Chloe no se queda muy tranquila.

—¡Podrían haber venido en un bote de remos! Eso no lo habríamos oído.

—¿Una distancia tan grande en un bote de remos? —Tanya niega con la cabeza—. Imposible. Estamos hablando de cruzar el océano, no el Támesis.

—Anoche estábamos tan idas que podría haber venido un barco y no lo habríamos oído —insiste Chloe.

¿Cabría esa posibilidad? Todas tenemos pinta de estar medio muertas, una mezcla de tensión y agotamiento. Flota entre nosotras una inquietante vibración, un nerviosismo al que no ayuda que Chloe mire a su alrededor para comprobar que no hay nadie más.

No puede haber nadie más.

—Eso no tiene sentido —afirmo—. ¿Por qué iba a venir alguien a la isla para hacerle daño solo a Poppy? ¿Y al resto de nosotras?

Eso parece hacerlas reflexionar.

—Esther tiene razón —conviene Annabel—. No tiene sentido que un extraño venga a la isla solo para atacar a Poppy.

Chloe frunce el ceño.

—Pero si no ha sido ningún extraño, y Poppy continúa aún desaparecida…

—¡Las bengalas! —recuerdo de pronto—. Podemos usar las bengalas. Están debajo del fregadero de la cocina. Ahora sí que estamos en una situación de emergencia. Y necesitamos ayuda.

—¡Pues claro! —exclama Tanya, y se dirige a toda prisa hacia la casa principal.

—Espera… —empieza a decir Chloe, pero no estoy de humor para escucharla y echo a andar detrás de Tanya, y al momento oigo que las otras también nos siguen.

Las bengalas son nuestro último rayo de esperanza, una imagen bastante literal. En cuanto alguien vea una de ellas arder en el cielo, vendrán a rescatarnos.

Pero cuando abro el armario de debajo del fregadero, descubro que está vacío.

Las bengalas han desaparecido.

—¿Dónde coño están las bengalas? —grito.

—¡Estaban aquí! —dice Annabel—. Eso es lo que dijo Robin.

—Poppy debió de llevárselas cuando cortó la línea telefónica —masculla Tanya—. Será zorra asquerosa…

—No. —Chloe parece a punto de romper a llorar—. ¿No os acordáis de que comentó que no las había tocado? Dijo que si se producía una situación de emergencia real aún podíamos usarlas.

—Pero entonces ¿qué? —dice Annabel en tono de incredulidad—. ¿Cómo han desaparecido? ¿Estás insinuando que alguna de nosotras las ha sacado de ahí? Porque hemos llegado a la conclusión de que no había nadie más en la isla, ¿no?

No sé qué pensar. La cabeza me da vueltas.

—Si alguna de vosotras se ha llevado las bengalas, ahora es el momento de decirlo.

—¡Yo no lo he hecho!

—¿Cómo puedes siquiera decir eso, Esther?

—¡No te fías de nosotras!

—¡Basta! —grito—. ¡Callaos todas de una vez! ¿Qué demonios vamos a hacer ahora?

—No tengo ni idea —responde Tanya—. Nuestros móviles no tienen batería. La línea telefónica está cortada. Las bengalas han desaparecido. Robin no vendrá hasta mañana por la mañana. Creo que no nos queda otra que esperar.

—Pero Poppy ha desaparecido —dice Annabel—. No podemos esperar.

«Desaparecido» es una manera suave de decirlo. Toda esa sangre… Estoy segura de que está muerta.

—A menos que estés pensando en ir nadando hasta tierra firme —dice Tanya—. Pero yo que tú no lo intentaría.

—Entonces ¿estamos atrapadas aquí hasta mañana? —pregunta Annabel—. ¿Sin ayuda, sin nada?

Tanya asiente.

—Eso parece.

—Pero lo de las bengalas… —prosigue Annabel—. Es algo deliberado. Alguien se las ha llevado para que no podamos pedir ayuda. Para que no podamos salir de esta isla. ¿Qué significa eso?

Todas nos miramos en silencio.

Significa que hay alguien en esta isla que no quiere que nos marchemos.

Que hay alguien en esta isla que es una asesina.

La cuestión es: ¿cuál de nosotras?

Está muy silencioso aquí. Oscuro. Aún falta mucho para que amanezca, la luz de la luna que entra por la ventana ilumina la escena que tengo frente

a mí. El corazón me late con fuerza, tengo la boca seca. Quiero negar la sangre, el cadáver inerte que yace en la cama, pero sé que no puedo. Esto va a ocurrir siempre.

Poppy está muerta. Su cara sigue mostrando un rictus enérgico, con la boca y los ojos muy abiertos como si gritara, con las lágrimas aún manchando sus mejillas. El cabello se desparrama por detrás de su cabeza como el halo de los ángeles de nieve que solíamos hacer juntas de pequeñas.

Agarro con más fuerza el mango del cuchillo, como si quisiera que se fundiera con la palma de mi mano. La hoja está empapada con la sangre de Poppy, y mi ropa también, cubierta con las rojas salpicaduras que claman a gritos la verdad.

Me siento avergonzada y furiosa cuando se me llenan los ojos de lágrimas. Esto no es por mí. Es por ella.

Quiero gritar.

¿Qué he hecho?

Es todo culpa mía. Yo la he matado, y este es el resultado.

¿Y qué hago ahora? Echo un rápido vistazo a la ventana y veo que el amanecer se acerca sigilosamente. Debo actuar deprisa. Tengo que esconderla para que nadie pueda verla nunca así.

Esconderla, y ocultar el cuchillo.

19

Poppy

22 de noviembre de 2012

Querido diario:

Acabo de enviar una solicitud para intentar conseguir el mayor de mis sueños: una plaza en la Escuela de Bellas Artes Slade de Londres.

Hace unos días, en clase de arte, estuvimos hablando de las universidades a las que podríamos ir tras acabar el nivel avanzado de secundaria. Estamos dedicando las tardes de los lunes y los miércoles de estos dos últimos años a preparar los portafolios. Nuestro grupo de arte es bastante pequeño, solo somos once, así que podemos charlar mientras trabajamos.

—Yo voy a estudiar biología —dijo Sally, una chica obsesionada con ese estilo de dibujo de animación que está claramente plagiado de los diversos mangas que suele leer.

—¡Biología! —exclamó horrorizada otra chica (como no podía ser de otro modo, en nuestro grupo somos mayoría: solo hay tres chicos), llamada Jayla. Es bastante buena; hace esas pequeñas esculturas con alambre que parecen cosas diferentes dependiendo del ángulo en que las mires—. Para nada. Yo tengo clarísimo que voy a estudiar Arte. Pienso enviar solicitudes a Oxford, Slade, Goldsmiths y Newcastle.

Ollie suspiró al oír eso.

—¡Imaginaos poder entrar en Slade! Es mi gran sueño. —Me miró—. ¿Has enviado ya tus solicitudes, Poppy? Imagino que vas a estudiar Arte, ¿no? Yo ya he presentado la mía para Slade.

Pensé que parecería que le estaba copiando si decía que ese era también mi sueño, así que respondí balbuceando:

—Ah, no lo sé, supongo que sí.

—Mientras no intentes pasarte de la raya como hiciste con las pruebas para el certificado de secundaria —intervino Sally—. Aunque al final sacaras la nota máxima, lo cual me pareció bastante injusto.

En ese momento nos interrumpió la señorita Wersham.

—Poppy y yo ya mantuvimos una larga conversación sobre su examen de certificado, y por suerte pudimos aclarar las cosas a tiempo. Pero, Poppy, que no te quepa la menor duda de que tienes que seguir estudiando arte en la universidad. Tienes un talento increíble. —Y luego, probablemente porque sintió que debía hacerlo, añadió—: Todos lo tenéis.

Por poco me meto en problemas con mi examen de arte para el certificado general de secundaria. Nuestros portafolios debían incluir al menos dos medios distintos de expresión artística, pero al principio traté de oponerme a eso. Hasta entonces yo solo había dibujado y pintado; era lo que mejor se me daba. Mi plan era hacer una serie de autorretratos que irían haciéndose cada vez más abstractos; habría sido una serie genial solo en forma de pinturas, pero la señorita Wersham me dijo que tenía que ceñirme a lo que pedía el currículum.

—Pero ¿es que no es realmente arte del bueno? —le pregunté cuando ella me llamó para que tuviéramos una conversación al respecto—. ¿Por qué no puedo presentar mis pinturas y ya está cuando usted sabe que son suficientemente buenas?

—Es lo que exige la junta examinadora —replicó, como si eso zanjara el asunto.

Mira, no voy a pretender que lo sé todo, porque está claro que no es así. Pero en cuestión de arte, sé muy bien qué es bueno y qué no lo es. Y me parecía muy estúpido tener que incluir algunas esculturas en mi portafolio (no iba a poner «fotografía», por Dios santo) cuando ya estaba bien como estaba.

Hice todo lo posible para oponerme. Pero al final tuve que ceder cuando la señorita Wersham nos convocó no solo a mí sino también a mis padres y nos dijo que, si no acataba las normas, se verían obligados a rechazar mi portafolio.

Cuando empecé a preparar los exámenes finales, la señorita Wersham volvió a tener una pequeña charla conmigo.

—Vas a cumplir exactamente con lo que pide la junta examinadora, ¿verdad?

—Claro —dije, aunque puse los ojos en blanco.

—Estoy hablando en serio —repuso ella, frunciendo el ceño—. Tienes un gran talento y ahora solo necesitas sacar las notas que lo demuestren. Cuando ingreses en la universidad, estoy segura de que tendrás libertad para experimentar todo lo que quieras. Pero en este momento es cuestión de demostrar que has adquirido y comprendido las nociones fundamentales. Y estoy convencida de que tu portafolio seguirá siendo increíble.

—No tanto como podría serlo —mascullé entre dientes.

Eso era verdad. El portafolio para el certificado de arte estaba bien, pero no era tan bueno como mi plan original. Y aun así la señorita Wersham no se mostró especialmente contenta con él, aunque eso sí, me puso la mejor nota.

—Parece una obra tremendamente triste —observó cuando vio el resultado final—. ¿No crees?

Supongo que tenía razón. Pero es que estaba realmente triste. Después de todo lo que había ocurrido con Julian, ¿qué otra cosa podía transmitir mi arte? Pasé de pintar piezas más alegres a crear obras a base de agresivas manchas rojas, azules y negras conformando fondos abstractos, y con brutales representaciones de mí misma en el centro. Así era como me sentía.

—¿Estás bien, Poppy? —me preguntó la señorita Wersham con semblante preocupado—. Ya sabes que si hay algo de lo que quieras hablar, aquí me tienes para lo que sea.

—Estoy bien —le mentí—. Es que me gusta pintar este tipo de cosas. No significan nada.

Y estoy bien. Casi siempre.

No tuve el valor de contarle que los profesores no habían hecho precisamente una gran labor en cuanto a apoyarme y protegerme. Pero, al menos, durante los dos últimos años la situación se ha calmado un poco.

Annabel, Chloe, Esther y Tanya ya no se meten conmigo. Bueno, no

mucho. No desde que las cosas empezaron a ponerse serias, primero con los exámenes para el certificado general de secundaria y ahora con los dos años de nivel avanzado. Claro, de vez en cuando me sueltan algún comentario sarcástico o se burlan de algo, pero es así con casi todo el mundo, no lo hacen en exclusiva conmigo. Estos últimos años me he sentido un poco más aliviada, porque no todos los días han sido un suplicio. Y, por lo menos, tengo a mis compañeros del grupo de arte. Procuro que no me afecte demasiado cuando los veo marcharse juntos a casa, o cuando quedan después de clase y nunca me invitan. Lo que creo es que tienen envidia de mi talento.

Estos años han sido mucho más agradables. He podido compartir el mismo espacio que esas cuatro sin sentirme aterrada a cada paso que daba, angustiada por estar sometida a su escrutinio constante. Bueno, vale; estoy sola, pero soy más feliz.

Y he encontrado maneras de lidiar con mi soledad. Aunque eso signifique tener que llevar siempre manga larga, pero me da igual.

Cuando volví a casa ese día en que todos hablaron de sus solicitudes universitarias, me pasé el resto de la tarde investigando acerca de las mejores escuelas de bellas artes en todo el país. Había algunas realmente increíbles, pero sabía que mi corazón estaba puesto en Slade.

¡Imagínate! Yo en Londres. La capital. Solo he estado antes una vez, para un viaje por mi cumpleaños en el que visitamos las principales atracciones turísticas, pero era muy pequeña y apenas me acuerdo de nada. Podría ser como todas esas profesionales que van en el metro, vestidas con ropas elegantes y con un bonito bolso. Y por las noches me juntaría con un montón de amigos de la universidad, y saldríamos por ahí a tomar copas a discotecas y no volvería a casa hasta el amanecer.

Y, aun así, cuando entré en la página de la solicitud, mis dedos vacilaron sobre el ratón, demasiado aterrada para empezar a rellenarla.

¿Y si era igual que la escuela secundaria? ¿Y si no le caía bien a nadie? Y lo peor de todo: ¿y si todos eran mucho mejores que yo en arte y se reían de mí, y entonces no me quedaría ni eso?

¿Y si ni siquiera conseguía entrar?

Pensar en eso me provocó tal angustia que busqué en el cajón de la mesita mi trozo de espejo, pero justo cuando estaba a punto de cortarme

para encontrar cierto alivio, llamaron a la puerta.

—Poppy, ¿estás ocupada? Mamá dice que la cena está casi lista.

Era Wendy.

Cerré el cajón de golpe, me puse en pie rápidamente y fui a abrirle la puerta.

—Bajaré en un minuto.

—¿Qué haces? —preguntó mirando por encima de mi hombro. Y cuando vio la pantalla de mi ordenador, soltó un gritito emocionado—. ¡Oh, Dios mío, estás enviando solicitudes! ¿Qué universidad has elegido?

Sin pedir siquiera permiso, me apartó para entrar, se sentó a mi mesa y empezó a clicar en las diversas pestañas que había abierto.

—¿La Escuela de Bellas Artes Slade? Guau, eso es en Londres. ¡Tiene una pinta alucinante!

Me acerqué y me incliné sobre ella nerviosa.

—Es una de las mejores escuelas de arte del país.

—Estoy segurísima de que entrarás —dijo—. ¿Por qué no has empezado a rellenar aún la solicitud?

—Solo estaba mirando —le dije—. Ni siquiera tengo claro si voy a enviarla. Nunca conseguiré entrar. No creo que sea lo bastante buena.

Me miró como si de repente me hubiera crecido una segunda cabeza.

—Pero ¿qué dices? Pues claro que entrarás. ¡Eres la mejor de todo el instituto!

Ojalá yo tuviera la confianza de Wendy. Se muestra siempre tan segura de sí misma. Es tan brillante que en el futuro podrá estudiar lo que quiera. No sabía cómo decirle que yo no era tan valiente ni inteligente como ella. Los estudios de arte eran mi única opción, y la idea de exponerme al mundo para ser juzgada por los demás se me antojó de pronto demasiado agobiante, sobre todo cuando ya me juzgaban suficiente ahora. Solo de pensar que presento la solicitud y no me aceptan, y que esas cuatro lo descubren de algún modo…

Cuando vio cómo dudaba, Wendy suavizó el tono, se giró hacia mí y me cogió de las manos.

—Hey, solo tienes que mirar alrededor de este cuarto para ver el enorme talento que tienes.

Las paredes de mi habitación estaban decoradas con los cuadros que

pintaba en casa por placer. Aquí procuraba mantener un tono más ligero, pero aun así, mirando alrededor, se apreciaba claramente el contraste entre las pinturas que hacía con once o doce años y una que había completado solo unos meses atrás. Los cuadros que pintaba ahora eran mucho mejores —sin duda mi obra mejoraba con los años—, pero también más oscuros.

—Sé que has atravesado una época muy difícil —dijo de pronto Wendy, pillándome por sorpresa—. Pero ya ha pasado mucho tiempo desde que ocurrió todo aquello con… Julian y esas estúpidas chicas. Fuiste la mejor en las pruebas para el certificado general. Y también lo serás en los exámenes de nivel avanzado. Te mereces ir a la universidad de tus sueños y convertirte en la artista famosa que siempre has querido ser.

Clicó en el botón de «Iniciar solicitud» y empezó a rellenarla con mis datos.

—¡Wendy! —dije, pero no hice nada por intentar detenerla. Una de sus manos seguía sosteniendo la mía.

—Ahora ya no hay marcha atrás —dijo sonriendo, y me apretó la mano —. Te lo mereces, Poppy. ¡Te mereces ir a Londres y ser feliz!

—Mientras no me sigas y vayas tú también en un par de años —respondí riendo. Sentaba tan bien reír…

—¡Oye, que Londres es muy grande! —protestó Wendy sin dejar de sonreír—. Además, estarás demasiado ocupada con tus nuevos colegas londinenses y no tendrás tiempo para la tonta de tu hermanita.

De repente, al verla allí, ayudándome a rellenar mi solicitud, se me llenaron los ojos de lágrimas. Conseguí secármelas mientras ella me daba la espalda, pero entonces le di un gran abrazo.

—¿A qué ha venido eso? —dijo—. ¡Hey, que aún no te vas a la universidad! ¡Todavía te queda prácticamente un año de estar por aquí!

—Yo siempre tendré tiempo para la tonta de mi hermanita —dije—. Gracias, Wendy. Por creer en mí.

—Eso siempre. ¿Para qué están las hermanas si no?

Se levantó y, cuando vio que me sentaba y continuaba rellenando la solicitud, asintió con gesto satisfecho.

—¿Le digo a mamá que bajarás un poco más tarde?

—Sí, por favor.

Cuando se marchó, acabé de rellenar los datos. Y, una vez más, mis dedos vacilaron a la hora de pulsar el botón de «Enviar».

Era el momento de la verdad.

Puede que no tenga amigos. Puede que me dé media vuelta y salga huyendo cuando veo a Annabel, Chloe, Esther y Tanya viniendo por el pasillo hacia mí. Puede que me pase las noches escuchando música triste y dependiendo demasiado de un viejo trozo de espejo roto para que me ayude a sentir algo aparte de soledad.

Pero si algo tengo claro es que soy muy buena en arte. Y que me merezco conseguir una plaza en Slade.

Voy a marcharme de aquí y hacer realidad mis sueños.

Así que pulsé «Enviar».

Ahora solo es cuestión de esperar. También debo preparar un portafolio para mandárselo, pero eso será fácil. Tengo muchas pinturas entre las que escoger. Solo tengo que creer en mí misma.

Un par de días más tarde, el miércoles, se lo conté a toda la clase.

—¿Tú también has enviado una solicitud para Slade? —preguntó Ollie. Parecía un tanto enfadado.

—También es mi sueño —respondí. Y me sentí muy bien al decirlo en voz alta.

No me importó que, de camino a casa, un autobús cruzara por encima de un charco y me salpicara de barro la falda y las medias. Ni tampoco que, cómo no, en ese momento Annabel y Chloe pasaran por la acera de enfrente y estallaran en grandes carcajadas.

No me importó.

Nada consiguió borrar la gran sonrisa que tenía en la cara pensando en el futuro.

20 de marzo de 2013

Querido diario:

¡¡¡LO CONSEGUÍ!!! ¡¡¡HE ENTRADO EN SLADE!!!

No puedo creérmelo. De hecho, no puedo creerme que esté escribiendo esto.

Ayer recibí un correo diciéndome que mi solicitud de ingreso en la universidad había sido actualizada, pero no tenía ni idea de cómo iba a ser la cosa. Y entonces lo vi.

¡Una oferta de la Escuela de Bellas Artes Slade! Solo necesitaría un ABB en los exámenes de nivel avanzado, incluyendo una A en arte, y podría entrar en septiembre.

¡Yo! ¡Ya estoy en Slade!

Me daba mucho miedo escribirlo antes aquí, pero hace un mes ya pasé la preselección y me citaron para una entrevista. Estaba ATERRORIZADA. Mamá vino conmigo y tuve que hablar con toda esa gente superpija sobre mi arte y sobre lo que esperaba conseguir de mi experiencia en la universidad, e incluso me preguntaron por los artistas a los que conocía y admiraba. Me puse tan nerviosa que estaba segura de que lo había hecho fatal, así que no quise escribir nada en estas páginas por si acaso lo gafaba aún más. ¡Pero se ve que no lo hice tan mal! ¡¡¡Y ME HAN ACEPTADO!!!

Mamá, papá y Wendy se pusieron a gritar como locos cuando bajé corriendo y se lo conté.

—¡Lo sabía! —se jactó Wendy, dándome unas palmaditas en la espalda —. ¡Sabía que lo conseguirías! ¿Qué te dije? ¡Eres fabulosa!

—¡Estamos tan orgullosos de ti! —exclamó papá. ¡De hecho estaba llorando!—. ¡Esta noche vamos a celebrarlo!

Y eso hicimos. Y aunque era un día entre semana fuimos a cenar a ese restaurante supercarísimo del centro de la ciudad en el que nunca había estado antes, y papá y mamá nos dejaron a Wendy y a mí tomar una pequeñita copa de champán cuando brindamos por mi futuro. Me comí un filete enorme y estaba increíble, pero lo mejor de todo fue el gigantesco pedazo de tarta de queso que tomé de postre y que no compartí con nadie, ni siquiera con Wendy cuando se arrepintió de haber pedido el pastel de crema de chocolate y me suplicó cambiármelo por mi tarta.

Cuando fui al instituto al día siguiente, experimenté una sensación casi surrealista. Estaba vibrando por la emoción de contarles la noticia a la señorita Wersham y al resto de mis compañeros, pero conseguí aguantarme

hasta la clase de arte de la tarde. Y cuando estuvimos todos sentados, les dije que tenía algo que anunciar.

—¿De qué se trata, Poppy? —me preguntó la señorita Wersham con gesto expectante.

No pude esperar un segundo más.

—¡Me han aceptado en Slade! ¡Voy a ir a Londres para estudiar Arte y convertirme en una artista famosa!

—¡Oh, Poppy, eso es maravilloso! —exclamó la señorita Wersham.

El resto de mis compañeros también se mostraron de lo más impresionados y felices por mí.

—¡Qué increíble, Poppy!

—¡Guau, lo has conseguido!

—¡Londres! ¡Menuda suerte has tenido!

El único que no pareció especialmente contento fue Ollie. Sabía que él también había ido a hacer la entrevista a Slade. De hecho, lo habían preseleccionado antes que a mí, y me acuerdo de lo mal que me sentí cuando volvió alardeando de lo bien que le había ido. Estaba convencida de que todo había acabado para mí, pero entonces, al cabo de unos días, me llamaron para hacer la entrevista.

En cuanto me tranquilicé un poco y todos los demás se callaron, alargué una mano para cogerlo del brazo y tratar de confortarlo.

—No te preocupes, seguro que dentro de poco tú también recibes la oferta de ingreso.

Me miró con expresión enfurruñada y apartó el brazo.

—En realidad me contestaron hace un par de días. No me quieren allí. Han rechazado mi solicitud.

Me puse muy colorada y toda la clase guardó un silencio sepulcral.

—¿Por qué no nos lo contaste? —le preguntó Sally—. ¡Te habríamos ayudado a que te sintieras mejor!

—¡Pues claro! —añadió Jayla—. A mí ni siquiera me han llamado para la entrevista, así que no tienes de qué preocuparte.

Ollie se encogió de hombros, pero estaba tan colorado como yo.

—No me apeteció contarlo. Además, ¿a quién le importa entrar en Slade?

Pero yo sabía que sí le importaba. Cuando hablaba de ello se mostraba

tan entusiasmado como yo. Incluso habíamos comentado que podríamos compartir alojamiento para no sentirnos tan solos durante las primeras semanas. Era casi como si nos hubiéramos convertido en amigos de verdad.

Pero ahora eso ya no iba a pasar.

—Me dijeron que me pondrían en una lista de reserva por si alguien decidía abandonar o rechazaba la plaza. Pero ¿quién va a hacer eso?

Yo no, seguro. No conocía a nadie que estuviera dispuesto a renunciar a su plaza en Slade.

—Bueno, hay otras muchas universidades que estarán encantadas de tenerte —dijo la señorita Wersham—. Felicidades, Poppy. Y, Ollie, estoy convencida de que pronto encontrarás plaza en otro lugar y de que te gustará tanto como Slade. En ocasiones la primera opción no es siempre la mejor. A veces las cosas funcionan de formas misteriosas.

Pero yo sabía que esas palabras no le servirían de mucho. Tenía claro que, en su caso, yo estaría destrozada.

Después de clase, fui detrás de Ollie para hablar con él.

—¡Eh, Ollie! —lo llamé—. Siento mucho lo de antes. Si hubiera sabido que te habían rechazado, no lo habría anunciado así.

Pero él no estaba de humor. Se giró hacia mí, me fulminó con la mirada y prácticamente siseó entre dientes:

—¡Déjame, Poppy! Así solo consigues que me sienta peor. No quiero hablar con nadie y mucho menos contigo. ¡Vete!

Aquello me dolió, pero yo sabía que era porque él estaba dolido. Y también sabía por propia experiencia que estar a solas con uno mismo era de gran ayuda.

Pero no voy a dejar que eso empañe mi buen humor. ¡Voy a ir a Slade! De hecho, ya estoy alcanzando mi sueño.

¿Y sabes lo que hice cuando volví de la escuela?

La casa estaba vacía. Mamá y papá estaban todavía en el trabajo y Wendy tenía repaso después de clases. Fui directa a mi mesita de noche, saqué del cajón el trocito de espejo y, tras envolverlo con un pañuelo de papel, lo tiré en el cubo de la basura de debajo del fregadero.

Porque ya no lo necesitaba más.

Voy a intentar sacar el máximo provecho a estos últimos meses en casa y en la escuela. Soy consciente de que últimamente me he mostrado

bastante difícil, y malhumorada, y vale, aunque no ha sido del todo culpa mía, sé que necesito seguir adelante con mi vida. Annabel, Chloe, Esther y Tanya ya no podrán continuar haciéndome daño mucho más tiempo. Y podré librarme de ellas para siempre.

Mi portafolio de arte está quedando muy bien. Me estoy ciñendo a las normas y la señorita Wersham lo ha aprobado en su totalidad. El examen final para superar el nivel avanzado será en mayo; consiste en una prueba de nada menos que ocho horas de duración en la que debemos crear una obra completamente nueva, y entonces todo habrá acabado. Conseguiré la A que necesito en arte y podré marcharme de aquí. Por mucho que me guste hacerlo, no voy a correr riesgos. Lo haré todo como hay que hacerlo, y entonces podré escapar.

Es que aún no me lo creo. Mientras escribo esta entrada de diario, no puedo borrar de mi cara una gran sonrisa bobalicona.

Por fin las cosas empiezan a irme bien.

20

Annabel
21 de mayo de 2023

—Tiene que haber sido una de nosotras —dice Esther—. Lo ha hecho alguna de nosotras.

Tanya abre la boca para volver a protestar, pero la cierra. Todas empezamos a llegar a esa misma conclusión. No hay más opciones. Estamos en una isla privada en medio del océano, a muchos kilómetros de tierra firme. No hay nadie más aquí, y tampoco hay manera de marcharse hasta que Robin llegue mañana con el barco.

Me devano los sesos esforzándome por recordar lo sucedido la última noche, pero lo único que me vienen son algunas imágenes borrosas. ¿Cómo pudimos emborracharnos tanto? ¿En qué estábamos pensando? Supongo que en ahogar nuestras penas, después de todo lo que habíamos pasado. Qué error tan grande.

Pero también estuvimos hablando de lo que íbamos a hacerle a Poppy…

—Si alguna confiesa haber matado a Poppy, podríamos ayudarla a encubrirlo.

Todas nos giramos para mirar a Tanya.

—¿A qué te refieres con «encubrir»? —pregunta Chloe—. ¿Encubrir un asesinato?

Tanya alza el mentón, desafiante ante nuestra evidente repulsa.

—Podéis quedaros mirándome así todo lo que queráis. Pero sabéis que tiene sentido.

—¿Cómo diablos va a tener sentido? —exclama Esther—. Estás hablando de ocultar el hecho de que alguien ha sido asesinado. ¡Por alguna de nosotras!

—Bueno, a ti no se te da muy bien eso de ocultar cosas, ¿verdad que no, Esther? —replica Tanya—. Te encanta ir filtrando los secretos de los demás, aunque eso signifique que pierdan su trabajo.

El semblante de Esther se torna sombrío. Me mira y yo niego levemente con la cabeza, suplicándole que no lo diga.

Chloe se interpone entre las otras dos.

—Ahora no hay tiempo para esto. Escuchad, tal vez lo de encubrir el crimen no sea tan mala idea.

—¿Es que tienes que confesar algo, Chloe? —le pregunto. Suena más vehemente de lo que pretendía, y ella alza las manos a modo de rendición.

—¡Yo no he dicho eso! No fui yo. Pero estamos en una isla, y tenemos tiempo de limpiar la sangre. Podemos contarle a Robin que Poppy salió a nadar y ya no volvió.

Esther niega con la cabeza.

—Limpiar la sangre no es tan fácil como pensáis. No basta con restregarla y ya está. Siempre queda algo. ¿Y si realizan una investigación a fondo? El primer lugar donde buscarán es la casa principal, y entonces, oh, vaya, encontrarán toda esa sangre. Y quedaremos todas implicadas. Y se demostrará que hemos mentido.

—¿Y cómo explicamos lo del teléfono roto y las bengalas desaparecidas? —añado. Se trata de algo completamente demencial—. Por no mencionar el hecho de que en estos momentos, en Inglaterra, todo el mundo está siendo testigo de la venganza de Poppy contra nosotras.

Tanya respira hondo.

—¿Y entonces qué propones que hagamos, Annabel? Venga, en el instituto siempre fuiste el cerebro de nuestras pequeñas maquinaciones. Te ruego que nos ilumines sobre cómo deberíamos actuar en este caso.

—Tal vez Poppy siga aún en la isla —digo a la desesperada—. Puede que hayamos sacado conclusiones precipitadas.

—Ah, claro, después de perder toda esa sangre ha decidido levantarse y salir a dar un paseíto.

—¡Basta ya, Tanya! —Chloe empieza a caminar de aquí para allá

nerviosamente—. ¿Qué pasará cuando venga Robin? ¿Qué vamos a contarle?

—Quien sea que lo haya hecho va a tener que confesar. —Me aseguro de mirarlas a cada una a los ojos—. Todas estábamos furiosas con Poppy. Todas teníamos motivos para hacerle daño. Las demás entenderemos que lo hizo en un momento de locura. Pero va a tener que contar la verdad ahora.

—Pero es lo que tú dices —objeta Esther—. Todas estábamos furiosas con ella. Y por tanto todas somos sospechosas. ¿Por qué la persona que lo hizo iba a confesar ahora?

No doy crédito a lo que estoy oyendo. Esther me mira con una calma pasmosa y se encoge de hombros al ver mi expresión.

—Ya lo he dicho. Yo no lo he hecho.

Resulta terrible, pero no sé si creerla. Como tampoco creo a Tanya ni a Chloe, no tras la discusión que acabamos de mantener sobre si deberíamos encubrir todo el asunto. Mis tres mejores amigas, y no estoy segura de confiar en ninguna de ellas.

—¿Alguna se acuerda de lo que pasó anoche? —les pregunto—. ¿Alguna recuerda cuándo vio a Poppy por última vez?

Mientras lo estoy diciendo, me asalta un recuerdo. Estamos las cuatro sentadas alrededor del foso de la hoguera y Poppy regresa de su paseo. Había estado fuera durante horas. Nos dijo algo de que había estado tomando el sol, pero la ignoramos e hicimos como que no la oíamos. Entonces se encaminó hacia la casa principal, sin girarse siquiera para dar las buenas noches. Creo que alguna (¿Tanya?) le gritó algunos insultos y que todas nos echamos a reír.

Les cuento a las otras lo que acabo de recordar, pero me miran con expresión desconcertada.

—No, esa no fue la última vez —dice Chloe—. Volvió a salir luego, ¿no os acordáis? Se plantó ahí en la terraza y se quedó mirándonos.

¿De verdad hizo eso? Me esfuerzo por recordar, pero no me viene la imagen.

En cambio, las otras asienten enérgicamente.

—Sí, fue muy extraño —dice Esther—. Incluso teniendo en cuenta todo lo que había pasado.

—¿Y qué hay del resto de la noche? —pregunto—. Por ejemplo, ¿cuándo nos acostamos? ¿Alguna de vosotras oyó algo?

Todas niegan con la cabeza.

—No tengo ni idea. —Esther se cruza de brazos—. Pero me desperté y…

Se calla, y entonces le suelto:

—¿Y qué?

—No, nada. —Agita una mano hacia mí—. No me acuerdo de lo que iba a decir.

—¿De verdad que ninguna nos acordamos de nada? —Me resulta de lo más sospechoso, no puedo evitarlo—. ¿Nos emborrachamos tanto que perdimos el sentido y nos hemos despertado sin tener ni idea de lo que pasó?

—Es realmente extraño —conviene Tanya.

—La ginebra —dice de pronto Chloe—. ¿Y si fue la ginebra?

Esther frunce el ceño.

—¿Crees que Poppy nos puso droga en la bebida o algo así?

—Ella no bebió. Solo nosotras. Era nuestro premio, ¿no os acordáis?

Mierda. El rostro se nos transforma al caer en la cuenta.

—Pero ¿por qué? —pregunta Tanya.

Oh, Dios. Pensándolo ahora, me acuerdo de que la ginebra sabía un poco amarga, de que todas nos quejamos de que no era tan buena como para ser considerada un gran premio. Pero aun así nos la bebimos, chupito a chupito, hasta que no quedó ni una gota en la botella. ¿Y si la ginebra sabía amarga porque Poppy le había puesto algo?

—Poppy dijo que la cosa no había acabado aún, que había más —dice Esther—. Tal vez planeara hacernos algo hoy mientras estamos hechas polvo, o tal vez fuera a hacernos algo anoche mientras estábamos totalmente idas.

—Puede que sea eso —dice Chloe—. Puede que fuera a hacerle algo a alguien, entrara en una de las cabañas, y entonces ese alguien la sorprendió y… y la mató.

Todas asimilamos sus palabras en silencio.

Pero Tanya niega con la cabeza.

—No. Poppy estaba en su habitación. No en ninguna de las nuestras. Alguien tuvo que ir a por ella deliberadamente.

—¿Y tan malo es eso?

Las demás no sabemos cómo reaccionar ante la pregunta de Chloe.

Ella se encoge de hombros.

—Solo digo que todas queríamos verla muerta por lo que nos hizo, ¿no? Y todas queríamos vengarnos.

—Puede que lo hiciéramos entre todas y no nos acordemos —dice Tanya.

—¿A alguna le entristece de veras que haya muerto? —pregunta Chloe.

Santo Dios… Me pongo enferma solo de verle la cara, y esto me da otra excusa para demostrarle el asco que siento por ella.

—Una cosa es hablar de vengarnos, y otra muy distinta llevarlo a cabo.

—A mí no me da pena que haya muerto —replica Esther—. Si acaso, brindaría por ello. Y quienquiera que lo haya hecho se merece una medalla.

Maldita sea. Esto resultaría mucho más fácil si confiara en ellas, pero no es así.

—Mirad, vamos a… —Miro alrededor de la cocina con aire desesperado, luego digo en tono resuelto—: Vamos a salir un rato fuera, nos tranquilizamos un poco y ya lo decidiremos todo más tarde.

Una parte de mí espera que me lo discutan, pero me sorprende cuando se limitan a asentir, compartiendo mi opinión.

Cuando salimos de la casa, nos dividimos en parejas: Esther y yo delante, Tanya y Chloe detrás. Caminando junto a Esther, puedo oír su respiración entrecortada.

—¿Estás bien? —le pregunto, y al momento pongo una mueca—. Qué pregunta más tonta.

Ella no me mira, pero me coge del brazo y me da un breve apretón.

—Esto es de locos, ¿verdad?

—¿En serio piensas que deberíamos alegrarnos de que ya no esté?

Esther se inclina hacia mí y señala con un leve giro del cuello hacia atrás, a Tanya y Chloe, que han aminorado el paso. También tienen

las cabezas muy juntas y cuchichean entre ellas.

—No puedo creerme que esas dos quieran encubrir lo ocurrido. ¿No te parece sospechoso?

Puedo intuir cómo se están trazando ya las líneas del campo de batalla, nosotras contra ellas.

—Quizá también… lo hagan por nosotras.

Esther suelta un pequeño bufido.

—Lo que yo digo es que de momento deberíamos seguirles la corriente en lo que proponen. Y luego ya veremos qué hacer a partir de ahí.

Llegamos a la zona de césped, con la casa cerniéndose a nuestra espalda. El lugar ya no se ve tan pintoresco como al principio, ya no parece salido de una postal. Hay restos de las pasadas noches esparcidos por doquier, globos desinflados y hasta un charco de vómito en la terraza. Una de las pancartas de felicitación para Poppy se ha soltado de un lado y ahora cuelga lánguidamente. No obstante, nada en este lugar transmite un espíritu de celebración. Si acaso, el paisaje parece saber que, a pesar del abrasador clima paradisiaco, aquí ha ocurrido algo espantoso. Todo se ve tan brillante, tan colorido, como una repulsiva mascarada de una ocasión feliz.

Mientras contemplamos la escena, Esther me pasa un brazo por la cintura y acerca su boca a mi oreja.

—Recuerda que me lo debes, Annabel. Que no se te metan ideas estúpidas en la cabeza.

Siento cómo me atenaza el miedo.

—Esto no tiene nada que ver con eso.

—Aun así. —Esther me suelta y trata de sonreír, pero sus labios se crispan en las comisuras y puedo percibir lo nerviosa que está—. Si las cosas empiezan a ponerse feas, tú y yo debemos estar unidas.

—Las cosas ya se han puesto feas.

Pero para entonces Tanya y Chloe ya nos han alcanzado, y Esther se aleja diciendo:

—Voy a ir a correr un poco. No puedo pensar así.

—Y yo necesito darme una ducha —digo, pasándome una mano por la frente y notando solo sudor—. Volveré en unos diez minutos.

Tanya y Chloe se encaminan hacia la terraza, pero también parecen mostrar cierto recelo entre ellas. La casa principal sigue alzándose como una presencia inquietante. Esa puerta cerrada, saber lo que se esconde tras ella, invade todos nuestros pensamientos.

Después de ducharme, me dirijo de vuelta a la terraza. Tanya y Chloe ya han puesto la mesa para comer. Sin embargo, en vez de estar una enfrente de la otra, se sientan muy juntas, hablando con semblante serio.

Sé que no debería hacerlo. Ya ha habido bastantes secretos entre nosotras, algo de lo que yo tampoco me libro. Pero me quedo parada donde estoy, oculta entre las sombras de los árboles del sendero, y escucho lo que dicen.

—Puede que tengas razón —está diciendo Tanya. Se la ve más calmada.

Todavía estoy en shock después de enterarme de que lleva dos años consumiendo drogas. Han sido tantas las revelaciones, tantas las cosas de las que no tenía ni idea.

Chloe parece más asustada. Mira hacia atrás y por un momento creo que me ha visto. Me quedo petrificada, pero entonces vuelve a girarse y sigue hablando.

—Es el único modo.

—No te preocupes. Estaremos unidas en esto.

Es tan parecido a lo que me ha dicho Esther.

Estamos trazando líneas en la arena, forjando alianzas.

—¡Hey, chicas! —grito para revelar mi presencia.

Se separan rápidamente, con una expresión culpable en el rostro.

Si no fuera porque Poppy me ha abierto los ojos sobre lo zorra y manipuladora que es Chloe, quizá ahora yo sería la primera en estar celebrando lo ocurrido. Brindaríamos por habernos librado de ella, confesaríamos quién lo ha hecho y urdiríamos un plan para que su muerte parezca un accidente, una desaparición misteriosa. Nos encubriríamos entre nosotras y viviríamos felices para siempre.

Pero no puedo hacerlo.

Me dan ganas de decirles que no me importa nada. Haced vuestras alianzas.

No confío en ninguna de vosotras.

21

Chloe
21 de mayo de 2023

Mirad, a fin de cuentas, Poppy se lo merecía.

¿Se merecía morir de una forma tan brutal y sangrienta? Bueno, tal vez no de esa manera tan violenta. Por Dios, tampoco soy un monstruo. Aunque después de todo lo que nos ha hecho, debería habérselo visto venir. Bueno, quién fue a hablar de correr riesgos… Pero resulta que ahora es ella la que está muerta. Y podría haberlo hecho cualquiera de nosotras. Todas teníamos nuestros motivos.

No podía creerme que no todas estuviéramos de acuerdo en lo de encubrir el asunto. ¿A quién le importa realmente lo que le haya pasado a Poppy, sobre todo después de lo que nos ha hecho? Pero no, ella tuvo que revelarle a Annabel que Andrew la engañaba conmigo. Y luego Esther va y le suelta a Tanya que fue ella quien la delató y la ha dejado sin trabajo desde hace meses. Así que ahora Annabel me odia y Tanya odia a Esther. No creo que las cuatro vayamos a trabajar como un equipo muy unido.

Lo que significa que tendré que mirar por mí y solo por mí, por mucho que Tanya quiera aliarse conmigo. Lo siento, nena. Primero yo y después yo. Y si no vamos a encubrir el crimen, tengo que asegurarme de que no soy yo la que acaba pagando el pato. Mi vida ya se ha jodido bastante por ese estúpido vídeo que grabó Poppy, aunque estoy convencida de que para cuando vuelva a casa ya habrá pasado lo peor. (De verdad, la gente está tan susceptible últimamente, es tan patético). Así que no pienso dejar que me hagan cargar también con esto, de ningún modo.

Alego que tengo un terrible dolor de cabeza y dejo a Annabel y a

Tanya en la mesa, diciendo que voy a acostarme.

No es verdad.

Voy a emprender mi propia búsqueda del tesoro. Es hora de descubrir qué os traéis entre manos, chicas, y espero encontrar algo que me permita salir bien parada de todo esto. Me dirijo primero a la cabaña de Annabel.

Su habitación es un desastre, algo impropio de ella. La ropa está tirada por el suelo y todos los cajones abiertos. Es muy raro, como si alguien antes que yo hubiera estado buscando algo. Annabel había venido poco antes a ducharse: ¿habría buscado algo entonces? ¿O se habría estado asegurando de que ese algo estuviera bien escondido? Reviso algunos de los cajones abiertos, pero aparte de ropa interior y calcetines no veo nada que sea de mucho interés. Sigo alucinada con la altísima calidad y el elevado precio de sus prendas. Todas tienen la etiqueta de un diseñador de primera, algo que no está al alcance de un ama de casa, por mucho que ella finja que Andrew le da una generosa cantidad para sus gastos. Esto me desconcierta totalmente, pero no tiene nada que ver con Poppy, así que prosigo con la búsqueda. Llego incluso a pasar la mano por debajo de las almohadas de la cama: nada.

Estoy a punto de marcharme cuando algo me dice que mire también en el cuarto de baño. Dentro hace mucho calor y hay una toalla tirada en el suelo. Cuando la piso, noto algo debajo.

El espejo roto de la búsqueda del tesoro.

¿Por qué está aquí?

Y lo que es peor: los fragmentos de cristal que quedaban han desaparecido. ¿Los habrán utilizado para acuchillar a Poppy?

Dejo de nuevo el espejo en el suelo y vuelvo a cubrirlo con la toalla. Luego me apresuro a salir.

No es suficiente. No he encontrado nada concluyente. Quizá Poppy también pisó el espejo sin querer y luego tiró esos fragmentos afilados en alguna papelera. No hago más que pensar tonterías.

Cuando llego a la cabaña de Esther, llamo primero a la puerta por si ya ha regresado de correr.

—¿Esther? —digo asomando la cabeza.

Pero no hay nadie, y la habitación está en condiciones mucho mejores que la de Annabel. Incluso la ropa que iba a ponerse ese día, antes de que descubriéramos lo de Poppy, se encuentra pulcramente doblada sobre la cama. Las ventanas están abiertas, lo cual me recuerda mi maquillaje destrozado.

Mientras registro la habitación, empiezan a asaltarme las dudas. ¿Qué estoy haciendo? ¿Qué estoy buscando, el arma del crimen? ¿El cuerpo de Poppy, escondido bajo la cama? Y si lo encuentro, entonces ¿qué?

Cuando abro el cajón de abajo de la cómoda, descubro el pintalabios de la búsqueda del tesoro. Le falta el capuchón y la barra está medio aplastada, con restos de carmín manchando la madera del fondo.

¿Qué coño está pasando aquí?

—¿Qué crees que estás haciendo?

La voz de Esther me sobresalta, y del susto casi me caigo en el sitio donde estoy agachada. Me incorporo rápidamente y me enfrento a su mirada acusadora.

—Eso mismo podría preguntarte yo —afirmo desafiante, alzando el mentón para mostrarle que no le tengo miedo—. ¿Qué hace ese pintalabios en tu cajón? ¿A qué estás jugando?

—¿Te cuelas en mi habitación y eres tú la que me interroga? —Avanza unos pasos. Por un momento pienso que va a abalanzarse contra mí y levanto las manos en actitud defensiva.

Ella se queda perpleja.

—Vaya, Chloe. Me tienes miedo, ¿verdad? —Se sienta en el borde de la cama y empieza a quitarse las zapatillas de correr—. ¿Por eso estás aquí? ¿Piensas que yo maté a Poppy?

—¡No! No lo sé. —Saco el pintalabios del cajón y lo arrojo sobre la cama. Es un objeto de lo más sórdido, un repugnante recordatorio de cómo engañamos a Poppy para que creyera que le gustaba a Julian. Y así, con la barra expuesta y machacada sobre la cama, ofrece una imagen aún más repulsiva—. ¿Por qué estaba esto en tu cajón?

Esther parece dolida. Se desata la coleta, dejando que el pelo le caiga suelto, y se rasca el cuero cabelludo.

—Va a sonar peor si te cuento la verdad.

—¿Qué quieres decir? —Ahora estoy aún más nerviosa. ¿Me castañetean los dientes? Aprieto la mandíbula para que Esther no lo note.

—Cuando me desperté tenía la palabra «puta» escrita en el vientre. Y el pintalabios estaba tirado en el suelo al lado de la cama.

El estupor vuelve a desencajarme la mandíbula.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—No lo sé. —Pero mientras lo está diciendo, la cara se le ilumina—. Espera, me estoy acordando de algo. Anoche, cuando estábamos tan borrachas, pusimos todos los objetos de la búsqueda del tesoro sobre la mesa. Y empezamos a hacer el tonto con ellos.

Eso hace destellar un recuerdo fugaz en mi memoria. Yo estaba haciendo algo con el envase de Capri-Sun, fingiendo que lo apretaba para derramar todo el zumo sobre Tanya. Entonces… ¿Annabel tenía el espejo roto? ¿Por eso había acabado en su cuarto de baño? ¿Y Tanya tenía el sombrerito de cumpleaños? Tengo un vago recuerdo de ella poniéndomelo y soltando la gomita contra mi barbilla. ¿Fue así como me hice esos pequeños rasguños? Y luego Esther…, estábamos tonteando con el pintalabios, pintándonos, poniendo morritos. ¿Escribió alguna de nosotras la palabra en el vientre de Esther?

Me pregunto qué habrá pasado con aquel grotesco lienzo, el símbolo que representaba lo peor que le hicimos a Poppy.

—Creo que yo también me acuerdo —digo en tono cauteloso—. Pero ¿por qué no nos lo contaste esta mañana?

—Pensé que se trataba solo de tonterías de borrachera. De algún juego estúpido. Y luego las cosas empezaron a complicarse.

Pues claro. Comienzo a tranquilizarme. No hago más que sacar conclusiones precipitadas.

—¿Y tú qué? —me pregunta entornando los ojos.

—¿Cómo?

—Colándote así para fisgar en mi habitación. —Chasquea la lengua emitiendo unos ruiditos de reprobación—. Estoy muy decepcionada contigo, Chloe. No puedo creer que dudaras de mí.

—No eres solo tú. —De pronto, estoy ansiosa por obtener su

aprobación. La sensata y fiable Esther. Ella me ayudará. Annabel me odia, y Tanya no es nada de fiar. Nadie creerá a una fracasada drogadicta cuando llegue el momento de que nos interrogue la policía. Tengo que escoger muy bien mis alianzas—. También he registrado la habitación de Annabel. Y ahora iba a ir a la de Tanya. Vente conmigo.

—Pensaba que Tanya y tú erais amiguitas —dice.

Mierda. ¿Acaso ha oído lo que he hablado con ella?

Me echo a reír, pero la risa suena forzada hasta para mí.

—Todas somos amigas, ¿no?

—¿Crees que esto es real? —me pregunta, obviando mi comentario.

—¿A qué te refieres?

—Todo esto. La sangre, la desaparición de Poppy. —Se rodea el cuerpo con los brazos—. Intento convencerme de que aparecerá en cualquier momento y nos dirá que todo ha sido un juego, pero cada vez me parece menos probable.

—Había demasiada sangre —digo.

Y todas queríamos que muriera. Todas teníamos un motivo para matarla.

Esther suelta un suspiro.

—Voy a cambiarme de ropa. Nos vemos en la cabaña de Tanya.

Sigue evitando mi comentario de que todas somos amigas, pero de nada serviría presionarla. Salgo a toda prisa y me dirijo a la cabaña de Tanya. Vuelvo a llamar antes de entrar.

Las cortinas están echadas. Enciendo la luz, pero la bombilla chisporrotea un momento y luego se apaga. Dejo escapar un pequeño suspiro y me acerco para descorrer las cortinas. Y entonces me pego el susto de mi vida.

En la ventana de Tanya, que da a una espesa arboleda y es un lugar por el que ninguna de nosotras pasaría, hay una gran salpicadura de sangre.

La abro rápidamente y me asomo todo lo que puedo para ver el suelo de debajo.

No hay nada. Ningún cuerpo, que es lo primero que he pensado con el corazón latiéndome a mil por hora, pero tampoco hay más sangre.

Registro con manos temblorosas la habitación. No encuentro nada.

Estoy a punto de marcharme cuando la puerta se abre y entra Esther.

—Joder, Chloe, parece que hayas visto un fantasma. ¿Qué pasa?

—Hay sangre en la ventana de Tanya.

—¿Qué? —exclama Esther con voz ahogada. Se acerca a toda prisa hacia donde le señalo y luego retrocede tambaleándose con las manos en la cabeza—. ¡Santo Dios!

—¿Qué vamos a hacer ahora? —¿Está mal que sienta una descarga de excitación recorriéndome todo el cuerpo? ¿Que tenga la sensación de que por fin he dado con algo?

—Siéntate. —Esther cree que estoy temblando de miedo—. Parece que te vas a desmayar.

Me dejo caer sobre la cama, regodeándome en mi papel de damisela asustada, pero entonces noto algo raro.

Hay algo debajo del colchón. El peso está mal repartido, lo que debería ser una superficie plana se eleva en el extremo donde estoy y, aunque me he sentado en la punta, estoy más alta que el resto de la cama. Esther también se da cuenta.

—Mierda. —Me levanto y entre las dos movemos el colchón hasta dejar el somier al descubierto.

Hay un revoltijo de sábanas.

Y entonces me acuerdo de lo que hablamos Tanya y yo no hará ni siquiera una hora, cuando volvíamos juntas de la playa mientras Esther y Annabel iban delante de nosotras, enfrascadas sin duda en su propia conversación.

—Nos lo debemos, tú y yo —me dijo Tanya en voz muy baja y en cierto modo amenazante—. Debes tenerlo muy en cuenta.

—Nosotras somos inocentes —le contesté—, así que no tienes nada de que preocuparte, ¿vale?

—Vale —dijo ella enlazando su brazo con el mío—. Pero nosotras estamos más unidas que Esther y Annabel, ¿verdad? Y nos apoyaremos la una a la otra, sobre todo cuando mañana llegue la policía.

—Pues claro.

—Piensa que todas vamos a ser sospechosas. Así que será mejor que

nos pongamos de acuerdo cuanto antes sobre lo que vamos a decir acerca de lo que pasó anoche. ¿Y si contamos que tú y yo vimos cómo la otra se iba a la cama, pero que no sabemos cuándo se acostaron las otras dos?

—De acuerdo.

Oh, Tanya, Tanya… Buen intento.

Esther y yo desplegamos las sábanas en silencio. Evitamos mirarnos, pero puedo oír su respiración jadeante, sin tener muy claro si es un signo de nerviosismo o de excitación.

Hay dos sábanas embrolladas en el amasijo. Al desenrollar la primera, vemos que la segunda está manchada de sangre.

Por un momento, y sin poder evitarlo, me entra el pánico.

—Quizá deberíamos fingir que no lo hemos visto. No sé en lo que estaba pensando, colándome así en las habitaciones de las demás. Ha sido una equivocación.

Esther se me queda mirando atónita.

—¡Ahora ya es muy tarde para eso! Tú me has arrastrado a esto. Y tampoco podemos dejarlo así, porque entonces Tanya sabrá que hemos estado aquí. Y además está la sangre de la ventana.

Sé que tiene razón, pero ahora todo se ha vuelto aterradoramente real.

—Muy bien —digo.

En un arranque de valentía, despliego la segunda sábana, obligándome a no vomitar al sentir el olor.

Y en el centro, como el premio final del juego de pasarse el paquete, hay un cuchillo ensangrentado.

22

Tanya
21 de mayo de 2023

Antes de saber siquiera lo que está pasando, las veo viniendo hacia mí, vociferando y gritando mi nombre mientras se acercan por la playa. Llevan algo en las manos; Esther trae lo que parecen ser unas sábanas y Chloe sujeta… ¿un cuchillo?

Me incorporo y me siento en la tumbona. ¿De qué coño va todo esto?

Annabel también se sienta y el desconcierto de su rostro se transforma en horror al ver a Esther y Chloe, que ya están llegando a donde estamos.

Se trata, en efecto, de un cuchillo. Con la hoja cubierta de sangre, espesa y seca.

¿Qué está haciendo Chloe con un cuchillo?

Por un momento pienso que ella y Esther vienen a matarnos a las dos y me levanto frenéticamente, dispuesta a presentar batalla.

—¡Con razón querías que lo encubriéramos todo! —declara a gritos Chloe, como si eso significara algo.

Annabel se planta a mi lado, todavía anonadada.

—¿De dónde has sacado ese cuchillo?

Chloe me señala con un dedo.

—Tanya lo tenía escondido debajo de la cama, entre el colchón y el somier.

Esther, convertida al parecer en su magnífica ayudante, despliega la sábana que sostiene para revelar en el centro una gran mancha de sangre. Pero aquí junto al mar el viento es más fuerte, y se la arranca de las manos antes de que pueda hacer nada por evitarlo. La vemos

salir volando por los aires hasta caer en el agua, donde se queda flotando a merced de la marea.

Pero no importa. Todas hemos visto la sangre antes de que el viento le arrebatara la sábana.

Y el cuchillo sigue todavía en la mano de Chloe.

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando —digo, tratando de mantener la calma—. ¿Por qué iba a esconder eso debajo de mi cama? Sería un tanto estúpido, ¿no crees? Y, además, ¿qué estabais haciendo en mi habitación? Creía que habíamos llegado a un acuerdo.

Mientras digo esto miro a Chloe, pero ella me sigue fulminando con la mirada sin mostrar el menor arrepentimiento.

—Chloe estaba buscando en todas las habitaciones —interviene Esther—. La sorprendí registrando la mía, así que le dije que la ayudaría a buscar en las vuestras.

—Cómo no. —Tengo que contenerme para no abofetearla.

—Un momento. —Annabel frunce el ceño—. ¿Habéis registrado mi habitación? ¿Para qué?

Chloe se ruboriza un poco pero no da su brazo a torcer, convencida de haber hecho lo correcto.

—Solo quería ver si podía averiguar algo sobre lo que ha pasado. Si podía encontrar algo.

—¿Cómo te atreves a fisgonear en mi habitación después de todo lo que me has hecho? —le suelta Annabel—. ¡No sé cómo puedes tener tanta cara!

—¿Y por qué te preocupa tanto todo esto? —le pregunto a Chloe—. ¿Desde cuándo eres la fan número uno de Poppy Greer?

—¡No tiene que caerte bien alguien para que te preocupe que haya muerto!

—Creo que solo querías asegurarte de que no te cargaran la culpa a ti —replico, y por la cara que pone sé que he dado en el clavo—. ¡Lo sabía! Siempre has sido una zorra egoísta.

—¡Estás tratando de darle la vuelta a todo en mi contra! Tú eres la que tenía el cuchillo en su habitación.

—¿Y qué hay de tu cuarto? ¿Lo habéis registrado?

—Bueno, obviamente no.

—Obviamente no —repito con una sonrisilla—. A mí no me parece que haya sido un registro muy imparcial. ¿Cómo sé que realmente habéis encontrado el cuchillo en mi cabaña?

—Yo también estaba allí —dice Esther—. Y lo vi todo. Así que deja de intentar cambiar de tema.

—¿Y cuál es el tema, Esther? —Ahora ya no intento disimular mi ira y respondo con voz seca y cortante—. ¿Que anoche maté a Poppy sin que nadie se enterara y luego tuve la maravillosa idea de esconder el arma del crimen en mi propia habitación?

—Ninguna de nosotras podría haberlo escondido anoche en tu cuarto —prosigue ella—. Deja ya de inventar excusas.

—¿Así que tuve tiempo de tirar el cuerpo de Poppy al mar, pero no el arma del crimen? —No puedo por menos que reírme ante la ridícula naturaleza de sus acusaciones—. Ah, claro, eso tiene mucho sentido.

Para mi inmensa satisfacción, la duda empieza a asomar al semblante de Annabel.

En cambio, Esther parece más segura.

—Tal vez no arrojaste su cuerpo al mar. Quizá sigue aún en la isla. Había sangre en tu ventana. Podrías haberla sacado por ahí para llevarla a algún lugar.

¿Sangre en mi ventana? Una complicación.

Annabel se ha ido apartando de mí y ahora está más cerca de Chloe y Esther.

—¿Os dais cuenta de lo absurdos que suenan vuestros argumentos? —replico—. ¿Me estáis acusando de haber matado a Poppy? ¿En serio?

—Bueno, alguna de nosotras lo ha hecho —afirma Chloe—, como no hemos parado de decir todo el tiempo.

—Pues yo no he sido. Estáis señalando a la persona equivocada.

—Tú eres la que tenía más motivos para hacerlo. —Esther casi parece estar disfrutando. Es muy raro. Nunca la he visto comportarse así antes—. Al fin y al cabo, tú eras la íntima amiga de Poppy. Desde muy pequeñas. Tenía más razones para odiarte que al resto. Y tú tenías más motivos que nadie para odiarla, ya que reveló ante todo el mundo tu problema con las drogas.

Esto parece convencer a Annabel, que asiente lentamente con la cabeza.

—Y con tu problema de drogadicción, los síntomas del mono pueden ser muy malos. Puede que la acuchillaras en un momento de enajenación, que cometieras un terrible error.

Soy consciente de que, desde que esto ha salido a la luz, me miran de forma muy distinta. Pobre Tanya, adicta a las drogas. Siempre el alma de la fiesta, hasta que la fiesta la ha corrompido. Sin trabajo, sin pareja, casi sin dinero porque me lo he gastado todo en cocaína y alcohol o simplemente pasándolo bien, y los ahorros que pudiera tener se han consumido con rapidez. Y ya no hay manera de recuperar nada de eso, porque ahora todo el mundo sabe en qué se ha convertido mi vida.

Y todo por culpa de Poppy.

Sí, estaba muy enfadada. Vale, enfadada es decir poco. Furiosa. Incandescente de ira. Y, por supuesto, de los nervios por el mono de cocaína. ¿Quién no lo estaría después de haber consumido prácticamente a diario durante los dos últimos años?

Así que, si anoche hubiera tenido la oportunidad, ¿habría matado a Poppy? ¿Después de todo lo que me hizo?

Tal vez. Pero las otras no tienen por qué saberlo.

—Está bien, Tanya —dice Chloe—. Lo entiendo. Todas estábamos muy enfadadas. Tú solo cuéntanos lo que pasó y podremos seguir a partir de ahí.

—Déjame decirlo una vez más, para que quede bien claro de una vez por todas. Yo. No. Maté. A. Poppy. Y punto.

Esther suelta un suspiro.

—Te hemos pillado con las manos en la masa. Eres patética.

—No, vosotras sois patéticas. Una de vosotras lo ha hecho, ¡e intentáis cargarme la culpa a mí!

Annabel le coge el cuchillo a Chloe y se lo queda mirando con expresión sobrecogida. Es uno de esos cuchillos de cocina grandes, de los que salen siempre en las películas de terror. Casi espero que en cualquier momento el director grite «¡Corten!» y todas nos echemos a reír por lo realista que ha quedado la escena.

Hace mucho tiempo quise ser actriz. Era mi sueño de pequeña. Fui una de esas horribles niñas artistas que se entusiasmaba hablando de poetas y dramaturgos y que se creía algo. En las funciones escolares siempre interpretaba el papel protagonista. Incluso me presenté a montones de audiciones para obras de teatro y series de televisión.

Nunca me llamaron.

«No resultas convincente —me dijeron una vez—. No me creo tu dolor».

Me pregunto si se lo creerían ahora.

—Tanya, por favor… —dice Annabel—. Vamos a poner fin ya a este espantoso día. Cuéntanoslo y ya está.

—Annabel, ¿de verdad te vas a creer tú lo que diga Chloe? ¿En serio?

Consigo la reacción que esperaba. Annabel mira a Chloe y frunce el ceño.

—No la escuches —dice esta.

—¡Se ha estado acostando con Andrew! —insisto—. ¿Cómo te atreves a darle siquiera la hora?

En ese momento, Chloe sonríe.

—Qué extraño que estés dispuesta a contar esto ahora, pero no antes.

Mierda.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Annabel.

—Tanya lo sabía —responde Chloe—. Tanya sabía que tenía una aventura con tu marido. Lo sabe desde hace prácticamente un año y no te ha dicho ni una palabra.

Lo descubrí por casualidad. El verano pasado, Annabel me pidió prestada una chaqueta para un evento y no me la devolvió. Y cuando le hablaba del tema no se daba por aludida, alegando que no se acordaba de que eso hubiera ocurrido. Así que cuando me enteré de que pasaría el fin de semana fuera por una boda familiar, decidí ir a su casa y pedírsela a Andrew.

Lo que no había previsto es que el coche de Chloe estuviera en el camino de entrada. Y que al parecer estuvieran esperando una entrega de comida, porque cuando abrieron la puerta, medio desnudos, me

encontraron a mí en vez de al repartidor.

Y durante todo este tiempo he guardado el secreto.

Annabel se queda paralizada durante unos segundos, agarrando con fuerza el cuchillo. Quizá no haya sido muy buena idea contárselo mientras sostiene literalmente en su mano el arma de un crimen. Chloe parece pensar lo mismo, porque retrocede alzando las manos en señal de rendición.

Pero Annabel se aparta de ella para plantarse frente a mí. Está tranquila. Me pregunto qué corrientes se arremolinan bajo la superficie.

—¿Es verdad lo que dice Chloe? —murmura.

—Pues claro que no —responde Esther—. Eso es absurdo.

—No te he preguntado a ti. —La voz de Annabel es puro veneno—. Le estoy preguntando a Tanya.

Detrás de ella, Chloe sonríe con aire triunfal. La muy zorra… Lo tenía todo planeado.

—Mira… —digo tratando de ganar tiempo—. No ha sido fácil. Quería contártelo. Pero solo intentaba protegerte, Annabel. Como acabas de descubrir, yo estaba muy jodida con mis propios problemas. Estaba sumida en mi propio caos. Pero no paraba de decirle a Chloe que pusiera fin a la historia.

—¡No me lo puedo creer! —grita de pronto Annabel—. ¿Tú también? Una cosa es que Andrew se cepille a cualquier rubia que se le ponga a tiro, y otra muy distinta es que se tire a esa Barbie descerebrada que supuestamente es una de mis mejores amigas. ¡Pero lo que ya es el colmo es que mi otra mejor amiga lo haya sabido todo este tiempo y no me lo haya contado! Es que no doy crédito.

—Lo siento… —Trato de tocarle el brazo, pero ella se aparta bruscamente.

—No os soporto a ninguna de las tres —dice secamente—. No quiero que os acerquéis a mí.

—¡Annabel!

Mientras se aleja a grandes zancadas por la playa, Annabel responde a la llamada de Esther haciéndole una peineta.

—¡No te atrevas a hacerme eso! —le chilla Esther—. O hay algunas

cosas que he mantenido en secreto que también saldrán a la luz. ¡Annabel! ¡Vuelve!

A pesar de la amenaza, ella sigue caminando sin volverse a mirarnos ni una sola vez. Pronto no es más que una figura apenas visible en la distancia.

—¿Qué secretos guardas, Esther? —pregunta Chloe—. ¿Tal vez secretos mortales?

—Cierra el pico, Chloe —le digo—. Ahora nunca va a perdonarme.

—Pues bienvenida al club —masculla ella.

Esther se interpone entre nosotras.

—¡Basta! ¡Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos ahora que de la estúpida aventura de Chloe con Andrew! ¡Está ese cuchillo, manchado con la sangre de Poppy!

—¡Oh, por Dios santo!

—Ahora tienes que volver a la cabaña y no salir de tu cuarto —me ordena Esther.

Aunque lo dice muy seria, la frase suena un tanto cómica, poco apropiada en el contexto.

—Tú no eres mi madre.

—Lo diré con otras palabras —responde muy bajo, con una voz que nunca le había oído antes—. O vas a tu habitación y te quedas allí por las buenas, o ya me encargaré yo de que lo hagas.

Me dan ganas de plantarle cara, pero hay un brillo salvaje en sus ojos que no me gusta nada. Incluso Chloe se la queda mirando, sin duda atemorizada por esta nueva Esther que ha surgido como de la nada.

¿O esa faceta suya siempre ha estado oculta ahí?

Después de todo, ella fue quien ideó el plan de Julian. Recuerdo que en su momento me sorprendió el hecho de que pudiera maquinar algo tan perverso.

Le está saliendo un moratón en el ojo izquierdo. Y otro rodeándole el cuello.

¿Son marcas de que alguien ha intentado estrangularla?

¿Quién haría algo así, salvo alguien que tratara de escapar de una agresión? ¿Utilizando todas las fuerzas que le quedaran?

Chloe y Esther me conducen de vuelta a la cabaña como si fueran mis guardaespaldas, cada una a un lado. Puedo notar cómo Chloe sigue hirviendo de furia, pero no es ella la que me preocupa. Esther irradia una frialdad inquietante, y cuando me dejan a solas en mi habitación me sorprendo soltando un suspiro de alivio al verme lejos de ella.

Creen que ya han resuelto todo el asunto, pero están muy equivocadas.

Si acaso, lo han empeorado.

Porque ahora todas estamos enfrentadas unas contra otras. Yo fui la que quiso que viniéramos todas para hacer frente finalmente a nuestro pasado. No quería que las cosas acabaran de este modo. Pero si van a comportarse de este modo, pues que así sea. Que se estrellen ellas solitas. Es lo que se merecen.

Al cabo de una hora o así, llaman a la puerta.

—Adelante —grito desde mi cama. No pienso levantarme por ellas. Si han venido a disculparse o a lanzar más acusaciones contra mí, que lo hagan. De todos modos, van a acabar todas en el infierno.

Quienquiera que sea entra en silencio y cierra la puerta tras de sí.

—Tanya… —dice.

Me giro… y veo el cuchillo.

23

Esther
21 de mayo de 2023

Poppy se incorpora y se sienta en la cama con el pelo muy revuelto, frotándose los ojos.

—¿Qué estás haciendo aquí?

No tiene miedo, aunque debería. Lleva un camisón de tejido vaporoso, con los finísimos tirantes cayéndole por los hombros. Las cortinas están corridas, pero dejan entrever un resquicio de cielo nocturno que se proyecta sobre la cama, iluminándola. Cuando doy un paso al frente, ve el cuchillo en mi mano. La luz de la luna se refleja en la hoja y la hace destellar.

Abre mucho los ojos y alza los brazos para protegerse.

—No me hagas daño.

Pero no siento deseos de perdonar.

—Deberías habértelo pensado mejor antes de hacer que me despidieran. Antes de arruinarme la vida.

—Les diré que fui yo —suplica Poppy. La desesperación en su tono me proporciona aún mayor satisfacción—. No tienes por qué hacerlo.

—Demasiado tarde. —Me tambaleo un poco hacia delante, todavía bajo los efectos de la ginebra, pero después me lanzo sobre la cama y hundo el cuchillo con fuerza en el pecho de Poppy.

—¡Esther! —chilla presa del pánico, temblando y tratando de escapar.

Saco el cuchillo y vuelvo a clavárselo, viendo cómo su sangre se derrama sobre las sábanas.

—Esto es lo que te mereces —le digo.

—¡Por favor! —suplica de nuevo, su voz convertida ahora en un

alarido estridente. Cuando comprende que ya nada puede salvarla, alza el volumen para gritar pidiendo auxilio—: ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude!

Y entonces me echo a reír. Río y río sin parar mientras observo cómo la luz de sus ojos se va apagando y cómo su cuerpo se torna frío e inerte.

Santo Dios…

Me despierto, incorporándome de golpe en la cama y jadeando en busca de aire.

¿Qué coño ha sido eso? ¿Un sueño? ¿Una pesadilla? ¿Un recuerdo de la noche anterior que ha vuelto a mí de pronto?

Por un momento lo veo todo blanco y borroso, hasta que consigo enfocar la vista. Estoy sentada en la cama de mi cabaña, sobre la colcha, que ahora está empapada en sudor y con mi ropa esparcida alrededor. Tengo la boca seca y noto que me arde la garganta. Afortunadamente hay una botella de agua en la mesita, y bebo a grandes tragos sin parar para tomar aliento hasta que no queda ni una gota.

Vine aquí para echarme una siesta. Ahora me acuerdo. Después de dejar a Tanya en su cabaña, volví a mi habitación dispuesta a descansar, sintiéndome todavía resacosa.

No ha sido más que una horrible pesadilla.

Al menos, es lo que me digo a mí misma.

Me levanto, me lavo la cara y me pongo un sencillo vestido playero. El sol sigue alto en el cielo, pero ya no está rodeado por una infinita extensión azulada. En su lugar, han empezado a acumularse nubes de tormenta, oscuras y amenazadoras, que convierten el azul en gris. Muy pronto empezará a llover. O tal vez algo peor.

¿Ha visto alguien a Tanya en las últimas horas? Cuando salgo, creo distinguir a Chloe a lo lejos, tomando el sol en el césped. ¿Habrá vuelto ya Annabel de su paseo? ¿Estará en su cabaña?

La de Tanya está oscura y silenciosa cuando llego a ella. Llamo con fuerza a la puerta, luego grito su nombre.

Nada.

—Voy a entrar —digo lo suficientemente alto para que Annabel lo

oiga si está ya en la cabaña de al lado.

La escena es aún peor que la de Poppy.

Tanya está tumbada en la cama, con los ojos vidriosos mirando al techo. No hay vida en ellos. La sangre ha salpicado la pared por encima del cabecero, pero la mayor parte está encharcada alrededor de su cuerpo, empapando las sábanas. El cuchillo —el mismo cuchillo, comprendo llena de angustia, la reveladora muesca en el mango perfectamente visible— sobresale de su pecho.

Está muerta.

Grito.

Nunca he gritado así en toda mi vida, un largo alarido de puro terror y agonía que escapa de mi cuerpo. Ni siquiera en casa, cuando estoy muerta de miedo y los nervios me oprimen las entrañas todos los días al entrar por la puerta, ni tan siquiera cuando la razón de esos nervios se confirma al darse de bruces con la realidad…, ni siquiera entonces he gritado así.

¿He matado yo a Tanya? El pensamiento me asalta de improviso, totalmente ajeno a mi voluntad, sacudiendo todo mi cuerpo con una fuerza estremecedora. ¿Lo que creía que era una pesadilla había ocurrido en realidad, y mi subconsciente ha reemplazado a Tanya por Poppy como un modo de lidiar con lo que ha hecho?

Antes incluso de que acabe de gritar, Annabel y Chloe ya están detrás de mí. No sé durante cuánto tiempo he estado gritando. Puede que un minuto. Quizá más. Vuelvo a notar la garganta ardiendo, haciendo inútiles todos mis esfuerzos previos por aliviar su sequedad.

Chloe también suelta un chillido y se tapa la boca con las manos.

Sorprendentemente, Annabel es la que toma las riendas de la situación. Busca el interruptor y enciende la luz para revelar el horror en toda su magnitud. Se acerca a toda prisa al cuerpo de Tanya y coloca una mano sobre su cuello, aunque todas sabemos que de nada servirá. Luego, con mano temblorosa, saca el cuchillo del pecho y lo tira al suelo, donde cae con un traqueteo metálico.

—Está muerta —confirma, como si no resultara suficientemente obvio.

—Tápala. Por favor… —Chloe se da media vuelta y sale de la

cabaña, dándose tirones del pelo—. No puedo verla así.

Annabel se toma unos segundos para examinar el cuerpo de Tanya.

—La han apuñalado dos veces.

—¿Dos veces? —Me armo de valor y me acerco para verlo por mí misma.

En efecto, hay dos heridas punzantes. Una, donde estaba clavado el cuchillo, en el centro del pecho. Pero también hay otra en el hombro. Las sábanas están revueltas y la mesita medio ladeada, como si la hubieran golpeado en un costado.

—Parece que hubo una pelea —digo—. Tanya opuso resistencia. ¿No has oído nada desde tu cabaña?

Annabel niega con la cabeza.

—Aún no había llegado. Volví de la playa hará unos diez minutos. Quería comer algo. Oh, Dios… No puedo creerlo. Está realmente…

—¿La habéis tapado ya? —grita Chloe—. No puedo entrar ahí.

Annabel y yo cubrimos el cadáver de Tanya con una de las sábanas.

—¿Por qué su cuerpo está aquí y el de Poppy aún no ha aparecido? —me pregunto en voz alta cuando acabamos de taparla, dando unos pasos atrás para contemplar la escena.

—A Poppy la mataron anoche —responde Annabel—. Es mucho más fácil mover un cuerpo al amparo de la oscuridad.

—Pero si Tanya también está muerta…

Annabel acaba mi frase.

—… entonces nos equivocamos con ella. No fue ella quien mató a Poppy.

—No lo entiendo —digo—. La muerte de Poppy tiene sentido. Pero… ¿Tanya? ¿Por qué matarla a ella también?

Chloe y Annabel sacuden la cabeza desconcertadas.

—Todas teníamos motivos para matar a Poppy —continúo—. Nos hizo cosas terribles y a ninguna nos apenó realmente su muerte. Pero Tanya era una de nuestras mejores amigas. No lo entiendo.

—Ella mantuvo en secreto que yo te engañaba con Andrew —le dice Chloe a Annabel—. Y tú te enfadaste mucho por eso.

Algo destella en los ojos de Annabel. ¿Ira?

—Esa no es razón suficiente para matarla —replica—. Pero ¿y

Esther? —Se gira hacia mí—. Tú hiciste que la despidieran. Y estaba furiosa por ello. Quizá tuvisteis otra discusión y reaccionaste violentamente.

—Tienes razón —me apresuro a responder—, no son motivos de peso. No tiene ningún sentido.

—Pero tiene que haberlo hecho alguna de nosotras. —Chloe vuelve a salir de la cabaña y esta vez la seguimos, ansiosas por apartar de nuestra vista el cuerpo de Tanya cubierto por la sábana.

—Sí.

—Lo de Poppy nos pareció bien —continúa Chloe—. Pero esto es muy distinto.

Nos quedamos mirando unas a otras. Una nube cruza por delante del sol, oscureciendo el paisaje y proyectando sombras sobre nuestros rostros. El viento ha arreciado y aúlla entre las palmeras, y a lo lejos las olas empiezan a encabritarse, víctimas del inclemente tiempo antes de que nos alcance a nosotras. No sé qué pensar de las dos mujeres que tengo frente a mí, a las que conozco desde que íbamos a la escuela primaria. He crecido con ellas, hemos recorrido juntas el camino desde donde empezamos hasta donde estamos ahora.

Y no confío para nada en ellas.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Chloe—. ¿Qué coño hacemos ahora?

—Debemos permanecer unidas —digo—. Tenemos que estar juntas, no separarnos en ningún momento. Nos quedaremos las tres en la casa principal.

—¿En la casa principal? —repite Chloe—. Pero en esa habitación es donde mataron a Poppy. No esperarás que nos quedemos ahí.

—Es el punto más central —explico—, y además tiene la cocina y dos baños. Por supuesto, no entraremos en el dormitorio. Aunque dudo que a ninguna nos apetezca mucho dormir hasta que podamos salir de aquí.

El cielo se ilumina con el resplandor de un relámpago, seguido por el distante rugido de un trueno. Como respondiendo a su señal, empiezan a caer las primeras gotas.

—Tenemos que irnos ya. —Cierro la puerta de la cabaña de Tanya,

evitando echar un último vistazo a su interior—. Parece que esta noche va a haber tormenta.

Las tres nos dirigimos a toda prisa hacia la casa principal y conseguimos refugiarnos dentro antes de que la lluvia empiece a arreciar, cayendo con fuerza implacable sobre la tierra, golpeando como un tambor. Podemos oírla incluso después de cerrar la puerta, como una inmensa banda de percusión resonando a nuestro alrededor. Sin poder apartar de nuestras mentes la puerta cerrada del dormitorio de Poppy, preparamos café y luego nos sentamos a la mesa, agarrando las tazas con ambas manos como desesperadas por encontrar algo de calor en este clima cada vez más húmedo. Chloe es incapaz de mirarnos a las otras dos y mantiene la vista clavada en su taza como si fuera la cosa más interesante del mundo. Annabel parece aún en shock.

Aunque la angustia me oprime el estómago y el pulso me late con fuerza en la garganta, intento tranquilizar a las otras.

—Solo tenemos que esperar hasta la mañana —les digo—. Robin vendrá a primera hora. Solo tenemos que sobrevivir a esta noche.

—Por lo visto, es más fácil de decir que de hacer. —Chloe levanta la vista de su taza. Le tiembla el labio inferior—. No puedo creer que esté muerta.

—Yo ni siquiera sé qué pensar. —Annabel da un largo sorbo a su café—. Todo ha cambiado tanto en cuestión de un día. Ayer a esta hora estábamos emborrachándonos con esa ginebra, pero seguíamos todas con vida. Pensábamos que la venganza de Poppy sería lo peor a lo que tendríamos que enfrentarnos. Qué equivocadas estábamos.

—Es que aún no me entra en la cabeza —dice Chloe—. Están muertas. No van a volver. Nunca más.

Permanecemos un rato así sentadas, escuchando la lluvia que cae fuera. El rugido de los truenos se acerca y pronto queda claro que una violenta tempestad está azotando nuestra diminuta isla.

Todas me han subestimado siempre. Cuando me miran, no me ven como una amenaza. ¿Por qué iban a hacerlo, si resulta mucho más fácil ver en

mí a la misma chica que era en el pasado? Aunque, como ha quedado demostrado, soy muy buena guardando secretos, y no solo los míos.

Tanya en particular. Ah, sobre todo Tanya. De todas ellas, era la que más tenía que asegurarme de que nunca saldría con vida de esta isla. Ella supo por qué tenía que morir por mi mano, y la vida fue abandonando sus ojos mientras aceptaba su destino.

Quizá estoy empezando a dejar que la ira saque lo mejor de mí. Mis emociones. Esta ha sido sin duda una despedida de soltera para recordar, aunque la novia ya no esté entre nosotras.

Siento que hayas tenido que morir aquí, Poppy, pero así es como tenía que ser. Es necesario que me enfrente por fin al pasado, para no tener que volver a pensar nunca más en aquel día.

¿Quién sabe qué haré a continuación? Ya he pasado el punto de no retorno. Y no quiero volver atrás.

24

Annabel
21 de mayo de 2023

Con el agua de la tetera hirviendo y la tormenta cayendo fuera, me cuesta incluso escuchar mis propios pensamientos. Por hacer algo, me ofrecí a preparar un poco de té, sin poder dejar de pensar en ningún momento que una de las que estamos a la mesa es una asesina. Tras servir las tazas, permanecemos sentadas mucho rato en silencio. No las he lavado después de tomar los cafés, y noto en la boca el extraño sabor de los dos líquidos mezclados. No importa. Cualquier estímulo que pueda aportarme la cafeína será bienvenido.

—Era el mismo cuchillo con el que mataron a Poppy —dice de pronto Chloe—. No lo entiendo. ¿No te lo trajiste tú, Esther? ¿Dónde lo pusiste?

Esther enrojece.

—¿Qué estás insinuando?

—Solo pregunto —dice Chloe—. No me saltes así al cuello.

—Yo no lo tenía.

No se acuerdan de que yo fui la última que tuvo el cuchillo en sus manos. Pero no pienso recordárselo. Esas dos, registrando las habitaciones de las demás por toda la cara. Pensar en ello me sigue poniendo muy nerviosa, porque le doy vueltas a lo que pueden haber encontrado. Con todo lo ocurrido en las últimas horas, aún no he tenido oportunidad de saldar cuentas con Chloe, pero me sigue dejando pasmada el hecho de que haya estado fisgando en mi cuarto para intentar descubrir si yo podría ser una asesina, después de todo lo que ella me ha hecho. Y al final nadie ha registrado su cabaña. Podría esconder allí cualquier cosa. Incluso ella misma podría haber

plantado el cuchillo en la habitación de Tanya y luego escenificar su pequeño juego de detectives. ¿Desde cuándo a Chloe, nada menos que a Chloe, le interesan ese tipo de cosas?

Estoy que hiervo de furia por dentro. Ha estado evitando constantemente mi mirada, lanzándome ojeadas furtivas cuando cree que no la veo. Intento escrutarla fijamente, preguntándome qué habrá visto Andrew en ella que no vea en mí. ¿Serán sus ojos seductores? ¿Su sonrisa cautivadora? ¿O lo facilona que es, siempre dispuesta a acostarse con cualquiera a la más mínima?

Ha sido mi amiga desde hace más de veinte años, ¿y es así como me trata? Es eso, no el hecho de que Andrew me engañe, lo que más me duele. Que Chloe haya podido hacerme algo así.

Y no porque haya sido la mejor de las amigas. Porque no lo ha sido. Es una cría estúpida y egoísta.

Sino porque no puedo creerme que yo misma haya permitido que algo así ocurra delante de mis narices sin darme cuenta siquiera. Y porque aún no he sido capaz de hacerle pagar las consecuencias.

—Todo esto es culpa de Poppy —dice Esther.

En favor de Chloe, diré que parece tan confusa como yo.

—¿Cómo va a ser todo culpa de Poppy? Está muerta. Y ahora Tanya también.

Esther estampa su taza sobre la mesa, haciendo que se derrame un poco de té.

—Si Poppy no nos hubiera invitado a venir aquí, nada de esto habría pasado. Deberíamos haber sabido, desde el principio, que era una terrible equivocación. Pero entre todas me convencisteis.

—Oh, venga ya, Esther —le suelta Chloe—. Al final todas queríamos venir. Una isla privada de lujo, con todos los gastos pagados, con billetes en primera clase. Habríamos sido estúpidas si no hubiéramos venido.

—Pues esa es la cuestión, ¿no? —dice Esther con un suspiro—. Que fuimos estúpidas. Por haber aceptado. Diez años sin saber nada de Poppy, después de todo lo que le hicimos, ¿y ahora va y nos invita a unas vacaciones increíbles? Lo único que nos importaba era pegarnos el viaje de nuestra vida, no verla a ella.

Pienso en el día que nos juntamos para hablar de las invitaciones.

—En realidad fue Tanya quien nos convenció a todas —digo—. Ella era la que se sentía más culpable por lo que sucedió en el pasado. No buscaba solo unas vacaciones gratis.

—Y mira lo que se ha encontrado —señala Esther—. Ahora está muerta.

—¿No creéis que esa puede ser la razón? —dice de pronto Chloe, abriendo mucho los ojos—. Acordaos de que, de pequeñas, Tanya era la mejor amiga de Poppy. Quizá quien lo haya hecho tuviera algo contra ambas. Y pensara que Tanya seguía estando del lado de Poppy.

—Yo nunca debería haber venido —insiste Esther.

—Podrías no haberlo hecho —replico—. Podrías haberte negado. No tenías por qué venir con nosotras.

—Quería escaparme —dice en voz baja, casi para sí misma.

—Bueno, pues ahí lo tienes.

Pero Esther parece distante, como si hubiera olvidado de lo que estamos hablando.

—Una de vosotras escondió el cuchillo en la habitación de Tanya —murmura Chloe—. Para que yo lo encontrara.

—Nada de eso tiene sentido —digo frunciendo el ceño—. Si su objetivo era hacer que Tanya pareciera culpable, entonces ¿por qué matarla también? De ese modo se carga a la principal sospechosa. Y sigue arrojando dudas sobre todo el asunto. —Lo cual me hace pensar que fuiste tú quien escondió el cuchillo allí, me dan ganas de decirle, pero me contengo.

—¿Y si hubiera dos asesinas? —plantea Chloe—. Tal vez Tanya sí que mató a Poppy. Y luego otra persona distinta la mató a ella.

—¿En venganza por el asesinato de Poppy? —Niego con la cabeza —. Eso es aún más absurdo. Aquí hay algo que no acaba de cuadrar.

—¿Aparte de que Tanya y Poppy hayan sido asesinadas, quieres decir? —comenta Esther en tono sarcástico.

La situación me sigue pareciendo totalmente irreal, como si me encontrara atrapada en una horrible pesadilla. Tengo la sensación de que en cualquier momento las dos entrarán por la puerta diciendo que solo se ha tratado de una elaborada broma, que han fingido su muerte.

—¿Qué ha pasado con el cuadro? —pregunta Chloe.

Tengo que esforzarme para intentar recordar a qué se refiere.

—¿Qué cuadro?

Señala hacia la ventana, como si eso sirviera de algo. Fuera, la tormenta ha arreciado. Oímos la lluvia cayendo en medio de una oscuridad absoluta, solo visible cuando el destello de un relámpago ilumina toda la isla. Los truenos siguen casi de inmediato, retumbando con una fuerza como nunca he oído antes.

—El de la búsqueda del tesoro —explica Chloe—. Después de la pasada noche, todas teníamos alguno de los objetos encontrados durante la búsqueda. El envase de Capri-Sun estaba fuera de mi cabaña. Tú tenías el espejo roto, Annabel. Esther se despertó con marcas del pintalabios en su vientre. Pero yo no he visto el cuadro por ninguna parte. Ha desaparecido.

—Quizá se lo llevara el viento —sugiero—. Empezó a soplar con fuerza a primera hora de la tarde.

—Quizá. —Aunque no suena nada convencida.

El lienzo destrozado era el peor objeto de ese estúpido juego.

El cuadro de Poppy. Su proyecto final de arte diez años atrás.

Todas debemos de estar pensando en ello, porque Esther vuelve a sacar el tema.

—Antes de morir, Poppy dijo que después de la búsqueda del tesoro tenía más cosas reservadas para nosotras. ¿Creéis que pensaba hacernos revivir cada momento de lo ocurrido?

—Yo creo que sí —digo—, pero no tuvo la oportunidad. Esa es la razón por la que nos hizo venir aquí, ¿no?

—Para hacernos hablar sobre lo que ocurrió en el examen de arte.

Chloe se aclara la garganta.

—Tanya siempre dijo que deberíamos hablar de ello desde el principio, disculparnos por lo que hicimos y afrontarlo. Nosotras fuimos las que insistimos en que no tenía tanta importancia.

—¡Porque Poppy fue la que dijo que quería dejar atrás el pasado! —exclamo sin poder evitar alzar la voz—. ¿Por qué molestarnos en volver a sacar a la luz todo aquello? ¡Tampoco fue para tanto!

—Hablando de eso… —dice Chloe—. Traté de comentarlo en su

momento, pero sabía que ninguna me escucharíais. Es sobre el robo.

—¿El robo? —Esther apura su té—. ¿Qué tiene que ver con nada de todo esto?

—Bueno, os conté que el ladrón se había llevado mi portátil. —Chloe empieza a tamborilear nerviosamente con los dedos sobre la mesa—. Eso fue lo único que se llevaron, así que la policía pensó que había sido cosa de algún fan lunático, en plan acosador o algo así.

—Sí, ¿y qué?

—Que el vídeo estaba en el portátil.

El corazón me da un vuelco.

—¿El vídeo? —dice Esther con la cara descompuesta—. ¿Te refieres a «aquel» vídeo?

Chloe asiente.

—Creía que lo habías borrado hacía años —masculla Esther entre dientes—. ¿En qué coño pensabas guardando eso en tu portátil?

—¡Al principio lo borré! ¡No es que me pasara todo el día viéndolo ni nada de eso! Fue un accidente —se defiende—. Cuando me cambié de ordenador debió de transferirse con el resto de los archivos antiguos. Debía de estar guardado en alguna carpeta o algo así. Me enteré después de que me robaran el portátil, cuando estuve revisando la copia de seguridad y lo encontré.

Esther se levanta, la agarra por los hombros y la zarandea.

—¡Pero serás gilipollas! ¿Por qué no nos lo contaste?

—¡Lo intenté! Pero no me habríais escuchado. Ninguna de vosotras quería hablar del pasado. Todas actuabais como si no hubiera ocurrido nada.

—Ah, no pongas esa excusa. Deberías haber insistido más y contárnoslo. Pero estabas demasiado ocupada tirándote al marido de Annabel como para preocuparte por eso.

Dolida por sus palabras, Chloe se zafa de Esther y se levanta también.

—La cuestión es: ¿y si fue Poppy quien me robó?

—¿Poppy? —repite Esther—. Pero ¿cómo?

—Ella sabía nuestras direcciones —digo, comprendiendo a dónde quiere llegar Chloe—. Nos envió las invitaciones a casa. ¿Cómo se

enteró de dónde vivíamos? En su momento ni siquiera me lo planteé. Supongo que me imaginé que habría averiguado nuestras direcciones de algún modo, pero ¿cómo? ¿Y cuándo? ¿Cuánto tiempo llevaba vigilándonos? ¿Maquinando su plan?

—Si Poppy fue quien robó el portátil —dice Esther con el semblante muy pálido—, entonces tenía el vídeo. Lo tenía desde hacía meses. Y sin duda sabía lo que pasó aquel día y lo que hicimos.

—Llevaba planeando esto mucho tiempo —susurro horrorizada.

Esther no se deja llevar por el pánico.

—¡Annabel, tranquila! Ahora está muerta. Ya no podrá seguir haciéndonos nada más. Esto son solo especulaciones.

Sus moratones han adquirido un color verdoso, marcas grandes y airadas que envuelven su cuello.

—¿Qué más había planeado? —pregunto—. ¿Y si ya lo había llevado a cabo y había enviado algo más a todos nuestros conocidos? Dijo que aún había más. ¿Y si el hecho de que esté muerta no importa, porque ya había cometido su venganza?

—No. —Chloe entierra la cara entre las manos—. No, no, no. No puede haberlo hecho.

—No seas idiota —vuelve a atacarla Esther—. Y tú tampoco, Annabel. ¡Tenéis que calmaros las dos!

Y, de repente, todo se vuelve negro.

Chloe chilla; yo también, no puedo evitarlo. Estamos sumidas en la oscuridad más absoluta. Un relámpago estalla y por un momento veo a Chloe y Esther, tan aterrorizadas como yo; luego todo se vuelve de nuevo oscuro. El poderoso rugido de un trueno retumba sobre nuestras cabezas, sacudiendo toda la casa, y después solo oímos el siseo de la lluvia golpeando con fuerza implacable contra el tejado.

—¡Mierda! ¿Qué ha pasado?

—¡No veo nada!

—¡Joder! —Esther choca con una silla, que cae con estrépito al suelo.

—¿Qué hacemos ahora? —grito.

—¡Hay linternas debajo del fregadero! —responde Esther también a gritos. No sé por qué gritamos; de algún modo el pánico y la súbita

ceguera parecen exigirlo—. Las vi cuando buscaba las malditas bengalas. El cuarto armario a la derecha desde la nevera. Si es que conseguimos encontrarla…

No estoy segura de si las otras también lo están intentando. Me muevo a tientas en la oscuridad, palpando las frías paredes con la yema de los dedos. Tengo la sensación de tardar una eternidad, avanzando paso a paso, temiendo tropezar con algo en cualquier momento, las tres conscientes de que hay una asesina entre nosotras y no podremos ver por dónde nos atacará.

Mis manos se topan con el borde rugoso de una encimera de cocina. Lo sigo y doy con la nevera, de un material distinto al resto.

—¡He encontrado la nevera! —grito—. ¿El quinto armario a la derecha?

—¡El cuarto! ¡Yo casi estoy llegando desde el otro lado!

—¡No puedo moverme! —Es Chloe, chillando a escasa distancia de donde estoy. Por lo visto se ha quedado paralizada, incapaz de dar ni un solo paso. No la culpo.

Voy contando las puertas de los armarios, palpando los surcos, hasta abrir de golpe la que pienso que es la cuarta. Mis manos chocan con diversos objetos y oigo cómo se vuelcan, se desparraman y caen ruidosamente sobre las baldosas del suelo.

—¿Qué estáis haciendo? —grita Chloe—. ¿Qué está pasando?

—¡Estoy buscando a tientas las linternas! —A mi derecha, algo me agarra del brazo y vuelvo a chillar.

—¡Soy yo! —dice Esther—. Déjame ayudarte.

Un resplandor especialmente intenso relumbra en el exterior. Estoy segura de que es un rayo y de que ha caído sobre la isla, ya que, por un momento, todo el suelo parece temblar ante la fuerza del impacto. Pero no hay mal que por bien no venga: ilumina el interior del armario y, al fondo, entre dos cajas de cartón con productos de limpieza, veo por fin cuatro linternas.

Esther y yo nos lanzamos a por ellas a la vez. Nuestras manos entrechocan, incluso me araña en lo que espero que sea un movimiento accidental. Ella agarra una linterna y la enciende, justo en el momento en que vuelve a hacerse la oscuridad. Yo cojo dos,

enciendo una y guardo la otra para Chloe.

Enfoco el haz de luz por la habitación y entonces vemos a Chloe clavada en el sitio, petrificada por el terror. Esquivando los diversos objetos que han caído al suelo durante mi búsqueda, volvemos a toda prisa con ella y le entrego la tercera linterna. La enciende al momento, agradecida por poder contar con algo de luz.

—Gracias a Dios que tienen pilas —digo—. Si no, no sé qué habríamos hecho. Buena memoria, Esther.

Ahora formamos las tres un pequeño círculo, con las caras iluminadas como si estuviéramos contando historias de terror.

—¿Qué coño ha pasado? —pregunta Chloe casi sin aliento.

—Es por la tormenta. —Dirijo mi linterna hacia la ventana. No se ve más que oscuridad—. Se ha ido la luz.

—Tiene que haber una caja de fusibles en alguna parte —dice Esther—. Aquí deben de producirse cortes de electricidad a menudo.

—Si hay una caja, estará cerca de la casa, seguramente donde estaba el teléfono —digo—. Sería lo más lógico.

Chloe se muerde el labio.

—Pero eso implicaría tener que salir con este tiempo.

—Es aquí mismo. —Mi chaqueta está colgada del respaldo de una silla, la cojo y me la pongo—. Iré a echar un vistazo. Tan solo hay que accionar un interruptor.

Esther sube y baja el de la luz de la cocina, solo por si acaso, pero no ocurre nada.

—Supuse que había que intentarlo —dice encogiéndose de hombros —. Yo no pienso salir ahí fuera.

—Ya voy yo.

Chloe se pone también su chaqueta.

—Iré contigo.

—No, gracias —replico secamente—. Puedo arreglármelas yo sola.

Parece decepcionada, pero no me lo discute. Cuando abro la puerta, el viento me azota con virulencia, haciendo que mi melena vuele en todas direcciones y sacudiendo mi vestido violentamente. La lluvia me golpea con fuerza, dejándome totalmente empapada, y la temperatura es una espantosa combinación de frío y humedad, todo a la vez.

Me quedo sin aliento.

—Santo Dios… —exclamo jadeante.

—¿Seguro que aún quieres salir ahí? —dice Esther.

—Tengo que hacerlo. No podemos estar así durante horas.

—Pues mejor tú que yo. Cierra la puerta al salir.

Pero cuando ya estoy fuera, el viento se encarga de cerrarla de un portazo. Totalmente expuesta ahora, necesito unos momentos para recuperar el equilibrio, ya que la fuerza de la tempestad me empuja hacia atrás. Tampoco la linterna sirve de mucha ayuda, pues la lluvia es tan fuerte y densa que me enturbia la visión. Pero me obligo a seguir adelante. Consigo doblar la esquina de la casa y avanzo en dirección a donde estaba el teléfono, enfocando nerviosamente el haz luminoso a mi alrededor con la esperanza de encontrar una caja de fusibles.

Ajá. ¡Ahí está!

Durante un demencial segundo pienso que necesitaré algún tipo de llave para abrirla, porque se encuentra dentro de una especie de contenedor metálico fijado al muro. Una repisa construida por encima lo protege de la lluvia, pero el viento que sopla en todas direcciones ha conseguido mojarlo un poco. Afortunadamente, no hace falta llave. Meto el dedo por un agujerito y tiro hacia fuera, y entonces el viento me hace un favor: empuja la tapa con violencia y la estampa contra la pared.

Ahí está el interruptor de la corriente eléctrica, en posición de apagado. Gracias a Dios. Lo subo, esperando que todas las luces exteriores cobren vida a mi alrededor. Pero no ocurre nada, y al cabo de un momento vuelve a bajarse.

Mierda.

—¿No funciona?

Casi se me sale el corazón por la boca.

—¡Perdona! —Chloe está detrás de mí, sin chaqueta y totalmente empapada—. ¡Necesito hablar contigo!

—¿No puede esperar? —grito por encima del viento—. ¡No creo que sea el mejor momento!

—¡No! —Se apretuja bajo la repisa, que apenas sirve para

resguardar a una persona, mucho menos a dos, y acerca mucho la cara a la mía para que pueda escucharla bien—. Necesito decirte lo mucho que lo siento.

Oh, Dios…

—Eso no importa en este momento.

—¡Sí que importa! Lo siento mucho. Como dice Esther, he sido una completa idiota. Soy egoísta. Solo pienso en mí. Y supongo que siempre te he tenido envidia.

Eso me deja impactada.

—¿En serio?

—De verdad, te lo juro. Siempre he odiado que tuvieras el marido perfecto, la vida perfecta.

—Mi vida no es para nada perfecta, como has podido ver.

—Lo sé. Lo siento mucho.

No basta con una simple disculpa. Ella lo sabe. Y yo también. Pero asimismo somos conscientes de que ahora tenemos problemas mucho más importantes. Ya abordaremos la situación cuando regresemos a casa y estemos a salvo.

Si es que conseguimos regresar a casa.

—La luz no va a volver —digo—. No sé qué hacer ahora.

—Yo tampoco. —Chloe se inclina de nuevo hacia mí. Creo que intenta ponerse a cubierto, pero entonces alza la voz para hacerse oír por encima de la tormenta—. ¿No crees que Esther está actuando de forma un tanto sospechosa?

Basta ya de alianzas. Además, no esperará que, después de lo que me ha hecho, me ponga de su lado. Me limito a encogerme de hombros.

—No sé a qué te refieres.

—Se ha estado mostrando muy displicente. —Una palabra que nunca me habría esperado de ella—. Y luego tiene todos esos moratones en el cuello y en el cuerpo. Como si se hubiera peleado con alguien. ¿No te parece muy raro? Esos que tiene en el cuello…, es como si alguien hubiera intentado estrangularla.

Yo también lo he pensado. Es todo muy raro: las marcas sobre la piel de Esther de las que nadie hace la menor mención, su extraña

actitud respecto a todo lo que está ocurriendo. Pero estoy casi segura, por el aspecto que presentan, de que algunos de esos moratones ya los tenía antes de llegar a la isla.

—Ella fue la última en tener el cuchillo en sus manos —prosigue Chloe—, y pretende hacernos creer que no sabe lo que hizo con él. ¿Cómo no puede acordarse de algo así? ¡Es el arma del crimen! Uno no se olvida de dónde puso el arma del crimen.

—Yo no me acuerdo.

—¡Joder! —chilla Chloe.

Esther está detrás de nosotras. Enciende su linterna para que la veamos. Ha estado oculta en las sombras, escuchando desde quién sabe cuándo.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —pregunta Chloe.

—El suficiente —responde—. Vamos dentro y os lo explicaré.

—¿Explicar qué?

—Lo de los moratones. Ya va siendo hora.

Regresamos de nuevo a la casa, con los dientes castañeteando por el frío y la lluvia. Vuelvo a colgar la chaqueta en el respaldo de la silla y troto un poco en el sitio para intentar entrar en calor. Chloe y Esther se sientan, chorreando agua sobre el suelo.

Esther deja escapar un suspiro.

—Ha sido Brad.

—¿Brad? —repito.

—Él me hizo esto. En la muñeca, en el cuello, en la cara. Todo.

Entiendo.

—¿Brad te pega?

Esther asiente en silencio.

—Oh, Dios mío… —Me resulta imposible asimilarlo—. ¿Por qué no nos lo contaste?

Ella sonríe al oírlo, una sonrisa llena de sarcasmo.

—Creo que si algo ha quedado claro estos últimos días es que no somos precisamente el mejor grupo de amigas. No podemos confiar las unas en las otras.

Chloe está anonadada.

—No tenía la menor idea. Os vi juntos hace poco, y él parecía tan

atento…

—De cara a la galería, Brad es un hombre maravilloso —explica Esther—. Para todo el mundo, él es mi media naranja. Pero cuando está conmigo a solas, es un hombre completamente distinto.

Pienso en el comportamiento de Esther durante el último año. Su frialdad, sus cambios de humor, su reticencia a juntarse con nosotras. Su reacción de pánico ante la despedida de soltera. Creí que era por el trabajo, pero es evidente que había algo más. Pienso también en los constantes mensajes y llamadas de Brad, una insistencia de la que no podía evitar sentir envidia en comparación con la apatía de Andrew. La manera en que Esther se sobresaltaba si hacías un movimiento brusco cerca de ella. Cómo se obligaba a salir a correr para desfogarse y escapar del estrés, aunque nunca se me ocurrió preguntarle de qué se desfogaba y escapaba.

—Los moratones en el cuello son sin duda lo peor —continúa—. Cuando se enteró de lo de la despedida de soltera, me estranguló con fuerza. Me dijo que me dejaría una marca para que me acordara de él mientras estaba fuera. No sirvió de nada explicarle que iba a ir a una isla privada y que no habría otros hombres. Le dio igual.

—Oh, Esther… —No sé qué decir—. Tienes que dejarle.

—Me lo merezco —responde ella—. Mirad lo que le hicimos nosotras a Poppy. Me merezco todo lo que él me haga.

Chloe tampoco sabe qué decir.

—Cuando te vi los moratones… pensé que…

—¿Pensaste que me había peleado con alguien? —finaliza Esther—. ¿Con Poppy? Bueno, tenías razón, pero solo a medias. Te equivocaste de persona.

—¿Desde hace cuánto ocurre esto? —pregunto.

Esther sopesa la cuestión.

—Desde el principio, supongo. Desde nuestra primera discusión.

Se produce un incómodo silencio mientras asimilamos la información.

—Doy por hecho que la caja de fusibles no ha resuelto nuestro problema, ¿no? —pregunta Esther, ansiosa por cambiar de tema.

Niego con la cabeza.

—Tendremos que seguir así hasta que amanezca.

—Había un generador —añade ella—. Recuerdo que Poppy lo mencionó, cuando subimos al pico del Hombre Muerto o como se llame. ¿Aquella pequeña cabaña verde?

Tengo la impresión de que la caminata hasta lo alto de la montaña ocurrió hace siglos, como en otra vida. Cuando nos plantamos en la cima y contemplamos el espectacular panorama, con aquella cabañita verde a lo lejos. Cómo hemos cambiado desde entonces. Las cinco juntas, tomándonos aquella foto. Me pregunto qué habrá sido de la cámara digital. También ha desaparecido. Aquella foto es la última imagen de Tanya y Poppy con vida.

—La cabaña está en la otra punta de la isla —digo—. No podemos llegar hasta allí con esta tormenta.

—Apuesto a que el generador debe de contar con algún sistema de emergencia. —Esther se levanta y coge mi chaqueta.

—¿Qué haces?

Esther percibe el pánico en mi tono.

—¿A ti qué te pasa? ¿No fuiste tú a buscar la caja de fusibles? Pues yo haré lo mismo con el generador.

—Ya tenemos las linternas —digo, agarrándole la chaqueta—. Estamos bien así.

Pero Esther no la suelta y tira de ella.

—He dicho que voy a intentarlo.

—No —respondo con firmeza.

Chloe permanece sentada entre nosotras, totalmente desconcertada.

—No nos moveremos de aquí —dice.

—¿Lo ves? Chloe está de acuerdo conmigo.

—Annabel, déjame sentir que estoy haciendo algo útil. Por favor. —Da un último tirón de la chaqueta y se escapa de mi agarre.

Al quedar colgando, algo se sale del bolsillo y cae con fuerza al suelo.

No quiero ni mirar, porque sé muy bien de qué se trata. Y tampoco me da tiempo a recogerlo. Las dos estamos a punto de ver qué es.

—¿Qué es eso? —pregunta Esther, enfocando su linterna en dirección al ruido.

Entonces todas nos quedamos mirando lo que aparece iluminado bajo el haz de luz.

El collar de Esther.

Todo mi ser, todos mis sentidos, se disparan a un nivel de máxima tensión: los latidos del corazón, la respiración, el pulso, hasta mis movimientos. Mis dedos se sacuden violentamente pero noto las piernas paralizadas. Se me descuelga la mandíbula y me quedo con la boca abierta, desesperada por ofrecer una explicación pero sin encontrar ninguna que justifique lo que estamos viendo.

Chloe se levanta de golpe, echando su silla hacia atrás hasta que golpea contra la pared.

—Es el collar de Esther. ¿No lo perdiste hace días?

—La primera mañana —responde ella extremadamente calmada, lo cual me pone aún más nerviosa—. Siempre lo llevo puesto. No podía creerme que lo hubiera perdido.

—Pero entonces… ¿cómo puede ser? —Chloe se gira hacia mí y me enfoca con la linterna, haciéndome sentir terriblemente acalorada bajo la brillante luz—. ¿Cómo es que lo tenías tú, Annabel?

—Eso mismo —dice Esther— iba a preguntar yo.

Quiero que me trague la tierra. Una parte de mí se plantea salir corriendo, perderme en medio de la tormenta y no volver jamás.

—Pensé que me lo había quitado Poppy —murmura ella—. Estaba totalmente convencida. Pero fuiste tú.

—Esther… —le imploro—. Te lo explicaré.

—Eso espero —dice ella—. Pero vas a tener que hacerlo ahora mismo.

25

Chloe
21 de mayo de 2023

¿Por qué tiene Annabel el collar de Esther? Es que no entiendo nada.

Y poder ver solo mediante la linterna hace que la situación resulte aún más incomprensible. Solo puedo enfocarlas de una en una, moviendo nerviosamente la luz de un lado a otro. El viento sopla ahora con mucha más fuerza, aullando y golpeando contra las ventanas, lo cual nos obliga a alzar la voz incluso estando aquí dentro.

—¿En serio? ¿A mí también, Annabel? —pregunta Esther con ira venenosa. Su tono tranquilo y mesurado de hace un momento se ha esfumado al instante, lo cual me lleva a preguntarme sobre sus verdaderos sentimientos, dado que es capaz de cambiarlos con tanta facilidad—. No puedo creerme que hayas sido tan estúpida de robarme incluso a mí, cuando yo sé lo tuyo. ¿O tal vez lo robaste por eso? ¿También escondiste tú el cuchillo en la habitación de Tanya?

—¿Qué? —exclama Annabel. La palabra suena como un pequeño chillido—. Eso sí que no. Estás muy equivocada.

—Estáis intentando hacerme parecer culpable. —Entonces Esther se gira hacia mí furiosa—. Os oí hablando ahí fuera. Conspirando para que yo cargue con la culpa. Diciendo que me comportaba de forma sospechosa. Pensé que bastaría con explicaros lo de los moratones, pero esto ya es un ataque premeditado, maquinando las dos contra mí. ¿Tú también estabas metida en esto desde el principio, Chloe?

—¡No! —protesto—. ¡No tenía ni idea de nada!

Annabel alza las manos, tratando de hacer que nos callemos.

—Por favor, si me escucháis os lo explicaré. Fue después de nuestra discusión, Esther.

—¿Qué discusión? —pregunto frunciendo el ceño.

Pero Esther parece saber de lo que está hablando.

—¿Te refieres a lo de tu…?

—Sí.

—¿Alguien puede hacerme el favor de explicarme de qué va todo esto? —interrumpo en tono impaciente—. No tengo ni idea de lo que estáis hablando.

Esther aprieta los labios en una fina línea.

—Tienes que contárselo.

—Muy bien. —Annabel suspira y se sienta, haciéndonos señas para que nos unamos a ella. Una vez que estamos las tres sentadas, con el collar en el centro de la mesa y su mirada clavada en él en vez de en nosotras, continúa hablando—: Esther ya estaba al tanto de todo, Chloe, pero te lo explicaré desde el principio para que puedas entenderlo. Yo… robo cosas.

—¿Que robas cosas? —repito.

Parece dolida por mi reacción.

—Andrew no es…, bueno, tú lo conoces bastante bien, como hemos descubierto aquí. Y estoy segura de que coincidirás conmigo en que no es precisamente el hombre más generoso del mundo.

¿De verdad está culpando a Andrew de que ella sea una ladrona? Por muy tentador que me resulte, no puedo contarle que él me regaló un collar de oro carísimo cuando me quejé de que todas las joyas que tenía eran de plata, así que me limito a asentir con la cabeza.

—Aunque dejé de trabajar porque él prácticamente me obligó, luego no me ofreció nada a lo que dedicar mi tiempo. A menudo me pasaba los días encerrada en casa sin nada que hacer, muerta de aburrimiento. De modo que empecé a salir de compras para tener algo en lo que entretenerme.

Se produce un largo silencio, durante el cual pienso en todas esas prendas caras y lujosas que me tenían tan desconcertada. Ahora todo empieza a encajar.

Debo admitirlo, estoy impresionada. No me imaginaba que Annabel pudiera tener esa faceta oculta.

—Al principio solo fueron un par de cosillas —prosigue—. Una

pulserita por aquí, un fular por allá. Tonterías que si me pillaban podía alegar que me había olvidado de pagar y solo tendría que disculparme. Pero pronto empecé a desear prendas más caras.

Evidentemente. Nadie quiere ir por ahí pareciendo un contenedor de saldos.

—Pedía a las dependientas que dejaran que me las probara. Y luego, cuando estaban distraídas atendiendo a alguien, salía por la puerta sin mirar atrás. Han estado a punto de pillarme muchas veces, pero no puedo dejarlo. Es como un subidón de adrenalina.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —pregunto.

—No lo sé —responde casi susurrando—. Andrew ni siquiera me pregunta nada cuando me presento con algún modelito nuevo, aunque cueste mucho más de la asignación que él me da. También tengo tarjetas de crédito, montones de tarjetas, y hasta cuando robo algo también me compro algunas cosas con ellas. Nunca me fijo en el dinero.

—¿Y cómo dejaste que se te fuera tanto de las manos?

—No podía parar. —Incluso a la escasa luz de la linterna puedo ver que los ojos le brillan por las lágrimas—. Se convirtió en una adicción. Estaba convencida de que era lo que Poppy iba a revelar cuando empezó a exponer nuestros secretos. Pero por lo visto lo he ocultado bastante bien.

—¿Y Esther estaba al tanto de todo? —pregunto, buscando la confirmación.

—Empezó a interrogarme sobre mi ropa. Y al final tuve que contárselo.

Resulta asombrosa la gran cantidad de secretos que nos ocultamos unas a otras, secretos que trastocan nuestras vidas por completo. Que Annabel se dedica a robar cosas. Mi aventura con su marido. Los maltratos sufridos por Esther a manos de su pareja. La drogadicción de Tanya. Y se supone que somos amigas.

—¿Y también robaste su collar? —pregunto. Pese a todo, no puedo evitar que se me escape una sonrisilla—. Fue un tanto estúpido por tu parte, ¿no crees? Sobre todo teniendo en cuenta que ella conoce tu problema. Sin duda sospecharía que tú habías tenido algo que ver.

Annabel parece por fin avergonzada.

—Esther va siempre por ahí alardeando de ese collar. Y al principio de este viaje, empezó a perder la paciencia conmigo. Me dijo que ahora estaba sola en esto. Que a partir de ahora sería solo problema mío.

—¡Te presentaste a la despedida con un modelito que costaba al menos cinco mil libras! —le suelta Esther—. Pues claro que me enfadé contigo. Entonces ¿me robaste el collar solo para vengarte?

—Sí.

Esther retrocede como si la hubiera abofeteado.

—Lo tuyo es alucinante.

—Lo siento. Estaba enfadada contigo.

—¡Después de haber mantenido en secreto tu problema!

—Fue un momento de locura. Habíamos discutido, y me marché hecha una furia. Luego volví para hablar contigo, pero habías salido a correr. Y el collar estaba allí, sobre tu almohada… Lo siento. Después de todo lo que ha pasado aquí, pensaba devolvértelo.

—Pero no lo has hecho, ¿verdad? Lo tenías ahí bien guardadito, para cuando volvieras a casa.

—No sé en qué estaba pensando.

La expresión de Esther es de auténtico asco. Nunca la he visto tan furiosa; casi me da miedo. Pero entonces abandona su actitud beligerante y se deja caer en la silla.

—En fin —dice—. Lo hecho hecho está. Tenemos problemas más importantes de los que ocuparnos.

—¿Por qué no me lo contaste? —le pregunto a Annabel.

—Porque seguramente me habrías animado a seguir haciéndolo —responde—. Y, además, estabas demasiado ocupada tirándote a mi marido para darte cuenta de que me pasaba algo.

Sí, supongo que me merezco su sarcasmo.

Ahora las dos se dan la espalda con los brazos cruzados. Estamos todas enfrentadas entre nosotras. Annabel me desprecia y Esther la desprecia a ella. ¿Y yo? Yo no confío en ninguna de las dos.

¿Cuánto falta para que amanezca? ¿Cuánto tiempo debemos permanecer atrapadas en esta casa, escapando de la violenta tormenta

del exterior pero afrontando una peor aquí dentro? Si las cosas siguen así, no tengo muy claro que consigamos llegar a la mañana. La atmósfera es tan densa, está tan cargada de tensión, que el cuchillo con el que mataron a Poppy y Tanya iría muy bien para cortar el aire y liberar algo de la presión acumulada.

También podría asumir el papel de pacificadora, si eso me libra de morir acuchillada. Estaría bien probarlo.

—Todas nos hemos ocultado secretos unas a otras —digo—. Y sé muy bien que todas somos capaces de hacer cosas horribles.

Mis palabras no obtienen la reacción que esperaba.

Esther frunce el ceño y dice algo entre dientes.

Annabel tuerce el labio con gesto despectivo.

—Unas más que otras.

Dios… No soporto estar un segundo más aquí dentro.

De repente, Esther dice:

—Me acuerdo de otra cosa de anoche.

Las dos nos giramos hacia ella.

—Fue algo muy raro —prosigue—. Era ya muy tarde, quizá debía de estar a punto de amanecer. —Frunce el rostro, concentrada, intentando recordar—. Las cuatro nos habíamos ido a nuestras cabañas…, las que creíamos que eran nuestras cabañas. Y entonces recuerdo haber pensado que todas mis cosas estaban cambiadas. Me puse como loca, abriendo los cajones y tirándolo todo al suelo, intentando buscar mi ropa. Al final resultó que me había metido en la habitación de Annabel.

La habitación de Annabel. Me viene a la mente la imagen que encontré durante mi registro, todo hecho un completo desastre.

—Entonces ¿fuiste tú la que puso mi habitación patas arriba? —pregunta Annabel—. Supuse que lo había hecho yo estando borracha y que simplemente no me acordaba. Cuando me desperté, me quedé de piedra al ver cómo estaba todo.

—Entonces volví a mi cabaña —continúa Esther—. Y resulta extraño, pero habría jurado que mientras iba hacia allí alguien me seguía.

—¿Que te seguía? —El pensamiento me produce escalofríos.

Esther carraspea.

—Fue de lo más raro. Pero ¿sabéis esa sensación que tienes a veces de que algo o alguien te está vigilando? Era como si unos ojos observaran cada uno de mis movimientos, como una sombra acechando a mi espalda. Tal vez fuera solo una alucinación provocada por la ginebra, no lo sé. Pero lo sentí muy real. Eché a correr hacia mi cabaña. Naturalmente, Annabel estaba allí, estábamos tan confusas que las dos nos habíamos equivocado. Y, Dios, ahora me parece horrible, pero me sentí tan aliviada de estar por fin a salvo que pensé que si había algo allí fuera al menos podría, ya sabéis…

—Cazarme a mí primero —acaba Annabel por ella, horrorizada—. ¡Cielo santo, Esther!

—Bueno —dice ella—. No te pasó nada. Está claro que conseguiste llegar a trompicones a tu cabaña, porque por la mañana te despertaste sana y salva.

—¡Pero podría haberme pasado! ¡A Poppy la mataron esa noche!

—Pero entonces yo no lo sabía, ¿no?

Las dos siguen discutiendo así durante un rato, mientras yo me pierdo en mis pensamientos tratando de recordar lo ocurrido anoche. Sigue siendo todo muy borroso. Solo consigo acordarme de los hechos más básicos: nos juntamos las cuatro, nos bebimos la ginebra, nos emborrachamos como cubas y nos pusimos a hacer tonterías con los objetos de la búsqueda del tesoro. Pero los detalles resultan brumosos, y no me hace la menor gracia que Esther tuviera la sensación de que alguien la observaba. Porque cuando rememoro la noche anterior, noto un inquietante hormigueo recorriéndome la piel.

Y creo que es porque yo también sentí lo mismo.

—Creo que todas deberíamos coger algo para defendernos. —El miedo me hace hablar—. Llevar encima un cuchillo, por si acaso.

—¿Por si acaso alguna de nosotras decide matar a las otras dos, quieres decir? —Esther se pasa los dedos por el pelo—. Estamos más seguras sin ellos. Tan solo debemos permanecer unidas.

No sé cómo explicarles que me voy a volver loca aquí dentro, encerrada en esta pequeña habitación con ellas dos. Sabiendo que una de nosotras es una asesina. Y sin saber quién será la próxima víctima.

Está muy bien intentar pretender que el hecho de que seamos dos contra una supondrá alguna diferencia. Pero ¿qué pasará con la primera a la que ataque?

Y lo que tengo muy claro es que no seré yo la primera. Porque mataré a esas dos zorras antes de que me maten a mí.

—Creo que es mejor que nos separemos —propongo.

—¿Separarnos? —dice Annabel—. De ningún modo.

—Y además con esa tormenta fuera —señala Esther—. No podríamos salir de aquí ni aunque quisiéramos.

Hay algo en su manera de decirlo, en ese tono condescendiente suyo, que me hace estallar.

—Vosotras os pensáis que soy tonta, ¿verdad?

—¿Qué? —Ambas fingen no saber de qué hablo, pero las conozco demasiado bien.

—Chloe, la cabeza de chorlito, siempre ahí para echarse unas risas pero no para mantener una conversación estimulante. ¿Lo veis? «Estimulante» es una palabra de lo más impresionante, ¿no? No soy tan descerebrada. Os tengo muy caladas. Y no confío en ninguna de las dos.

—No es el momento de sacar a relucir tus inseguridades acerca de tu inteligencia —me suelta Esther.

—Pero vosotras siempre me habéis tratado con aires de superioridad. Y también Tanya, e incluso la maldita Poppy Greer. Como si fuera una zorrita rubia y tonta sin la menor sustancia.

—Bueno —dice Annabel—. A ver…, es lo que eres, ¿no?

—Por Dios, Annabel —replica Esther—. No empeores las cosas.

—Sé muy bien que es así como me veis. —Me levanto y me dirijo hacia la puerta.

Esther trata de detenerme.

—Chloe, no lo hagas. No es seguro salir ahí.

Pero el aire aquí dentro es sofocante y húmedo, y estoy sudando, y el resplandor de la linterna hace que me acalore aún más. A través de flashes en la oscuridad puedo ver la expresión terca de Annabel y el rostro preocupado de Esther, pero ya no me importa nada.

—No soporto estar ni un segundo más aquí dentro con ninguna de

las dos —digo—. Si alguna de vosotras me sigue, pensaré que es la asesina. Tan solo dejadme en paz.

—¡Chloe!

Abro la puerta y, antes de dar siquiera un par de pasos, la fuerza del viento la empuja hacia atrás y me golpea en un costado, haciéndome jadear.

—¿Estás bien?

—¡Que os vayáis a la mierda! —grito. Pese al creciente dolor que noto en el costado, vuelvo a empujar la puerta con todas mis fuerzas hasta que consigo abrirla del todo.

La tormenta no ha amainado. Si acaso, ha empeorado aún más. Enfoco la linterna al frente y apenas puedo ver unos pocos metros por delante de mí. Sobre el cuidado césped se esparcen ahora desperdicios y despojos procedentes de toda la isla. Las palmeras se inclinan prácticamente en horizontal y mi melena cobra vida propia, cada cabello a punto de ser arrancado de su raíz.

Aun así, es mejor que estar ahí dentro.

—¡Estás cometiendo un error! —me grita Esther.

—¡Pues déjame que lo cometa! —replico—. Ya he tenido suficiente de todo esto. Además, Poppy se merecía morir.

—¿Y Tanya? —pregunta Annabel—. ¿Qué hay de Tanya?

Me giro y echo un último vistazo a las dos. El haz de mi linterna recorre sus caras, proporcionándome una instantánea final de las mujeres que creía mis amigas. Annabel está furiosa, con los ojos refulgentes de ira, plantada cerca de la puerta y enfocando su linterna hacia mí. Está empapada por la lluvia, con el pelo pegado a la cara y tapándole la boca, de modo que no puedo saber si está diciendo algo más. Esther sigue aún sentada. Se la ve más calmada, con un leve ceño entre las cejas. No dice nada.

Esas no son las mujeres con las que vine a la isla.

No las reconozco en absoluto.

Las dejo atrás y me adentro en la tormenta.

26

Esther
21 de mayo de 2023

Annabel y yo nos quedamos en la oscuridad, con la puerta aún abierta. La tormenta se abre paso hacia el interior de la casa con una ferocidad inusitada, volcando nuestras tazas y haciendo que se estrellen contra el suelo. El agua parece entrar en rachas laterales, empapándonos de forma inmisericorde. Empiezan a zumbarme los oídos, demasiado sensibles a la inclemencia de los elementos. Apunto con la linterna a Annabel y luego hacia la puerta.

Ella parece comprender y, aunque cuesta hacerse oír por encima de la implacable fuerza de la naturaleza, dice:

—Deberíamos salir a buscarla. Se le ha ido un poco la cabeza.

¿Acaso no se nos ha ido a todas? A pesar de la agresividad de la tormenta, hay algo liberador en las ráfagas de aire que nos azotan y que aporta frescor a la humedad sofocante que reina en el interior. También tengo muy claro que ahora mismo no quiero estar a solas con Annabel, no en esta oscuridad y sintiéndome como un patito de feria. Mejor salir y enfrentarse a la isla que estar aquí dentro juntas.

Es difícil saber qué está pensando sin enfocarle la cara con mi linterna, pero eso delataría mis intenciones de querer averiguarlo. Su confesión de que fue ella quien me robó el collar ha hecho que todo cambie por completo para mí. Antes, si pensaba confiar en alguien, era en Annabel. Pero ahora ya no estoy tan segura. Si ha podido arrebatarme mi posesión más preciada, ¿de qué más podría ser capaz?

—¡Vamos! —grito—. No puede haber ido muy lejos.

Armadas con nuestras linternas, salimos a la tempestad. Fuera es mucho peor; estamos totalmente desprotegidas y la fuerza del

vendaval nos zarandea de aquí para allá. La lluvia me cala hasta los huesos y hace que me cueste respirar. Nos alejamos a duras penas de la casa, avanzando muy lentamente, y entonces nos detenemos preguntándonos qué dirección tomar.

—Ir a la playa sería muy peligroso —grita Annabel—. No creo que haya ido allí.

—Entonces ¿adónde? —Incluso hablar supone un esfuerzo sobrehumano. La tormenta parece decidida a ahogar nuestras palabras y a arrastrarlas lejos como hojas caídas.

—Seguramente habrá ido a alguna de las cabañas —vocifera Annabel—. Tendremos que buscarla allí.

—Será mejor que nos separemos —digo—. Encargarnos de dos cada una.

Se produce un silencio y me pregunto si me habrá oído. Me giro hacia ella y capto con mi linterna su expresión angustiada. Por más que intente apartárselo, el pelo se le continúa pegando a la cara y el rímel se le ha corrido por las mejillas. En este momento se la ve muy vulnerable, ya no da el menor miedo.

Me compadezco de ella.

—Da igual. Lo haremos juntas.

Rodeamos la casa principal avanzando lentamente, manteniéndonos pegadas a las paredes. De vez en cuando el resplandor de un rayo ilumina nuestro camino, impactando sobre el cercano mar con un siseo crepitante que parece resquebrajar y hacer temblar el suelo por el que nos movemos, tambaleándonos como si estuviéramos borrachas. Procuro mantener la linterna enfocando el sendero delante de nosotras, pero la de Annabel se agita frenéticamente. Su haz luminoso recorre nerviosamente el terreno a nuestro alrededor, revelando sombras que nos transmiten la impresión de que alguien nos acecha entre los árboles.

—¡Chloe! —grita Annabel con toda la fuerza de sus pulmones—. ¡Chloe! ¿Dónde estás?

No hay respuesta. Es difícil que la haya, porque hasta el alarido más estridente parece desvanecerse en la nada. Tan solo se oye el viento, un aullido estruendoso y sibilante, como si el cielo se estremeciera

agónicamente.

Llegamos jadeantes a la primera cabaña y casi nos desplomamos sobre la puerta para abrirla. De forma automática busco el interruptor, pero evidentemente la habitación permanece a oscuras.

—¿Chloe? —llamo.

Una vez más, no hay respuesta. Las linternas revelan que no hay nadie dentro, tampoco en el cuarto de baño, al que Annabel ha entrado para comprobarlo. Pero es un alivio poder refugiarse de la tormenta aunque sea por unos minutos, y nos sentamos en la cama para intentar recuperar el aliento. Pese a que nos hemos movido de forma muy lenta y cautelosa, tenemos la sensación de que hemos corrido una maratón.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Annabel, con la voz ronca de tanto gritar.

—Esta es la primera cabaña. Quedan otras tres.

—Dos.

La miro con expresión desconcertada.

—¿Qué quieres decir?

—No creo que haya ido a la de Tanya.

Obviamente. Casi me había olvidado. Resulta perturbador pensar en el cuerpo de Tanya tendido inerte en su cama. Tampoco es nada tranquilizador pensar en el de Poppy, desaparecido en el mar y a merced de las corrientes desatadas por la tormenta, o quizá ya hundido en el fondo, yaciendo inmóvil y medio descompuesto.

Trago saliva de forma inconsciente, tratando de contener las náuseas.

—Bueno, pues dos cabañas —digo con forzada ligereza—. Chloe estará bien.

—¿Y si no está en ninguna de ellas? ¿Continuaremos buscando?

Como respondiendo a sus palabras, un ensordecedor trueno retumba sobre nuestras cabezas y un fortísimo resplandor estalla en el exterior.

—No podemos movernos por la isla con esta tormenta —digo—. Si no está en las cabañas, no habrá mucho que podamos hacer ahora.

Annabel parece consternada, pero asiente.

—Ya. Entiendo.

—Bueno, ¿seguimos? —digo levantándome.

Ninguna de nosotras ha traído ropa adecuada para una tempestad como esta, confiando en que solo habría cielos azules y playas soleadas. Annabel y yo llevamos unos finos vestidos blancos que no nos protegen de nada, pero aun así no sentimos el frío estremecedor. La adrenalina recorre todo nuestro cuerpo, y es lo que nos mantiene vivas y calientes. El aire es penetrante, como el aroma de un perfume, un olor dulzón que contrasta con el aliento agrio que sale de nuestras bocas al jadear en busca de oxígeno.

Chloe tampoco está en las otras cabañas.

Nuestra búsqueda acaba finalmente en la mía, y lo único en lo que puedo pensar es en lo bien que me sentaría poder dormir un rato. Empiezo a sentirme mareada por el agotamiento.

—Puede que, pese a todo, esté en la cabaña de Tanya —digo—. Que haya buscado refugio allí. O tal vez haya regresado a la casa principal.

—Puede ser. —Annabel se escurre la melena, que deja un charco de agua en el suelo.

Sigue sin haber electricidad, la tormenta está en pleno apogeo.

No podemos hacer nada más.

—Deberíamos intentar dormir —propongo—. Yo me quedaré en mi cabaña y tú puedes volver a la tuya. Te vigilaré desde la puerta para asegurarme de que llegas a salvo.

—No confías en mí, ¿verdad?

La pregunta suena como una bofetada, pero me mantengo firme.

—Y con razón.

—Siento mucho lo del collar —vuelve a disculparse.

—Solo he pensado que dormiremos mejor si estamos separadas —digo—. Y cuando nos despertemos dentro de unas horas y Chloe ya haya vuelto, entonces veremos lo que hacemos.

—Muy bien. —Suspira y se levanta de la cama—. Estoy exhausta.

—Yo también.

—¿Me vigilarás desde la puerta? ¿Te asegurarás de que llego a salvo a mi cabaña?

—Pues claro.

Annabel sale de nuevo a la tormenta y avanza muy despacio, aún

más cautelosamente que cuando íbamos juntas. Es una distancia corta, no llega a veinte metros, pero se toma su tiempo para asegurarse de no tropezar. Mantengo estabilizado el haz de mi linterna para que pueda ver por dónde anda, mientras que el de la de ella se agita nerviosamente. Después de lo que parecen unos angustiosos minutos, consigue llegar a su cabaña y abre la puerta.

Cuando está a punto de entrar, se da la vuelta en el umbral y articula algo en mi dirección.

—¡No te oigo! —grito—. ¿Qué?

Sus labios vuelven a moverse, pero el viento se lleva sus palabras.

Hago un gesto de impotencia encogiéndome de hombros, y ella menea la cabeza. Finalmente entra en la cabaña y cierra la puerta tras de sí.

Siento un gran alivio cuando cierro yo también la mía, a pesar de que eso hace aumentar mi sensación de aislamiento. Giro el cerrojo del pomo y el sonido del clic me transmite la impresión de que por fin puedo volver a respirar con normalidad. Sin quitarme el vestido, me tumbo en la cama y me echo la colcha por encima.

Todas las emociones del día caen sobre mí de golpe, clavándose con fuerza en mi pecho, y entonces me dejo llevar por el llanto.

¿Por quién estoy llorando? Sobre todo, por mí. Atrapada en esta isla, sin posibilidad de escapatoria, pienso en que dos de las personas que vinimos aquí hace menos de cuatro días ahora están muertas. Pienso en que he perdido mi trabajo, que toda mi vida se ha echado a perder, y que ahora las otras saben que Brad me maltrata. Y no tengo ni idea de lo que pasará cuando vuelva a casa, si es que consigo volver.

Trato de tranquilizarme respirando de forma lenta y calmada. Pero mi esfuerzo es en vano. Los sollozos siguen brotando de mi garganta, un llanto ahogado que empapa la almohada con algo que no es solo lluvia. Apesto a esta isla, a este temporal, una mezcla de agua, tierra y sudor. Ahora mismo debemos de estar en medio del ojo de la tormenta, porque el viento ha cesado de pronto, dejando solo silencio a su paso. Sigue reinando la oscuridad más absoluta, pero resulta confortador no escuchar nada más aparte del zumbido de mis oídos.

No puedo dormir. Permanezco aquí tumbada presa de un cansancio infinito, más extenuada de lo que me he sentido en toda mi vida, y aun así mi cerebro continúa totalmente activo. Todos mis sentidos están en alerta. Mi cuerpo parece saber que el peligro acecha desde todos los rincones y no permite que me relaje. Quizá debería estarle agradecida, por mantenerme concentrada.

De pronto veo un destello fuera de mi ventana. ¿Es la luz de una linterna? Desaparece y luego vuelve a aparecer.

Definitivamente, es una linterna.

¿Será Chloe?

Me acerco a toda prisa a la ventana provista de mi propia linterna, decidida a mostrarle hacia dónde dirigirse. Pero entonces me quedo de piedra al ver quién es.

Annabel.

¿Qué está haciendo fuera otra vez? ¿Está aprovechando el receso de la tormenta?

Su linterna ilumina fugazmente mi ventana y tengo que agachar la cabeza. Cuando el haz luminoso ha pasado, vuelvo a asomarme y la observo mientras deambula entre las cabañas, enfocando con su luz aquí y allá. ¿Está simplemente buscando a Chloe, o se trata de algo más siniestro? Parece perdida en su propio mundo, pero de vez en cuando gira nerviosamente la cabeza a derecha e izquierda, como para asegurarse de que nadie la sigue.

No pienso correr riesgos. Sin encender la linterna para que la luz no me delate, me acerco sigilosamente a la puerta y busco a tientas el pomo.

Aquí está.

Sigue cerrado.

Annabel no puede entrar.

De algún modo, me hace sentirme más segura, pero cuando vuelvo a tumbarme en la cama continúo teniendo el mismo problema: no puedo dormir. No creo que nada pueda conseguir que me relaje esta noche, no con Annabel merodeando en la oscuridad y con Chloe desaparecida. No cuando anoche éramos cinco personas en esta isla y ahora solo tres.

27

Poppy

17 de mayo de 2013

Querido diario:

¡He ido al baile de graduación! ¡He ido a una FIESTA! ¡He bebido y bailado y los chicos han FLIRTEADO conmigo! ¡CONMIGO!

Este está siendo el mejor año de toda mi vida. Primero lo de Slade, y ahora esto. ¿Me van a salir por fin bien las cosas? ¿Después de todo lo que me ha ocurrido? Incluso Annabel, Chloe, Esther y Tanya se han mostrado agradables conmigo. ¡Y he ido a la casa de Esther!

El baile de graduación empezó a las siete. Todas pasamos por los típicos rituales de iniciación, incluida yo: ir de compras con mamá y sonreír hasta que me dolía la boca mientras ella me tomaba una foto tras otra e insistía en que estaba preciosa con todos y cada uno de los vestidos; acudir a la peluquería unas horas antes para que me peinaran y maquillaran, y luego tener que quedarme sentada muy tiesa sin poder comer ni beber nada; y para las otras implicaba también quedar juntas para realizar el fabuloso trayecto por todo lo alto hasta el lugar donde se celebraba el baile, en este caso el hotel Marriott de College Green. Yo me perdí esta última parte, eso de ir en una limusina con otras chicas, o incluso en algo más ostentoso como un tradicional autobús rojo de dos pisos. Pero papá y mamá me obsequiaron con un viaje en uno de esos taxis negros típicos de Londres, con papá haciendo de chófer, y cuando me bajé de él ante las puertas del hotel dio la impresión de que había sido una decisión totalmente consciente y no producto de la soledad. Mamá y Wendy iban conmigo en la parte de

atrás, y por una vez no me importó que me avergonzaran delante de todo el mundo, arremolinándose a mi alrededor para asegurarse de que estaba impecable y sacándome más fotos.

—¡Estás fabulosa! —me dijo papá, después de abrirme la puerta y de hacer una reverencia fingiendo que se quitaba la gorra—. Que pases una velada maravillosa.

Ese fin de semana mis padres iban a acompañar a Wendy a una especie de congreso de ciencias, ya que mi hermanita está pensando seriamente en hacer la carrera de Medicina.

—Lo haré —dije—. ¡Y muchísimas gracias por todo! Ha sido realmente increíble.

—Estás preciosa —me dijo mamá al borde de las lágrimas—. Estamos muy orgullosos de ti, cariño.

Pese a sentirme de lo más cohibida, estaba muy contenta con mi vestido. A juego con unos zapatos de tacón alto para no verme tan bajita y regordeta, era largo y de corte recto con mangas abullonadas. Aunque pueda parecer muy sencillo, tenía unos diamantes falsos cosidos al dobladillo y a la cintura que resplandecían sobre el tejido de color gris. En cuanto a mi pelo, estaba recogido en un elaborado moño con mechones que caían enmarcándome la cara. El peluquero me había dicho que quedaba muy chic, y a mí me encantó esa palabra. Miré mi reflejo en la ventanilla del taxi y di unas pequeñas vueltas a un lado y a otro, viendo cómo giraban los bajos del vestido y cómo mi peinado permanecía en su sitio. Nunca antes me había puesto tanto maquillaje, y aunque me chocaba de pronto lucir toda esa cantidad de base (y en secreto me preocupaba que tuviera un color demasiado anaranjado), desde luego se me veía más adulta. Y muy distinta.

Pero nada de pintalabios rojo. Era un tono rosa pálido, pero aun así sentí que el corazón me latía con fuerza cuando la estilista me lo estaba poniendo.

El señor Edwards, que todavía seguía haciéndome suspirar románticamente, esbozó una gran sonrisa al verme subir las escaleras hacia la entrada principal.

—Vaya, Poppy. ¡Estás guapísima! Me alegro mucho de que hayas venido.

Él sabía muy bien que había tenido mis dudas sobre si asistir al baile. Incluso me había llamado a su despacho hacía unas semanas para hablar del tema y me había convencido de que debía asistir al último gran evento de la secundaria, y me dijo que vigilaría que todo fuera bien.

—Gracias, señor Edwards. ¡Yo también me alegro de haber venido!

—Venga, pasa. Dentro de un rato iré a ver cómo estás.

Al entrar, el personal contratado por el hotel nos ofrecía una copa de champán (si enseñábamos el carnet para demostrar que éramos mayores de edad, que no era mi caso) o un vaso de zumo de naranja (si así lo preferíamos o si era nuestra única opción), y luego recorríamos una larga alfombra roja hasta cruzar las puertas dobles que daban a la sala de fiestas. Era un espacio enorme con docenas de mesas circulares decoradas con manteles blancos y elaborados centros florales. Había pequeños salvamanteles individuales, con tarjetitas donde estaban escritos nuestros nombres. Este año la distribución de los asientos se había hecho de forma aleatoria, lo cual había causado cierta controversia, pero los profesores insistieron en que todos (o casi todos) éramos ya adultos, y no deberíamos tener problema en charlar con gente con la que normalmente no hablábamos. Yo estaba encantada, claro, porque eso significaba que no tendría que sentarme a una mesa donde la gente no me quería.

Al otro lado de la sala estaba la pista de baile, con un DJ y un equipo de sonido alucinante. Incluso había una bola de discoteca colgando del techo y luces estroboscópicas. Como aún faltaba mucha gente por llegar, de momento solo sonaba de fondo música pregrabada, pero algunos de mis compañeros de arte ya estaban en la pista formando un pequeño corrillo, lanzando los brazos al aire y jaleando cuando el ritmo alcanzaba un nuevo clímax. Ollie Turner, muy guapo con un esmoquin color turquesa, me saludó con la cabeza cuando agité la mano en su dirección, pero no pareció muy ansioso por invitarme a bailar con ellos, así que seguí adelante.

Como la temática de la velada era Las Vegas, en otro rincón de la sala había una zona de «juego». A cada uno se nos darían diez fichas de plástico para apostar, y quien hubiera conseguido mayor número al final de la noche recibiría algún tipo de premio.

Estaba admirando la ruleta, junto a la que aún no estaba el crupier,

cuando oí una exclamación a mi espalda.

—¡Oh, Dios mío! Poppy, ¿eres tú?

Al girarme, me encontré a Annabel, la última persona a la que quería ver.

Estaba sola. Su look no era tan espectacular como me había esperado. Se notaba que se había maquillado ella misma, y aunque el resultado era ciertamente impresionante, no llegaba al nivel de un profesional. El pelo le colgaba suelto, rubio y resplandeciente como siempre, y se lo había alisado, pero nada más. Por último, llevaba los mismos zapatos que en la fiesta de fin de curso del año pasado, unas sandalias blancas con tiras, algo arañadas en la parte de delante, y su vestido era de satén, muy ceñido y largo hasta los tobillos. Me había esperado que tirara la casa por la ventana, pero en conjunto resultaba bastante sencillo.

Antes de que Annabel pudiera decir nada más, un grupo de chicos se acercó a la zona donde estábamos, ruidosos y alborotados. Iban muy arregladitos con sus trajes y sus pelos engominados, y al pasar junto a nosotras se pararon y empezaron a lanzar silbidos de admiración.

Annabel se dio media vuelta para sonreírles, pero entonces enrojeció al caer en la cuenta.

No le estaban silbando a ella. ¡Me estaban silbando a mí!

—¡Poppy Greer, no puedes ser tú! —Uno de ellos, probablemente el chico más guapo de nuestro curso después de que Julian se marchara, se acercó a mí con una gran sonrisa. Se llamaba Aidan y era el novio de Annabel desde hacía seis meses—. ¡Joder, estás que te sales!

—¡Está de muerte!

—Yo sí que me moriría por ella.

No pude evitar ponerme en guardia. Después de lo ocurrido con Julian, ya no me fiaba de ningún chico. Pero todos parecían sinceros y me contemplaban de arriba abajo con cara de admiración. Algunos se daban codazos entre ellos y murmuraban cosas que no alcanzaba a oír. Me sentí aún más cohibida, e incluso bajé la vista fugazmente a mi pecho para ver si se me había salido algo por accidente.

Pero todo estaba en su sitio. Todos pensaban realmente que estaba muy bien. ¡Que estaba guapa!

Nadie me había dicho nunca que estaba guapa.

Aidan me guiñó un ojo, luego se acercó a Annabel y la besó en la mejilla.

—Tú también estás estupenda, nena. Pero ¿no podías haberte puesto algo parecido?

—No. —Annabel le lanzó una mirada asesina. Nunca la había visto tan enfadada. Tenía la cara muy roja y parecía que fuera a abofetearle.

—Te veo luego, ¿vale, nena? —le dijo. Y luego se despidió de mí agitando la mano—. ¡Y a ti también, Poppy!

—¡Vente a bailar luego con nosotros, Poppy! —gritó otro de los chicos.

Cuando se marcharon, Annabel y yo nos quedamos solas junto a la ruleta. Era una situación de lo más embarazosa. Ella parpadeaba furiosamente como para no echarse a llorar.

Pero entonces fue como si encendieran un interruptor en su cara, porque de pronto sonrió y puso los ojos en blanco.

—Chicos…, ya se sabe.

¿Estaba intentando bromear conmigo?

—Ya, claro —respondí indecisa.

—Tú eres el nuevo juguetito —dijo, pero continuaba sin tener claro si estaba bromeando.

Cuando vi que no se movía de mi lado, como si esperara que le diera conversación, intenté pasar página de lo ocurrido con Aidan y los otros chicos y le pregunté:

—¿Dónde están Chloe, Tanya y Esther?

Por un momento, pareció vacilar.

—Ah, estarán de camino en alguno de esos coches ridículos. Yo he decidido venir un poco antes.

—¿No has querido venir con ellas?

—Me era más fácil así. Vivo cerca, así que he venido caminando.

—¿Vives cerca del centro? —Traté de imaginarme la casa de Annabel; la visualicé en un apartamento tipo loft, rodeada de obras de arte y con una madre que hablaba con acento francés mientras sostenía un cigarrillo entre los labios y un pincel en los dedos.

—Bueno, bastante cerca —dijo, y luego cambió de tema—. ¿Y tú has venido sola?

No estaba segura de si era una pulla deliberada o si en realidad solo

quería seguir hablando, así que le concedí el beneficio de la duda e hice un poco broma de mí misma.

—Tampoco es que tuviera muchas más opciones.

—¿Sabes que estamos en la misma mesa? —me dijo señalando hacia la otra punta del salón—. Si quieres podemos sentarnos.

—Claro. —Seguía recelando de sus intenciones, pese a que no me había hecho nada en los últimos tres años, pero fui con ella hasta la mesa confiando en que nada malo podría ocurrirme aquí rodeada de todos los profesores. Mientras cruzábamos el salón, muchos me pararon para felicitarme por mi vestido y mi peinado, incluso gente con la que nunca había hablado.

—¡Poppy, estás fantástica!

—¡Guau, Poppy, estás realmente increíble!

Los chicos se encontraban en su mayoría apiñados en un gran grupo, y muchos de ellos soltaron exclamaciones de sorpresa al verme pasar. Incluso oí que algunos de ellos decían que nunca se habrían imaginado que estuviera tan buena, algo que debería haberme desagradado pero que, por el contrario, me hizo sonreír de oreja a oreja.

El asiento de Annabel estaba dos sillas a la izquierda del mío, pero intercambió su tarjeta con la de Eric Smith y se sentó a mi lado. Resultaba todo muy extraño, no solo estar allí sentadas las dos juntas como si fuéramos amigas, sino también recibir tanta atención por parte de mis compañeros. Era como si de pronto me hubiera convertido en una persona de verdad, la persona que debía ser. Ya no era la patética Poppy Greer, siempre al margen de todo. Ahora era alguien, formaba parte del círculo más popular y todos me apreciaban.

—Te está mirando todo el mundo —me dijo Annabel.

Intenté hacerme la tonta.

—Te están mirando a ti, no a mí.

Ella se echó a reír.

—Oh, venga ya, Poppy. Sabes muy bien que no soy estúpida. Saqué mejor nota que tú en el examen preparatorio que hicimos la semana pasada. Todos te están mirando. Y además con buenos ojos, para variar.

Este último comentario me dolió.

Debió de verlo en mi cara, porque ella también cambió de expresión.

—Lo siento. Eso ha estado muy mal por mi parte. No es mi intención ser siempre tan arpía.

—No lo eres.

—Lo soy.

—¡Esto es fabuloso!

Di un respingo. Esther, Tanya y Chloe acababan de llegar, las tres luciendo como supermodelos.

La postura de Annabel cambió de inmediato. Se apartó de mí y se giró hacia sus amigas con una gran sonrisa.

—Llegando las últimas como las estrellas.

—Es una pena que no hayas podido venir con nosotras en la limusina —le dijo Esther—. Sabes que mi madre te lo habría pagado.

—No pasa nada —se apresuró a contestar Annabel—. ¿Dónde os sentáis?

—Oh, mala suerte, estamos todas separadas —dijo Tanya. Entonces pareció fijarse bien en mí y los ojos por poco se le salieron de las orbitas—. ¡Cielo santo, Poppy!

—¡Estás realmente atractiva! —chilló Chloe entre risas—. Oh, Dios mío, mírate, tratando de encajar. ¡Y lo has conseguido! Estás tremendamente sexy esta noche.

Esther alzó una ceja a modo de aprobación. Vi brillar en ella su pequeño piercing de plata, que normalmente no podía lucir en el instituto.

—Estás muy guapa, Poppy. Creo que incluso has superado a Chloe.

Chloe, cuya belleza natural hacía que no tuviera que esforzarse tanto como las demás, se había decidido por un vestido largo parecido al de Annabel, aunque le quedaba bastante mejor. Se la veía tan elegante como al resto de nosotras, sin necesidad aparente de tener que gastarse cientos de libras. Pero la expresión ceñuda ante el comentario de Esther hizo que se pusiera muy fea.

—Yo no diría tanto.

—¡Atención todo el mundo! —anunció entonces nuestra directora, la señora Hargreaves—. En cuanto hayáis encontrado todos vuestros asientos, empezaremos la velada con unos breves discursos y homenajes, y después disfrutaremos de un gran banquete de tres platos.

Annabel y yo nos quedamos sentadas juntas, y enseguida se nos unieron

el resto de los compañeros. Cuando la mesa estuvo llena, se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—Después del baile hemos pensado en montar una fiesta. ¿Quieres venir?

—¿Una fiesta?

—Ya sabes, en algún lugar donde podamos beber todo lo que queramos. —Entrechocó su copa de champán con mi zumo de naranja, y luego se encogió de hombros—. Piénsatelo.

—Nadie querrá que vaya —le susurré.

—Claro que querrán. Y además es en casa de Esther, así que nadie podrá decir nada.

Esther vive en una gran mansión georgiana de cinco plantas en el centro de Clifton. No sé muy bien a qué se dedican sus padres, pero son obscenamente ricos, y por lo visto la fiesta que dio Esther tras el baile de fin de curso del año pasado fue algo legendario.

—¿De verdad quieres que vaya?

—Pues claro —respondió ella como si tal cosa.

—Bueno, mis padres y mi hermana están fuera, así que…

—¡Estupendo! ¡Entonces te vienes!

Empecé a dudar y traté de echarme atrás. Al fin y al cabo, se trataba de Annabel. Y aún me acordaba de lo ocurrido con Julian.

—Puede que después del baile esté muy cansada.

—Poppy, cálmate —dijo ella—. Relájate y disfruta de la noche. Va a estar genial.

Y, sorprendentemente, me lo pasé en grande. La comida estuvo muy bien, y Annabel y yo hablamos sin parar de los exámenes y de lo que haríamos después de graduarnos. Yo me iría a Slade, ella se quedaría en Bristol. Nuestra mesa quedó segunda en un concurso que se organizó durante los postres, y cada uno de nosotros ganó un talonario de vales, algo que hizo refunfuñar a los demás pero que a mí me emocionó un montón. Después empezó el baile, y también los juegos en la zona decorada al estilo Las Vegas, que estaba supervisada por la directora Hargreaves para asegurarse de que nadie hacía trampas. Perdí todas mis fichas apostando al rojo en la ruleta, y Annabel no tardó en perder las suyas al blackjack después de arriesgarse pidiendo otra carta cuando tenía un

quince. Para entonces las demás ya se habían unido a nosotras, pero había tanta gente a nuestro alrededor que no me sentía nada rara allí, alternando con esas cuatro. La que parecía más incómoda de todas era Tanya, y cuando salió a fumar al balcón fui tras ella.

Uno de los profesores de ciencias, del que todos decían que olía siempre a marihuana, también estaba fuera, pero bastante apartado y como perdido en su mundo.

Aparte de él, solo estábamos nosotras dos en el balcón. Dentro empezó a sonar el «Stronger» de Kelly Clarkson, y aunque las puertas estaban cerradas podíamos oír cómo retumbaba la música y cómo todo el mundo coreaba la letra a pleno pulmón.

Tanya encendió su cigarrillo, dio una larga calada y luego se apoyó de espaldas contra la balaustrada.

—Tú no fumas, ¿no?

No tenía sentido fingir con Tanya. Incluso después de todos estos años, era como si siguiera conociéndome mejor que nadie. Recordé que cuando teníamos diez años hicimos un ridículo pacto asegurando que nunca fumaríamos ni tomaríamos drogas porque nos respetábamos demasiado a nosotras mismas. Lo declaramos ante el mundo (mi jardín) y lo sellamos hundiendo las manos y estrechándonoslas en un charco de barro.

Me pregunté si ella también se acordaría.

—Has roto el pacto —le dije en voz baja.

Para mi sorpresa, ella sonrió.

—Sabía que me dirías eso.

—Solo quería ver si estabas bien —le dije—. Por eso he salido. También quería preguntarte qué vas a hacer después de graduarte. ¿Qué planes tienes?

Dio otra calada y expulsó el humo en forma de anillos.

—Voy a ir a la Universidad del Oeste de Inglaterra. No es algo tan impresionante como Slade.

Los profesores habían anunciado mi oferta para ingresar en Slade en el boletín de la escuela, lo cual implicaba que ya lo sabía todo el mundo. Me había sentido muy avergonzada notando todos los ojos fijos en mí, juzgándome, pero en el fondo también me sentí secretamente orgullosa.

—Vas a estudiar Periodismo, ¿verdad?

—Pues sí —respondió, sonando sorprendida—. No esperaba que lo supieras.

—Creo que lo dijo uno de los profesores —murmuré, cayendo en la cuenta de que había revelado que, pese a todo, aún seguía interesándome por ella—. Me alegro mucho por ti.

—Gracias. —Dio una última calada, apagó el cigarrillo contra la barandilla de piedra del balcón y tiró la colilla de un capirotazo.

—¿Y qué pasó con tu sueño de convertirte en actriz? —no pude evitar preguntar.

—Ah, eso. —Se encogió de hombros—. Renuncié hace mucho tiempo.

—No deberías haberlo hecho —le dije—. Siempre pensé que lo conseguirías.

—Oh, bueno —repuso con una leve sonrisa—. ¿Te acuerdas de cuando nos poníamos todo tipo de modelitos los fines de semana y hacíamos desfiles de moda para tus padres?

—Me acuerdo. —Todas las semanas escogíamos una temática distinta. Mis padres, con una paciencia que rivalizaba con la de un santo, se sentaban en el sofá de terciopelo y aplaudían y vitoreaban mientras desfilábamos por la salita creyéndonos Tyra Banks—. Mi favorito fue cuando nos disfrazamos de payasos de alta costura.

Tanya estalló en carcajadas palmoteando.

—Oh, Dios mío, me acuerdo de ese. Pero no, mi desfile favorito fue cuando decidimos que sin lugar a dudas los extraterrestres llevarían botas UGG en las manos y guantes en los pies, y tuvimos que ir caminando a trompicones porque tus viejos guantes de lana no nos encajaban bien en los pies.

Entonces yo también me eché a reír, y…, oh, Dios, por un minuto fue como si el tiempo no hubiera pasado. Volvimos a ser de nuevo Tanya y yo, tan unidas como siempre, y fue algo maravilloso.

—Vamos —dijo de pronto, haciendo estallar la burbuja de nuestra antigua amistad—. Será mejor que entremos o empezarán a preguntarse dónde nos hemos metido.

Ese uso del plural… Por fin me incluía a mí también.

Me pasé el resto de la noche bailando con todo el mundo, como si siempre hubiera formado parte del grupo. Cuando por fin se encendieron

las luces y la señora Hargreaves nos dio las gracias por haber asistido, yo estaba hecha un desastre, desmelenada y sudorosa, pero igual que todos los demás. Y entonces Esther pronunció las palabras mágicas que había estado esperando, la confirmación de que yo también estaba entre los alumnos populares de la escuela.

—Poppy, te vienes a la fiesta, ¿verdad?

—Claro —respondí de inmediato.

Por el camino, envié un mensaje a papá y mamá diciéndoles que había llegado bien a casa, aunque no era técnicamente verdad.

En total seríamos solo unos cuarenta estudiantes del baile de graduación, pero aun así parecía un montón de gente. Y aunque la casa no era precisamente pequeña, enseguida estuvo abarrotada. Esther nos llevó al sótano, una enorme sala abierta, provista de sofás y mesas. Alguien puso música y fue como si aún siguiéramos en el hotel. La gente empezó a bailar, pero esta vez bien surtida de alcohol para levantar aún más los ánimos, después de haber parado en algunas tiendas por el camino para proveerse de docenas de botellas.

Yo nunca había bebido alcohol. Lo sé, parece increíble que una chica de diecisiete años en pleno siglo XXI nunca se hubiera tomado una copa. Pero es que era mi primera fiesta.

Aidan me pasó un vaso de plástico con solo unos dedos de líquido.

—Tómate un chupito conmigo, Poppy. ¡Nunca te hemos visto borracha!

Aidan estaba realmente sexy, ahí plantado tan cerca de mí que me daba miedo que pudiera escuchar cómo me latía el corazón.

—Claro —respondí, como si fuera algo que hiciera normalmente, aunque ni siquiera sabía lo que había en el vaso.

—A la de tres —dijo Aidan—. Uno…, dos…, tres.

Los dos nos lo bebimos de un trago. No pude evitar ahogarme y toser un poco al notar la ardiente sensación en mi garganta, y Aidan se echó a reír mientras me daba golpecitos en la espalda.

—¡Tal vez tomar chupitos no sea la mejor idea para tu primera fiesta! —dijo—. Espera.

Alargó una mano y pasó los dedos por mis labios. En ese momento, pensé que el tiempo se detenía. Sentí un revoloteo en el estómago y creí que me iba a desmayar en cualquier momento.

Pero sabía que tenía que calmarme. Era el novio de Annabel. Di un paso atrás, poniendo cierta distancia entre nosotros, y él pareció comprenderlo.

—Tenías algo alrededor de la boca —dijo—. Déjame que te presente luego a algunos de mis colegas. Les encantará conocerte.

—Claro —murmuré, prácticamente incapaz de pronunciar esa sola palabra.

¿Era eso lo que les pasaba a las otras chicas? ¿Un chico guapo se te acercaba en una fiesta y se te insinuaba? ¿O te decía que iba a presentarte a sus amigos? Algunos de los otros chicos eran casi tan guapos como Aidan. Tampoco iba a mostrarme muy selectiva.

Un primer beso habría estado bien. Eso era todo lo que tenía en mente, y aún sentía un hormigueo en la zona de los labios que había rozado Aidan.

—¿Te lo estás pasando bien?

Annabel apareció de pronto a mi espalda, como salida de la nada, sosteniendo una copa en la mano. Me la ofreció.

—Vodka con limón. Un poco más suave que un chupito a palo seco.

—Ah. —Al momento me sentí muy incómoda—. Aidan se me acercó y yo no…

—No pasa nada —dijo ella. Se encogió de hombros—. Es un chico muy sociable. Eso no me molesta. Solo quería asegurarse de que lo estabas pasando bien. Bueno, tómate la copa.

Vacilé.

—No será la primera vez que bebes alcohol, ¿no?

—¡No! —dije, pero ya era demasiado tarde.

—Ay, la pobre. —Y luego alzó la voz para que la oyera todo el mundo —: ¡Chicos, esta es la primera vez que Poppy va a beber alcohol, aparte del chupito que acaba de tomarse! ¿Le damos un gran aplauso?

Enrojecí violentamente y le di un primer sorbo a la copa, teniendo que hacer un gran esfuerzo para que mi cara no delatara la terrible impresión que me causó su sabor. Era incluso peor que el del chupito. Horrible, muy fuerte, incluso un poco amargo. Annabel murmuró algo a los chicos que tenía al lado y todos se rieron. Pero la multitud me jaleó.

—¡Bébetelo! ¡Bébetelo! —corearon.

—Oh, Dios —mascullé.

Pero les obedecí y me lo tomé de un trago, a pesar de que los ojos me

lloraban.

—¿Tiene que saber así? —le pregunté a Tanya, que había permanecido a mi lado sin participar en los gritos ni en las risas.

Ella frunció el ceño.

—¿Saber cómo?

—Raro. ¿Como si le hubieran echado algo asqueroso?

Se inclinó y olió la copa, pero ya no quedaba nada de líquido. Me miró y se encogió de hombros.

—Yo no huelo nada. Pero si solo llevaba vodka no podía saber demasiado mal. —La gente ya había dejado de prestarme atención, y entonces Tanya me preparó otra copa y me la tendió—. Prueba ahora.

Esta vez la bebida pareció entrarme más suave. Seguía teniendo la inequívoca sensación de estar tomando algo con alcohol, pero ya no notaba ese extraño sabor amargo de antes.

—Este sabe bien —dije.

—Tal vez Annabel le echó demasiado vodka para ser tu primera vez. — Pero seguía frunciendo el ceño. Se acercó a ella y, aunque no podía oír de lo que estaban hablando, Tanya permaneció con el rostro muy serio hasta que al final pareció ceder, sonriendo y meneando la cabeza.

La fiesta continuó. Me acuerdo de que estuve bailando, de que algunos chicos de mi curso se me acercaban y se ponían a bailar conmigo, y de que todo el mundo gritaba y cantaba y lo pasaba en grande. Era como si todos mis sentidos estuvieran totalmente aguzados, pero me imaginé que eso era lo que se sentía estando borracha. Todo era muy brillante y colorido, y tenía la sensación de sentirme más segura y confiada que en toda mi vida, como si nada pudiera preocuparme nunca más. Las otras chicas seguían pasándome una copa tras otra, y cuando ellas soltaban risitas yo también lo hacía con una aguda risa tonta.

Uno de los momentos más alucinantes de la noche fue cuando yo salía del lavabo y Elliott, el novio de Chloe, me acorraló en el pasillo. De hecho, él ni siquiera iba a nuestro instituto, y se presentó cuando la fiesta ya llevaba en marcha una hora o así. Era tan distinto a los otros chicos de nuestra escuela. Hasta llevaba un piercing en la nariz, algo que estaba terminantemente prohibido en la nuestra.

—Aquí está mi chica favorita —dijo, echándome un brazo por encima

del hombro.

Aunque solté una de aquellas risitas tontas, no pude dejar de pensar en quién era su novia.

—¿No es Chloe tu chica favorita?

—Claro —respondió sonriendo—. Pero eso no significa que no pueda tener más de una, ¿no?

Se inclinó y estuve segura de que iba a besarme. El corazón comenzó a latirme con fuerza y yo también me incliné hacia él, e incluso empecé a cerrar los ojos.

Pero entonces Esther apareció por el pasillo y Elliott se apartó a toda prisa riendo.

—Nos preguntábamos dónde os habíais metido —dijo ella. No parecía molesta, pero me miraba sobre todo a mí. ¿Habría visto que estábamos a punto de besarnos? No sabría decirlo.

—Solo estaba ayudando a Poppy a volver —se justificó Elliott—. Lleva una borrachera de campeonato.

—Bueno, será mejor que vayas a bailar con Chloe —le dijo Esther.

Cuando Elliott se marchó, esperé que ella me dijera algo. Al ver que no decía nada, balbuceé:

—De verdad que me estaba ayudando.

—Seguro que sí —respondió ella, y luego entró en el lavabo.

Me pasé el resto de la noche bailando con un montón de chicos, pero en ningún momento estuve cerca de volver a tener mi primer beso. Y cuando Aidan se ofreció a acompañarme a casa, Annabel salió del lavabo diciendo que acababa de vomitar y que necesitaba que la ayudara, así que no tuvo la oportunidad de venir conmigo.

Pero no me importó volver caminando sola a casa, no después de la velada tan increíble que había pasado. Cuando llegué, colgué mi vestido con el mayor cuidado posible, procurando que no se arrugara más, a fin de conservar el recuerdo de esa noche para siempre.

Querido diario, creo que finalmente me estoy convirtiendo en alguien de verdad. ¡Imagínate lo que podré llegar a ser en el futuro!

Nadie va a reconocerme.

28

Annabel
22 de mayo de 2023

La tormenta ha empezado a amainar.

Lo que hasta hace poco era un violento aguacero, de esos que te impiden dar un solo paso, ahora es apenas una mísera llovizna, e incluso las nubes, una vez cumplido su cometido, han comenzado a dispersarse. Las estrellas, hasta ahora ocultas tras el manto nuboso, empiezan a asomarse tímidamente aportando algo de luz al lugar.

¿Cómo puede ser todavía de noche? Seguro que debe de estar a punto de amanecer. Aunque da la impresión de que esta noche durará eternamente.

Tal vez así sea. Quizá estemos atrapadas en esta isla mágica en la que no rigen las leyes del tiempo, condenadas a permanecer aquí hasta que solo quede una de nosotras.

Dios… No me extraña que no haya dormido.

Ni siquiera lo he intentado. Me quedé tumbada en la cama durante lo que se me antojaron siglos, y cuando pareció que la tormenta aflojaba un poco salí de nuevo a buscar a Chloe, sin importarme estar hecha unos zorros. Pero no estaba en ninguna de las cabañas, ni siquiera en la de Tanya, que registré a toda prisa bastante alterada, y tampoco en la casa principal.

Ahora vuelvo a salir de mi cabaña con paso cauteloso, notando cómo se me eriza el vello de los brazos.

La zona del césped está totalmente encharcada, revelando que no es tan lisa y perfecta como había pensado. El terreno fangoso que aflora aquí y allá en parches marrones mancha mis sandalias de barro, pero no me importa. La tormenta da sus últimos estertores y la luna

aparece por fin entre las nubes, un cuarto creciente cuyo tenue resplandor basta para iluminar toda la isla.

Me dirijo a la casa principal y me encuentro a Esther sentada a la mesa de la cocina, tomando más café. Desprende esa energía nerviosa estimulada por el exceso de cafeína, mientras se agarra a los bordes de la silla con la mandíbula apretada. Da un respingo cuando me ve entrar, pero lo disimula bien y adopta rápidamente una expresión calmada.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —le digo.

Niega con la cabeza.

—Lo he intentado. Pero no ha servido de nada.

Ambas miramos por la ventana al cielo, que parece burlarse de nosotras con su nocturnidad perpetua.

—¿Dónde está Chloe? —pregunta Esther.

El alma se me cae a los pies.

—¿No la has visto?

—No.

—Esta vez tenemos que salir a buscarla a conciencia —digo—. Puede que se haya quedado atrapada en algún lugar por culpa de la tormenta. Le dijimos que se estaba comportando como una idiota por salir ahí fuera con este tiempo. Pero ya sabes cómo es. Impulsiva.

Entonces ambas visualizamos a Chloe en nuestra mente. Su energía vibrante, pero también su conducta temeraria. Su tendencia a actuar primero y a pensar después. Debe de haberse perdido en la oscuridad, puede que se haya refugiado en algún sitio esperando a que pase la tormenta. Eso es lo que me obligo a decirme a mí misma. O tal vez esté herida, aunque eso sí, debido a algún tipo de accidente. No quiero ni pensar en la otra alternativa, porque ahora solo quedamos Esther y yo en la isla.

Esther se levanta.

—Iremos a buscarla juntas. Todavía tenemos las linternas. Ahora nos servirán de más ayuda. Antes no pudimos llegar muy lejos. Venga, vamos.

Avanza con paso decidido hacia la puerta sin mirar atrás. Yo abro rápidamente un cajón de la cocina y, por si acaso, saco un cuchillo,

que deslizo en mi espalda por debajo de la banda del sujetador, sin poder evitar una pequeña mueca al notar el frío metal contra mi piel desnuda. Me digo que debo estar preparada para cualquier eventualidad que pueda presentarse.

Pese a que ahora hay algo más de luz, de algún modo nos movemos con más torpeza. Caminamos juntas en pareja, pero eso no ayuda a calmar mis nervios. Los árboles están envueltos en un manto de sombras y de vez en cuando tengo la impresión de que alguien nos observa desde la oscuridad, vigilando cada uno de nuestros movimientos. En cierto momento me tropiezo con una rama y caigo de bruces, manchándome de barro y hojas las rodillas y las palmas de las manos.

Esther no me ayuda a levantarme, pero se queda ahí junto a mí esperando a que lo haga por mi propio pie. Ninguna de las dos quiere ir por delante de la otra. Ninguna de las dos quiere darle la espalda a la otra. Dando por sentado que Chloe ha buscado refugio en alguna parte, recorremos el sendero enfangado bajo las palmeras y pasamos junto a la montaña, que se alza escarpada y furiosa contra la luz de la luna. Enfocamos las linternas hacia la maleza. Todo está muy silencioso, pero el murmullo sibilante del negro océano nos recuerda la virulencia de la tormenta que acaba de pasar. También los despojos esparcidos por el suelo: ramas y hojas caídas por todas partes; incluso algunos desperdicios de la despedida de soltera han acabado aquí. Un globo yace acurrucado entre las ramitas de un arbusto espinoso, y de algún modo una de las zapatillas de correr de Esther ha quedado atrapada entre dos rocas.

—¿Chloe? —grito—. ¿Dónde estás?

No hay respuesta, ni rastro de ella. Pero tiene que estar en alguna parte.

El cuerpo desaparecido de Poppy, aquel charco de sangre que fue lo único que dejó tras de sí, aparece de pronto en mi mente, como riéndose de mí. Alejo el pensamiento y sigo adelante.

Finalmente llegamos a una pequeña encrucijada en el sendero. Nos detenemos, sopesando qué dirección tomar.

—El de la izquierda baja hacia la playa principal —dice Esther,

enfocándolo con su linterna—. No queda muy lejos. Puede que Chloe haya ido hacia allí.

—Pero el de la derecha lleva hacia aquella playa pequeña. —Este camino parece menos transitado, con grandes hierbajos creciendo por en medio, pero lo recuerdo de cuando lo recorrí con Tanya durante la búsqueda del tesoro. Cuesta creer que hace solo dos días de eso. Y que ahora Tanya está muerta.

—Sí —dice ella—. La de la cabaña verde con el generador.

—Si Chloe se acordó de que había un cobertizo puede que intentara buscar refugio allí.

—Es posible —concede Esther—. Pero no creo que tenga sentido buscar en ese lugar. Chloe no conocía el camino y resulta mucho más complicado avanzar por aquí, además en plena tormenta. Apenas podría ver por dónde iba.

Se da media vuelta para enfilar por el sendero que conduce a nuestra playa de costumbre, pero algo en mi interior parece vacilar.

—Espera.

Esther se vuelve a mirarme.

—¿Qué pasa?

—Creo que deberíamos tomar este camino. —Hay algo que me atrae hacia él, como la luz de un faro.

Esther no parece muy convencida, pero se da cuenta de que no estoy para discusiones.

—De acuerdo.

No tardamos mucho en recorrer el sendero, que pronto desemboca en la playa pequeña, un clon en miniatura de la principal. Sobre la orilla se esparcen maderos arrastrados por la corriente, además de una gran cantidad de algas marinas. En un extremo se alza la pequeña cabaña verde y, junto a ella, hay una pequeña lancha motora.

El corazón casi se me sale por la boca.

—Esther, hay una lancha —susurro, dándole un codazo.

Ella también la ha visto, con los ojos casi saliéndosele de las órbitas.

—¿Ha estado ahí todo el tiempo?

¿Estaba ahí durante la búsqueda del tesoro? Me esfuerzo por recordar, pero mi mente está en blanco.

—La habríamos oído, ¿verdad? —pregunto, aunque no creo que Esther sea una experta en el tema—. Si alguien hubiera venido en esa lancha, habríamos oído el motor, ¿no? Tal vez siempre haya estado ahí, para pescar o algo así.

¿Puede ser que, después de todo, alguien más haya venido a la isla?

Nos dirigimos hacia ella y vemos que está cubierta por una lona para protegerla de la tormenta.

¿Por qué iba a venir alguien hasta aquí?

—Deben de usarla para pescar —dice Esther, aunque también parece muy desconcertada—. Mira, está claro que no la han movido desde hace tiempo. En esta isla no hay nadie más aparte de nosotras.

—Robin era un poco rara, ¿no crees? —murmuro—. ¿Por qué se habrá venido a vivir tan lejos, a miles de kilómetros de su casa? Seguro que esconde algo. ¿Y si volvió a la isla y ha estado aquí todo el tiempo?

—No seas ridícula —me suelta Esther. Aun así, su rostro palidece al oír mis palabras.

De pronto creo percibir algo por el rabillo del ojo y dejo escapar un grito.

—¿Qué es eso?

La marea avanza, ocultándolo durante unos segundos.

Esther frunce el ceño.

—Yo no veo nada.

La marea vuelve a retroceder suavemente, sus aguas negras reflejando el cielo nocturno. Y por fin, entre los restos de madera y las algas marinas, aparece ella.

Chloe.

—¡Allí! —chillo, y echo a correr por la arena—. ¡Es Chloe!

Esther me sigue y entre las dos la arrastramos hasta un lugar seguro, lejos del creciente oleaje.

Está totalmente empapada y muy pálida. El pelo pegado a la cara oculta sus rasgos.

—Chloe, ¿puedes oírme? —le grito, e intento zarandearla un poco —. Mierda, debe de haberse ahogado. Puede que se cayera al agua y al final no tuviera fuerzas para volver a la orilla. Chloe…

Las palabras mueren en mi boca al apartarle el pelo de la cara para iniciar los ejercicios de reanimación, en un intento desesperado por salvarle la vida. Cuando retiro las manos están rojas, cubiertas de una sangre todavía húmeda que chorrea entre mis dedos y cae sobre mi vestido. Al principio, me quedo perpleja. Su cara no muestra signos de lesión alguna. Pero cuando se la giro a un lado, descubro el golpe en la nuca.

—Dios mío… —Totalmente conmocionada, la suelto y su cabeza se estampa con un ruido sordo sobre la arena. Me tambaleo hacia atrás hasta caer sentada de culo, y me levanto como puedo a toda prisa.

El cuerpo de Chloe ya empieza a ponerse gris, con manchas moteando su piel por haber estado expuesta tanto tiempo a la intemperie. El golpe es deliberado, no producto de un accidente. También la han asesinado.

Mi corazón empieza a martillear con fuerza.

—Tú —sisea Esther—. Tú lo has hecho. Has sido tú desde el principio.

—¿Qué?

Al levantar la cabeza, descubro estupefacta que Esther sostiene un cuchillo ante ella, apuntando directamente hacia mí. ¿De dónde lo ha sacado? ¿Y cuándo? ¿Lo ha llevado encima todo este tiempo?

Mi visión se torna borrosa por un segundo, y entonces veo a dos Esther, dos cuchillos, destellando frente a mí.

Esther… No me lo puedo creer.

—¿De qué estás hablando? —digo—. ¿Qué haces, Esther? Cálmate.

—Lo he sabido desde el principio. De verdad que lo he sabido. Llevas meses metida en una espiral de descontrol total y la situación se te ha ido por completo de las manos. Robar cosas, fingir que llevas un estilo de vida que no es el tuyo, incluso ignorar el hecho de que Andrew ha estado engañándote durante todo tu matrimonio. Seguro que lo sabías. Y desde entonces te has estado resarciendo por todo ello. No, Annabel Hannigan no podía ser la única que sufriera. La líder de nuestro grupo no.

Siento mi propio cuchillo presionando contra la espalda. Su hoja ya no está fría, sino caliente y húmeda por el sudor.

Muy bien, vamos allá. Toda la verdad va a salir por fin a la luz.

—Tú siempre has estado resentida conmigo, ¿a que sí, Esther? Tú eras la inteligente, la chica de buena familia. Pero a nadie le gustabas tal como eras. Solo te dirigían la palabra porque eras amiga mía.

Sus ojos refulgen de ira y sé que he tocado una fibra sensible.

—¿En serio crees que esa es la razón de todo esto?

—No sé a qué te refieres.

—Ni siquiera puedes reconocerlo ante ti misma, ¿verdad? Siempre has fingido que todo era perfecto, pero cuando tus secretos empezaron a salir a la luz… tuviste que pararlo. Para volver a tener el control de todo. Te estás mintiendo a ti misma.

¿Mentirme a mí misma? Esta sí que es buena, viniendo de Esther. Ella, que lleva meses mintiendo y ocultando los secretos de las demás.

Abro la boca para replicar, pero ella continúa. Se nota que está disfrutando.

—Pero esta vez no ha sido así, ¿verdad? Esta vez era Poppy la que tenía el control. Tus secretos empezaron a salir a la luz y tenías que ponerle fin.

Quiero decirle que se equivoca, pero mentiría si negara que uno de mis primeros sentimientos al descubrir la sangre en el dormitorio de Poppy fue de alivio.

—¿Y lo de Tanya? Esconder el cuchillo en su habitación de esa manera… —Esther menea la cabeza—. Querías hacernos creer que había sido ella. ¿Y luego qué? ¿Te sorprendió intentando deshacerte del cuerpo o algo así? ¿Averiguó algo más? ¿Era eso lo que tenías contra ella?

Empiezo a comprender a dónde quiere llegar. Lo que intenta hacer.

—En cuanto a Chloe… —Su cuerpo permanece tendido entre las dos, como una barrera—. ¿Era demasiado imprevisible? ¿Demasiado poco de fiar? ¿Pensaste que se dejaría llevar por el pánico y te acusaría de todo delante de la policía? ¿O fue simplemente porque se tiraba a Andrew y disfrutaba más con ella de lo que jamás ha disfrutado contigo?

—Zorra… —siseo en voz baja.

Ella retrocede y se digna incluso parecer asustada.

—Tú las mataste —dice—. Lo hiciste tú, Annabel. Tratando de descolocarme al mencionar lo de esa lancha. Tratando de insinuar que podría haberlo hecho cualquiera menos tú.

Casi me echo a reír. Así que esas tenemos, ¿eh?

Qué juego tan tan inteligente.

Saco el cuchillo de mi espalda. Ella se sobresalta; no se esperaba que hubiera venido preparada. Qué estúpido por su parte. Debería conocerme mejor.

Si es a esto a lo que quiere jugar, estoy dispuesta a ello.

29

Esther
22 de mayo de 2023

Annabel también tiene un cuchillo. Lo sostiene con ambas manos apuntando hacia mí, tratando de mantenerlo firme.

Eso, si acaso, solo sirve para confirmar mis palabras. Mejor que tenga un cuchillo. Así será más fácil explicarle a la policía por qué me vi obligada a hacer lo que voy a hacer.

—Lo sabía —digo—. Sabía que habías sido tú. Debería haberlo sabido desde el principio. Tú las mataste, ¿verdad?

No pienso morir aquí como las otras. He pasado por mucho para acabar así.

—Sé lo que estás haciendo —grita Annabel—. Deja de fingir. Solo quedamos nosotras dos.

—¿Por qué las mataste? —le pregunto—. Aún no me has contestado.

Annabel se ríe.

—Es que no doy crédito. No puedo creer que estés haciendo esto.

—Por eso es por lo que estabas merodeando antes, ¿verdad? —le digo—. Te vi salir de tu cabaña en plena tormenta. ¿Qué otra razón podías tener para hacerlo? ¡Encontraste a Chloe y la mataste!

Parece perpleja, desconcertada por el hecho de que la viera.

—No vas a cargarme con la culpa de esto. —Annabel retira una mano del cuchillo y sigue sosteniéndolo con la otra, ahora con pulso firme—. Yo confiaba en ti. Creía que éramos amigas.

—Somos amigas. —Trato de que mi voz suene lo más tranquilizadora posible, pero sale de mi boca con un ligero temblor nervioso—. Los problemas con tu cleptomanía, robando incluso a tus

amigas. La deuda de las tarjetas de crédito. Todo lo he mantenido en secreto, ¿no es así? Durante años. Te perdono incluso lo de robarme el collar. No tienes que hacer nada. Pero ahora baja el cuchillo.

—Bájalo tú —replica ella—. Tú eres la que debería estar dándome explicaciones. ¿Por qué lo has hecho? ¿Ha sido realmente por celos, es eso? ¿Por algo tan sencillo como que siempre has sentido envidia de mí?

Me quedo sin palabras. ¿Envidia? ¿En serio cree que estoy matando a toda la gente de esta isla porque le tengo envidia?

—Si fuera así, ¿por qué sigues aún con vida? —le suelto.

—Sé lo que intentas hacer —dice—. Pero no te va a funcionar conmigo. Ahora solo quedamos tú y yo, Esther. Ya no está Chloe con sus estúpidos numeritos para atraer la atención, ni tampoco la patética de Tanya, que solo se convirtió en nuestra amiga porque estábamos aburridas y nos dio pena. Desde el principio estaba claro que solo quedaríamos tú y yo, ¿verdad? Era esto lo que querías.

—Annabel, no sé a qué clase de juego estás jugando, pero tienes que parar ya.

Se queda desconcertada, y por un momento pienso sinceramente que está confusa, pero entonces aparece un brillo en sus ojos. Un brillo de saber muy bien de qué va todo esto.

Está jugando conmigo. Lo sabía.

—Esther —dice—. Baja el cuchillo.

Lo acerco aún más a mi pecho y doy un paso atrás.

—Annabel, tienes que calmarte.

—Para ya de pronunciar mi nombre de esa manera —responde—. Sé lo que estás haciendo. Es una táctica muy habitual, pronunciar el nombre de la persona para intentar ganarte su confianza. No soy idiota, ¿recuerdas? Tengo dos títulos en Psicología.

Sí, es cierto.

Muchas veces es fácil olvidar que Annabel tiene cerebro. Por su aspecto, tan rubia, con esa mirada inocente y vestida siempre a la última moda, da la impresión de ser la típica muñequita Barbie. Pero en la escuela era la más inteligente de todas nosotras, tanto como la propia Poppy. Cuando ella no se presentó el día de la entrega de las

notas finales, fue Annabel la que subió al escenario y posó para las fotos. Y yo lo odiaba. Se suponía que yo debía ser la más inteligente, no ella. Annabel se llevaba toda la gloria, y sin apenas esforzarse.

Annabel Hannigan, la cabecilla de nuestro pequeño grupo. ¿A quién sino a ella podría haberle sentado peor esta nueva intromisión de Poppy, su revelación de que nuestras vidas eran de todo menos perfectas? Por lo visto, Annabel se ha convertido en una consumada actriz. El horror y la repulsión que mostró ante las muertes de Poppy y Tanya, su debilidad, sus patéticas súplicas para que hiciéramos lo correcto. Todo un numerito. Realmente impresionante.

Y las demás picamos el anzuelo, nos lo tragamos hasta el fondo. Diez años después de aquello, seguimos siendo juguetitos en manos de Annabel.

Me arriesgo a echar un vistazo al horizonte. El cielo sigue totalmente oscuro, sin el menor indicio de que pronto vaya a amanecer. Maldita sea, pero ¿qué hora es? Robin debería llegar aquí antes de que quede solo una de nosotras.

—¿De verdad crees que Poppy merecía morir? —me pregunta Annabel.

Niego con la cabeza.

—No, claro que no. Todo aquello que dijimos…, solo estábamos exagerando.

—¿Y Tanya? ¿Y Chloe?

El cuerpo de esta permanece tendido entre nosotras. Sin apartar la mirada de Annabel en ningún momento, empiezo a rodearlo para acercarme a ella.

—Tampoco —respondo—. Nadie merece morir así.

—Entonces ¿por qué estamos aquí? —dice—. No lo entiendo.

Yo tampoco lo entiendo. Pero no puedo confiar en que Annabel vaya a hacer lo correcto ahora. Ya ha matado a tres personas, ¿por qué iba a detenerse en la cuarta? Tengo que acabar con esto.

Aunque eso signifique matarla yo misma.

El pensamiento acude a mi mente con pasmosa naturalidad.

La adrenalina bombea a través de mis venas, haciendo que mis sentidos estén más alertas de lo que han estado en toda mi vida.

Agarro el cuchillo con tanta fuerza que el mango deja una marca en mi mano.

Puede que ella intuya algo en mi decidido cambio de actitud, porque su expresión se ensombrece. Aquí fuera a la intemperie, ambas con nuestros finos vestidos blancos, damos la impresión de ser perturbadoras imágenes reflejadas en un espejo.

—Si bajas el cuchillo, podemos poner fin a esto —suplica, sonando casi desesperada.

—Jamás.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Si tú no bajas el cuchillo, voy a tener que acabar contigo. —Antes de que se me agoten las fuerzas, antes de que tú puedas vencerme.

La verdad es que me siento exhausta. Apenas he dormido. Los efectos de la ginebra siguen revolviéndome el estómago. En circunstancias normales sería más fuerte que Annabel, pero estas son cualquier cosa menos normales.

¿Cómo hemos podido llegar a esta situación?

—Por favor, Esther. —Su voz suena llena de tristeza.

Pero entonces bajo la mirada al cadáver de Chloe y recupero toda mi determinación.

Soy más fuerte que ella. Puedo hacerlo.

—Lo siento, Annabel. —Y, antes de que pueda decir nada, me abalanzo sobre ella.

El océano a nuestro alrededor.

La arena aferrándose entre los dedos de nuestros pies.

Sí, hay que luchar con todas las fuerzas. Yo voy a hacerlo. Llevo haciéndolo toda la vida y me ha conducido hasta este momento, aquí en la playa bañada por la luna, con el rumor del océano a nuestra espalda, la tormenta convertida de fuerza externa a tormenta interior, porque cada una de nosotras sabe que esta vez es la definitiva.

Mátala.

30

Annabel
22 de mayo de 2023

Esther profiere un alarido estremecedor y se abalanza sobre mí. Dejo caer mi cuchillo para agarrar el suyo con ambas manos, chillando al sentir cómo la hoja me desgarra las palmas. Rodamos por el suelo mientras forcejeamos por el cuchillo, ella tratando de arrebatármelo de las manos y yo apretándolo más fuerte a pesar del lacerante dolor. La arena se me mete en la boca, en los ojos, por dentro del vestido, pero tengo que seguir luchando.

Hay más gritos, por parte de ambas, creo, y entonces empezamos a lanzar patadas para zafarnos de la otra. En un momento dado Esther parece retroceder un poco, así que levanto la cabeza de golpe y esta choca contra la suya, haciendo que caiga de espaldas. Intenta levantarse como puede, pero para entonces yo ya estoy encima de ella, con el cuchillo en mi mano.

—¡Suéltame! —gruñe entre dientes, y me agarra el cuello con ambas manos.

Aprieta con tanta fuerza que comienzo a respirar con jadeos entrecortados y me veo obligada a dejar caer el cuchillo. Ella me empuja para intentar hacerse con él. Yo ruedo por el suelo para apartarme, consigo ponerme en pie y empiezo a buscar por la arena.

¿Dónde está el otro maldito cuchillo? Miro desesperadamente a mi alrededor, pero no veo ningún destello metálico cerca de la orilla. La marea debe de haberlo arrastrado, o lo habrá enterrado en la arena mojada. Caminando a trompicones, encuentro una roca y la cojo, agradecida por tener algo con que defenderme.

Está empapada de sangre.

Hay pelos de Chloe pegados a ella.

—¡Ay, joder!

Una parte de mí quiere tirarla, desplomarme en el suelo y vomitar. Pero a mi espalda oigo que Esther vuelve a cargar contra mí, así que me dejo de escrúpulos, me giro rápidamente y golpeo con la roca contra un lado de su cabeza.

Ella cae hacia atrás gritando.

Levanto la piedra y vuelvo a golpearla, jadeando, subiéndome a horcajadas sobre ella. Esther se retuerce para tratar de escapar, pero es inútil. Hace un intento desesperado por acuchillarme, pero apenas puede sostener el cuchillo y se le cae de las manos. Las fuerzas la abandonan.

Es esa última mirada suya, en la que se mezclan el estupor, el miedo y el dolor, la que me hace detenerme, la que me hace dudar.

Pero tiene que haber sido Esther. No queda nadie más.

Al percibir mi vacilación, trata de agarrar el cuchillo. Logro cogerlo antes que ella, y entonces su mano encuentra mi cara y me araña la mejilla.

No tengo elección.

Le clavo el cuchillo una y otra vez hasta que su cuerpo deja de retorcerse debajo de mí.

—Annabel… —jadea entrecortadamente, pero es lo único que alcanza a decir. La sangre borbotea por su boca y me salpica la cara. Sus párpados tiemblan y luego se detienen.

Está muerta.

Me levanto a duras penas, notando cómo me flaquean las rodillas, y entonces echo a correr hacia el mar y vomito.

Una parte de mí quiere arrojarse a sus aguas, ahogarse entre sus olas.

Aún no entiendo el porqué. Eso es lo que me impulsa a continuar, lo que me hace seguir en pie. ¿Por qué lo ha hecho Esther? Lo de Poppy lo entiendo. Ella le ha destrozado la vida. Ha hecho que la despidan del trabajo, la ha avergonzado con todas esas fotos de ella desnuda que ahora estarán por toda la red. Pero ¿Tanya? No tiene ningún sentido. De todas nosotras, a mí era a la que más podía odiar Esther.

Entonces ¿por qué dejarme para el final? ¿Por qué hemos ido juntas por toda la isla buscando a Chloe?

Nuevos pensamientos invaden mi mente. El horrible golpe en la nuca de Chloe. La sangre derramada a su alrededor.

El vestido blanco de Esther. Antes de nuestra pelea, no había una sola gota de sangre en él. ¿Cómo es posible? No se había cambiado de ropa. ¿Cómo podía haber matado a Chloe y que el vestido acabara sin la menor mancha?

Empiezan a asaltarme las dudas. Pero todas las demás están muertas. Tiene que haber sido ella.

La lancha motora sigue ahí en la playa. La veo por el rabillo del ojo, provocándome.

Tranquilízate, Annabel.

Bajo la mirada a mi vestido, que ahora está hecho un completo desastre. También tengo dos profundos cortes en las palmas de las manos, de cuando agarré la hoja del cuchillo. Todavía sangran. Me las lavo en la orilla, pero apenas ayuda. El agua se vuelve roja a mi alrededor, y el agudo escozor que me provoca mojarlas solo sirve para recordarme que el dolor es casi insoportable. La nariz también me sangra y me duele muchísimo cuando me palpo la cara.

Nada de esto tiene sentido.

Miro al horizonte, donde apuntan levísimos retazos de rosa y naranja. Está amaneciendo, por fin.

¿Por qué estaba el cuerpo de Chloe en la playa?

No sé por qué me viene ese pensamiento ahora, pero me viene.

Lo de Tanya tenía lógica. Era de día y quien la hubiera matado podría haber sido descubierto trasladando el cadáver.

Pero Chloe está aquí. En la playa. Lo único que tendría que haber hecho Esther era arrastrar su cuerpo hasta el agua y las corrientes se habrían encargado de llevarla muy lejos para no volver a ser vista nunca más. ¿Por qué dejó su cadáver aquí, y en cambio hizo el esfuerzo de sacar el de Poppy de la casa principal?

¿Por qué el cuerpo de Poppy es el único que no ha aparecido?

Santo Dios… Me agarro la frente mientras un terrible dolor estalla en mi cabeza, violento y punzante.

A mi espalda, oigo que alguien aplaude.

—¡Bravo!

Me doy la vuelta, temblando, mi cuerpo entero se mueve como a cámara lenta. Estoy totalmente cubierta de sangre. La boca me sabe a vómito.

Poppy está plantada junto al cuerpo de Esther, con las manos en las caderas.

Sonríe al verme.

—Menudo espectáculo —dice—. Buen trabajo.

31

Annabel
22 de mayo de 2023

Poppy está viva. ¡Está viva! Es sencillamente imposible. No puede estar ahí, de pie frente a mí.

No soy capaz de apartar mis ojos de Poppy. Mientras salgo del agua mantengo la vista clavada en ella, como si pudiera desvanecerse en cualquier momento. Quizá me he caído y me he golpeado en la cabeza, y todo esto no es más que una alucinación.

—No puede ser —digo—. Estás muerta. —Me tiembla todo el cuerpo. ¿Cabe la posibilidad de que Esther me haya matado y ahora me encuentre en una especie de más allá?

—¿Lo estoy? —pregunta. Se lleva un par de dedos al cuello y se toma el pulso durante unos segundos—. Pues yo me siento muy viva. ¿Quieres venir a comprobarlo?

¿Cómo puede mostrarse tan tranquila? ¿Tan sarcástica?

Los cuerpos sin vida de Esther y Chloe están en la arena junto a nosotras.

—He matado a Esther —digo—. Pensaba que ella… pensaba que había…

Poppy sonríe.

—Ah, ya, pensaste que ella era la asesina. Claro, ¿quién más podía ser? Solo quedabais vosotras dos. Tiene gracia, porque ella pensaba lo mismo de ti.

Dios mío… No ha sido Esther. Las dos estábamos convencidas de que la otra era la culpable, porque no había otra explicación.

—Fuiste tú —digo en un susurro—. Tú mataste a Tanya y a Chloe.

—Sí —dice Poppy—. Yo las maté.

Me viene a la mente la imagen de su dormitorio, la enorme cantidad de sangre derramada. ¿Cómo puede estar ahora ahí? ¿Cómo puede estar viva?

—Pero ¿cómo…? —No consigo acabar la frase. He matado a Esther. Ha muerto por mi propia mano. Y Poppy ha matado a Tanya y a Chloe. Yo soy la siguiente. Tengo que ser la siguiente.

—Te lo explicaré —dice ella—. Ven conmigo.

Señala hacia un lado, a la pequeña cabaña verde cuya puerta está ahora abierta. El cobertizo del generador. ¿Es ahí donde ha estado escondida todo este tiempo?

Poppy percibe mi vacilación.

—Si hubiera querido matarte, te habría atacado por la espalda cuando estabas en el agua.

—¿No quieres matarme?

—Oh, no, Annabel. Hay cosas que necesito saber. Cosas que tienes que contarme. Y también otras que necesito que escuches. Considéralo tu deber como mi última dama de honor… O tal vez podría decir como mi primera dama de honor.

Creo que voy a volver a vomitar.

Ella me sonríe, alzando una ceja.

—También podría llamarte mi dama de deshonor.

¿Espera que me ría? ¿Después de todo lo que ha pasado?

—Vamos. —De repente adopta un tono más brusco—. No tengo ganas de seguir pasando frío. Y tampoco nos queda mucho tiempo.

Solo cuando lo dice me doy cuenta de que la temperatura ha caído en picado y de que tengo la piel de gallina en los brazos. Una vez pasada la tormenta no hay nada que la reemplace, y el aire queda totalmente expuesto a la vasta extensión del mar. Poppy da media vuelta y se dirige hacia el cobertizo verde. La sigo y, por el camino, recojo el cuchillo ensangrentado de la arena, debatiéndome sobre si debería apuñalarla y acabar con todo.

Como si me leyera la mente, se gira con expresión jocosa.

—¿Pensando en apuñalarme por la espalda, Annabel? No sería la primera vez. —Se levanta el vestido y reparo en que lleva unas recias Dr. Martens, nada apropiadas para la playa. Se agacha y saca algo del

interior de una de las botas y, cuando veo el objeto que destella a la primera luz de la mañana, descubro que Poppy también tiene un cuchillo.

Pues claro que está preparada. ¿Por qué no iba a estarlo?

—No hagas movimientos estúpidos —me advierte, como si estuviéramos hablando de una partida de ajedrez—. Sígueme y entra.

Bajo el cuchillo. Ahora no es el momento. Poppy es más alta y está más en forma que yo. Si quiero salir con vida de esta, tendré que recurrir al factor sorpresa.

Solo cuando cierra la puerta tras ella, aislándonos del mundo exterior, la situación empieza a parecerme algo real. No hay ningún generador; se trata más bien de una cabaña de pesca, así que seguramente Poppy también nos ha estado mintiendo sobre esto desde el principio. Hay un pequeño catre, imagino que para noches como esta en las que resulta peligroso atravesar la isla para regresar a los alojamientos principales. Casi todo el espacio está ocupado por diversos equipamientos. Hay pertrechos de pesca, tal como era de esperar, pero también material para practicar submarinismo, como aletas y trajes de buceo. En un rincón de la habitación hay una bolsa con víveres procedentes de la despensa.

Poppy se sienta en el catre. Cuando me fijo mejor en su cara, observo que la tiene mojada, no sé si de la tormenta o de llorar. Al ver que la estoy mirando, se apresura a secarse el rostro, lo cual me hace pensar que son realmente lágrimas. El espeluznante cuadro de la búsqueda del tesoro también está aquí, sobre la cama a su lado. Al sorprenderme mirándolo, sonríe.

Ambas estamos muy tensas. Yo me quedo de pie apoyada en la puerta, buscando cierta sensación de seguridad, la posibilidad de poder abrirla y salir huyendo en caso de necesidad. Noto el cuchillo resbaladizo en mi mano, no sé bien si a causa de la sangre o del sudor.

¿Cómo puede estar sentada ahí? Su dormitorio era un auténtico baño de sangre.

—Explícate —le digo, sintiéndome totalmente entumecida—. ¿Qué coño está pasando? ¿Cómo es que estás viva?

Poppy asiente. Su rostro ya no refleja complacencia.

—Fingí mi muerte —dice—. Después de destrozaros la vida para vengarme de vosotras, sabía que estaríais furiosas. Lo suficientemente furiosas para intentar vengaros de mí, así que pensé que sería divertido adelantarme a vuestros actos, anticipar las posibles consecuencias. Cubrí todo mi dormitorio con sangre, incluso me arrastré por el suelo para que resultara más realista. También dejé algunas manchas por distintos lugares, como la ventana de Tanya, el porche delantero, el marco de la puerta. Enganché la blusa que llevaba en aquella roca en el mar, para que pareciera que me había ahogado. Ya me había montado mi pequeño escondrijo aquí, provisto de comida y un camastro. Y también, por supuesto, con imágenes en directo.

Señala hacia un monitor cuya pantalla está dividida en cuatro recuadros. Se trata de cámaras repartidas por la isla, colocadas estratégicamente para grabar material de primera.

—Naturalmente, la tormenta se cargó la retransmisión. Por eso me quedé muy sorprendida cuando me encontré a Chloe ante la puerta de la cabaña, intentando volver a poner en marcha el generador.

Mi mente no para de dar vueltas desenfrenadamente. Una parte de mí sigue conmocionada por el hecho de tener a Poppy ahí enfrente. Había asumido su muerte. Y ahora está ahí, y no entiendo el porqué.

—¿Así que la mataste? ¿Mataste a Chloe?

—Sí. —Lo dice sin el menor atisbo de emoción—. De hecho, fue solo cuestión de mala suerte que se le ocurriera venir hasta aquí. La tormenta había arruinado mi plan original de ir eliminándoos una a una, pero en el fondo Chloe me hizo un favor.

—¿Cómo la mataste? —La imagen de la roca cubierta de sangre destella en mi mente, la misma que he usado para matar a Esther.

—No me resultó tan fácil como con Tanya. Salió corriendo. Estaba muy oscuro. Cogí una piedra y le golpeé en la cabeza con ella. Y pensé que sería mejor dejarla allí, para que Esther y tú la encontraseis.

—Si no estás muerta, ¿cómo es que había tanta sangre en tu habitación? —le pregunto, sin poder apartar de mi mente la grotesca imagen de su cama totalmente ensangrentada, las manchas oscuras en el suelo—. Era algo espantoso.

—Sangre de cerdo. —Poppy se cruza de brazos—. La traje desde tierra firme en el barco con Robin antes de que llegarais vosotras, en un par de grandes termos. Creo que el carnicero pensó que pertenecía a algún tipo de secta. No hizo demasiadas preguntas.

—Has estado jugando con nuestras mentes.

—Oh, sí. Lo mejor de todo fue haceros creer que una de vosotras era la asesina.

A pesar de sentirme aterrada, intento reconstruir la secuencia de los acontecimientos.

—Entonces ¿fuiste tú quien se deshizo de las bengalas?

—Evidentemente. No podía permitir que alertarais a alguien y estropeaseis toda la diversión antes de hora.

—¿Y mi top? —Pienso en él ahora, aquella horrible prenda con lentejuelas que desapareció poco después de llegar a la isla.

Poppy se cruza de brazos.

—Eso, y lo de destrozar el maquillaje de Chloe. Fueron pequeñas jugarretas para desestabilizaros un poco. Por cierto, tiré tu top al mar. No creo que vuelvas a encontrarlo.

—¿Y también escondiste el cuchillo en la habitación de Tanya?

—Quería que le echarais la culpa a ella —responde Poppy—, al menos por un tiempo. Antes de matarla.

El tono despreocupado con que lo dice provoca que finalmente estalle.

—¡Para ti todo esto no es más que un juego! —Me sorprende la fuerza con que las palabras salen de mi boca—. Estas vacaciones, la despedida de soltera. Han muerto personas, Poppy. Tú las has matado. ¿Entiendes siquiera lo que significa eso?

Sus ojos refulgen de ira, más enfurecida de lo que la he visto jamás.

—No te atrevas a decirme eso. Tú no tienes ni idea. No sabes de lo que estás hablando.

—¡Pues dímelo tú! —le grito—. No haces más que hablar de forma enigmática y misteriosa, y ya estoy empezando a hartarme. Si quieres matarme, adelante, hazlo. Tengo muy claro que, según tú, es lo que me merezco.

—Durante mucho tiempo me he esforzado por crecer como persona

—dice—. Me he pasado años intentando superar todo aquello, seguir adelante. Fui a la Universidad de Cambridge, me hice médica, joder. Debería estar llevando una vida feliz, una vida plena. Pero no es así. No importa lo lejos que intente escapar, todo lo que hicisteis siempre me persigue. Vosotras me destrozasteis la vida.

—Nosotras no te destrozamos la vida —replico—. Mírate. Por lo que has dicho, ahora llevas una vida fabulosa. ¡Mucho mejor que la nuestra! Por Dios, si hasta vas a casarte.

—Ah, ¿te refieres a mi preciosa novia? —Suelta un suspiro—. Me temo que es mentira. Por mucho que deseara que fuese verdad.

No sé por qué, pero me sorprende.

—¿Nos mentiste acerca de lo de casarte?

—Tuve que inventarme algo para atraeros a todas aquí, y una despedida de soltera me pareció la excusa perfecta. Monté todo esto para vosotras, y vaya si respondisteis.

—¡Pero tu Instagram…! —Suena patético incluso a mis oídos.

—Creado expresamente para que os tragarais la historia. Tiene gracia cómo unas cuantas fotos de vestidos de boda y un bonito anillo de diamantes te convierten de pronto en una novia comprometida sin que nadie se cuestione nada en absoluto.

—Cielo santo… —Ni siquiera sé qué decir—. Pero todo lo demás…, toda tu vida parece ser maravillosa. No tenías ninguna necesidad de hacer esto…

—¡No! —Alza una mano para hacerme callar—. Todo lo que he hecho en mi vida ha sido para intentar demostrarle al mundo que lo había superado. Para intentar demostrarles a mis padres que era feliz. Porque ellos no lo son, por mucho que lo finjan.

La luz del sol comienza a filtrarse por debajo de la puerta. Por fin se ha acabado esta espantosa noche.

Pero el día solo está empezando.

Ahora Poppy tiene lágrimas en los ojos.

—Hasta que al final tomé la decisión de buscaros.

—¿Cuándo fue eso? —pregunto.

—Hace un año. Llevo mucho tiempo vigilándoos. Investigando vuestras vidas. Sois muy fáciles de rastrear.

—El robo en casa de Chloe… —murmuro—. ¿También fuiste tú?

—Ahora ella nunca lo sabrá —dice Poppy—. Es una lástima. Me habría gustado verle la cara cuando se enterara de que lo hice yo. El caso es que su portátil me dio acceso a una gran cantidad de información sobre vosotras.

Pero Chloe sí que lo sabía. Lo había deducido.

Y ahora yo tengo la confirmación.

¿Significa eso que Poppy está ahora en posesión del vídeo?

Dentro del cobertizo, sin ventanas, la sensación de claustrofobia parece ir en aumento. Las paredes se ciernen opresivamente sobre mí.

—Nos has estado espiando durante muchos meses. ¿Por qué tanto tiempo?

—Para daros una oportunidad —responde Poppy—. Tan simple como eso. Si veía que ahora…, no sé, ayudabais a la gente, hacíais buenas obras, llevabais vidas decentes, creo que con eso me habría bastado. Habría conseguido lo que he venido a buscar y os habría dejado en paz. Pero ninguna de vosotras había cambiado en lo más mínimo. Seguíais siendo las mismas niñatas egoístas de siempre. Ni siquiera habéis hecho otras amigas desde la escuela. Eso dice mucho de vosotras como personas.

¿Conseguir lo que ha venido a buscar?

—Las cuatro aceptasteis mi invitación —prosigue— y ninguna se dignó disculparse. Lo único que os preocupaba era el aspecto que tenía ahora.

Otra terrible verdad.

—Pero ¿fingir tu propia muerte? —le digo.

—Justicia poética —responde ella.

—¿Qué se supone que significa eso?

Poppy suspira.

—Vosotras apenas recordabais el pasado. O al menos fingíais no recordarlo. Solo Tanya estaba dispuesta a hablar de ello. ¿Es que el resto de vosotras lo olvidasteis?

—No lo hemos olvidado —digo en voz baja.

—No. —Me mira fijamente de arriba abajo y eso me hace sentir desnuda.

—¡Aquello fue hace diez años! —No puedo decirle la verdad: que todavía ahora no creo que fuera para tanto.

Poppy continúa hablando como si no hubiera dicho nada.

—Lo del acoso inicial, eso podría perdonarlo. Los niños abusan de otros niños. Desgraciadamente, es algo que ha ocurrido siempre. Los críos pueden ser muy crueles. Pero vosotras fuisteis aún más allá.

No sé qué decir.

—Tienes que acordarte, Annabel —me dice Poppy—. Recuerda lo que hiciste diez años atrás.

Niego con la cabeza.

—No es el momento, Poppy. Todas están muertas.

—Es el momento perfecto. —Su voz suena ahogada y puedo percibir en ella todo su dolor—. Hoy hace justamente diez años de aquello. El 22 de mayo de 2013.

El examen de arte.

—Aquel fue el peor día —dice Poppy—. ¿Qué tal si te recuerdo lo que pasó?

Quiero decirle que no lo haga.

—¿No querías una explicación de por qué he matado a Tanya y a Chloe y os he hecho todo lo demás? Pues entonces escucha.

32

Poppy

22 de mayo de 2013

Querido diario:

Perdona si mi letra se ve un poco temblorosa. Aún me fallan las manos por lo que ha pasado. He abierto y cerrado este cuaderno por lo menos una docena de veces. ¿Cómo puedo procesar siquiera lo ocurrido?

Es que aún no me lo puedo creer. Si no lo escribiera podría fingir que nada ha sucedido, que todo ha sido solo una horrible pesadilla.

Pero lo único que sé es que si no hago nada, creo que voy a derrumbarme.

Muy bien. Podré escribir esto si empiezo por el principio y finjo que es una historia que le ha pasado a otra persona. Es la única manera de poder encontrarle sentido. Si lo pongo por escrito, tal vez sea capaz de lidiar con ello. Tal vez sea capaz de pensar en ello sin echarme a llorar.

Esta es la historia de una chica que suspendió su examen de arte.

El examen final para aprobar el nivel avanzado de arte consistía en una prueba de casi dos días en el aula de la señorita Wersham. Disponíamos de ese tiempo, y solo de ese tiempo, para producir un proyecto que mostrase nuestras mejores aptitudes artísticas. Todo el mundo llevaba meses hablando de ello, incluso más que de nuestros portafolios, que para entonces ya estaban acabados y esperando a ser enviados a la junta examinadora.

Antes de empezar, nos dejaron escoger nuestros espacios de trabajo. Yo me pedí inmediatamente un rincón al fondo de la sala donde nadie más

podría ver lo que estaba haciendo. ¡No quería que nadie me copiara las ideas en el último momento! Mi temática durante todo el nivel avanzado había sido el aislamiento y el cuerpo humano, y mi estilo había estado muy inspirado por artistas como Frida Kahlo, Remedios Varo y Gertrude Abercrombie, lo cual significaba que mi obra se había vuelto mucho más surrealista.

—Estoy impaciente por empezar —dijo Sally, después de que todos hubiéramos escogido nuestros espacios y nos hubiésemos instalado. Desde donde estaba podía ver su caballete y su lienzo, y sabía que su obra no sería ni de lejos tan buena como la mía. Ella solo hacía arte por pura diversión—. Voy a hacer un collage con todos estos periódicos y crearé la imagen de un pájaro que mostrará a la perfección mi temática de espiritualidad.

Qué original… Pero no dije nada y me limité a asentir.

—Yo voy a hacer una escultura dentro de una escultura —anunció Jayla. Luego se echó a reír nerviosamente—. Espero que funcione. He estado practicando mucho en casa.

—¿Y tú qué vas a hacer, Poppy? —me preguntó Ebbie, otra chica que estaba sentada cerca de mí—. ¡Tu lienzo es enorme!

Ladeé el caballete un poco más hacia el fondo para asegurarme de que nadie podía ver nada.

—Algo que nadie se espera en absoluto —dije con orgullo—. Ninguno de vosotros habrá visto antes nada como esto.

—Más vale que la señorita Wersham no te oiga decir eso —comentó Jayla—. Se enfadará mucho si piensa que vas a volver a romper las normas.

—La señorita Wersham no tiene permitido estar aquí —respondí. Eso era verdad. Como profesora nuestra podría no mostrarse imparcial, y por tanto no podía estar en el aula mientras hacíamos el examen. En su lugar estaría una supervisora externa que se encargaría de vigilarnos—. Y, además, algo puede ser arriesgado y controvertido y aun así estar dentro de las normas, ¿no crees?

—Cierto. —Aunque no parecía muy convencida—. Bueno, ¿cuál es la idea general de tu obra?

Me llevé un dedo a los labios para indicar que no pensaba decir nada

más.

Yo no era la única en permanecer callada. Ollie, que se había instalado en la otra esquina del aula, no entabló conversación con nadie y no paraba de controlar obsesivamente que tenía todo lo que necesitaba.

En ese momento, la supervisora, una mujer de aspecto anodino con el pelo canoso y unos tejanos demasiado ceñidos, se levantó y pidió silencio a la clase. Explicó las normas del examen (no teníamos permitido hablar entre nosotros y tampoco podíamos mirar la obra de los demás; o sea, obvio, ¿no?) y luego puso en marcha un cronómetro. En total teníamos ocho horas para hacer el examen, repartidas en dos partes de cuatro horas durante dos días. También había un pequeño descanso en cada una de esas partes, así que el cronómetro se ponía solo para dos horas. Pero aun así parecía una tarea ingente, y sentía una tremenda presión para producir en tan poco tiempo una obra de la que estuviera plenamente satisfecha.

Me gustaría no tener que escribir nada acerca de mi proyecto. Me resulta demasiado doloroso. Pero todavía estamos fingiendo que esto no es más que una historia, ¿no? Algo que le ha pasado a una chica imaginaria. Que nada de esto me ha ocurrido a mí.

Ebbie no bromeaba: mi lienzo era enorme. Casi tan grande como yo. Mi plan era hacer un autorretrato, pero de estilo surrealista. El fondo iba a estar poblado de objetos que parecían alegres y optimistas, pero que al mirarlos más de cerca resultaban perturbadores. Flores de colores vivos que se marchitaban y crecían boca abajo desde el cielo. Calaveras a modo de nubes. Manzanas con mordiscos que revelaban que estaban podridas por dentro. Granadas que derramaban un jugo que parecía sangre. Insectos con miles de patas que se arrastraban entre los árboles y que eran tan altos como ellos. Tampoco se trataba de árboles normales, su corteza estaba hecha de espejos brillantes que reflejaban figuras tristes de cuentos de hadas que intentaban desesperadamente escapar de su interior. Por último, en el centro del lienzo, aparecía yo, enorme, llorando, con la boca abierta en un grito y el pelo saliendo disparado de mi cabeza como si me hubiera electrocutado. Mis brazos y mis piernas eran líneas plateadas extendidas hacia el frente. No tenía cuerpo, flotaba.

Inquietante. Aterrador. Controvertido. Surrealista. Todo lo que quería que fuera.

Todo el mundo se iba a quedar anonadado. Y mejor aún, iba a sentir envidia por no poder realizar algo que sintetizara con tal grado de perfección la temática y el estilo de sus portafolios. Pensaba llevarlo conmigo a Slade. Para mostrarles a todos la esencia de mi arte.

Era mi billete de salida. Al igual que Charlie en Charlie y la fábrica de chocolate*, iba a conseguir mi billete dorado para escapar a un lugar mejor*.

El primer día me dediqué a dibujar la escena, procurando que quedara lo mejor posible teniendo en cuenta el escaso tiempo de que disponíamos. Al principio del examen, la supervisora se dio una vuelta por el aula para asegurarse de que todos teníamos el material que necesitábamos, y luego se pasó el resto del tiempo sentada en la mesa de la señorita Wersham leyendo Vogue *y* Harper's Bazaar. *No muy profesional que digamos. Pero todos mis compañeros estaban tan concentrados en su trabajo como yo, y lo único que se oía en la silenciosa sala eran los sonidos de los lápices y los pinceles, el crepitar del papel de periódico y el ruido de las esculturas al ser moldeadas*.

El segundo día tuve que darme más prisa, ya que tenía que pintar toda la escena. La verdad es que me habría gustado utilizar óleo, pero el proceso de secado tardaría demasiado, de modo que tuve que recurrir a acrílicos. Aun así, el resultado final tenía la textura gruesa y los amplios trazos de color que buscaba, muy vivos en algunas partes y horriblemente sombríos en otras.

—Os quedan treinta minutos —dijo la supervisora, la primera y única vez que habló después de la pausa que habíamos hecho a media mañana.

Al ver lo mucho que me faltaba aún, me entró el pánico. Había pintado el fondo con gran esmero y cuidado, asegurándome de que cada elemento quedaba como debía, pero solo iba por la mitad de mi retrato central. Eso implicaba que debía pintar de forma más apresurada de lo previsto, pero al final las frenéticas pinceladas y la leve superposición de líneas acabó pareciendo algo deliberado, como si hubiese querido que mi figura se entremezclara caóticamente con el fondo y consigo misma.

Conseguí terminarlo en el tiempo justo.

—¡No puedo creer que ya estemos! —exclamó Sally mientras salíamos del aula—. Pensaba que no se acabaría nunca.

Yo fui la última en salir y me giré para mirar a la supervisora. Se suponía que debía echar un vistazo para revisar nuestro trabajo, pero estaba muy ocupada rebuscando algo en su bolso y salió casi inmediatamente después de nosotros, claramente ansiosa por largarse cuanto antes. La puerta se cerró a su espalda con un zumbido sordo de cierre automático.

—No sé cómo me habrá quedado —comentó Jayla—. La verdad, creo que lo he hecho fatal.

—Al menos tú no estabas sentada donde yo —masculló Ebbie—. Ese sitio apesta. Siempre dicen que van a hacer algo para arreglarlo pero nunca hacen nada. Los chicos son unos guarros.

Las salas de arte compartían una pared con los lavabos de los chicos, que huelen de forma especialmente desagradable, sobre todo ahora en verano. Todos evitaban sentarse junto a esa pared si podían. No era precisamente una maravilla, pero era el lugar que ofrecía mayor privacidad, así que me sacrifiqué y escogí ese rincón sabiendo que tendría que poner buena cara y aguantarme.

—¡Pero si son nuestros amiguitos de arte!

Annabel, Chloe, Esther y Tanya estaban allí plantadas mientras enfilábamos por el pasillo. La mayoría de mis compañeros se sentían intimidados por ellas. Era difícil no sentirse así cuando ellas parecían supermodelos y el resto de nosotros unos colegiales tontitos. Pero desde el baile de graduación y la fiesta de después yo tenía la sensación de que todo estaba bien entre nosotras. No es que me creyera una de ellas, tampoco estoy tan loca. Pero nos lo pasamos muy bien juntas. Era casi como si pudiéramos ser amigas. Así que no me acobardé como habría hecho antes.

—¿Cómo te ha ido el examen, Poppy? —me preguntó Chloe.

Mientras ellas centraban su atención en mí, los demás consiguieron seguir adelante sin pararse. Chloe le guiñó un ojo a Ollie al pasar, lo cual lo hizo enrojecer violentamente, y luego se paró cerca de la esquina y se puso a trastear con su móvil. ¿Esperaba que Chloe se acercara y le dijera algo? No podía ser tan iluso.

Solo quedaba yo allí con ellas. Debería haber continuado junto con el resto y fingir que no las había oído. Pero resulta que yo era tan ilusa como Ollie. Todavía pensaba que podrían ser mis amigas, que me habían

preguntado por el examen porque realmente les interesaba.

Parece que me gusta que me maltraten, desde luego.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —dijo Chloe sonriendo cuando vio que no le respondía—. Te he hecho una pregunta.

—Me ha ido bien. —Apenas me salió la voz después de tanto tiempo sin hablar.

—¿Eh? —Esther se llevó una mano detrás de la oreja y se inclinó hacia delante—. No lo he pillado. ¿Alguna de vosotras lo ha oído?

—Pues no —dijo Tanya.

—De verdad, Poppy… —dijo Chloe, meneando la cabeza.

Solté una risita nerviosa, sin saber muy bien si estaban bromeando o si se estaban metiendo conmigo otra vez.

—Callaos, chicas. —Annabel puso los ojos en blanco y luego me sonrió —. Me alegro de que te haya ido bien, Poppy. Parece que últimamente todo te va de maravilla, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Bueno, el pasado viernes fuiste la gran sensación del baile. Y hoy te has salido en el examen. ¡No seas modesta! Seguro que te ha ido genial.

—Gracias —respondí con las mejillas ruborizadas de orgullo.

—Debes de haber hecho algo realmente extraordinario, ¿verdad? —dijo Esther—. Todos hemos visto tus obras colgadas en el pasillo. Apuesto a que has hecho algo de lo más experimental.

Era como si me leyera la mente, pero me quedé muy confusa cuando Tanya le dio un codazo a Annabel y ambas se echaron a reír.

—Exacto —dije—. He intentado tomar todo lo que he aprendido hasta ahora y juntarlo en una obra que refleje mi estilo más surrealista.

—Seguro que es algo totalmente surrealista —comentó Tanya—. Buen trabajo, Poppy.

Me alegró mucho oírle decir aquello. Parecía sincera, luciendo una amplia sonrisa y asintiendo enérgicamente.

Debería haber recordado lo buena actriz que es.

—Bueno, estamos deseando ver tu cuadro —dijo Annabel—. Podremos, ¿no? ¿Exhibirán tu obra para que la gente pueda verla?

—Eso creo —respondí—. Yo también estoy deseando que la veáis. Gracias por… Gracias por haberos portado tan bien conmigo esta última

semana. Ha sido genial.

—En la fiesta estuviste realmente fabulosa —dijo Chloe—. Saliste por fin de tu cascarón y pudimos ver cómo eres en realidad.

Fruncí el ceño. No sabía muy bien a qué se refería.

Annabel la interrumpió con delicadeza.

—En fin, deberías irte ya. El señor Edwards quería hablar con vosotros de vuestro examen. Eso es lo que hemos venido a decirte. Estamos impacientes por ver pronto tu obra. Va a ser algo… surrealista, eso seguro.

Me alejé a toda prisa y casi me choqué con Ollie, que seguía todavía merodeando por el pasillo. No hice caso cuando las oí riendo a mi espalda. Ellas se reían de todo. No iban a estar riéndose de mí ahora que éramos prácticamente amigas. Tampoco le di importancia al hecho de que, cuando me encontré con el señor Edwards, se quedara muy desconcertado y me dijera que él no le había dicho nada a Annabel.

En ese momento no entendí lo que estaba pasando. Pero no iba a tardar mucho en enterarme.

Esa tarde, estábamos haciendo un examen preparatorio de matemáticas. Nuestro último examen de prueba, realizado en condiciones reales. Yo era la única alumna que hacía arte y también matemáticas, así que tuve la desgracia de que me coincidiera con un examen de verdad el mismo día, pero no iban a cambiarlo de fecha solo por mí y tuve que hacer los dos. Por eso me quedé muy sorprendida cuando la señorita Wersham entró en la clase y murmuró algo al oído del señor Holmes. Luego se acercó a mí y me dijo que recogiera mis cosas y la acompañara.

—¿Ahora? —susurré. Era muy consciente de que todos habían levantado la vista de sus papeles y me estaban mirando intrigados. Annabel y Esther sonreían. Se las veía enormemente complacidas, y empecé a notar una terrible sensación en la boca del estómago.

La señorita Wersham asintió muy seria.

—Ahora, Poppy, por favor.

Tuve que seguirla mientras todos nos miraban. Se había hecho tal silencio que lo único que se oía era el sonido de nuestros zapatos mientras salíamos del aula. En cuanto la puerta se cerró a nuestra espalda, intenté averiguar qué había pasado.

—¿Ha ocurrido algo en casa? —pregunté horrorizada—. ¿Se encuentran

bien mis padres? ¿Se trata de Wendy?

—No tiene nada que ver con tu familia —aclaró la señorita Wersham, pero su expresión seguía siendo grave. Incluso enfadada—. Estoy tan decepcionada contigo, Poppy…

—¿Decepcionada conmigo? —repetí casi chillando—. ¿Qué he hecho? ¿Me he metido en algún lío?

—Ahora lo verás. Pensé que a estas alturas ya habrías aprendido la lección.

No dijo nada más mientras caminábamos por los pasillos, y pronto comprendí adónde nos dirigíamos. De vuelta a las aulas de arte.

¿Había ocurrido algo con mi examen?

De pronto me vino a la mente la imagen de aquellas cuatro. Sus crípticos comentarios. Sus risas. Allí tan cerca del aula de arte.

¿Habrían hecho algo?

Me quedé de piedra cuando al acercarnos por el pasillo vi no solo a la supervisora de antes, sino también a la directora Hargreaves y a un hombre trajeado de aspecto muy serio, con una acreditación de visita en torno al cuello.

Me puse muy pálida. Aquello era grave.

—¿Qué pasa? —pregunté con una voz temblorosa que reflejaba lo asustada que estaba.

La señora Hargreaves suspiró y se cruzó de brazos.

—Cuando la señorita Wersham ha entrado esta tarde en el aula para evaluar vuestras obras, ha encontrado que la tuya no era del todo apropiada. No le ha quedado más remedio que informarme y yo he llamado a la junta examinadora. Por suerte, han podido enviar a un árbitro evaluador con relativa rapidez. —Señaló con la cabeza hacia el hombre trajeado, cuya boca dibujaba una tensa línea—. Y él ha confirmado lo que la señorita Wersham sospechaba. Tu proyecto final de arte no es solo inapropiado e irrespetuoso, sino directamente ofensivo. No solo como creación artística, sino también como una muestra total de desconsideración hacia la pobre señorita Wersham, que se ha esforzado tanto contigo durante estos últimos años. El árbitro evaluador no ha tenido más opción que descalificar tu proyecto y considerarlo no apto para el nivel avanzado.

Mi mente daba vueltas frenéticamente.

—¿Qué quiere decir? —Apenas había entendido lo que había dicho—. ¿Cómo que es ofensivo? Acordé con la señorita Wersham que…

—De ningún modo acordaste esto conmigo, Poppy —me atajó secamente la señorita Wersham. Su rostro traslucía una enorme decepción—. Me sorprende tanto que hayas podido hacer esto. Después de todo lo que pasó con tu certificado general de secundaria. Pensaba que habrías aprendido la lección después de aquello. Sabes perfectamente que yo nunca he acordado contigo que añadieras esos elementos repugnantes a tu cuadro. Si lo hubieras dejado como habíamos convenido, habría sido algo increíble.

Ahora me sentía aún más confundida.

—¿Qué elementos repugnantes? ¿La sangre pintada? ¿La fruta podrida? ¡Usted me dijo que estaban bien!

—Naturalmente, la supervisora debería haber controlado mejor vuestro trabajo —volvió a intervenir la señora Hargreaves, mirando indignada a la mujer, que al menos tuvo la decencia de mostrarse avergonzada, bajando la cabeza y evitando establecer contacto visual con nadie—. Pero en última instancia era responsabilidad tuya crear una obra que se ajustara a las normas.

—Por favor… —Rompí a llorar con gruesas lágrimas que me nublaban la visión—. De verdad que no sé de qué están hablando.

—¡Por el amor de Dios, jovencita! —La señora Hargreaves abrió la puerta del aula y entró—. Ven a verlo por ti misma y dinos si crees que es algo aceptable.

Entramos todos. Le habían dado la vuelta a mi lienzo para que estuviera de cara a la sala. Los demás se quedaron detrás de mí mientras yo examinaba y trataba de asimilar el daño que se le había infligido a mi cuadro.

Porque era mi cuadro.

Por debajo de la masacre ejecutada sobre él.

En cada esquina del lienzo colgaban globos de colores desinflados. Tenían agujas clavadas y estaban pegajosos por el CapriSun que se había derramado sobre ellos. Las salpicaduras de zumo se habían resecado y parecían flores reventadas que chorreaban por los costados.

Por todo el lienzo habían pegado trocitos de espejo que, al captar la luz,

brillaban emitiendo destellos salvajes. Podía verme reflejada en ellos, pálida y horrorizada. Algunos fragmentos estaban clavados en la tela y sobresalían peligrosamente con sus bordes afilados y amenazadores, como los del trozo de espejo que yo usaba para desgarrarme la piel.

Lo peor de todo eran los colgajos de piel de gallina que pendían de las agujas como si aquello fuera una carnicería en miniatura, y los manchurrones hechos con excrementos de perro que parecían sombras creadas expresamente en la pintura. Era algo horripilante. La manera en que se desparramaban por el lienzo me recordaba al pintalabios rojo con que me había embadurnado la boca, y entonces todas aquellas imágenes volvieron a mi mente.

Todo estaba allí. El Capri-Sun de mi primer día. Los globos reventados que simbolizaban todos los cumpleaños que había pasado sola. Y los trocitos de espejo… Ellas no podían saberlo, pero era lo que más me recordaba la ruina en que se había convertido mi vida. No solo porque podía ver mi estúpido reflejo en ellos, sino porque yo utilizaba uno de esos fragmentos para destruir mi cuerpo, y ahora estaban allí expuestos como si me sintiera orgullosa de ello.

Creí que iba a vomitar. Aquello era despiadado. Iba mucho más allá de cualquier cosa que me hubieran hecho antes. Habían atacado mi arte, algo que creía seguro. Pero ahora lo habían retorcido por completo y también había escapado a mi control, al igual que todo lo demás.

—No lo entiendo —murmuré dando un paso atrás—. Yo no he hecho esto.

—No es necesario que finjas, Poppy —dijo la señorita Wersham con tristeza—. Esta no es la primera vez que te saltas las normas. Ya hemos tenido muchas conversaciones al respecto.

La cara debió de ponérseme muy blanca y mis piernas debieron de flaquear, porque corrió hacia mí para impedir que me cayera. La señora Hargreaves me acercó una silla.

—No empieces a montar numeritos dramáticos conmigo —me dijo la directora—. Si haces algo así, tienes que afrontar las consecuencias.

El árbitro evaluador carraspeó.

—Por desgracia, el hecho de que tu proyecto final de arte no sea apto implica que has suspendido el nivel avanzado.

—Un momento. —Giré la cabeza de golpe y me quedé mirándolo con la boca abierta—. ¿Qué ha dicho? Eso no puede ser.

—¿Y qué te esperabas? —dijo la señora Hargreaves—. Pues claro que has suspendido.

—Pero eso no puede ser. —Las náuseas me subieron a la garganta—. Si he suspendido, significa que no podré ir a Slade.

—Deberías habértelo pensado mejor antes de hacer algo así. —La señora Hargreaves se encogió de hombros, como si con eso zanjara el tema—. Además, por mostrar un comportamiento tan insolente, serás expulsada una semana de la escuela. Telefonearé a tus padres para informarles. Solo podrás venir cuando tengas examen.

Para entonces ya apenas escuchaba. Todo mi mundo se estaba desmoronando. Estaba acabada. Había suspendido el examen final de arte. Eso significaba que no podría escapar de aquí y cumplir todos mis sueños.

Yo no había hecho aquello. Pero, en ese momento, supe quiénes lo habían hecho.

Annabel, Chloe, Esther y Tanya.

Debería haber sabido que esas cuatro nunca serían mis amigas.

Pero nadie me iba a creer.

Entonces todos empezaron a retirarse, como si no hubiera más que hablar. Me levanté de golpe temblando.

—¡Yo no he hecho esto! —grité—. ¡No he sido yo!

—Estas aulas están cerradas con llave —dijo la señorita Wersham—. Nadie podría haber entrado. Todos, incluida tú, entregasteis la tarjeta de acceso que os dieron ayer al comenzar la prueba. La devolvisteis a la hora del almuerzo, después de acabar el examen.

No tenía ningún sentido. Pero sabía que esas cuatro habían conseguido entrar de alguna manera. Lo sabía con toda la fuerza de mi ser.

—Les dijiste a todos que ibas a hacer algo extraordinario que nadie se esperaba —continuó la señorita Wersham—. Y he hablado con Ebbie, que estaba sentada cerca de ti. Me ha dicho que olía a algo asqueroso, pero supuso que el olor venía de los lavabos.

—¡Venía de los lavabos! —protesté—. Por favor, tienen que escucharme. No sé cómo ha pasado todo esto y no tengo manera de demostrarlo, pero no he sido yo. Lo juro.

—Por desgracia, eso no cambia nada. Ahora tienes que marcharte. Como ha dicho la señora Hargreaves, informaremos a tus padres. Me has decepcionado mucho, Poppy.

—Señorita Wersham…

Pero ella se limitó a menear la cabeza. Prácticamente tuvieron que echarme del aula, y luego los cuatro adultos me acompañaron hasta la salida sin decir nada más, a fin de asegurarse de que abandonaba el edificio.

Yo no podía parar de llorar, totalmente conmocionada por lo que acababa de pasar. Y cuando salí por las verjas de la escuela y doblé la esquina, todos mis temores quedaron confirmados al ver a aquellas cuatro esperándome, con las caras resplandecientes de puro placer.

—Oh, querida Poppy, ¿por qué estás tan triste? —me preguntó Esther. No había el menor rastro de compasión en su voz.

—¿Sabes que tienes la cara coloradísima y que el rímel se te ha corrido por las mejillas? —añadió Chloe—. Ni siquiera me había dado cuenta de que ibas maquillada hasta que te he visto esos manchurrones negros alrededor de los ojos, como si fueras un panda. Y a ver si usas un buen rizador.

—Pensé que empezábamos a ser amigas —murmuré—. Creí que empezaba a caeros bien.

—¿Amigas? —repitió Annabel, como si la palabra le asqueara—. ¿Qué demonios te ha hecho pensar eso?

—Porque… en el baile… —De pronto comencé a dudar de mi propia memoria. Habían sido muy agradables conmigo, ¿no? Me habían invitado a la fiesta de después. Había bailado con chicos. Había bebido. Me había divertido.

—¿Te refieres a cuando te invitamos a la casa de Esther e intentaste enrollarte con nuestros novios? —dijo Chloe—. Sí, te pusiste en un plan de lo más amistoso, aunque no con nosotras.

El corazón, ya muy alterado por el hecho de que me hubieran suspendido, empezó a latirme aún con más fuerza. Temí que en cualquier momento pudiera desplomarme allí mismo.

—¡Yo no hice nada! Aidan y Elliott solo… solo estaban siendo amables conmigo. No pensé que estuvieran interesados en mí.

Annabel frunció el ceño.

—Por supuesto que no estaban interesados en ti. Todo fue una broma. Chloe y yo les dijimos que se acercaran a ti, obviamente. Y tú picaste. No habrías dudado ni un momento en traicionarnos con ellos. ¡Menuda amiga estarías hecha!

Lo estaban tergiversando todo. Annabel tenía que estar mintiendo. Pero me sentía tan angustiada que no sabía qué decir ni cómo intentar arreglar la situación. Además, ellas ya me habían hecho lo peor que se podía hacer.

—¿Por qué te han hecho salir del examen preparatorio de matemáticas? —me dijo Tanya—. Después, todo el mundo no hacía más que hablar de ello.

Lo preguntó en tono inocente, pero el brillo en los ojos de todas ellas me confirmó lo que yo ya sabía.

—Habéis sido vosotras cuatro, ¿verdad? —murmuré—. Vosotras habéis destrozado mi cuadro.

—¡Nosotras! —exclamó Annabel, llevándose una mano al pecho y tambaleándose hacia atrás melodramáticamente—. Quizá el examen te ha ido tan mal porque te lo merecías.

—Además, he oído que era una mierda —dijo Chloe con una risita—. Y, por lo visto, ese era también el tema de la obra.

Lo sabían. Sabían que mi cuadro había sido embadurnado con caca de perro.

—No puedes demostrarlo —dijo Tanya.

—Mi proyecto ha sido considerado no apto —dije—. He suspendido el nivel avanzado. Ahora ya no podré ir a la universidad.

—¡Oh, buaaah! —Annabel puso los ojos en blanco—. Creías que esto iba a suponer un nuevo comienzo para ti, ¿verdad? En algún lugar donde nadie conociera a la pobre Poppy Glotona.

—Sí —respondí con la voz ahogada por los sollozos.

—Bueno —replicó Annabel sonriendo—, pues tengo buenas noticias para ti. En realidad, no habría importado. Cuando hubieras llegado allí te habrían tratado del mismo modo que nosotras. Porque irradias desesperación, Poppy. Eres patética.

Algo estalló finalmente en mi interior. Había estado todo el rato con la vista gacha, demasiado asustada para mirarlas, pero entonces levanté la

cabeza y les grité a las cuatro:

—¡Yo no merezco ser tratada así! ¡Yo no he hecho nada! Lo único que he querido siempre es poder hacer mi arte y tener amigos. ¿Es eso tan malo? ¿Es algo tan terrible?

Me abalancé para tratar de abofetear a Annabel, pero tropecé y caí al suelo de rodillas sobre la dura grava. El punzante dolor se sumó entonces a mi tormento interior.

—¡Ha intentado pegarte! —chilló Chloe—. ¡Oh, Dios mío! ¡Está loca!

—Deberías devolvérsela —le dijo Tanya a Annabel.

Esta se agachó frente a mí y me levantó la barbilla de forma no muy delicada.

—No te atrevas siquiera a tocarme, pirada. Espero que disfrutes pasando otro año más en este vertedero. —Luego se volvió hacia las otras—. Vámonos.

—Adiós, Poppy —gritó Esther mientras se alejaban—. Lástima que todo ese rollo del arte no te haya servido de nada.

Me quedé allí de rodillas sin importarme lo mucho que me dolían, escuchando cómo sus risas y sus burlas se extinguían mientras se iban perdiendo en la distancia. Me caían unos gruesos lagrimones de los ojos, tan grandes que veía cómo dejaban marcas húmedas en el suelo. Por un momento me planteé enroscarme en una bola y quedarme allí, esperando que llegara la fría noche para matarme y acabar con todo de una vez.

Pero al final me levanté temblando. Las rodillas me ardían y se me habían roto las medias, con largas carreras en ambas piernas, pero no podía hacer nada al respecto. Caminé de vuelta a casa muy despacio, tomándome mi tiempo por el dolor que sentía pero también porque sabía que mi familia me estaría esperando enterada ya de lo que había ocurrido.

Te ahorraré los detalles. Al principio papá y mamá se portaron muy bien. Habían recibido la llamada, claro, pero al ver el estado en que llegué a casa se contuvieron. Mamá me preparó la bañera como si volviera a tener seis años, con montones de espuma y burbujas, y me lavó el pelo y la cara y me dijo que todo se arreglaría. Papá cocinó lasaña, nos sentamos a la mesa a cenar y hablamos de todo menos de lo sucedido en la escuela. Wendy estaba sorprendentemente callada y modosita, lo cual significaba que también debía de estar al tanto.

No fue hasta después de la cena cuando me sentaron frente a ellos y le dijeron a Wendy que subiera a su habitación a hacer lo que fuera durante una hora o así. Entonces me pidieron explicaciones.

Les dije que yo no había sido. Que alguien había entrado en el aula y había arruinado mi cuadro expresamente. Ellos me escucharon y emitieron los ruiditos apropiados en el debido momento, pero podía ver que en el fondo no me creían. Si lo hubieran hecho, habrían llamado a la escuela y habrían intentado aclarar la situación.

Yo estaba demasiado asustada para contarles toda la verdad. Pensarían que solo trataba de cargarle la culpa a alguien, y además no tenía ninguna prueba.

La única persona a la que quería contárselo era a Wendy. Y también estuve a punto de hacerlo. Cuando subimos para acostarnos y ya me disponía a escribir todo esto aquí, llamó a mi puerta y entró. Al principio no dijo nada, tan solo se sentó en la cama a mi lado y me abrazó muy fuerte.

Nos quedamos así mucho rato.

Al final, me soltó y me dijo:

—Te quiero, Poppy. Lo sabes, ¿verdad?

Wendy casi nunca lo decía, solo cuando se veía prácticamente forzada a hacerlo. Era muy consciente de la extrema gravedad de la situación.

No se trataba de que hubiera suspendido el examen de arte porque no fuera lo suficientemente buena. Se trataba de que había infringido de forma deliberada las normas y me había comportado como una idiota, y por eso no podía graduarme. Y en Slade ya no querrían saber nada más de mí, y menos cuando se enteraran de la razón por la que había tenido que repetir curso. Me quedaría atrapada para siempre aquí. Sola. Otra vez.

—Yo también te quiero —le dije.

—Todo se arreglará, ya lo verás. Yo sí te creo cuando dices que no lo hiciste tú.

Pero yo sabía que no era verdad. Solo lo decía para intentar consolarme.

Nadie entiende realmente cómo me siento. ¿Cómo podrían hacerlo?

La próxima vez que no haya nadie en casa bajaré a la cocina y cogeré un cuchillo. Sé exactamente cuál. Uno pequeño y afilado que rara vez se usa y que está al fondo de la bandeja de los cubiertos, enterrado debajo de

dos espátulas. Nadie lo echará en falta.

Será más fácil de usar que aquel trocito de espejo que nunca debería haber tirado. ¿En qué estaría pensando cuando lo hice? Pues claro que nunca me iban a ir mejor las cosas. Aunque tampoco es que me apeteciera mucho utilizarlo ahora, siendo que habían empleado unos fragmentos de espejo muy parecidos para destrozar mi cuadro.

Podría centrarme en mis viejas cicatrices. Volver a abrirlas. Pero creo que voy a necesitar algo más que eso. Necesito sentir algo. Cualquier cosa. Tanto como sea posible.

No voy a ir a Slade. Durante el verano se actualizará mi solicitud, me informarán de que mi oferta de ingreso no cumple las condiciones requeridas y me retirarán la plaza. Todos mis planes, todos mis sueños, se han desvanecido en un instante… y es todo culpa de ellas.

De esas cuatro.

Esas zorras.

Las odio. Odio lo que me han hecho.

33

Annabel
22 de mayo de 2023

—El examen de arte —dice Poppy—. He tenido que hacer todo esto por aquel examen de arte.

Después de que Poppy me haya vuelto a contar lo ocurrido aquel día, yo permanezco plantada dentro de la cabaña verde en completo silencio.

—Y sigo sin entender el porqué —continúa ella meneando la cabeza —. ¿Por qué me hicisteis aquello? A ninguna os importaba el arte. No os afectaba en nada.

Abro la boca para decir algo, luego vuelvo a cerrarla.

Debo ser sincera: aquella noche del baile estaba furiosa con Poppy. Se la veía tan deslumbrante, y todo el mundo mostraba tanto interés por ella… No era justo. Me había pasado años intentando ser popular, manteniendo una determinada imagen, pero nunca había recibido una respuesta por parte de la gente como la que obtuvo ella. Yo no podía permitirme gastar cientos de libras para ir al baile de graduación, y nadie me felicitó por mi vestido ni por mi peinado. Y no quería que la última impresión que la gente se llevara de ella fuera mejor que la mía.

Aquella noche hasta Aidan, mi novio, parecía preferirla a ella. Por no hablar de los otros chicos, como Elliott, el novio de Chloe. Pero Aidan fue el peor. Aún me acuerdo de cómo se inclinaba sobre Poppy para susurrarle al oído, felicitándola por lo guapa que estaba, y luego, cuando íbamos a la fiesta en casa de Esther, no paró de hablar de ella en todo el camino. Me decía que por qué había sido tan mala con ella en el pasado. Que estaba muy buena. Que tenía que venir a muchas

más fiestas.

De modo que sí, seguramente estallé. Por Dios, yo solo era una adolescente. Y ella había estado flirteando con mi novio. ¡Poppy, nada menos que Poppy! No iba a perder a mi novio por alguien como ella. No iba a permitir que me eclipsara en uno de los últimos grandes eventos escolares y que se fuera de rositas.

Sé que suena muy mezquino. Y lo fue. Pero después de todos estos años… ¿por qué le sigue afectando tanto? ¿Por qué está aún tan enfadada?

Ahora rememoro nítidamente aquel día. Cómo nos colamos en el aula de arte (¿debería sentirme mal por estar aún tan orgullosa de cómo conseguimos entrar en la sala?), las cuatro pertrechadas con la mayor cantidad posible de elementos para infringir las normas. Yo llevaba los globos y un estuche con agujas; Chloe, los trozos de piel de pollo que habíamos comprado en el KFC, y también un par de envases de Capri-Sun como recordatorio de nuestro primer encuentro con Poppy; Esther había roto un espejo y llevaba los fragmentos en una caja, y Tanya se había tomado la desagradable molestia de recoger excrementos de perro y guardarlos en una bolsa. Aquello apestaba. Todavía ahora, lo primero en lo que pienso es en el hedor.

Chloe sacó su móvil, un Motorola Moto X que en aquella época era el teléfono más sofisticado que se podía tener. Encendió la cámara de vídeo, hizo un barrido por todas nosotras y luego lo giró hacia sí misma sonriendo. Después lo colocó sobre una de las mesas cercanas a la obra de Poppy.

El aula estaba llena de piezas artísticas, pero al momento supimos cuál era la de Poppy. Era aquel lienzo extraordinariamente grande, pintado con increíble lujo de detalles. Y aunque solo teníamos diecisiete años, hasta nosotras podíamos ver el enorme talento allí desplegado, aunque eso solo sirvió para reafirmarnos aún más en nuestra determinación de destrozarlo.

Se la veía muy guapa en el cuadro, prácticamente igual a como lucía en el baile de graduación.

Algo totalmente inaceptable.

—¡Empecemos con los globos! —dije—. Creo que Poppy ha

intentado transmitir una imagen de celebración triste. Pues hinchemos cada una un globo, los pegamos en lo alto del cuadro y luego los pinchamos con las agujas.

Esther se echó a reír.

—Espera, tengo una idea mejor. Llenémoslos con Capri-Sun y luego los reventamos. El zumo se derramará por todas partes.

—Oh, sí, así parecerá que está hecho expresamente —dijo Chloe—. Como esas fotos manchadas con pintura de globos explotados que hacía la madre de Mia en *Princesa por sorpresa*.

Llenamos los globos con el zumo, los pegamos cuidadosamente a las cuatro esquinas, y luego cada una de nosotras les clavó una aguja. Chloe y Tanya necesitaron un par de intentos, pero Esther y yo lo hicimos a la primera. Las agujas atravesaron los globos y el Capri-Sun se desparramó por todas partes; el pegajoso residuo naranja creó un diseño de salpicaduras que parecía planificado, como si Poppy lo hubiera pintado ella misma. El líquido de los que estaban pegados en las esquinas superiores chorreó a lo largo del lienzo, dejando marcas alargadas que daban la impresión de que el propio cuadro estaba llorando.

—¡Esto es tan divertido! —exclamó Chloe—. Ahora clavemos más agujas en los globos, para que queden bien enganchados.

—¡Y colguemos de ellas las pieles de pollo! —sugirió Tanya.

—¡Genial! —dije—. Esto empieza a parecer un horrible experimento vanguardista que se ha salido de madre.

Saqué uno de los trozos de espejo, lo arrastré a lo largo del cuadro para rasgar la tela y luego lo clavé con fuerza de modo que su extremo sobresaliera peligrosamente, dejando una punta mucho más grande y afilada que la de las agujas.

Chloe, Esther y Tanya clavaron ellas también unos trozos de espejo y luego utilizaron cola para pegar otros sobre el lienzo. Mientras nos aplicábamos con esmero a nuestra labor, los cristalitos nos devolvían retazos fragmentados de nuestros reflejos sonrientes.

—Y, por último, el plato fuerte —declaré, cogiendo la bolsa con la mierda de perro—. ¿La embadurnamos por todo el cuadro? ¡Dios, esto es realmente asqueroso! ¡Cómo apesta!

—Por todo el cuadro no —respondió Esther—. Mirad esas zonas en las que ha pintado sombras. Podríamos esparcirla por ahí.

—¡Oh, qué idea tan genial! —dijo Chloe con una gran sonrisa—. Menos mal que hay un fregadero en el aula y después podremos lavarnos. ¡Esto es repugnante!

Nos pusimos manos a la obra, soltando arcadas mientras extendíamos la mierda por el lienzo, como si fuéramos niñas pequeñas pintando con los dedos. Fue algo muy asqueroso, pero mereció la pena una vez que estuvo acabado. Y después de lavarnos a fondo las manos, retrocedimos unos pasos para admirar nuestra obra maestra.

—¡Acabado! —chilló Chloe, sacando de nuevo el móvil y grabando la obra ya completada más de cerca—. ¡Este es el talento artístico de Poppy!

El conjunto era como una retorcida declaración de rebeldía. El cuadro original todavía era visible por debajo de nuestra labor de destrucción, pero ahora, gracias a nuestros añadidos, daba la impresión de ser más bien una sátira, una parodia de una obra artística seria.

Había quedado perfecto. Era algo totalmente grotesco.

En su momento pensamos que no era más que una broma graciosa. Que no era para que Poppy se lo tomara tan en serio.

Vale. Quizá eso no sea del todo verdad. Lo hicimos para que se lo tomara muy en serio, para que se pusiera furiosa. Pero no sabíamos que iba a seguir guardándonos rencor después de diez años. Simplemente pensamos que no sería para tanto.

Oh, sí. Qué equivocadas estábamos.

—Poppy… —Mi voz es apenas un susurro, como si estuviera tratando de apaciguar a un animal salvaje.

—Habéis tenido todos estos años para reflexionar sobre lo que hicisteis —dice Poppy—, pero no habéis hecho nada para enmendar vuestra conducta. Me torturasteis durante toda la secundaria y nunca me dejasteis tener un momento de respiro. Solo me quedaba mi arte. Hasta que al final eso también me lo arrebatasteis. Destruisteis lo único que daba alegría a mi vida: la creación artística. Y entonces aceptasteis apuntaros a este viajecito para celebrar mi despedida de

soltera, con todos los gastos pagados…, y no hicisteis la menor mención a nada de todo aquello.

—Sé que no puedo cambiar lo que ocurrió, pero lo siento muchísimo —me disculpo al fin—. Si hay algo que pueda hacer para compensarte, lo que sea, te juro que lo haré. Pero, por favor, no… — Me avergüenza la manera en que el miedo me quiebra la voz.

—Es demasiado tarde —dice Poppy.

—Nunca es demasiado tarde —replico—. Ahora estás aquí, delante de mí, hablando. Podemos arreglarlo. Solo dime lo que quieres que haga.

En silencio le suplico: «Por favor, no me mates. No quiero morir».

Mis dedos tiemblan al aferrar con más fuerza el mango del cuchillo.

—En cuanto entré en su cabaña, Tanya supo que iba a matarla — dice ella apenas murmurando—. Llamé a la puerta de forma educada, sin levantar sospechas. Entré y cerré a mi espalda. Se resistió muchísimo. Seguro que viste cómo quedó la habitación, hecha un desastre, todo volcado. Pero, tiene gracia, ¿sabes lo que me dijo mientras yacía allí agonizando?

Mi cuerpo está tan atenazado por el terror que me lleva un momento darme cuenta de que espera una respuesta. Niego con la cabeza.

—Me dijo que lo sentía mucho. Que se lo merecía. Que la culpa la había estado martirizando todos estos años. Pero nunca intentó ponerse en contacto conmigo. Nunca trató de enmendar la situación. Y creo que utilizaba ese sentimiento de culpa como excusa para todo lo malo que le estaba ocurriendo en la vida.

—Ella quería hacer las paces contigo —le digo en voz muy baja—. Fue lo que dijo cuando recibimos las invitaciones. Se sentía mucho peor que el resto de nosotras. Creo que era porque habíais sido amigas cuando erais pequeñas.

—Le conté la verdad al final. ¿Y sabes lo que dijo?

—¿Qué? —¿«La verdad»?

—Dijo: «Entonces sí me lo merezco realmente». Tanya se mereció morir por lo que hizo. Y Chloe, Esther y tú también.

—Pero tú estás viva —le dije, muy consciente de su presencia ante

mí y aterrada por lo que podría hacer a continuación—. Tú estás aquí. Siento mucho lo que te hicimos. Pero aún podemos arreglarlo. Podemos contarle a Robin que Chloe murió tras golpearse en la cabeza, que Esther mató a Tanya y que yo maté a Esther en defensa propia. No tienes por qué hacer esto.

Poppy vuelve a menear la cabeza.

—Es demasiado tarde.

—¡No lo es!

—Lo es.

—Podemos arreglarlo —repito a la desesperada.

—No hay manera de arreglarlo. Yo no soy Poppy. ¿Es que no lo entiendes? Poppy ya está muerta.

—¿Qué?

—Poppy murió hace casi diez años —dice—. Se suicidó.

34

Poppy

21 de agosto de 2013

Querido diario:

Hoy ha sido la entrega de las notas finales y me quiero morir.

¿Cómo es estar muerto? Hará unos diez años estuve en el funeral de mi abuelo. Estaba enfermo y era muy viejo, casi centenario, y aunque todos estaban muy tristes no paraban de decir que había vivido una vida larga y maravillosa. No me acuerdo muy bien de él. Lo único en lo que pensaba entonces era en si habrían metido sus libros favoritos con él en el ataúd, y en si tendría frío allí dentro. Ahora sé que todo eso es una tontería; obviamente, mi abuelo no tenía frío, mi abuelo estaba muerto. Aunque quizá sientes frío cuando te mueres.

Supongo que pronto lo averiguaré. Si las cosas salen como tengo planeado.

No me presenté a ninguno de mis exámenes, aunque no creo que le sorprendiera a nadie. Mi portafolio de arte, en el que me había pasado meses trabajando con tanta dedicación, no servía de nada después de haber suspendido el proyecto final. Lo quemé en el jardín mientras contemplaba cómo ardía hasta quedar reducido a cenizas. También prendí fuego al portafolio que preparé para Slade, aquel que me consiguió la entrevista con ellos. Ahora tampoco tenía el menor valor. Papá y mamá me suplicaron que me presentara a los otros exámenes. Hasta Wendy me rogó que lo hiciera. Me decían que estaba tirando mi futuro por la borda. Que no debería dejar que el hecho de haber suspendido arte afectara toda mi

vida.

Hoy he mirado la página web de la escuela y he visto cómo todos celebraban el éxito de sus exámenes finales. Había una fotografía en la que aparecía Annabel junto a dos de los chicos más listos del colegio, Oscar y Lucas, y los tres, después de haber abierto los sobres con los resultados, saltaban locos de alegría. En el pie de foto ponía: «¡Las mejores notas para los mejores estudiantes!». Mi nombre no aparecía por ninguna parte, claro, aunque sabía que si hubiera hecho los exámenes tal como tenía previsto, habría salido en la foto con ellos.

Debajo había un texto sobre el departamento de arte, acompañado de una fotografía de Ollie junto a su proyecto final.

Mi cuadro es mejor. Bueno…, lo era. Antes de que lo destrozaran.

En el texto decía que, finalmente, Ollie había conseguido ingresar en Slade. ¿Era esa mi plaza? ¿El hecho de que me rechazaran había servido para que él pudiera entrar? Recuerdo que me dijo que lo habían puesto en una lista de reserva. Se había enfadado tanto cuando a mí me aceptaron y a él no… Pero está claro que quien ríe el último ríe mejor.

En Facebook vi que las celebraciones continuaron hasta la noche, y también las fiestas que se habían planeado para después. Annabel había sacado todo sobresalientes. A Esther también le había ido muy bien, mientras que Tanya había aprobado de forma bastante pasable. En cambio Chloe había suspendido el curso, todo deficientes, pero a juzgar por las fotos no parecía importarle mucho. Menos ella, que iba a empezar un cursillo de peluquería o algo así, las demás irían a la universidad y se abrirían nuevos horizontes para ellas, como se suponía que tendría que haberme ocurrido a mí.

No parecían afectadas en absoluto por lo que había pasado.

A ver, pues claro que no lo estaban. Para ellas no había sido más que una gran broma.

Mis padres, aunque estaban muy decepcionados por todo lo ocurrido, empezaron a preocuparse cada vez más por mí. Trataron de hablar conmigo, pero cuando se dieron cuenta de que no servía de nada, me obligaron a ir al médico. Así que ahora voy a terapia una vez por semana. Y me ha recetado antidepresivos. Pero no me los tomo. Finjo que lo hago y luego los guardo en el cajón de la mesita dentro de un joyero, junto con el

cuchillo que robé de la cocina. Ese cuchillo se ha convertido en mi única y constante compañía.

Ellos esperan que mejore. Pero antes de que eso suceda, tengo mi propio plan.

Tampoco es que haya estado mano sobre mano. Me he dedicado a mirar todo lo que publicaban en Facebook, los comentarios sobre lo que había ocurrido conmigo y con mi examen de arte. Al parecer, podría haber un vídeo. Chloe grabó todo lo que pasó en el aula de arte. O al menos eso dicen algunos. Nadie lo ha subido a las redes, así que podría no existir. Pero imagínate que fuera cierto: un vídeo que me exculpara. Eso significaría que, si saliera a la luz, podría recuperar mi plaza en Slade.

En aquel momento estaba demasiado afectada, pero ahora me he dado cuenta de que falta una pieza importante en el rompecabezas a la que no he prestado suficiente atención.

Esas cuatro no podrían haberlo hecho sin que alguien las hubiera dejado entrar en el aula. A todos los que hicimos el examen nos dieron una tarjeta para poder acceder a la clase. Ninguno de los demás alumnos podría haber cruzado esa puerta. De modo que alguien tuvo que ayudarlas a entrar. Quizá incluso se unió a ellas. Si pudiera averiguar quién ha sido, eso podría cambiar las cosas. Y Slade volvería a ofrecerme mi plaza.

Pero para averiguarlo, tengo que hablar con alguna de ellas. Y solo hay una con la que podría hacerlo, a pesar de cómo me trató aquel último día.

¿Y si no funciona?

Supongo que entonces será el momento. Porque ya no me quedará nada.

25 de agosto de 2013

Querido diario:

Estoy preparada.

Pero he pensado que también podría escribir lo que ha ocurrido. Eso me dará un poco más de tiempo antes de…

Tengo que tranquilizarme. Solo porque me cueste escribirlo no significa que no esté preparada. Venga, volvamos al día de ayer.

Mamá y papá no podían enterarse de que iba a salir de casa, sobre todo porque no había vuelto a hacerlo desde aquel día. Me habrían hecho demasiadas preguntas. Así que me esperé a que se fueran al trabajo.

Me resulta tan duro pensar en ellos. En lo que voy a hacerles. Si alguna vez llegáis a leer esto, os pido perdón. Siento mucho no haber sido más fuerte. Vosotros no habríais podido hacer nada, creedme. Nada de esto ha sido culpa vuestra.

Ha sido culpa de ellas.

Mi último obstáculo fue Wendy.

Estaba lavando los platos del desayuno, tan buenecita como se había estado portando estos días, cuando la abracé por detrás. Ella se giró, con las manos llenas de espuma, y me devolvió el abrazo.

—¿A qué ha venido eso? —me preguntó al momento, entornando unos ojos llenos de suspicacia. Wendy, siempre tan inteligente…

Cuando sea mayor, será una persona increíble.

—Hoy voy a salir —dije.

—¿A salir? —repitió—. ¿Tú?

Hacía semanas que no me duchaba. El pelo me colgaba lacio y grasiento por debajo de los hombros y tenía la cara reluciente de sudor. Lo único que hacía últimamente era asearme un poco en el lavamanos cuando el olor resultaba ya insoportable. Llevaba puesto el mismo pijama desde hacía cuatro días; cuando pasaba demasiado tiempo, mamá dejaba discretamente uno limpio a los pies de mi cama.

—Tengo que ducharme —dije, como si no resultara obvio—. Voy a pasar el día fuera.

—¿Que tú qué?

—No les digas nada a mamá y papá —me apresuré a pedirle—. Hay algo que tengo que hacer. Por favor…

—¿Así que tú eres la que últimamente recibe toda la atención y encima tengo que hacerte favores?

Sí, debo admitir que eso me dolió. Porque era cierto. Nuestros padres estaban tan preocupados por mí que prácticamente se habían olvidado de Wendy. Y eso hacía que me sintiera fatal. Pero no sería por mucho tiempo más, y pronto ella podría disfrutar de toda su atención.

—Por favor, Wendy…

Al final se ablandó.

—Vale, como quieras. Vete. Pero asegúrate de estar de vuelta antes de que papá y mamá lleguen a casa. Si no, no podré encubrirte, y se pondrán como locos pensando que estás por ahí.

—¡Ay, gracias!

—Poppy… —Se mordió el labio—. Vas a ponerte bien, ¿verdad? Esto no te va a durar para siempre, ¿no?

No supe qué decirle. No podía mentirle.

—Por favor, cuéntame qué está pasando —insistió.

Lo siento, Wendy. Te mereces algo mejor que una hermana como yo.

Cuando por fin salí de casa, notaba los nervios oprimiéndome el estómago. No sabía qué me esperaría cuando llegara allí. Pero sabía que tenía que ir.

La casa de Tanya se veía como siempre, un adosado victoriano como cualquier otro, con un jardín delantero algo descuidado. Las luces estaban apagadas, y mientras subía las escaleras temí por un terrible momento que Tanya no estuviera en casa y hubiera hecho el viaje en balde, pero cuando llamé a la puerta oí movimiento dentro.

Abrió la puerta ella misma, con la boca abierta por el estupor de verme allí delante. Y aunque me había duchado y arreglado, era consciente de que no podía ocultar el daño que me había hecho a mí misma durante los últimos meses. Me había tenido que apretar los tejanos con un cinturón muy ceñido para que no se me cayeran, y toda la ropa colgaba lánguidamente de mi cuerpo. Había perdido mucho peso y se me veía exhausta. Derrotada.

Ay, Tanya…

Perdón. He tenido que hacer una pausa para tranquilizarme. Es muy difícil escribir un diario cuando estás llorando tanto que las lágrimas no te dejan ver.

Tiene gracia que recuerde esos momentos horribles con tanta nitidez. No gracia en plan divertido, sino en plan trágico. Lo único que tengo que hacer es cerrar los ojos, pensar un momento, y todas las imágenes vuelven a mí de nuevo. Cada palabra clavándoseme como un cuchillo, cada gesto, cada

mínimo acto.

—Por Dios… ¿Poppy? —me dijo al verme allí frente a ella—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Estás enferma?

—He estado mejor —contesté.

Ella meneó la cabeza, todavía sin dar crédito.

—No me lo puedo creer.

—¿Puedo pasar? —pregunté.

No creo que quisiera que entrara, pero asintió y me abrió la puerta. Se mostraba tan diferente cuando estaba sola, sin la influencia de las otras. Pasamos al salón.

—¿Hay alguien más en casa?

—Mis padres están trabajando. —Tanya no parecía muy contenta—. ¿Por qué has venido?

—Necesito hablar contigo.

—¿De qué?

—Del examen.

Ella cerró los ojos. Y cuando ya empezaba a desistir de que me diera una respuesta, dijo:

—Es solo un examen final de arte. No se ha muerto nadie.

—Solo un examen final de arte… —repetí—. Sabes muy bien que ser artista ha sido mi sueño desde que éramos pequeñas. Hablábamos a menudo de ello. Tú serías actriz, yo artista. Y todas sabíais que me habían aceptado en Slade. Que mi sueño iba a hacerse realidad.

—No es para tanto. Podrás entrar en cualquier otra universidad.

—No, no podré. Ahora piensan que he infringido las normas. No volverán a aceptarme en ninguna universidad. Y además… era Slade. —Mi voz se quebró, al borde del llanto.

Ella puso los ojos en blanco.

—Da igual. En algún momento tenías que enfrentarte al mundo real. ¿De verdad creías que alguna vez ibas a convertirte en una artista famosa?

Ahogué una exclamación ante su ataque.

—Tú eso no lo sabes. Podría haberlo conseguido. Pero ahora ya no tengo nada. Ni siquiera me he graduado.

—Bueno, eso ha sido culpa tuya.

—Creo que Chloe lo grabó todo. Lo que hicisteis las cuatro. He leído

comentarios en las redes de que existe un vídeo.

—¿Eso hizo? —Tanya puso una mueca, como restándole importancia—. Algo muy típico de Chloe. Pero yo no sé nada de eso.

Procuré que el atisbo de esperanza que empezaba a sentir no se trasluciera en mi voz.

—Pero si hubiera un vídeo, se demostraría que yo no lo hice. Y quizá podrían devolverme mi plaza en Slade.

Ella no lo negó.

—¿Qué quieres de mí, Poppy?

La respuesta me salió de sopetón.

—Quiero que asumas tu responsabilidad. Que me ayudes a conseguir el vídeo de Chloe para entregárselo a los profesores. Si logro que vuelvan a aceptarme en Slade, podríamos olvidar todo lo ocurrido. Yo me iría a Londres y no tendríamos que volver a vernos nunca más.

—Lo más probable es que Chloe lo haya borrado —dijo en tono despectivo—. Tampoco era tan interesante.

—Pero podríamos comprobar si…

—Y además nos metería a nosotras en problemas —añadió—. Ni lo sueñes. No pienso ayudarte a hacerlo.

Entonces probé una táctica distinta.

—Alguien tuvo que dejaros entrar. Ninguna de vosotras estudia arte, así que no teníais acceso al aula. Puedes cargarle la culpa, decir que fue idea suya. ¿Quién os dejó entrar?

—No me creerías ni aunque te lo contara —respondió ella con soberbia —. Además, fue idea suya, ¿sabes? Nos dejó entrar con su tarjeta, luego fue a devolvérsela a la señorita Wersham y después volvió para controlar que nadie nos veía mientras lo hacíamos.

Apenas podía respirar mientras la escuchaba. Por fin tenía mi confirmación.

—¿Quién fue? —pregunté con un hilo de voz.

—Nunca te lo diré.

—Tanya, yo… —Al fin y al cabo, era a ella a quien siempre se lo había contado todo. Y ahora necesito escribirlo aquí—. Creo que voy a suicidarme. No puedo seguir más con esto. Si no me ayudas, no me quedará otra salida.

—¿Suicidarte? —Trató de disimular su conmoción, pero estaba ahí, estoy segura de ello—. Tú no harías algo así.

—Mírame. Apenas me sostengo en pie. Antes has pensado que estaba enferma. Y lo estoy.

—Enferma de la cabeza —replicó—. Ni se te ocurra decir más tonterías sobre suicidarte.

—Hablo en serio. —Las lágrimas empezaron a brotar sin poder evitarlo y pronto estaba llorando con todas mis fuerzas—. Por favor, dime quién os ayudó a entrar en el aula de arte. Si supiera quién fue, tal vez podría hacer algo. De acuerdo, no hace falta enseñar el vídeo. Lo entiendo. Pero si me dices quién lo hizo, la escuela podría investigar. Y tal vez puedan demostrar algo. Por favor…

Tanya se giró hacia mí en un arrebato de furia.

—Debes estar de coña. Te he dicho que no iba a ayudarte. Estás sola en esto.

—Tanya…

—Vete, Poppy. Vete y no vuelvas más. Y si piensas suicidarte, adelante, hazle un favor a todo el mundo.

Ya tenía mi respuesta.

—No somos amigas desde que teníamos once años —añadió con amargura—. Deja de fingir que tenemos algo parecido a una amistad real. Ya no somos unas niñas. No voy a dejar engañarme por tus melodramas baratos.

Tanya. Mi única amiga en el mundo.

No sé por qué me duele tanto, por qué me sigue sorprendiendo.

¿Y dónde me deja ahora eso? Pues aquí, escribiendo en tus páginas, diario. Nunca te puse nombre. Y tal vez haya sido lo mejor, porque así no te convertirás en alguien más a quien me sentiré culpable de dejar.

Ay, mamá, papá, Wendy… Os voy a echar tanto de menos.

Los antidepresivos están al lado de mi cama. Tengo más que suficientes.

Y también está el cuchillo. Debo asegurarme.

Dentro de diez años, ¿seguirán esas cuatro acordándose de mí? Annabel, Chloe, Esther, Tanya…

No creo ni que se acuerden dentro de diez meses.

Y tampoco lo hará quienquiera que sea esa persona misteriosa. La que las dejó entrar en el aula de arte. ¿Quién habrá sido? ¿Sally? ¿Jayla? ¿Ollie? Podría haber sido cualquiera de ellos. Creía que a mis compañeros de arte les caía bien. No éramos amigos, pero pensaba que al menos me veían como a una buena persona. Yo los veía así a ellos. Y, aun así, uno de ellos ha tenido que traicionarme. A lo mejor llevan años riéndose con esas cuatro a mis espaldas. He sido tan tonta. Y al final, también el arte me ha fallado.

Tengo miedo.

No quiero morir.

Sí, voy a hacerlo.

Tengo que hacerlo.

Y lo siento muchísimo.

35

Annabel
22 de mayo de 2023

Todo da vueltas a mi alrededor.

—¿De qué estás hablando?

—No sé por qué finges estar tan sorprendida —dice ella.

—¡Tú eres Poppy! ¡Estás aquí delante de mí! Tan solo simulaste tu muerte.

—Ojalá Poppy hubiera simulado su muerte —murmura—. Mira que llegas a ser estúpida. Yo no soy Poppy.

—Tú no eres…

Por fin se me aclara la visión y miro a la mujer que todas creíamos que era Poppy Greer. Es cierto que ha habido un cambio drástico en su apariencia, pero Poppy sigue estando ahí, bajo la superficie. No lo entiendo. Se parece muchísimo a ella.

—Poppy se suicidó —se limita a decir—, el verano después de los exámenes. Nunca se recuperó de aquello. De todo lo que le hicisteis.

Visualizo a la Poppy adolescente. Sus aparatos dentales. Su pelo castaño claro. Su sonrisa incluso cuando éramos malvadas con ella.

—Lo habríamos sabido —digo resistiéndome a creerla—. Nos habríamos enterado de que se había suicidado. Alguien nos lo habría contado.

—Se mantuvo en secreto —dice la imitadora de Poppy—. Sus padres no quisieron que la gente lo supiera. Fue un funeral muy íntimo. Tan solo la familia. Después de todo, ella no tenía amigos.

—Pero aun así habría terminado saliendo a la luz. Esas cosas acaban sabiéndose.

—Claro. Si alguien se hubiera molestado en preguntar por Poppy,

en averiguar qué había sido de ella. Pero ninguna de vosotras lo hizo. A ninguna os interesaba saberlo. —Sus palabras son como dagas.

Guarda silencio un momento, tratando de recomponerse.

—Por eso entraste a robar en la casa de Chloe —digo—. Buscabas el vídeo en el que se nos veía destrozando su cuadro.

La mujer asiente y cierra los ojos. Yo no me atrevo a hacerlo; cerrarlos me haría rememorar todas aquellas imágenes.

—Y lo encontré —afirma—. Me obligué a verlo, el vídeo entero. Lo que más me impactó fue ver cuánto disfrutabais haciendo todo aquello.

—No creíamos que fuera realmente para tanto. Solo era… un poco de diversión.

La imitadora de Poppy se echa a reír, un sonido hueco.

—¡Un poco de diversión! No sabíais cuántas esperanzas había depositado Poppy en aquella plaza en Slade. Para poder salir de allí y escapar de todas vosotras.

—Lo sentimos —digo—. Lo siento.

Se gira hacia mí, la risa extinguiéndose en sus labios.

—Ya te lo he dicho: es demasiado tarde para disculpas.

—¿Quién eres? —le pregunto.

—¿Aún no lo has adivinado? —responde—. Se suponía que tú eras la lista.

—Yo no… Yo…

—Tienes que decirme su nombre —exige ella cruzándose de brazos.

—¿El nombre de quién?

—De la persona que os ayudó a entrar en el aula de arte —dice entre dientes—. La que os facilitó poder destruir su obra. Vuestro cómplice.

Estoy a punto de soltarlo, solo para acabar con todo esto de una vez, cuando algo me detiene.

—Si te digo el nombre de él, ¿qué me harás?

—El nombre de él —repite, y me maldigo por mi metedura de pata —. Así que fue un chico. Annabel, eres realmente de lo que no hay, ¿lo sabías?

Tengo que salir de aquí como sea. Y mientras no le revele el

nombre, ella no podrá hacerme nada.

Pero aún no ha terminado conmigo.

—Déjame decirte que esto no va a acabar bien para ti —asegura—. De nada te servirán los truquitos que intentes sacarte de la manga. Vosotras la matasteis y ya no hay nada que puedas hacer ahora. Maté a Tanya la primera porque Poppy fue a suplicarle ayuda, justo al final, el día antes de quitarse la vida. Le confesó que iba a suicidarse y Tanya le replicó que solo estaba intentando llamar la atención y que adelante, que lo hiciera.

Tanya había aprendido eso de mí.

—Poppy dejó un diario en el que lo explicaba todo. Hasta el más mínimo y escabroso detalle.

—¿Cómo puedes saber todo eso? ¿Cómo puedes haber leído el diario de Poppy? ¿Quién eres? —vuelvo a preguntarle.

Poppy —quien creía que era Poppy— asiente con la cabeza en mi dirección.

—Mírame bien, Annabel. ¿Quién crees que podría ser?

La observo de nuevo de arriba abajo. Esa mujer ha tenido acceso al diario de Poppy. Conoce detalles personales que alguien que no estuviera allí no podría haber sabido.

Sigo mirando fijamente sus ojos llenos de rabia y tristeza, hasta que por fin todas las piezas acaban encajando.

—Eres Wendy —digo—. Eres la hermana de Poppy.

36

Annabel
22 de mayo de 2023

Wendy. Pues claro.

Me devano los sesos tratando de recordar a la hermana de Poppy, y al final consigo rememorar su imagen: cabello y ojos oscuros, totalmente distintos a los de la mujer que tengo ahora frente a mí. En su expresión se mezclan el triunfo y la furia. Sigo resistiéndome a creer todo lo que acaba de contar. Más que cualquier otra cosa en el mundo, quiero que ella sea Poppy.

—No te pareces en nada a ella —digo—. Me acuerdo de Wendy. Tú eres completamente distinta. Eres… —Como Poppy, quiero decir. Una versión nueva y mejorada de ella.

Mi mente es un confuso torbellino.

—Poppy se suicidó el día después de que Tanya le dijera que merecía morir. —Abro la boca para decir algo, pero Wendy levanta un dedo para acallarme y sigue hablando—. Había ido almacenando los antidepresivos que le habían recetado, y después de acostarnos se los tomó todos de golpe. No sé si tenía dudas sobre si bastaría con eso…, pero también tenía un cuchillo. —Su voz se quiebra mientras se esfuerza por continuar—. Cuando la encontré, llevaba horas muerta. Había sangre por todas partes. El funeral se celebró unas semanas más tarde, después de que le hicieran la autopsia.

Respira hondo para recomponerse. Espero.

—Su habitación se quedó como estaba durante mucho tiempo. Ninguno de nosotros podía soportar entrar en ella. Pasó un año entero antes de que nuestros padres decidieran que teníamos que mudarnos. Era como si su tumba estuviera allí en medio de la casa. Cuando

estábamos empaquetando las cosas, encontré su diario. Pero no lo leí hasta mucho tiempo después. Estaba demasiado enfadada con ella por lo que le había hecho a nuestra familia.

¿Qué diablos puedo hacer?

—No fue hasta el día de la entrega de notas de mi propia graduación, casi dos años después de su muerte, cuando decidí por fin echarle un vistazo. Y entonces lo descubrí… todo. Pero traté de olvidarlo, centrarme en mi propia vida. Para que mis padres se sintieran orgullosos, porque estaban destrozados. Y aún lo están, aunque finjan estar bien. Entonces fui a la universidad y me hice médica.

—¿Y la despedida de soltera? —pregunto en un susurro.

—Un deseo ilusorio —responde ella meneando la cabeza—. No era justo que Poppy nunca pudiera tener su propia boda, su propia vida.

—Tienes razón, no es justo. —Ahora hablo en un intento desesperado de ganar tiempo, mientras el sol continúa alzándose en el cielo. ¿A qué hora llegará Robin? Dijo que vendría por la mañana, pero ¿cuándo será eso?

—Ninguna de vosotras se planteó en ningún momento intentar ver las cosas desde su perspectiva. Así que he tenido que obligaros a hacerlo.

—Los cuadros de las cabañas… —digo en voz muy baja, recordando aquellas perturbadoras imágenes—. Creíamos que los había pintado Poppy.

—Contraté a alguien —explica Wendy—. Una artista con mucho talento. No tenía ni de lejos la sensibilidad de Poppy, pero le mostré lo poco que quedaba de su obra y le pedí que tratara de reproducir sus piezas clásicas, acercándose en la medida de lo posible a su estilo. El resultado no era exactamente el mismo, quizá un pelín demasiado refinado. Pero surtió el efecto que buscaba. —Su tono se vuelve nostálgico—. Ojalá pudiera haber visto cómo evolucionaba la obra de Poppy. Iba a ser una artista tan grande. Pero vosotras acabasteis con su carrera. Y también con su vida.

—Quieres saber quién nos ayudó a entrar en el aula —le digo.

—Ay, Annabel, tan lista como siempre… —dice. Pero su rostro

adopta una expresión grave—. Sí. Quiero que me digas el nombre de vuestro cómplice.

Es lo único que tengo. Mi única posibilidad de negociar.

—¿Y si lo hago?

—Mejor sería preguntar qué pasará si no lo haces —replica ella—. ¿De verdad quieres ponerme a prueba? ¿En serio?

La frialdad estremecedora de su voz hace que se me seque la boca y me tiemblen las manos. La creo totalmente.

—Vale —digo—. Se llamaba Ollie Turner.

Ollie Turner.

Fue el lunes después del baile de graduación, una magnífica y soleada tarde en que las cuatro estábamos tomando el sol en el campo situado detrás de las aulas de música. Hasta entonces no nos habíamos relacionado mucho con Ollie; estaba en mi clase de biología y en una ocasión tuvimos que hacer un trabajo juntos, por lo que tuve que ir a su casa una vez a la semana durante un mes o así, pero eso era todo. Las otras apenas lo conocían. Era bastante guapo, con la típica pinta de artista desgarbado. A Chloe siempre le había gustado en secreto, aunque, claro, por aquel entonces le gustaba cualquiera con tal de que respirara y sonriera de medio lado.

—¿Visteis con qué ojitos miraba Poppy a Aidan? —les dije a las otras.

Todavía estaba furiosa con ella. De hecho, me había peleado con Aidan de camino a casa después de la fiesta. ¡Si hasta se había ofrecido a acompañarla! De ningún modo iba a consentir que eso ocurriera, así que me salpiqué un poco de agua en el vestido y fingí que había vomitado en uno de los baños de Esther para obligarlo a quedarse conmigo.

Habíamos planeado invitarla a la fiesta para burlarnos de ella. Incluso metí una pastilla de éxtasis en su bebida esperando que se pusiera totalmente en ridículo, pero para lo único que sirvió fue para que perdiera sus inhibiciones y se mostrara como la persona sociable y segura de sí misma que podría haber sido si no la hubiéramos

incordiado tanto. Todos los chicos de la fiesta se quedaron fascinados con ella.

—Y a Elliott también, ¿os acordáis? —saltó Chloe—. Menos mal que los pillaste a tiempo, Esther. Menuda zorra barata…

Esther asintió.

—No podía dar crédito cuando me los encontré allí tan juntitos, prácticamente abrazados. Ellos lo negaron, pero estaba más que claro.

—Fue todo culpa de ella —dijo Chloe frunciendo el ceño—. ¿Qué iba a hacer Elliott si una chica se le tira así encima? Sin duda Poppy intentaba provocarlo para que me engañara.

—Y también se puso a hablarme de mis sueños de ser actriz —intervino Tanya, visiblemente enfadada—. Estaba claro que solo quería alardear de que había conseguido plaza en esa estúpida escuela de arte para hacer que me sintiera mal.

—Se merece que le demos un buen escarmiento —masculló Esther —. Insinuándose a vuestros novios de esa manera. Comportándose de repente como si se creyera alguien.

—¿Estáis hablando de Poppy Greer?

Nos giramos, sobresaltadas, y allí estaba Ollie, que se había acercado sigilosamente sin que nos diéramos cuenta.

Se le notaba un poco incómodo, allí de pie desmañadamente mientras las cuatro seguíamos sentadas, aunque tampoco lo invitamos a unirse a nosotras.

—¿Y qué pasa si estamos hablando de ella? —dijo Chloe, girando sobre sí misma para sentarse con la barbilla apoyada en las manos. Apretó los codos para juntarse los pechos, de modo que Ollie pudiera disfrutar de una buena vista de su blusa desabotonada, bajo la cual asomaban su escote y un sujetador rosa fluorescente—. Vosotros sois… coleguitas de la clase de arte, ¿no?

Ollie torció el gesto.

—Para nada. No hace más que hablar de cómo ha conseguido entrar en Slade, esa escuela de arte tan pija de Londres. Se le han subido mucho los humos.

Tanya puso los ojos en blanco.

—Sí, se le llena la boca hablando de eso, hasta con nosotras.

—Poppy Greer jactándose de que se marcha a Londres dentro de unos meses —dije yo—. Me parece tan injusto.

—Poppy Glotona siempre consigue lo que quiere —masculló Chloe —. Estaría muy bien que pudiéramos fastidiarle los planes.

—Bueno, ¿y si pudierais hacerlo? —murmuró Ollie.

—¿Cómo exactamente? —pregunté frunciendo el ceño.

—Se marchará a Londres y se olvidará de nosotras —comentó Tanya.

—Eso no pasará si algo le ocurre a su examen final de arte —dijo Ollie—. Si lo suspende, no podrá graduarse.

Nos paramos a reflexionar sobre ello unos segundos.

—Por muy divertido que pudiera ser —dije yo—, no sé cómo podríamos hacer algo así. Ninguna de nosotras estudia arte y ni siquiera sabemos qué tendría que pasar para que suspendiera el examen final.

—Yo sí lo sé. Los exámenes empiezan mañana. —Ollie parecía extrañamente entusiasmado por su idea—. El segundo día, cuando todo el mundo se haya marchado, podría dejaros entrar a las cuatro. Hay ciertas normas que no podemos infringir con nuestras obras. Vosotras podríais llevar el material necesario y añadirlo a su cuadro, y entonces la suspenderían.

—¿No sería pasarse un poco? —preguntó Tanya con expresión preocupada—. Poppy ama su arte. Lo es todo para ella.

—Puede retomarlo más adelante —dijo Esther—. No será para tanto.

—Sería realmente divertido —dije. Empezaba a gustarme cada vez más la idea.

—¿Y cómo podemos estar seguras de que no nos pillarán? —insistió Tanya, todavía indecisa.

—Yo vigilaré desde fuera —respondió Ollie—. Si alguien se acerca por el pasillo, os avisaré para que os dé tiempo a escaparos. Pero no vendrá nadie, porque las obras del examen no se evalúan hasta la tarde.

—Parece un plan perfecto —dije—. Hagámoslo. No pongas esa cara, Tanya. Es solo un poco de diversión. ¡Y podrás resarcirte por no haber

conseguido entrar en esa escuela de teatro!

—Vale, vale —cedió Tanya. Se había presentado a una audición para ingresar en una escuela de artes escénicas bastante esnob, también en Londres, y ni siquiera habían vuelto a llamarla—. Supongo que tenéis razón. Estará muy bien bajarle los humos para que vea que su arte no es tan increíble como dice.

—¡Genial! —exclamó Ollie—. Pues así quedamos.

—¿Por qué estás tan entusiasmado? —le pregunté alzando una ceja.

Ollie enrojeció, pero su voz sonó con más fuerza de lo que le había oído nunca.

—Quiero ir a Slade. Ella me robó mi plaza. Solo quiero recuperarla.

Su respuesta me hizo sonreír, y Chloe estalló en una carcajada.

—Va a ser tan divertido —dijo—. Estoy deseando ver la cara que pone.

Y ahora, después de que le haya dado el nombre de Ollie, Wendy se me queda mirando con la boca abierta.

—¿Ollie Turner? —repite totalmente anonadada—. ¿El mismo que entró en Slade después de que rechazaran a Poppy?

—El mismo.

—Si estás mintiendo, sería algo muy estúpido por tu parte.

—No miento. Fue él.

—Ollie Turner… —murmura, más para sí misma que para mí.

De pronto me viene a la mente la cara de incertidumbre de Ollie después de que acabáramos. Su conmoción por lo lejos que habíamos ido. Se arrepintió en el acto de lo que había hecho.

Pero eso no se lo cuento a Wendy.

—Él no era amigo de Poppy —digo.

—Lo sé —replica ella entre dientes—. Me alegra que…, me alivia que Poppy no llegara a enterarse de que fue él. Y ahora salgamos. Ha llegado el momento de acabar con esto.

Abro la puerta y me dirijo hacia la playa, consciente de que Wendy me sigue muy de cerca y girándome constantemente para comprobar que no está a punto de acuchillarme. Ya es por la mañana, el cielo nos

rodea completamente azul y corre una suave brisa. Aparte de los despojos sobre la orilla, no queda ni rastro de la tormenta de anoche. Los cuerpos de Chloe y Esther siguen allí, pero les doy la espalda y contemplo el horizonte.

Wendy se coloca a mi lado y también se queda mirando al frente.

—¿Por qué me has dejado para el final? —le pregunto, aunque creo saber la respuesta.

Wendy confirma mis sospechas.

—Annabel, desde el principio ibas a ser la última en quedar en pie. Siempre fuiste la que tenía el control, la líder de la banda. No ibas a perder ese privilegio.

Me doy cuenta de que Wendy está distraída mientras habla, con el cuchillo todavía en la mano pero pegado al muslo. Yo sigo sosteniendo el mío, con el que maté a Esther, su sangre ya seca en la hoja.

Pero debo de haber hecho algo que traicione mis pensamientos, porque Wendy señala con la cabeza hacia mi cuchillo.

—Incluso ahora, después de todo, aún estás pensando en cómo puedes matarme antes de que yo te mate. ¿No es así?

—Yo no…

—Incluso después de haberte recordado lo que hiciste, estás dispuesta a matarme. —Suspira, como decepcionada—. Sin duda un rasgo de supervivencia. Resultaría admirable en cualquiera salvo en ti, porque tú no mereces vivir. Y a pesar de todo, voy a dejar que lo hagas.

—¿Qué? —digo, totalmente descolocada.

—He dicho que voy a dejarte vivir.

—¿Por qué?

—Porque alguien tiene que cargar con la culpa de estos asesinatos. Y no pienso ser yo.

—Estás loca. —Levanto el cuchillo y la apunto con él—. No vas a poder librarte de esto.

—Ya lo he hecho —replica—. Al fin y al cabo, yo nunca he estado aquí.

Siento cómo la sangre abandona mi rostro.

—¿Qué quieres decir?

—Debo admitir que me moría de ganas de que alguna de vosotras mencionara la confusión de Robin. Pero ninguna dijo nada. ¿Es que Robin no comentó que creía que tú eras la novia, Annabel? ¿Que esta era tu despedida de soltera, no la mía?

El recuerdo destella en mi mente con total nitidez. Robin pensaba que yo era la novia. Esther iba a corregirla y yo se lo impedí entre risas. Disfrutando de su equivocación. Pensando que solo se trataba de una broma.

Debe de habérseme notado en la cara, porque Wendy esboza una gran sonrisa.

—Ah, pues claro que te dijo que eras la novia. Y tú no te molestaste en sacarla de su error. ¿Por qué ibas a hacerlo? Cualquier excusa es buena para ser el centro de atención.

—¿Y qué? —Su cara de enorme satisfacción me deja totalmente desconcertada—. Robin pensaba que yo era la novia. ¿Qué importancia tiene eso?

Wendy se gira para contemplar la isla a nuestra espalda. Aunque la tormenta ya ha pasado y el paisaje aparece iluminado por un suave resplandor matinal, sigue desprendiendo un aura de peligro. La isla sabe todo lo que ha pasado aquí. Esconde el cuerpo de Tanya y ofrece los de Chloe y Esther como tributo a nuestros pies.

—Tú contrataste estas vacaciones —dice Wendy—. Si alguien, por ejemplo, la policía, buscara en los registros, encontraría que las reservas están hechas a nombre de Annabel Dixon.

—¿De qué coño estás hablando? ¡Yo no he contratado nada!

—No eres muy cuidadosa con el dinero, ¿verdad, Annabel? Tienes tantas tarjetas de crédito que ni siquiera te das cuenta cuando te falta una durante unos días…, tiempo suficiente para contratar unas vacaciones.

—¿Cómo me robaste la tarjeta de crédito?

—Te sorprendería saber lo que pueden hacer los investigadores privados. Pueden proporcionarte tanta información. Tantos secretos jugosos.

En un momento de enajenación, me planteo abalanzarme sobre ella y matarla.

—Has sido una gran maestra —continúa Wendy—. Después de leer el diario de Poppy, he podido aprender de la mejor. De todas tus perversas maquinaciones. Todo ha girado siempre a tu alrededor, Annabel. Y no, no te mereces el lujo de morir. Quiero que pases el resto de tu vida sufriendo en prisión, que pierdas a tu marido infiel, tu fabulosa casa y tus falsas amistades.

—No pensarás que voy a dejar que te vayas de rositas —le digo, negando con la cabeza—. Estás completamente loca. Voy a contarle a la policía que todo esto es obra tuya, y que yo he tenido que actuar en defensa propia. Tú vas a ser la que cargue con esto, no yo.

—¿Y qué vas a contarles exactamente? —dice Wendy—. ¿Que tú, la misma que organizó todo este viaje, no tienes problemas de dinero? ¿Ni tampoco un montón de tarjetas de crédito, una de las cuales se utilizó para pagar estas vacaciones? ¿Acaso no tienes todo un guardarropa lleno de prendas robadas en casa, algunas de ellas probablemente con el dispositivo antirrobo aún puesto? ¿Les dirás que no tuviste una discusión monumental con tus amigas durante este viaje? Quizá esa discusión acabó llegando a las manos. Todo empezó a salir a la luz y al final estallaste.

Me la quedo mirando totalmente boquiabierta.

—La pobre Esther, acuchillada hasta la muerte mientras intentaba impedir que mataras a Chloe —continúa Wendy—. ¿Y la pobre Poppy, la cuarta dama de honor?

No puedo seguir escuchándola. Mis dedos agarran con más fuerza el cuchillo y me dispongo a abalanzarme sobre ella.

Pero Wendy es más rápida. Me golpea en el brazo, obligándome a soltar el cuchillo, que cae sobre la arena. Ella se agacha a recogerlo a la velocidad del rayo, se acerca aún más a mí y apoya la hoja del cuchillo contra mi garganta, mientras sigue sujetando firmemente el suyo con la mano izquierda.

—¿Quién sabe lo que le pasó a la pobre Poppy? —sigue diciendo en un susurro, como si no acabara de pasar nada. Su cara está tan cerca de la mía que noto cómo su aliento me cosquillea en el cuello, provocando que una oleada de pavor recorra todo mi cuerpo—. A Poppy Hall, quiero decir. No habría quedado bien usar su nombre real

en los formularios de reservas. Supongo que la ahogaste en el mar. Su cuerpo nunca se encontrará.

Retrocede un paso y arroja mi cuchillo entre la maleza. Desaparece en el acto, demasiado lejos para que intente alcanzarlo.

—La policía encontrará ese cuchillo. Y verá que está totalmente ensangrentado. —Se encoge de hombros—. No hay que ser muy listo para atar cabos.

La muy zorra… ¡La muy zorra!

Ha sido ella. Todo ha sido culpa suya. De ella y de su patética hermana. No voy a permitir que me encierren en prisión. Esto no puede estar pasando.

Wendy señala la lancha motora.

—Voy a utilizarla para volver a tierra firme. Y luego tomaré un avión de vuelta a casa y buscaré a Ollie Turner. Adiós, Annabel. Disfruta de tu vida en prisión. Es lo que te mereces.

No espera ninguna respuesta y yo tampoco se la doy. Camina en dirección a la lancha sin apartar en ningún momento sus ojos de los míos, sin bajar en ningún momento el cuchillo, incluso poniéndose el mango entre los dientes mientras empuja la embarcación hacia el agua. Solo cuando está montada y ha puesto en marcha el motor, baja por fin el cuchillo. Y entonces me dirige una última sonrisa de suficiencia y agita levemente la mano a modo de despedida.

Contemplo cómo se aleja, cómo la lancha surca las aguas hasta perderse de vista en mar abierto. Ya no hay nada que la detenga. Y yo tengo que pensar en lo que voy a hacer ahora.

37

Annabel
22 de mayo de 2023

Empiezan a bajar de los barcos. Los servicios de emergencia vienen corriendo hacia mí, portando unos equipos de primeros auxilios que de nada servirán ya.

Avanzo hacia ellos, dispuesta a recibir a la policía y obligándome a derramar unas cuantas lágrimas más.

Apenas he tenido tiempo de idear una buena coartada. Cuando llegó Robin, llamó a la policía casi de inmediato. Pero no pienso caer sin presentar batalla.

Uno de los agentes de policía viene hacia mí. Es bastante alto y atractivo, y no lleva alianza. Si no presentara este aspecto tan lamentable quizá podría utilizarlo a mi favor, pero en vez de eso voy a tener que jugar la carta de la damisela en apuros.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta, tratando de sonar intimidante pero fracasando estrepitosamente.

Como si no pudiera sostenerme en pie, me muevo hacia él con paso cauteloso, tambaleándome, extendiendo las manos abiertas al frente para que pueda ver los cortes en las palmas, para que compruebe que esto no ha sido un simple incidente por parte de una mujer que se ha vuelto loca. En el peor de los casos, podré alegar defensa propia. En el mejor, saldré bien parada de todo esto.

Él extiende una mano y yo retrocedo dando un respingo, como si me asustara estar demasiado cerca de él. La expresión alarmada de sus ojos me complace enormemente; debo de estar haciendo un buen trabajo.

—¿Dónde están las otras mujeres que vinieron a la isla con usted?

—pregunta.

Venga, vamos allá. Los otros agentes han pasado a toda prisa por mi lado, dirigiéndose hacia el interior de la isla. No tardarán en encontrar el cuerpo de Tanya. Los de Chloe y Esther les llevarán un poco más.

Sin duda habrá rastros de ADN. Huellas dactilares. Pruebas de que Wendy ha estado aquí y de que ella mató a Chloe y a Tanya. Pero mi ADN y mis huellas también estarán por todas partes. Yo he tocado a Chloe. He tocado a Tanya. Y no solo eso: también habrá evidencias de las docenas de personas, cientos, que han pasado antes por esta isla. Por no hablar de la tormenta, que habrá contaminado de algún modo el cuerpo de Chloe. También el de Esther, tirado en la playa a la intemperie. Además, Wendy no se ha acercado a él en ningún momento.

La tarjeta de crédito está a mi nombre. En teoría, yo contraté estas vacaciones.

Tranquilízate. Puedes arreglarlo.

Robin vio a Wendy. Hay al menos otra persona aparte de mí que sabe que en la isla había una quinta mujer. Que hay otra sospechosa en todo este asunto.

Solo que…

Un escalofrío recorre todo mi cuerpo, haciendo que se me ponga la piel de gallina en los brazos.

Es lo que ha dicho Wendy. A quien vio Robin fue a «Poppy». Y Robin pensaba que yo era la novia. Que era mi despedida de soltera. Y yo soy la última que queda.

—¡Sargento! —Una de las agentes se acerca corriendo por el camino —. Hemos encontrado un cuerpo —dice—. En una de las cabañas.

El sargento se gira hacia mí. Saca las esposas.

—Llama para pedir refuerzos —le dice a su colega, luego me agarra bruscamente de un brazo y me hace dar media vuelta—. ¿Cómo se llama? —me pregunta.

—Annabel Dixon —respondo, porque no tiene sentido tratar de fingir otra cosa.

—Annabel Dixon, queda arrestada como sospechosa de asesinato —dice, cerrando las esposas en torno a mis muñecas a la espada—.

Tiene derecho a guardar silencio…

La cara pecosa de Poppy Greer revolotea en mi mente.

No tenía nada mejor que hacer que suicidarse, ¿no? Por nada. Por menos que nada.

El rostro de Poppy se transforma rápidamente en el de Wendy, esa sonrisa de suficiencia mientras se alejaba en la lancha, pensando que había ganado.

Bueno, pues se equivoca.

No soy estúpida. De momento guardaré silencio. Me buscaré un buen abogado. Idearé un plan.

—¡Hay dos cuerpos más! —oigo que gritan por la radio del sargento, mientras este me obliga a subir a la lancha motora. Uno de los paramédicos de la ambulancia empieza a ocuparse de mí, limpiándome las heridas y vendándome las manos.

El juego continúa, Wendy. Nos veremos antes de lo que crees.

38

Wendy
22 de mayo de 2023

Bueno, bueno. La cosa ha ido bastante bien, ¿no?

He encontrado lo que andaba buscando, y más.

Sentada en la sala de espera del aeropuerto, tomando un café bien caliente que me mantendrá despierta hasta que pueda dormir durante el largo trayecto de regreso a casa, no puedo reprimir la sonrisa que por fin se dibuja en mi rostro. Hay mucho ruido en el aeropuerto, con centenares de personas esperando los vuelos que los llevarán a distintas partes del mundo. Incluso a primera hora de la mañana, hay aquí dentro una luz artificial muy brillante que hace destacar aún más mi pelo revuelto por el viento y mis ojos cansados. No me importa. Muy pronto podré lavarme y desprenderme del olor de esa isla para siempre, y dejar atrás a esas zorras.

Mientras la gente charla a mi alrededor, no puedo evitar preguntarme: ¿estoy sentada con personas buenas y honradas que se disponen a retomar sus vidas cotidianas después de haber disfrutado de unas magníficas vacaciones? ¿O esa gente esconderá también terribles secretos?

Naturalmente, estoy segura de que ambas cosas son ciertas. Y quizá valga la pena mantener ocultos esos terribles secretos.

Tomo un sorbo de café mientras pienso en todo esto.

¿Cómo me siento? «Exhausta» es la primera palabra que me viene a la mente. Agotada. Una parte de mí ha olvidado cómo era Poppy antes de todo esto. Tengo que mirar fotos de cuando éramos pequeñas para encontrar a una Poppy a la que apenas recuerdo ahora.

Pero no, lo que más recuerdo es aquella espantosa noche en que me desperté con la sensación de que había ocurrido algo horrible. Entré sigilosamente en la habitación de Poppy y la luz de luna que se filtraba por

la ventana abierta me mostró el cuerpo muerto de mi hermana en toda su brutalidad. Había sangre por todas partes. Se había cortado las muñecas con un cuchillo. No solo eso, sino que también tenía los brazos surcados de viejas cicatrices, que se había infligido a sí misma meses o incluso años atrás. Cogí el cuchillo con manos temblorosas y lo único en lo que podía pensar era en que le había fallado. Yo, su hermana, su amiga desde siempre. Le había fallado. Era como si yo misma le hubiera clavado el cuchillo. Las otras tenían la culpa, pero una parte de mí también la había matado, porque no me di cuenta de lo que estaba pasando. Sabía que esas chicas la hostigaban, que en ocasiones le habían hecho cosas realmente horribles, pero no pensé que el tema pudiera llegar hasta ese punto. Viéndola allí, indefensa e inerte, me entraron ganas de esconder su cuerpo y fingir que nada de aquello había ocurrido. Pero al final lo único que pude hacer fue gritar.

Mis padres nunca han vuelto a ser los mismos. Mamá lo intenta. Creo que no la he visto llorar después de aquellas primeras semanas, pero sé que lo hace cuando está a solas. Una vez encontré un montón de pañuelos de papel, arrugados y manchados con su base de maquillaje, debajo de una pila de revistas en el armario del cuarto de baño. El esfuerzo de simular que está bien le ha pasado factura: aún no ha cumplido los sesenta, pero está tan arrugada y marchita que aparenta veinte años más. Ni siquiera tiene fuerzas para pronunciar su nombre. La manera de lidiar con la ausencia de Poppy es fingir que sigue presente en su cumpleaños y en las Navidades, y también el día de su muerte. En cambio, papá está visiblemente destrozado. Creo que no ha habido un solo día en que no haya llorado. Suele ocurrir por las noches, cuando está viendo la televisión, pero también puede suceder por el día, mientras está trabajando en el jardín. De pronto le asalta el recuerdo de su hija muerta, deja escapar un sollozo y ya no puede parar de llorar.

Durante años odié a Poppy. Debo reconocerlo. Ella fue quien se hizo aquello a sí misma y me dejó a mí sola recogiendo los fragmentos rotos de nuestras vidas, demasiado destrozadas para poder recomponerlas. En vez de estar llenos de diversión y rebeldía, mis años de adolescencia fueron una lucha constante por convertirme en la hija perfecta, por no preocupar nunca a mis padres, aunque jamás era suficiente.

No fue hasta que leí su diario cuando supe que tenía que hacer algo.

Pero todo ha salido mejor de lo que nunca hubiera imaginado.

Me toco el tatuaje de la muñeca, la amapola que simboliza a Poppy grabada para siempre en mi piel. Al final, he conseguido la última pieza del rompecabezas que venía a buscar. El cuaderno de notas se balancea sobre mi regazo. Siento una inmensa satisfacción al sacar el bolígrafo y tachar el nombre de cada una de esas mujeres. Luego paso a una página nueva.

Un nombre más.

Un objetivo más.

¿Pensará de vez en cuando en Poppy, la joven que debería estar llevando la vida que él tiene ahora? Cuando se marchó a Slade aquel septiembre, ¿se preguntaría si ella se encontraba bien? ¿O simplemente llegó allí y empezó su nueva vida, sin preocuparle ni importarle el destrozo que había dejado atrás?

Bueno. Alguien tendrá que recordárselo pronto.

El sistema de megafonía anuncia:

«El vuelo BA2256 con destino a Gatwick, Londres, ha empezado a embarcar. Por favor, diríjanse a la puerta 6».

Cierro el cuaderno con un movimiento seco y lo guardo en un lateral de mi bolsa de viaje.

Nadie va a perseguirme ni buscarme.

Annabel va a pagar por todo, por mucho que trate de manipular las cosas para intentar librarse. Esta vez no tiene la menor escapatoria.

Mientras me dirijo hacia la puerta de embarque, no puedo evitar contener el aliento al ver a la familia que camina delante de mí. Los padres están distraídos mirando las tiendas por las que pasan, él arrastrando dos pesadas maletas con ruedas. Detrás de ellos van las hijas, dos niñas vestidas igual, pecosas y con el pelo castaño claro, pellizcándose y pinchándose la una a la otra. La más pequeña está enfurruñada, enojada porque su hermana es más fuerte. Cuando parece que está a punto de romper a llorar, la mayor vuelve a acercarse a ella, pero esta vez le echa el brazo alrededor y la atrae hacia sí para confortarla.

Me llevo una mano a los ojos para enjugarme las lágrimas. No quedaría bien que me echara a llorar sin más en medio del aeropuerto.

Al fin y al cabo, ¿para qué están las hermanas?

Puede que esas zorras lo empezaran todo, pero sabe Dios que yo me he encargado de acabarlo.

Agradecimientos

Hay tanta gente a la que me gustaría dar las gracias por ayudarme a hacer realidad mi sueño.

En primer lugar, a Helen Heller, no solo la mejor agente literaria del mundo, sino también una persona que ha cambiado por completo mi vida. Creíste en este libro y en mí, y me ofreciste el más valioso asesoramiento crítico. Gracias por todo.

A Saliann St-Clair, Katie James, Sarah McFadden, y a todo el mundo de la Marsh Agency. Y también a Joe Veltre, de la Gersh Agency.

Gracias a mi editora, Rachel Kahan, por amar *Ha empezado ella* y ayudarme a convertirlo en lo que es hoy día. ¡Eres estupenda! Al increíble equipo de William Morrow, entre ellos Ariana Sinclair, Kim Lewis, Olivia Lo Sardo y Ali Hinchcliffe, por toda vuestra labor, desde la corrección y el diseño de portada hasta el marketing. Sois fenomenales.

E. A. Aymar ejerció como mi mentor durante el programa literario Pitch Wars, una experiencia que nunca olvidaré. Tú fuiste la primera persona, fuera de mi círculo familiar y de amistades, en leer mi obra; y no solo eso, ¡también pensaste que era medio decente! Gracias a tu guía, respaldo y asesoramiento, aquel manuscrito se convirtió en algo que pude presentar a los agentes con total confianza. Pero no te detuviste ahí; no importa cuántas veces te llamara o te enviara un mensaje para hacerte una pregunta o plantearte mis dudas, tú siempre estabas para ayudarme. Nunca he conocido a alguien tan desprendido y dedicado a conseguir que los demás alcancen sus metas. Y cuando sentías que tus consejos no eran suficientes (¡que siempre lo eran!), me presentaste a algunos amables y generosos autores que me ayudaron mucho y a quienes me gustaría dar también las gracias: Susi

Holliday, Jennifer Hillier, Bruce Holsinger, Hannah McKinnon y Alex Segura.

A mis compañeros de Pitch Wars, ¡gracias por todo vuestro apoyo! Y un agradecimiento especial a Kelly Mancaruso, ¡que rio y lloró conmigo siempre que lo necesitaba!

Freddie Valdosta, tú leíste un borrador muy temprano de esta obra y me hiciste unas aportaciones críticas fantásticas. No solo eso; además, eres el mejor amigo del mundo y nunca dudaste ni por un momento de que este libro acabaría publicándose.

A mi padre y a mi madre, que sois mis valedores más absolutos e incondicionales. Desde que era pequeña siempre habéis apoyado mi sueño de convertirme en escritora. No solo me comprasteis cientos (probablemente miles) de novelas, sino que también pintasteis mi primer escritorio de un fabuloso color rosa y me suministrasteis infinitos bolígrafos y cuadernos. Nunca habéis dejado de creer en mí y sin vosotros jamás habría llegado a donde estoy. ¡Lo he conseguido! Y a mi hermano Lewis, el mejor hermano mayor que cualquiera podría desear tener. No es que te vaya mucho la literatura, pero siempre me has apoyado con ferviente entusiasmo en cada paso de este largo camino, y eso significa mucho para mí. (¡Descorcharé esa botella de champán el día que salga el libro!). Y a mi maravilloso y viejo gato Toby, que se ha pasado muchos ratos tumbado en mi regazo a lo largo de los años que llevo escribiendo.

Toda mi gran familia se ha portado extraordinariamente bien conmigo desde que les hablé de este libro, y espero que todos sepáis lo mucho que os quiero y aprecio por haber mostrado tanto interés.

A mi pareja, Joe: no podrías haber sido un apoyo más valioso e increíble. Desde leer infinitos borradores y ofrecerme tus opiniones para ayudarme en la construcción de los personajes, hasta prepararme un baño de espuma después de un largo día, has estado siempre maravilloso. Gracias por tanto. Sin ti no existiría este libro.

Y si habéis leído esta novela…, gracias a vosotros.

Por último, este libro está dedicado a la memoria de mi abuela, Marie Blackmore. Falleció unos días después de enterarme de que la editorial William Morrow había comprado *Ha empezado ella*, y

significó mucho para mí poder contárselo antes de que muriera. Teníamos una relación muy especial gracias a nuestro amor por los libros y la lectura, y ella siempre creyó en mí y en que llegaría a convertirme en escritora. Espero que se sienta muy orgullosa allá donde esté. Gracias, abuela. Te quiero.

Una despedida de soltera reúne en una isla exclusiva del Caribe a varias amigas de la adolescencia. Una fiesta de ensueño que acabará como la peor pesadilla.

Annabel, Esther, Tanya y Chloe son buenas amigas, o al menos lo habían sido durante la adolescencia. Si bien sus vidas tomaron rumbos distintos y sus sueños no se han hecho realidad tal y como esperaban, los secretos que comparten, más oscuros de lo que parecen, mantienen vivo su pasado en común. De pronto, un día reciben la inesperada invitación de una antigua compañera del colegio: Poppy Greer. Las invita a festejar su despedida de soltera en una exclusiva isla de las Bahamas, con billetes de avión en primera clase. Es verdad que hace años que ninguna de ellas ha visto a Poppy, pero su perfil de Instagram muestra una vida de éxito y dinero, muy distinta de lo que podía esperarse de quien fue su compañera más frágil y menos atractiva. Además, ¿quién rechazaría unas vacaciones de lujo con todos los gastos pagados en una isla paradisíaca? El viaje y el lugar superan todas las expectativas de las cuatro amigas, aunque la isla resulta estar más aislada de lo que habían imaginado, los móviles no funcionan y no hay más huéspedes que ellas. Poppy no es la única que esconde un secreto y antes de que el fin de semana acabe, ninguna sabrá en quién confiar y se verán obligadas a enfrentarse a un pasado del que no podrán escapar.

Sian Gilbert nació en Bristol. Estudió Historia en la Universidad de Warwick y después trabajó como profesora en un colegio de Birmingham durante casi cinco años. Vive en Cambridge y esta es su primera novela.

Título original: *She Started It*

Primera edición: mayo de 2024

© 2023, Sian Gilbert
© 2024, Roca Editorial de Libros, S. L. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2024, José Serra Marín, por la traducción

Diseño de la portada: adaptación de la cubierta original de Olivia Lo Sardo / Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de la portada: ©kittisun kittayacharoenpong / Getty Images

Roca Editorial de Libros, S. L. U., es una compañía del Grupo Penguin Random House Grupo Editorial que apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19965-63-9

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: rocaeditorial
X: @rocaeditorial
Instagram: @rocaeditorial
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Ha empezado ella

Prólogo. Robin

1. Annabel

2. Chloe

3. Tanya

4. Esther

5. Annabel

6. Chloe

7. Tanya

8. Esther

9. Poppy

10. Annabel

11. Chloe

12. Tanya

13. Esther

14. Poppy

15. Annabel

16.. Chloe

17. Tanya

18. Esther

19. Poppy

20. Annabel

21. Chloe

22. Tanya

23. Esther

24. Annabel

25. Chloe

26. Esther

27. Poppy

28. Annabel

29. Esther

30. Annabel

31. Annabel

32. Poppy

33. Annabel

34. Poppy

35. Annabel

36. Annabel

37. Annabel

38. Wendy

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Sian Gilbert

Créditos